

JULIO CESAR

HANS OPPERMANN

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS



JULIO CESAR

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

JULIO CESAR

HANS OPPERMANN

Prólogo

AGUSTIN GARCIA CALVO

SALVAT

Versión española de la obra original alemana *Caesar*, publicada por Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Hamburgo.

Traducción del alemán a cargo de Rosa Pilar Blanco.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat o de Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Hamburgo.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa)
ISBN: 84-345-8169-8
Depósito legal: NA-4-1985
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca, 41-49 - Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1985.
Printed in Spain

Indice



Julio César (—100 a —44)

El político, militar y escritor romano Cayo Julio César nació en Roma en el año —100. Comenzó muy pronto a intervenir en la agitada política de la República siguiendo las huellas de su tío Mario, uno de los principales líderes del partido popular. Al tiempo que participaba destacadamente en numerosas acciones militares, fue escalando sucesivos cargos públicos hasta lograr ser elegido cónsul en el año —59, tras el *primer triunvirato* compartido con Craso y Pompeyo. Sus éxitos militares en las Galias y en Britannia acrecentaron su prestigio y le sirvieron para disponer de un ejército numeroso, fiel y bien adiestrado, pero también para provocar la desconfianza del Senado, que veía en él el peligro de una dictadura personal y le ordenó licenciar sus tropas. Sin embargo, César cruzó el Rubicón en señal de rebeldía y, tras vencer en la guerra civil a Pompeyo y a sus partidarios, se hizo nombrar dictador perpetuo y asumió todos los poderes, facilitando la posterior evolución del régimen republicano al imperial. La reforma del calendario, la transformación del Senado en una mera asamblea consultiva y la organización de la administración regional del Imperio fueron sus medidas de gobierno más destacadas. Asimismo, realizó numerosas construcciones públicas, repartió bienes entre sus soldados y los ciudadanos con menos recursos y dio repetidas muestras de clemencia para con sus enemigos, todo lo cual contribuyó a elevar al máximo su popularidad. Pero el sentimiento republicano todavía vivo en un grupo de senadores propició una conspiración que acabaría con su vida en el año —44. Hombre elegante y culto, César fue también un escritor destacado y un notable orador.

◀ *Busto de Julio César. Terracota barnizada. Museo del Louvre, París.*



Prólogo

Consideraciones preliminares a la biografía de un «gran hombre»

por ***Agustín García Calvo***

¿Para qué sirven las biografías de los grandes hombres? Me temo que de ordinario sirvan para lo mismo que sirven las fotografías de jefes o divos que la prensa cotidianamente imprime en las mentes de sus lectores o, mejor todavía, las imágenes de personajones que la pantalla les mete directamente por los ojos a las masas televidentes: a saber, para promover y confirmar constantemente la creencia, fundamental para la relación entre poder y masas, de que hay unos hombres, individuales como usted y como yo, sólo que grandes, que rigen los acontecimientos públicos, que determinan guerras que cambian la faz del mundo y que tuercen el curso de la historia (en el perfeccionamiento sumo de la ideación, pulsarán el botón que desencadene la catástrofe o apocalipsis con que va a cerrarse la historia total del Globo); hombres, en suma, que hacen lo que pasa y saben lo que hacen, *puesto que* lo quieren, *mentes luminosas, voluntades de hierro, que, allá en lo alto, dictan las leyes por las que se rigen los destinos de la humanidad.*

Bien es verdad que el progreso mismo de ese uso de las máscaras personales del poder para la ilusión de las poblaciones parece haber traído consigo que esas máscaras tengan que ser cada vez más grises y anodinas, al punto que hoy en día, con la situación llamada tecnocrática, debiendo ser el representante del poder supremo no otra cosa que el funcionario que está en la cúspide de la pirámide, ya sólo a fuerza de costos millonarios de propaganda y continuo bombeo de fotos y pantallazos se consigue apenas que las caras correspondientes se fijen, conectadas con sus nombres propios, en las mentes de las masas, donde de todos modos en pocos meses o años tienen que borrarse, para reemplazarse con otras caras y nombres igualmente insignificantes, sólo a fuerza de luminotecnia ilumi-

◀ *Estatua de Julio César que se conserva en el Museo Capitolino, Roma.*

nadas, sólo a fuerza de bombo impuestos a la memoria. Pero todavía nos acordamos de que, no hace mucho, restos de modalidades más viejas del procedimiento seguían aún en uso, y nombres como el del general De Gaulle o Mussolini o Pinochet, o los de Churchill o José Stalin, respondían a caras de poder de viejo cuño, de las cuales los números de la masa podían citar con convicción y con regusto los gestos, ocurrencias y crueles decisiones, como dotados de la virtud del barbillazo de Júpiter Tonante de hacer que las cosas sucedieran como ellos las querían.

Cierto que ni aun ésos, ni siquiera aquel Hitler, con toda la cuenta de crímenes millonaria de que la historia le hace responsable, llegaban ya a la talla de Napoleón Bonaparte, por ejemplo. Y de ese Napoleón, por cierto, lo más notable no es que, aparte de infundir su ilusión entre las masas, alcanzara a engañar igualmente a genios como Hegel o Beethoven, según tengo entendido, sino aquello de que, desde sus días en adelante, los locos de manicomio del mundo, afectos de megalomanía, tomaran la costumbre de elegir su facha y nombre para darle cuerpo, y que la declaración de ese tipo de manía fuera preferentemente «Yo soy Napoleón». Y bien que esta curiosa consideración podría haber guiado a los observadores de la historia hacia vislumbres de la verdad que yace bajo las caras personales del poder y sobre las funciones que esas máscaras desempeñan en la relación del poder con la formación de masas, verdad que el escepticismo popular siempre sospecha por debajo de su masivo ilusionamiento. Pero ya se ve que ni la consideración de los locos napoleónicos, ni tampoco el mirar escrito sobre el Panteón con tan grandes letras «AUX GRANDS HOMMES LA PATRIE RECONNAISSANTE», ni siquiera la horrorizada recordación de las masas hechizadas por el encanto personal del susodicho Hitler, han servido mucho para descubrir por medio de todo ello, como por espejos exagerados y grotescos, pero fieles, el papel que los dirigentes, líderes o duces, y sus caras y nombres, cumplen igualmente en toda la normalidad; ni para estorbar, por tanto, que siga cumpliéndose como siempre.

Y por cierto que, antes de Bonaparte, no sé cómo se arreglarían los locos de manicomio para encarnar su megalomanía, pero seguro que apenas podía hallarse otra figura que cumpliera con esas condiciones, para locos y normales de consuno, como la de Julio César; la cual, acaso fundida en el recuerdo histórico con la de su hijo-en-el-poder Augusto y las de los sucesivos emperadores, para quienes vino a convertirse en nombre

común césar, así como las de algunos de sus imitadores modernos, vino a dar lugar a aquella frase, que declara la aspiración suma o totalitaria de todo individuo, «O César o nada», donde se oye bien cómo "César" ocupa el lugar de "todo", y la disyunción perfecta excluye cualquier avenencia de "más o menos": pues ser César es ser todo lo que puede ser un hombre.

Pero he aquí que la presente biografía de Julio César, redactada honestamente por Opperman para un gran público, no podrá menos, sin embargo, de ofrecerles a los lectores una imagen histórica en el sentido habitual, dotada de cuantos rasgos y noticias puedan hacer esa figura singular y "humana" (queriendo "humana" decir precisamente "personal"), aprovechando para ello los numerosos testimonios que monumentos, historiadores antiguos y poetas, y los escritos para los que tuvo también tiempo César mismo, nos han dejado acerca de sus gestas y sus trazas. Es decir que la biografía se aproximará a la realidad histórica del gran hombre todo lo que los instrumentos y técnicas de la historia lo permitan. Que la realidad no sea necesariamente ilusoria, y que la historia, ni la biografía, estén ahí para decir la verdad, eso es harina de otro costal por cierto; y es a insinuar a ese propósito, con motivo de la figura de César, algo diverso, inspirado siempre en el escepticismo del pueblo acerca de sus propias ilusiones, a lo que estas líneas preliminares se dedican.

Hay que advertir primero que, visto con miramiento, tampoco la invención de "Julio César" es del todo original en nuestro mundo antiguo: debemos seguir, más bien, el esquema general que nos hacer ver en todo eso que llamamos Roma una como prolongación, con paso a nueva escala (la del Imperio), de aquellos que conocemos como mundo helenístico o alejandrino (por Alejandro y por su Alejandría), donde se había instaurado la forma del poder que puede ya irse llamando Estado, encarnada principalmente en los reinos de los diádocos, Egipto, Siria y Macedonia, así como, por ejemplo, la literatura romana se manifiesta como la continuación de la helenística, con la trascendente novedad del paso a otra lengua; y así también, en el mismo esquema, la figura de Julio César tiene su modelo en la del propio Alejandro Magno. Lo profundo de la relación no pudo dejar de imponérsele ni siquiera a un biógrafo tan amante de los rasgos personales de carácter (con preferencia incluso de las anécdotas privadas sobre las grandes hazañas públicas para ponerlos de relieve) como fue Plutarco, que juntó esas dos vidas como paralelas; y que, por cierto, nos presenta al mismo César

leyendo una vez, en su tienda pretoriana, allá en la Hispania Ulterior (¿o debía decir acá?), la vida de Alejandro, con desesperación al echar cuentas de que a su edad Alejandro había conquistado medio mundo, mientras él no había hecho nada que lo sacara del común de los mortales. No podía él saber, para su consuelo, que probablemente lo que pasaba es que el nuevo aumento de escala de la empresa (de "todo el Oriente" a "el mundo entero") exigía unos años de maduración de la máquina del gran hombre (de modo que él comenzase apenas con la nueva etapa del proyecto a la edad que Alejandro había terminado con la suya), y que de todos modos, hasta las edades, como tampoco los otros rasgos personales, en que el enteco y neuropático César tanto parecía diferenciarse del robusto y algo tosco joven que fue Alejandro, no contaban gran cosa para la fijación de la estrella del destino sobre una u otra cabeza de gran hombre.

Pero lo que aquí nos importa es considerar el número y tamaño increíble de las gestas del gran hombre y su desmesurada intervención en aquello de cambiar el rumbo de la historia.

Alejandro, en marcha y competición con su mismo padre desde la adolescencia para llenar el puesto que la historia requería, después de educarse, como correspondía, con Aristóteles (¿con quién, si no?), había allá por sus floridos veintitantos años asegurado la sumisión de la vieja Hélade, ya por el ejercicio de la crueldad de escarmiento sobre Tebas, ya trocando las antiguas ilusiones políticas de los helenos por la nueva (pero aparentemente también tradicional) ilusión de «ir contra el Persa», para la que involucró unos miles de soldados griegos en sus tropas; y había, por otro lado, con una expedición a los tribalos y a las regiones de las nieblas hiperbóreas, dejado debidamente aterrados y tranquilos a los bárbaros del Norte; tras lo cual, se había lanzado sobre el Oriente, había liberado una vez más a los helenos del Asia Menor y, rodeando por la costa, de la Caria a la Palestina y al Egipto, se había hecho cargo limpiamente de todo el cuenco de la civilización y lo había dejado preparado para integrarse en el futuro orden del mundo; cumplido todo lo cual de dos mandobles, y sin temer perder algún tiempo en meterse unos cientos de kilómetros por el desierto de Libia, a que el oráculo de Amón le asegurase su paternidad divina (poca gracia parece que le hacían a la madre esas historias de connubio con Zeus que la política necesitaba), se había sin más metido al corazón del imperio medo, y tras derrotar como si fueran soldaditos de plomo a un par de ejércitos millonarios (pero es que el suyo iba animado por el aliento del futuro y de la cultura occi-

dental), había ocupado, con su sola grandeza y apenas frisando en los treinta años, toda la vasta estructura en que había venido a organizarse la cuna de la historia; sobrándole tiempo todavía para dejar iniciada la nueva administración, implicando en ello a los nobles orientales con los generales de sus tropas, y para casarse él mismo con una princesa bárbara de un rincón resistente del Dominio, había pasado luego a ocupar los valles de la India, hasta el punto en que fue el disgusto de sus tropas lo que hubo de decir "basta" y fijarle a su conquista un límite, no sin que la penosa vuelta, por tierra y por los bordes del Golfo Pérsico, sirviera de paso para darle un nuevo sentido y poderío a la investigación científica y a la cultura en general, sin la cual no hay poder que conquiste ni domine: todo ello concluido antes de morir a los treinta y tres años.

Y ahora Julio César... Hasta entrado en la cuarentena, parece que se había estado dedicando a empresas de ámbito todavía ordinario, sólo un tanto atrevidas y desmesuradas; aunque, visto a la luz del futuro, se estimaría que no era así: que sus intrigas para hacerse pontífice máximo, sus negocios oratorios de celebración de grandes damas romanas o de defensa de causas perdidas, como la de los catilinarios o la de Clodio, que, al profanar por amor los misterios femeninos, le había dado pie para librarse de una de sus señoras (pues «la de César debe estar incluso por encima de la sospecha»), así como el juego de alianzas matrimoniales, especialmente con el gran Pompeyo; todos esos actos, a veces triviales y con apariencia de caprichosos, tenían su función en la preparación de su propia figura para encarnación del destino, y no eran sólo, como también lo eran, medios de llenar una espera, en tanto maduraba la corrupción de la República; pero sobre todo sus derroches exorbitantes de dinero, aquellas deudas, mucho más profundas que para un simple particular, con que llegaba a la culminación oficial de su carrera en el consulado, y que sirvieron además de lazo con el financiero Craso (triunvirato) en el trance decisivo de pasar de ser el mayor deudor privado de Roma a ser el administrador del erario público, le habían colocado con respecto al dinero en la relación que a su destino correspondía (que es que, cuando se rebasan unas ciertas cifras, la inversión de positivo a negativo que rige para "deuda" y "crédito" en las economías domésticas deja de regir y se instaura una nueva conexión entre ambos términos, que sólo para engaño conservan en la gran empresa o la administración estatal los mismos nombres), no sin que con ello se trastocara para él también la relación entre "dinero" y

"cosas", "dinero" y "hombres", ya que al que aprende a derrochar por alto millones de sestercios está aprendiendo a derrochar millones de hombres al mismo tiempo.

Todo ese aprendizaje parece ser que requería la formación del futuro César, sin que él tuviera por qué ser consciente del sentido de sus manejos durante esos años; o más bien, se requería que no lo fuese, para el debido desarrollo del proyecto.

Y ahora, de repente (se diría), a sus cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años, se pone César a desplegar su juego en una magnitud y a una velocidad decididamente sobrehumanas: pues en unos doce o trece años, los que van de su consulado y comienzo de la campaña de las Galias hasta el anterior a su asesinato (más o menos los mismos doce o trece que duró la gesta de Alejandro), se desarrollan a su nombre tantos y tales hechos que apenas bastarían otros tantos años para contarlos y hacer un cálculo justo de su importancia para la historia. Y como precisamente lo que aquí me importa es poner ante los ojos esa condición sobrehumana de la cuantía, la de la extensión sobre la tierra y la de la velocidad en el proceso, procedo a enumerar rápidamente algunos de ellos, pidiéndole al lector que tenga a la mano el mapa del mundo antiguo a un lado, y el calendario y reloj al otro.

Preparado apenas para el papel de conquistador por un par de campañas contra la Galicia en su cargo de la Hispania Ulterior, no más fantásticas que las campañas de tantos gobernadores de las Hispanias, secularmente resistentes al redondeamiento del Dominio, ahora las Galias quedan conquistadas, de primeras, en un par de años, y después de levantamientos de algunos de sus cientos de naciones y de tres sacudidas mayores de rebelión, la más general la última, la de Vercingétorix, definitivamente sometidas y pacificadas en ocho años: una extensión (la de las actuales Francia de la Provenza para arriba, con Suiza, Bélgica y Países Bajos) que simplemente recorrerla, estando en los sitios que él estuvo y tomando nota, le llevaría a un ciudadano corriente y motorizado a buen seguro más de un año; más, por añadidura, una penetración, profunda y devastadora, al otro lado del Rin, estableciendo un largo yermo de seguridad para el Imperio, y el paso a la Britannia, una isla que antes de él apenas si por relatos de viajeros se dudaba si la habría o no, y que él abordó con la misma familiaridad de trato y guerra que si hubiera sido desde siempre parte de su mundo, ocupando en un tris toda Inglaterra, y parándose en las lindes de Escocia y Gales no por otra razón sino que aquello le parecía el radio má-

ximo de ocupación que le permitiera seguir con su costumbre de volverse a Italia en los inviernos.

Porque es que toda esa hazaña se realizó tan sólo à mi temps de los ocho años, dedicándose la otra parte a vigilar de cerca, desde la Galia Cisalpina o por breves retornos a la capital, cómo se iban poniendo las cosas de la política interior, cómo su propia figura se iba en la distancia colocando y ganando en prestigio sobre las masas y miedo de los optimates, pasando por la desaparición de Craso y el extrañamiento de Pompeyo, señalado con la muerte de Julia, lazo provisional que había sido entre ambos, y cómo florecían las contradicciones del sistema republicano, ya con los escándalos de la compraventa de votos (un hombre, un voto: un voto, tantos sestercios), ya con las luchas callejeras de las bandas de Milón y Clodio.

Y todavía, al mismo tiempo, a lo largo de esos años de conquista, no hubo de faltarle ocasión para otras magnitudes extraordinarias, como los prodigios de ingeniería del puente sobre el Rin, completo y firme en nueve días, o de la doble fortificación en torno a Alesia, contra la ciudad y contra el campo, con cifras de medidas de millas de fosos o de pies de altura de empalizadas y cómputo de postes y tablones, que sólo pueden compararse en incredibilidad (habida cuenta de los plazos brevísimos de tiempo) con esas otras cifras de los repetidos cientos de millares de muertos, bárbaros o semibárbaros, consumidos en las acciones de guerra, desde los 200.000 helvecios, pasando por los 60.000 nervios (500 sobrevivientes) y los 400.000 germanos, hasta los 200.000 y pico liquidados en torno a Alesia. No obstante las cuales enormidades, tampoco le faltó a César tiempo para ir escribiendo todo esto, cifras de millas y de muertos incluidas, en sus Comentarios, donde César se desdobla en dos, la primera persona o César innominado que lo cuenta y la tercera o César nominado que realiza las hazañas, y ello por lo demás en latín tan elegante, que, por batir otro récord más, son sin duda el libro en latín que más millones de personas han leído en este mundo, sobre todo desde que estos últimos siglos se impuso como texto para principiantes en las escuelas.

Bien, pues dejando de lado todavía muchas cuentas, paremos ahora mientes en los pocos años que faltan, los cuatro de la guerra civil y lo poco más de uno hasta la muerte.

Se trataba, lo primero, de resolver el pequeño conflicto o vacilación que la historia había tenido en este trance, al disponer de dos candidatos casi igualados en condiciones para llevar la máscara de rector del mundo: Pompeyo, que fue, pese a la

decisión final, el que cargó con el sobrenombre correspondiente, Magnus (el de Alejandro antes y de Carlos más tarde), y César. Teniendo pues que ser la dirección del mundo, como el amor verdadero, cosa de uno solo, era urgente decidir la vacilación, y así se hizo, sin que aquí nos ataña mucho juzgar en qué las condiciones de César eran mejores para que fuese a él a quien se le diera el papel al fin (anotemos sólo que un cierto resto de fe en las instituciones por parte de Pompeyo, con la consiguiente imperfección de la fe en sí mismo frente a la ninguna fe de César en las instituciones, con mayor perfección por tanto de la fe en sí mismo, condición primera de todo conquistador de imperios o de mujeres, eran ya síntomas que indicaban de qué lado estaba cayendo la decisión). Pero lo que aquí más nos toca son igualmente los tamaños y velocidades, y he aquí para ello rememorados algunos datos.

En cuanto a distancias, tenemos ya de entrada, para la ocupación o investimiento de toda la Italia del Rubicón para abajo, sesenta días. Y luego, el fabuloso contorneo o repaso de diseño del Mediterráneo, primero tras de Pompeyo (motivo al fin secundario) desde los montes del Epiro y los llanos de Macedonia (donde Farsalia) hasta el Asia Menor, y de allí volviendo una vez más sobre el Egipto (donde Cleopatra, que tampoco le hizo perder más tiempo del necesario); y luego, ya sin Pompeyo por delante, los sitios del Africa, donde había sido Cartago, y donde una vez estuvo varios días saliendo a la costa cada mañana a avistar la llegada desde Sicilia de unos barcos de refuerzo, apenas teniéndose de la impaciencia de retraso tan ligero —tal era su sentido de la celeridad necesaria de la empresa—; y por fin, cerrando el ciclo, la vuelta sobre Hispania, y allí, a todo diámetro de Lérida a Sevilla, la aniquilación de los restos de la República y la preparación de la paz para largos siglos.

Pero todo ello, con las nuevas cifras asombrosas de leguas y de muertos (aquella manipulación de la enorme red urbana de Alejandría, aquellos montones de grandes cuerpos de mercenarios galos y germanos tras una batalla en Africa) y con las renovadas maravillas de estrategia, de ingeniería y de diplomacia para bárbaros y para reyes, no había sido más que una parte de la agenda de esos cuatro años, alternando con las actividades en el centro, por presencias ocasionales o por representaciones tan fieles como la de Marco Antonio, sentando con medidas igualmente vastas y prodigiosas los cimientos de la nueva administración, tanto en su esquema general (que es ciertamente sobre el que Octaviano Augusto completará la edificación,

que no sobre el que habría podido completarla Antonio) como en mil menudencias casi burocráticas, pero algunas de ellas también transcendentales: la reorganización de la gobernación de las provincias; el aplacamiento de las legiones descontentas, durante y tras las guerras, y el consiguiente establecimiento de las colonias de veteranos; el proyecto de codificación de las normas jurídicas; la resolución de los conflictos económicos y aplicación de decisiones hábilmente moderadas en cuanto a las viejas reivindicaciones democráticas, como las de la condonación de deudas; la reforma del calendario con ajuste, según las más científicas mediciones, de la discordia entre meses y año (por más que el Sol, según Virgilio, hiciera duelo por la muerte de César, no por eso dejaba ya de obedecer a las leyes de la ciencia), que es, con escaso refinamiento posterior, la que sigue rigiendo el tiempo de nuestras vidas; la promoción cultural, con iniciativas en la arquitectura pública urbana, organización y producción de espectáculos para masas, sin abandono de su personal cultivo de las letras (su Anticatón, *respondiendo a Cicerón sobre la figura de Catón de Utica, su docto juicio sobre el teatro de Terencio, su toma de posición en la contienda gramatical entre analogistas y anomalistas): en suma, una serie de grandes planes y realizaciones casi en todos los Ministerios que constituyen un Estado de los actuales, que en gran parte hubieron de llevarse a término entre los episodios, asiano-egipcio, africano y español, de la guerra civil y en los escasos dos años que le quedaban desde el fin de la guerra hasta su muerte; y que constituyen una cuantía de acción, y de acción con éxito, a plazo más o menos largo, que no sé si en la biografía de Opperman quedará todavía expuesta de manera lo bastante avasalladora para nuestro asombro. La menor de esas obras de organización, planificación o ejecución, en la cosa pública habría ciertamente bastado para justificar la vida entera de un gran hombre de menor cuantía.*

La verdad es que, así como a Alejandro da la impresión de que, después de la vuelta de la India, no le quedaba nada por hacer hasta que se lo llevó la peste, así la sensación de un hiato semejante, una vez asentada la nueva Roma tras la guerra, no sólo la recibimos nosotros a través de las crónicas, sino que debió de ser sensible para César en persona; el cual, según la autoridad indubitable de Cicerón en ese monumento de adulación al nuevo orden que es el Pro Marcello, *llegó a decir (con evidente hipocresía: pero importa la institución subconsciente que tal hipocresía promoviera) aquello de «Así para natura como para la gloria bastante he vivido ya»; de modo que no puede decirse*

aquí tampoco que los puñales de Bruto y Casio llegaran a destiempo; sólo que, cuando él decía "natura" y "gloria" se estaba ocultando que para lo que había sido seguramente bastante la vida era para la historia, para el cumplimiento de sus funciones de gran hombre, con respecto a lo cual lo mismo la gloria que la naturaleza no son más que soportes y cebos o pretextos auxiliares.

Pues bien: concluida esta somera exposición condensada de los hechos, guerreros y pacíficos, cumplidos bajo el nombre de Julio César, y que he pensado en presentar así, por si acaso en la exposición biográfica de Opperman, fidedigna ciertamente, pero más larga y por fuerza distraida con rasgos anecdóticos y algunas ideas, aunque parcas, sobre la habitual imaginación histórica de Roma, no se percibía lo bastante la enormidad cuantitativa de las obras, números, distancias y velocidades increíbles, invito ahora al lector a que se plantee cuestión como la siguiente.

El ve lo que en muy pocos años "hizo César"; bien sabe, por otra parte, los esfuerzos, estorbos, penas, vacilaciones y tardanzas que a un hombre cualquiera le cuesta llevar a término la cosita más menuda, como cambiar el picaporte desportillado de la puerta del despacho, escribirle a tía Sara, que tanto agradece que le den noticias de por acá, decidirse a hacer una visita para reconciliarse de una vez con Federico, que no le habla desde hace tres años por un motivo que ni recuerda bien, dar un telefonazo a la secretaria del jefe para pedirle una entrevista para solicitar el aumento de salario sobradamente merecido, formalizar una suscripción al Times *para mantener fresco su inglés, o cortarse las uñas de los pies en término decente; para cada una de las cuales cosas toda una serie de indecisiones, descuidos de la memoria, repugnancias, inoportunidades tienen, con alteración de la más mecánica rutina cotidiana, que romperse, con el resultado de que, si llegan a hacerse, se hacen con una acumulación de retrasos y un consumo de tiempo tal que amenaza con agotar en esos trámites todo el espacio de tiempo de la juventud y de la vida, que, cuando quieres darte cuenta, ha pasado sin haber hecho nada o casi nada de lo que debías.*

Compare pues el lector con el caso de César (o el de Alejandro, o el de Napoleón o Hitler o cualquiera de los grandes hombres), y decida cómo se tiene que explicar la cosa. Porque parece que no le caben más que dos caminos:

O bien reconocer que hay una inmensa diferencia de capacidades, fuerza de voluntad, claridad de ideas, rapidez de deci-

sión, entre un hombre grande y uno de los corrientes, sin que la diferencia sea más que cuantitativa sin embargo, ni quite para que el grande sea tan personal como cualquiera, sólo que más: éste es el camino de la consideración moral, que es por lo mismo el políticamente conveniente para el orden, el que los órganos de formación de almas les inculcan a las gentes desde arriba, presentando a los personajes al mismo tiempo como muy personales y como muy grandes, y al que me temo que aun las más honestas biografías de los grandes hombres también inciten: es el que ya se les imponía a los propios soldados de César, destinados a morir masivamente al servicio de la empresa, pero que a la vez tenían que creer con la fe más viva en la humanidad, esto es, la personalidad individual, de su imperator, *desfilando por ejemplo al son de cantinelas como aquélla de*

> César conquistó las Galias; Nico lo conquistó a él.
> Ve ahí: por conquistar las Galias, entra en triunfo César hoy,
> y no entre Nico en triunfo, el que a César conquistó,

o cualesquiera otras cuchufletas obscenas y humanizadoras.

O bien, si ha seguido el lector atentamente mi acumulación de los hechos de César, computando las millas de distancia, la altura de los fosos, los cientos de millares de hombres, el número y magnitud de reformas administrativas planeadas y realizadas, y si le parece que ninguna diferencia en el tamaño de los hombres puede bastar para dar cuenta de tan abismales diferencias en los hechos, tirar entonces por el otro camino, y tratar de concebir de otra manera las relaciones entre las vidas individuales y los acontecimientos de la historia, otra manera de entender las relaciones entre los verbos y sus sujetos, en frases como «César reorganizó las provincias del Imperio» o «César conquistó las Galias».

Es, por cierto, curioso considerar a tal propósito lo que los grandes hombres mismos opinan y formulan acerca del misterio. Es frecuente que algunos de ellos participen con el vulgo ínfimo en las creencias más religiosas y supersticiosas, ya en una Providencia o ya en un Destino: es conocido cómo Hitler, por ejemplo, cultivaba la astrología y las adivinaciones, en armoniosa concordia, por cierto, con la promoción de la ciencia más progresada y las técnicas correspondientes; y aunque no llega a manifestarse así la cosa en los antiguos, Alejandro ni César, es interesante recordar cómo en éste la noción de Týchē *o* Fortūna, *elaborada ya por los historiadores de la época helenística, Poli-*

bio sobre todo, se agitaba reinante en sus ideas, según aparece en la anécdota del patrón del barquito en la intentada travesía a Dyrrhachium, cuando César, contra el mal tiempo, le anima diciéndole "Llevas contigo a César y su Fortuna"; sin que, por otra parte, esa creencia en una Fortuna, que tiene casi cara de Providencia o de Sino, fuera en sus mientes incompatible (bien por el contrario) con una conciencia de azar, con el que se arriesga y juega el hombre, una actitud de jugador de dados, que se manifiesta en el Alea iacta est.

(Y bien sería pararse aquí a analizar un poco el juego de los varios vocablos en que se revelan las ideas que los hombres se hacen acerca de sus acciones y de las fuerzas o causas que las rigen: "destino", heimarménē, fātum y semejantes, en que aparece la creencia de que se va haciendo lo que ya está hecho, en cuanto que "está escrito"; a lo que parece oponerse la creencia en una voluntad deliberada, boulḗ, consilium y uoluntas; la cual, sin embargo, por medio de una atribución a un Dios personal y gubernativo, puede pasar a ser la boulḗ o uoluntās divina, el neúein de Zeus que conmueve el Olimpo según su nóos, el nūtus o nūmen, o el designio de Jehová, que así resulta una síntesis entre las dos crencias contrarias, la del Destino y la de la Voluntad; y en cuanto a la mera Suerte o Azar, que de primeras aparece como noción negativa, reconocimiento de la vanidad de "Sino" y de "Propósito" como explicaciones de los hechos, pero que rápidamente se positiviza a su vez y se personaliza, ya en la Suerte divinizada del jugador, ya en el cálculo de probabilidades como nueva forma de explicación científica... Pero no es ocasión de perdernos ahora en tan apasionante análisis de nuestro vocabulario).

Sea lo que sea lo que los grandes hombres por su cuenta hayan tenido que creer acerca del sentido y causas de sus movimientos, lo que aquí deseaba es que el lector, por la suya, aprovechando la magnitud increíble de las hazañas de Julio César, se parase a pensar un momento sobre la cuestión: que es que, si no se queda satisfecho con atribuir a la grandeza personal del César el número y tamaño de sus obras, me parece que va a tener que venir a distinguir, entre los hechos de los hombres, dos clases, aunque la diferencia entre la una y la otra no sea más que gradual, pero distintiva: quiero decir, los que están como demandados y muy imperiosamente exigidos por la marcha misma de la historia, y aquellos otros que no lo están tanto o no lo están nada o van incluso por su propio pie en contra de lo que la historia pide.

Bien querría evitar que esto de "la historia" que aquí empleo, tan en serio como en broma, diera lugar a alguna mala idea: pues ello no implica una nueva forma de fe en Providencia ni Destino alguno, sino un modesto reconocimiento de que las estructuras u organismos públicos, y en general los entes abstractos a los que llamamos Estado, Imperio, capital, empresa, no por ser abstractos dejan de ser reales y de tener lo que en cierto modo podemos llamar sus vidas (cosa que en último término podríamos extender al total o conjunto de esas abstraciones, con nombres más o menos fantasiosos como "humanidad" o "experimento del hombre" o "aventura de la realidad", de modo que las cosas que los hombres hacen (diciéndose así, por culpa de la estructura verbal de nuestras lenguas, «X emprendió la guerra», «Y dirige la reestructuración de la oficina», «Z va a alterar totalmente la administración de la casa» o «del Imperio») resultan ser, miradas algo más de lejos, movimientos de la máquina u organismo (asociados con ciertos puntos del aparato, que son X, Y o Z), movimientos que tienen que sufrir las partes de su estructura (y al parecer, a velocidad progresivamente acelerada), a fin de conseguir que el total siga siendo siempre el mismo, esto es, a fin de que permanezca oculta la verdad de su realidad, que, descubierta, amenazaría con revelarse (y desintegrarse) como ilusión o ensueño.

Pero, dentro de ello, sobre todo esta diferencia cuantitativa: que si para las gentes corrientes en general, cabe dudar más o menos de hasta qué punto lo que hacen o les pasa con sus vidas responde fielmente a las necesidades de la historia (del Estado, del capital, del Imperio, de la empresa), hasta qué punto lo que hacen consiste en hacer lo que ya está hecho (en cuanto inscrito en el plan o mecanismo de los entes abstractos superiores), o si por el contràrio será por ventura ajeno y hasta en contra de lo que desde arriba está mandado (el que pueda haber algo de esto depende inmediatamente de que el organismo superior conozca imperfecciones o fallos en su mecanismo; pero se sospecha ingenuamente que, cuanto las cosas que uno hace las hace más fácilmente y con mejor éxito, más probable es que sean un hacer lo que está hecho, mientras que ciertas dificultades, fracasos y conflictos pueden ser a veces un indicio, nada seguro en cambio, de que acaso no sean un hacer lo hecho, sino manifestación de los fallos del sistema), pero en todo caso la magnitud y velocidad increíbles de las gestas, planes y realizaciones, atribuidas a la acción de los grandes hombres parecen indicarnos, y más cuanto más aumentan y tocan con lo sobre-

humano, que esos sí que son movimientos de los entes superiores, y su enorme y velocísimo cumplimiento revela que ellos sólo hacen lo que hay que hacer y que por lo tanto está en cierto modo hecho antes de hacerlo; cosas que para animar a alguien a hacerlas, para que uno quiera hacerlas, es exigencia necesaria que uno no sepa que ello es así, que no sepan lo que hacen. Y semejante cuenta de los actos, que sería en el caso del Dios Personal Supremo toda la verdad, se acerca a serlo en el caso del gran hombre, y más se acerca cuanto él más grande.

No tiene por qué pesarnos (ni regocijarnos tampoco mucho) que el piadoso y despiadado curso del pensamiento, tal vez desmandado, nos lleve a imaginar la invención de "César" como algo semejante a lo que la ciencia nos enseña sobre cómo, entre ciertas clases de hormigas por ejemplo, se fabrica y crece y se sostiene la descomunal hormiga reina, acaso millones de veces más voluminosa que cada una de las de la masa de su reino; sin que ello tenga, por lo demás, que ser incompatible con una cierta admiración de la gracia con que se nos cuenta que Julio César, en el momento de caer bajo las dagas de los republicanos descontentos, compuso sus ropajes para caer con la mayor decencia, manteniendo así el «genio y figura hasta la sepultura». ¿Por qué no?: el que el ente abstracto de, por ejemplo, el Imperio se nos revele del mismo orden que el de un hormiguero y reconozcamos la necesidad de la grandeza de una reina para que la estructura social siga su curso y se mantenga debidamente no tiene por qué quitar que, cuando así nos sople el viento (tal es la inconsistencia y contradicción de los mortales del común), estimemos las especiales gracias de las hormigas que son hombres, grandes o pequeños.

Pero, frente a la fascinación de la biografía y las fotos de las caras de los líderes para formación de masas, quede aquí abajo enunciado este apotegma, que brota de lo más hondo del escepticismo popular: que poder es obediencia; y sólo la necesidad de inconsciencia que al ejercicio del poder ha de acompañar por fuerza (y la misma inconsciencia en el líder que en sus masas) obliga a que esa ley de obediencia se oculte alternativamente bajo las máscaras de la fe en la voluntad de los grandes hombres o de la fe en el Destino y en el régimen de las estrellas sobre las vidas.

1. Los años de infancia

Cayo Julio César nació el día 13 de julio del año —100 en Subura, barrio de Roma con gran densidad de población y no precisamente aristocrático, situado al oeste del Foro, en las cercanías de la actual Via Cavour. Su familia pertenecía a la *gens* Julia, uno de los linajes patricios más distinguidos y nobles, que retrotraía sus orígenes hasta Julo, el hijo de Eneas que, según la leyenda, había salido indemne del incendio y destrucción de Troya, su patria, a manos de los griegos. Tras numerosas peripecias, y siguiendo el mandato de los dioses, Eneas arribó a Italia, trasplantó a esta tierra el panteón de la antigua Troya, y sus descendientes fundaron Roma. Eneas era considerado hijo de la diosa llamada Afrodita entre los griegos y Venus entre los romanos. César afirmaba que éste era el origen de su estirpe: ésta es la razón de que muchas de sus acuñaciones de monedas muestren la imagen de Venus, de que en el sello de su anillo portase una Venus *in armis* y de que edificase en el Foro un templo en honor de Venus como madre de su linaje (*V. Genetrix*). A César le gustaba recalcar en público estas hondas raíces.

No se puede precisar con exactitud cuándo entroncó dentro de la *gens* Julia la rama que le añadió el sobrenombre de César. El significado concreto de este último apelativo es muy discutido. Un autor romano de la época del Imperio escribe[1]: «Los eruditos y expertos más reconocidos afirman que al primer portador de dicho nombre se le llamó así por haber matado en combate a un elefante, animal que en lengua cartaginesa se denominaba *caesar*.» Julio César también mantenía esta versión, según se infiere del elefante con la leyenda «Caesar» que mandó poner en sus acuñaciones numismáticas. La muerte del elefante debió de acaecer aproximadamente el año —250, durante la primera guerra púnica.

Pero por rancio y distinguido que fuera el abolengo de la *gens* Julia, lo cierto es que hasta el advenimiento de César sus miembros no habían desempeñado papel alguno de relieve en la polí-



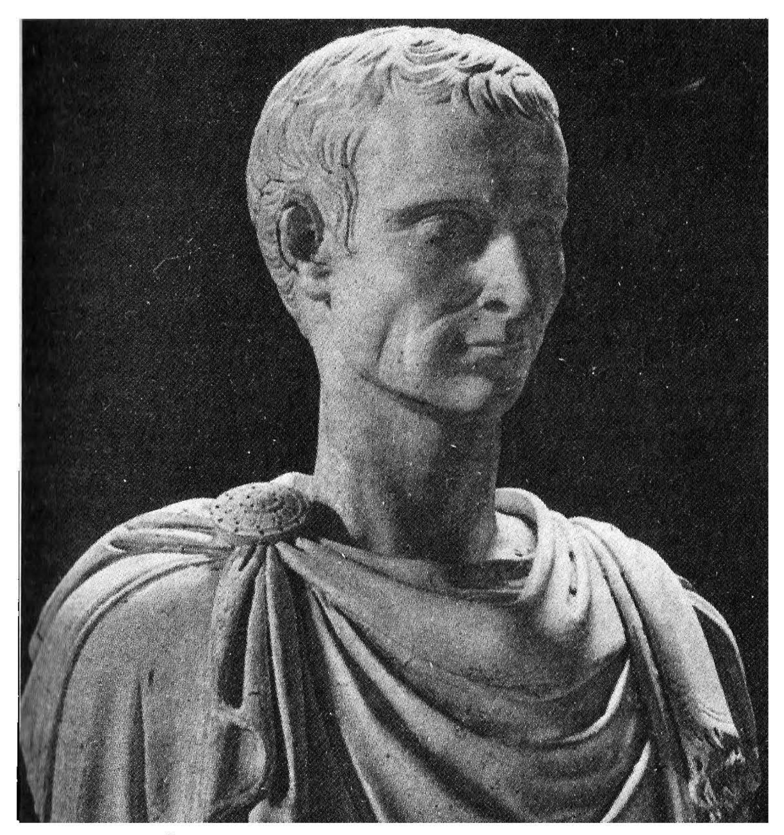


E. A. Sydenham: The Coinage of the Roman Republic (Londres, 1952)



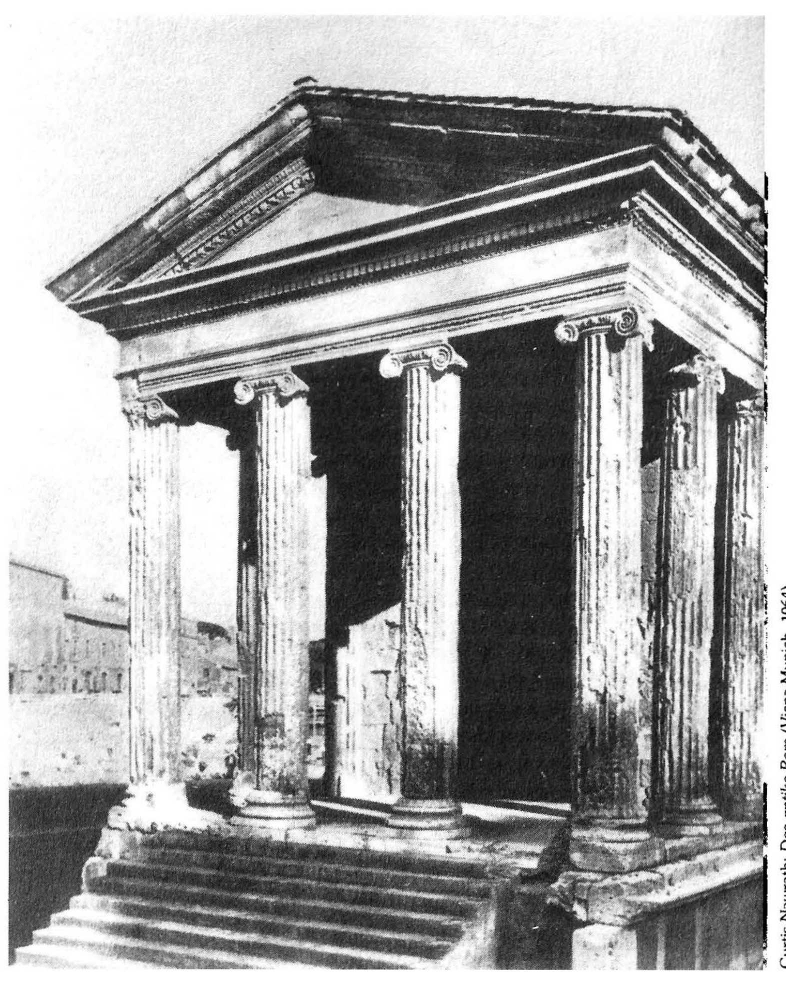
Monedas de la época de César con motivos referidos a sus orígenes legendarios. Arriba, cabeza de Venus y (reverso) Eneas huyendo de la ciudad de Troya. La familia de César se consideraba descendiente del hijo del héroe troyano, y éste, a su vez, era hijo de la diosa Venus. Al lado, moneda con el dibujo de un elefante, caesar en lengua cartaginesa. Gabinete de Monedas, París.

tica de Roma; es más, en la época del nacimiento de César su posición social no concordaba en absoluto con sus ilustres orígenes. En el último siglo y medio ninguno de los antepasados directos de César había accedido a la suprema dignidad de Roma, al consulado. Por este motivo la familia intentó, en repetidas ocasiones, entroncar por la vía matrimonial con familias influyentes, aunque éstas no fuesen patricias. En Roma era éste el método más común para conseguir ascender en la escala social. El abuelo de César se había casado con una mujer de la *gens* Marcia, y su hija Julia se había desposado a su vez con Cayo Mario (—156 a —86), vencedor de las temidas tribus germanas de los cimbrios y teurones, convirtiéndose en uno de los más importantes hombres de Roma, aunque no por su origen. Este matrimonio posi-



Busto de Julio César joven.

bilitó el acceso de la estirpe de César a los círculos dirigentes del partido popular. Aurelia, la madre de César, procedía también de una familia respetada, rancia y muy influyente políticamente, e intervino decisivamente en la educación de su hijo. César recibió una instrucción excelente que potenció su talento natural. Desde los diez años, Marco Antonio Gnifón, un experto reconocido en literatura griega y romana, se encargó de su educación dentro de esa especialidad que en aquella época se consideraba imprescindible para cualquier romano que se preciara de culto. César aprendió a leer y escribir de la mano de la vieja traducción latina de la *Odisea* hecha por Livio Andrónico, y del propio Homero. Fue puliendo paulatinamente su lenguaje, asimilando los principios básicos de la oratoria, materia básica para un político,


Curtis-Nawrath: *Das antike Rom* (Viena-Munich, 1964)

Templo de la Fortuna Virilis, *en Roma. Es el único templo de los tiempos de César que se conserva intacto en la capital italiana.*

y de la poesía, artes en las que haría sus pinitos en el futuro. César acudía al Foro con regularidad, escuchaba a los grandes oradores de su tiempo y asistía a los debates y veredictos de los jurisconsultos para aprender a compenetrarse con una materia tan importante como el derecho. Dentro de las paredes de su casa, las imágenes de los antepasados y parientes difuntos, colocadas

en pequeñas hornacinas de madera en los muros laterales del atrio, eran testigos mudos de su aprendizaje y de sus juegos. La infancia terminó con la concesión de la toga viril, vestimenta propia de los adultos que señalaba el paso de la infancia a la plena madurez. Era ésta una ceremonia solemne presidida por el padre. En ella, el adolescente depositaba la *bulla* (cápsula de oro que contenía en su interior un amuleto con el cual se había protegido hasta entonces de espíritus desfavorables y de encantamientos) en el altar de los Lares, se despojaba del vestido ribeteado de púrpura propio de la infancia (la *toga praetexta*), y recibía de manos de su padre la toga completamente blanca característica del adulto *(toga virilis)*. Padres, parientes y amigos acompañaban al joven al foro en solemne comitiva. En el foro se le inscribía en la lista de los ciudadanos. Esta ceremonia se celebraba en fecha determinada, en la fiesta de Baco, el dios del vino, por lo que el Foro estaba abarrotado de jóvenes que cumplían con el mismo ritual. Después, el joven subía al Capitolio para mostrar su agradecimiento a la diosa Iuventus (Juventud), y regresaba a casa, en la que un banquete ponía fin a la ceremonia.

César vistió la *toga virilis* el día 15 de marzo del año —85. Su padre aún asistió a este acontecimiento, pero no había cumplido su hijo dieciséis años cuando falleció repentinamente una mañana al levantarse del lecho. El padre de César había logrado escalar en su carrera el segundo cargo más alto del Estado, la pretura. Los jóvenes romanos, por entonces, incluso después de haber vestido la *toga virilis,* permanecían sujetos a la *patria potestas* o autoridad absoluta del *paterfamilias*, así que la muerte de su padre supuso para César la completa independencia. Pero al mismo tiempo la persona de su madre se hizo mucho más importante.



Estatua de un patricio portando las efigies de sus antepasados para significar la antigüedad de su familia frente a la ciudadanía reciente de los plebeyos. Los patricios, descendientes de los antiguos cuidadanos romanos, constituían una aristocracia hereditaria con plenos derechos privados y públicos. Sus representantes, los patres, defendían sus intereses y los de la República en el Senado. Palacio de los Conservadores, Roma.

2. El entorno político-social

César nació en una época de la historia de Roma caracterizada por la efervescencia y la inquietud social, que abarca desde la emergencia de Tiberio Graco (—133) hasta la batalla de Accio (—31). Durante este siglo, jalonado por tremendas luchas intestinas, Roma evoluciona de la República al Imperio. César desempeñó un papel preponderante en dicha evolución puesto que fue él quien dio el paso decisivo para acceder a la nueva forma de Estado. A este respecto, César hubiera asumido íntegramente las palabras que el poeta pone en boca de su antepasado Eneas: *Et quorum pars magna fui*[2] («Yo fui un factor muy importante de dicho cambio»).

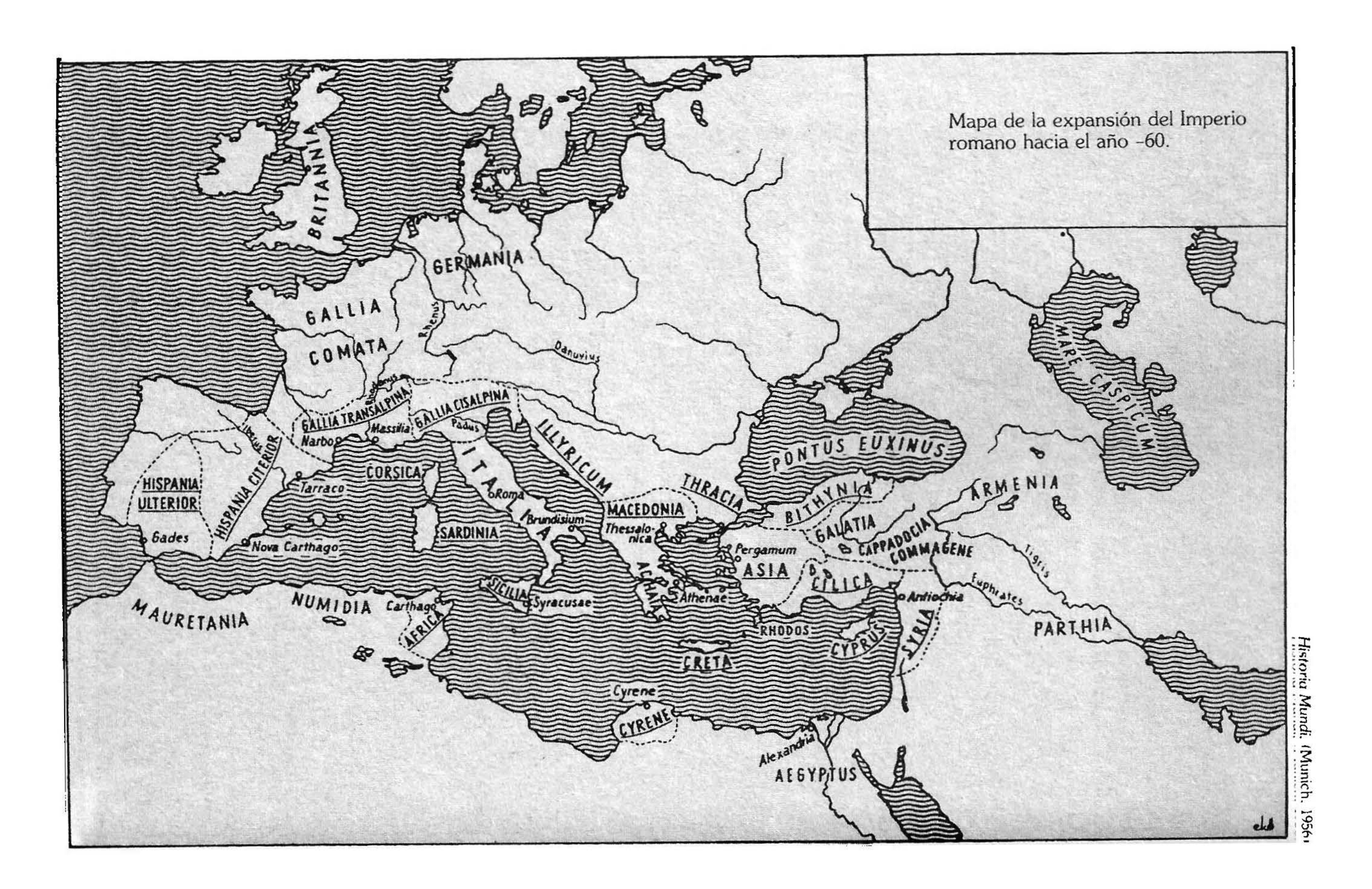
Desde la abolición de la monarquía, la dirección de la política de Roma estaba en manos de las grandes familias, es decir, de la aristocracia hereditaria de los patricios. Los plebeyos habían logrado la igualdad con los patricios en cuanto al derecho privado tiempo atrás, y, sin embargo, en el terreno político estaban en franca desventaja, por lo que lucharon denodadamente por alcanzar la igualdad en este ámbito. Con el tiempo la cúpula dirigente de los patricios confluyó con las familias más importantes de los plebeyos, conformándose de esta forma una nueva casta dirigente: la *nobilitas*. Los cónsules —en número de dos, con un periodo de mandato de un año y poder colegiado— fueron puestos a la cabeza de todos los magistrados y funcionarios de la República. Roma siguió siendo una democracia dirigida por la aristocracia. Los magistrados, al finalizar su mandato, pasaban a engrosar el Senado, institución constituida por un conjunto de hombres fogueados y expertos en las lides de la política y que eran una instancia consultiva para los cónsules y demás magistrados. Pero, a medida que fueron ensanchándose las fronteras de Roma, la importancia del Senado fue cobrando mayor auge, ya que los administradores de las provincias salían de su seno. El Senado se componía de antiguos altos funcionarios procedentes del círculo cerrado de la nobleza y representaba, por tanto, una ins-

titución que atesoraba un conocimiento de la política producto de generaciones que se iba, además, incrementando por medio de la educación y experiencias personales de sus miembros. Durante siglos llevó con mano férrea las riendas del Estado. Su opinión, su *auctoritas*, tenía tanto peso que los funcionarios no podían sustraerse a su consejo, y de hecho sus resoluciones equivalían a leyes.

Esta posición dirigente de la nobleza descansaba en gran parte en un fenómeno de vasallaje: la clientela. Consistía ésta en que los económicamente débiles se ponían bajo la protección de un *patronus*, miembro de alguna de las familias dirigentes que auxiliaba a su cliente y velaba por sus intereses. En agradecimiento, el cliente hacía causa común con su *patronus* en elecciones y comicios, y se preciaba de manifestarle en público su fidelidad. Una de las manifestaciones sociales más frecuentes de la clientela consistía en la visita matinal a la casa del *patronus* y en servirle de séquito en sus apariciones públicas. La privilegiada posición de las minorías dirigentes descansaba en este tipo de estructura político-social. En realidad, las pugnas políticas tenían lugar en el seno de la nobleza, y las distintas familias buscaban alianzas entre ellas por medio del matrimonio. La *nobilitas* constituía un círculo tan cerrado en sí mismo que era extraordinariamente raro que un *homo novus*, un «advenedizo», que no tuviera en su linaje antepasados que hubieran ocupado altos cargos, se introdujera en ese reducto y lograra ascender hasta el consulado. Pero hasta estos mismos «advenedizos» procedían de los círculos aristocráticos de las ciudades italianas de provincias. Esta configuración y posición de la nobleza explica el hecho de que casi todos los dirigentes «populares» (adscritos al partido popular, que se oponía a la autocracia de la oligarquía senatorial) procediesen, al igual que sus oponentes, los optimates (dirigentes del partido aristocrático), del seno de las familias que detentaban el poder. Salvando las distancias, podría buscarse un paralelismo con esta situación en la influencia que ejercieron en el nacimiento del movimiento obrero en Inglaterra los miembros de la oligarquía burguesa. Siguiendo la política impuesta por el Senado, Roma se anexionó en un primer momento la península de los Apeninos, la «Italia» de la antigüedad, que no incluía, por tanto, la llanura del Po. Más tarde, la nación salió airosa de la enorme prueba de fuego que supusieron para ella las tres guerras púnicas, esa lucha a vida o muerte contra Cartago que la condujo al borde del colapso. Al final, la lucha por la hegemonía del Mediterráneo occidental (que se disputaban romanos, griegos, etrus-

cos y cartagineses) se decidió a favor de Roma. Después de estas guerras pasaron a integrarse en la órbita de Roma como provincias los siguientes dominios: Sicilia, Cerdeña, Córcega, Africa (aproximadamente el territorio de la cual Tunicia), la llanura del Po (habitada por gentes de origen celta, y a la que se llamó Gallia Cisalpina), la mayor parte de España y todo el sur de la Galia que servía de puente entre Hispania e Italia (constituida más o menos por la actual Provenza y el Languedoc, y denominada Provincia Narbonensis). Desde el año —200 Roma va extendiendo sus dominios de manera paulatina pero incesante hacia el Este, conquistando los Estados que habían surgido a la muerte de Alejandro Magno. En la época de César, Roma se había anexionado ya los siguientes territorios de la cuenca del Mediterráneo oriental: Macedonia y Grecia con la zona del Adriático y la del Egeo, las islas griegas, Creta y Asia, es decir, la parte occidental de Asia Menor, dominando ya de forma incuestionable la otra mitad del Mediterráneo.

Esta evolución de la política convirtió a Roma, en un primer estadio, en la capital de Italia, y más tarde, en la potencia hegemónica del mundo civilizado de su tiempo. Las guerras cruentas y dilatadas mermaban el potencial humano de Italia y exigían el esfuerzo de todo el país. Además la constante dedicación a las armas distanció a los supervivientes de la vida campesina y de las posesiones que habían heredado. Al mismo tiempo, desde los territorios recién conquistados y colonizados, afluían a Italia cereales a muy bajo precio, cuestionando así la rentabilidad de la economía rural itálica, que fue sustituida por otra basada en el latifundismo dirigido con mentalidad capitalista. Las grandes propiedades rurales se dedicaban a la ganadería y a la producción de vino y aceite, utilizando la mano de obra barata de los esclavos y produciendo así un redimiento muy superior al del trigo. Los campesinos que habían perdido sus tierras emigraban a la capital, con lo que se formaba un proletariado urbano que aumentaba sin cesar y que dependía en gran parte de la asistencia pública o privada. Este proletariado urbano brindaba a los políticos hábiles un importante caldo de cultivo para la consecución de sus proyectos. Uno de los medios para lograr su favor eran los donativos y los espectáculos públicos, de día en día más costosos; todos sus deseos se encerraban en ese conocido lema: *panem et circenses* («pan y circo»). En el año —62, unas 320.000 personas obtuvieron su ración mensual de trigo a menos de la mitad del precio de mercado, y en el —58 un tribuno ambicioso repartió gratis tan ingente cantidad de trigo que este hecho con-



Mapa de la expansión del Imperio romano hacia el año -60.

Historia Mundi. (Munich. 1956)

sumió más de la mitad de los ingresos procedentes de las ricas provincias de Oriente.

Por otro lado, la expansión de Roma hacia el Mediterráneo oriental estrechó los lazos con el mundo helénico y su madura y refinada civilización. Un torrente de riqueza, producto de botines, de los impuestos y del comercio, inundaba Roma; los embajadores, comerciantes, rehenes y esclavos griegos traían consigo la cultura de su patria. Pero los efectos de este fenómeno en las distintas capas sociales fueron muy diferentes: en los estratos de la nobleza preocupada por la cultura provocó una asimilación activa del helenismo y suscitó afanes pedagógicos muy importantes; otros ambientes, sin embargo, se quedaron en la mera superficie de la civilización griega, en el lujo y en el hedonismo, de ahí que *pergraecari* («vivir completamente a la griega») fuese sinónimo de pasar una «noche loca», divertida. Había quienes veían en el fenómeno la relajación y destrucción del antiguo orden establecido, de la tradicional disciplina romana, pero no reconocían la necesidad de instaurar un nuevo estado de cosas más adecuado a las circunstancias. La mayoría de la nobleza tan sólo veía la riqueza que inundaba Roma y nutría con nueva savia el vicio nacional romano: la codicia; se bañaban, como nuevos ricos, en la riqueza recién conquistada y consideraban a los súbditos de las provincias un filón que había que explotar.

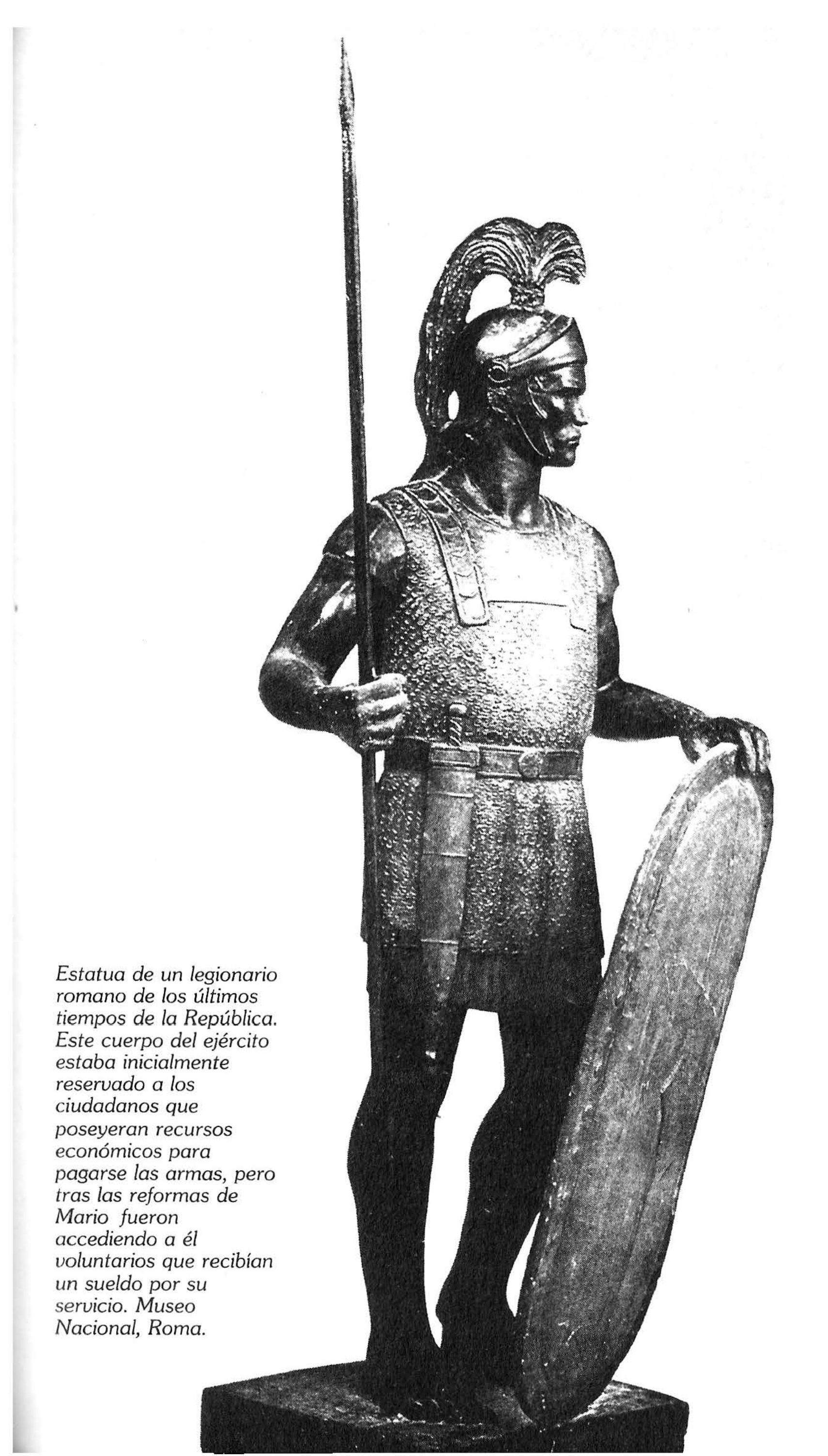
Con estas coordenadas, la vida económica, social y cultural no tardó en entrar en una fase de agitación y efervescencia, de modo que las tradicionales formas políticas ya no eran capaces de reprimir o encauzar este proceso y al final se resquebrajaron: creadas para gobernar una comunidad relativamente reducida (Italia), fracasaron al enfrentarse con la tarea de gobernar un Imperio casi universal. El gobierno de las provincias se le encomendaba siempre a algún ex-magistrado (procónsul, propretor) que ejercía su cargo con una autoridad sin cortapisas, considerándolo como una ocasión para llenar sus propios bolsillos. Además, el fénomeno de la concesión recaudatoria de los impuestos gravaba éstos más aún si cabe: la recaudación de una provincia era adjudicada en subasta al mejor postor, a menudo una sociedad, porque normalmente una sola persona no disponía del capital necesario. A su vez, los adjudicatarios intentaban extraer de su inversión las ganancias más elevadas posibles; disponían de una cohorte de subordinados, esclavos en su mayoría, que procuraban recaudar los impuestos incluso por encima del máximo legal, llegando a recurrir para ello a medios coactivos. La tasa impositiva era el diezmo. El Nuevo Testamento muestra con especial clari-

dad el odio que se tenía a los encargados de recaudar los tributos: los menospreciados «publicanos» no eran otra cosa que agentes recaudadores. Este monumental negocio estaba en manos de los llamados équites, el segundo grupo social o estamento de Roma después de los senadores: éstos últimos detentaban el capital «fijo», y aquéllos el capital «circulante».

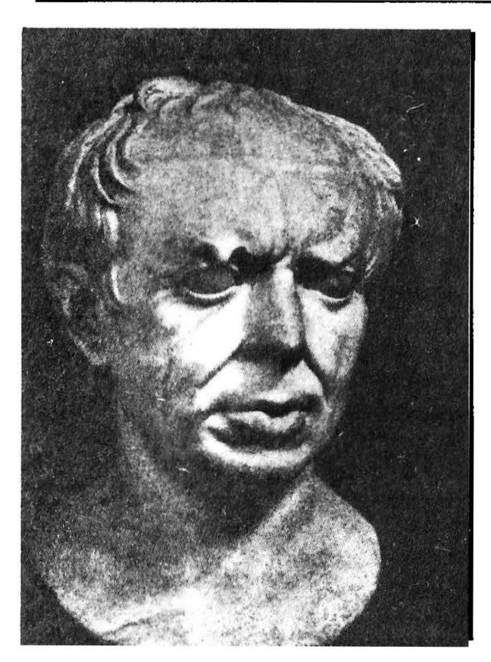
Los magistrados, sobre todo los cónsules, tampoco estaban a la altura de los nuevos tiempos. La exigua duración de su mandato (un año) impedía llevar una política exterior e interior coherente y continuada en periodos dilatados de crisis, que exigían una planificación a largo plazo. Las circunstancias exigían, pues, nuevas formas de actuación política.

Durante este siglo de revolución, Roma intenta solucionar los problemas sociales, económicos, culturales y políticos planteados. Dentro de este ámbito se enfrentan dos partidos: los populares y los optimates. El partido popular, sostenido por una multitud de ciudadanos sin bienes, pretende terminar con el monopolio ejercido hasta entonces por la nobleza y exige una reestructuración de la política, no retrocediendo para conseguirlo ni siquiera ante el camino de la violencia revolucionaria. Los optimates, por el contrario, pretenden seguir manteniendo las formas tradicionales de la vida política basadas en la hegemonía de la aristrocacia.

La revolución romana comenzó con los dos hermanos Graco. Estos se propusieron mitigar la miseria social del proletariado pobre de Roma con una política de nuevos asentamientos campesinos, empleando para ello el *ager publicus* o tierra perteneciente al Estado por derecho de conquista. Pero ésta estaba entonces en manos de los grandes terratenientes de la aristocracia. La nueva colonización implicaba el abandono por parte de los aristócratas de esas tierras de propiedad estatal, y se llevó a cabo en medio de desórdenes y con extrema oposición por parte del partido senatorial. Desde entonces las leyes agrarias para propiciar nuevos asentamientos de campesinos fueron uno de los principios básicos del partido popular. Cayo Graco, el más joven de los dos hermanos, quiso ir mucho más allá de estas medidas sociales e intentó revitalizar la política de Roma. Desde su cargo de tribuno de la plebe, y apoyándose en los ciudadanos con derecho a voto, quería ejercer en nombre del pueblo una especie de control sobre la política de Roma y del Imperio, y durante un corto espacio de tiempo lo consiguió; su influencia sobre el Foro y sus votaciones dependía de sus simpatías personales y de la confianza que le merecieran las propuestas. La demagogia fue el



Estatua de un legionario romano de los últimos tiempos de la República. Este cuerpo del ejército estaba inicialmente reservado a los ciudadanos que poseyeran recursos económicos para pagarse las armas, pero tras las reformas de Mario fueron accediendo a él voluntarios que recibían un sueldo por su servicio. Museo Nacional, Roma.



Cayo Mario (—156 a —86), tío de Julio César. Pese a su origen campesino, desarrolló una brillante carrera política y militar, y desempeñó el puesto de cónsul durante varios años ininterrumpidos. Encabezó el bando democrático —partido popular— y luchó contra el Senado, controlado por la nobleza. Aunque no pudo llevar a cabo toda la amplia reforma democrática que propugnaba, modificó sustancialmente la composición del ejército. Busto en mármol. Museo Vaticano, Roma.

medio utilizado para contrarrestar su poder. En el caso de Cayo Graco la popularidad como trampolín para dominar el Estado se reveló escasamente efectiva; tras su muerte, acaecida en una revuelta, se restableció el poder de la aristocracia.

Sin embargo, poco después de la guerra de Yugurta (—112 a —105) se demostraría su obsolescencia: esa guerra colonial de importancia muy relativa sacó a plena luz la corrupción de la clase dirigente y la incapacidad del sistema político imperante para llevar a cabo las tareas político-militares que exigía el Imperio. Casi a renglón seguido, la incursión de las tribus germanas de los cimbrios y teutones en las fronteras del Imperio planteó otra difícil coyuntura. Cayo Mario, un *homo novus* que había ascendido hasta el consulado, conjuró el peligro y se convirtió en el nuevo líder de los populares. Fue reelegido como cónsul durante varios años consecutivos. Su principal medida consistió en la reforma del ejército, sentando las bases para el futuro. La leva forzosa fue sustituida por un ejército profesional bien adiestrado y con un periodo de servicios prolongado. Los soldados provenían básicamente de las capas pobres de la ciudadanía. Esta profesionalización del ejército trajo como consecuencia una intensificación de

los vínculos del soldado con su general, en detrimento del compromiso con el Estado y sus magistrados tan cambiantes. Las milicias profesionales exigían una duración más dilatada del mando militar; en el caso de Mario, éste lo consiguió gracias a su reiterada reelección para el consulado; pero el suyo era un caso atípico, y no tardó en hallarse la solución adecuada: el mando extraordinario o *imperium proconsulare,* que consistía en la autoridad extraordinaria equivalente a la de un procónsul que se le confería al general del ejército para solucionar una tarea determinada. Esta nueva formulación legal fue decisiva para la futura evolución política.

3. El principio del camino

Este era el mundo que encontró el joven César cuando se desprendió de la toga propia de la infancia y accedió al mundo de los adultos, dentro del cual tenía que elegir algunas de las posibilidades que se le ofrecían a un joven de buena familia como él. Se independizó de la rígida educación impuesta por sus preceptores, sobre todo tras el fallecimiento de su padre. Se dedicó a leer y escribir sin restricciones; se sabe que hizo sus pinitos en la tragedia y en la poesía[3]. César no permaneció insensible ante los alicientes y posibilidades que la sociedad romana ofrecía a los hijos de familias distinguidas. Se le consideraba blando, y aborrecía las obligaciones sociales hasta el punto de que le molestaba tenerse que apretar el cinturón de la toga; prefería llevarla poco ceñida y que los pliegues cayesen libremente, a pesar de que esta forma de vestir se consideraba poco viril y síntoma de afeminamiento, impresión que parecían reforzar su rostro blanco y delicado y sus miembros esbeltos y bien proporcionados. Sin embargo, caminaba orgullosamente erguido y procuraba reforzar su elasticidad corporal mediante el deporte. Sus progresos en equitación, manejo de las armas y natación —en este aspecto su entrenamiento le salvaría la vida en el futuro— dejaban entrever un adiestramiento incesante desde su adolescencia. Gozaba de buena salud y sus ojos irradiaban energía y vitalidad. Durante toda su vida, César concedió un gran valor al aspecto externo. Cuidaba su vestimenta con un gusto exquisito que rayaba en la afectación. Le gustaba ir bien afeitado y con los cabellos arreglados; además se depilaba todo el cuerpo. Siendo de edad madura, su calvicie le disgustaba, y procuraba disimularla peinándose hacia adelante; no es de extrañar que la autorización del Senado para que llevara siempre la corona de laurel sobre su frente le causara una profunda alegría.

Busto de César joven, denominado Caesar Luxburg. *Colección Bührle.* ▶




Aus Kurt Lange: *Herrscherköpfe des Altertums...* (Berlin-Zurich, 1938)

Efigie de Mitrídates VI (—132 a —63), rey del Ponto desde —121 hasta su muerte.

Durante todos estos años, la política interior y exterior de Roma sufrió cambios sustanciales. Defraudados una y otra vez en sus esperanzas de verse equiparados a los ciudadanos de Roma, sus aliados, los habitantes de la península de los Apeninos, se alzaron en armas y al fin lograron la deseada igualdad: todas las comunidades situadas al sur del Po obtuvieron la ciudadanía romana. No obstante, esto no cambió las cosas, y la política de Roma siguió siendo la de un municipio. Crecieron las dificultades para concentrar en el Foro a todos los cuidadanos cuando había que celebrar comicios, elecciones o plebiscitos, y paralelamente se acrecentó la importancia del político individual y el peso de su personalidad.

Al mismo tiempo surgieron nuevos peligros en las fronteras orientales. En el Ponto (costa sur del Mar Negro), el rey Mitrídates había consolidado un reino muy poderoso que gobernaba con mano férrea. Inició una guerra contra Roma e invadió Asia Menor, asesinando a todos los romanos e itálicos residentes en

dichos territorios; fue una venganza por el feroz saqueo al que se veían sometidas las provincias. A Mitrídates se unió también gran parte de Grecia: los griegos, que en el pasado habían sorteado el peligro de la invasión de los persas, se aliaron ahora con los orientales gobernados por un rey que reivindicaba sus raíces persas.

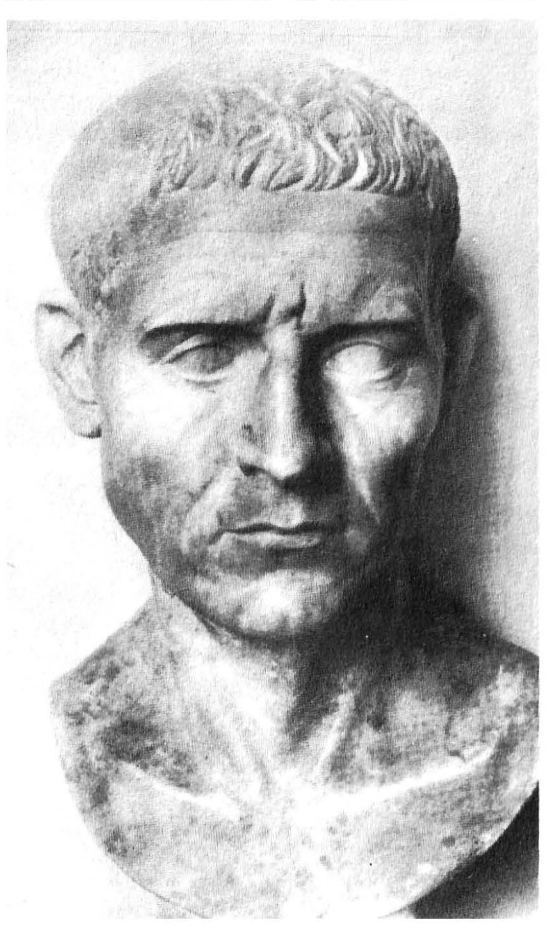
Los acontecimientos exigían de Roma una respuesta enérgica. Pero las desavenencias internas, las guerras entre los aliados y las diferencias entre los partidos posibilitaron los éxitos iniciales de Mitrídates. El año —88 el cónsul Publio Cornelio Sila recibió el mando de la expedición contra Mitrídates; el partido de los populares, descontento, pretendió que se nombrara para dicho cargo a Mario. Pero Sila cortó de raíz este intento, marchando con sus tropas sobre Roma y restableciendo la autoridad del Senado. Al ser elegido el año —87 para el consulado Lucio Cornelio Cinna (fallecido en —84), uno de los dirigentes de los populares, Sila eludió el peligro de guerra civil dirigiéndose con su ejército hacia los dominios de Mitrídates. Mario y Cinna se adueñaron entonces del poder en Roma, y los populares lo detentaron hasta el regreso de Oriente de Sila (—82). Aquéllos sumergieron a Roma en un baño de sangre y hubo numerosas muertes de aristócratas.

El padre de César falleció en aquella época (—84). Julia, la esposa de Mario, se rodeó de un círculo de hombres influyentes, entre ellos César, que fue nombrado flamen dial, sacerdote de Júpiter. Durante este periodo César rompió su compromiso matrimonial con Cosucia, una mujer que pertenecía a una familia de équites, y se casó con Cornelia, la hija de Cinna. Su matrimonio tuvo, sin duda, fuertes connotaciones políticas. Las relaciones de su familia con la cúpula dirigente de los populares se estrecharon, y es muy probable que la esposa de Mario actuase de casamentera. En el matrimonio hubo también un componente amoroso: César sentía un sincero afecto por su esposa, y su hija Julia (nacida en —83) estuvo muy vinculada a él durante toda su vida. Aquí se manifiesta por primera vez en la persona de César un fenómeno muy característico: la confluencia de sus sentimientos personales con sus motivaciones políticas.

Al revés que muchos de sus contemporáneos, que fluctuaban entre varias opciones políticas, César siempre permaneció fiel al partido de los populares. Esta fidelidad no era de corte ideológico —como la de Catón—, sino táctico: César era consciente de que un político necesitaba gozar de la confianza de la mayoría; a pesar de todo, nunca perdió o hipotecó su libertad de ac-

ción. Pero el poder del partido popular no duró demasiado. Tras haber vencido a Mitrídates y haberle relegado a las primitivas fronteras de su reino, Sila regresó a Italia como un general victorioso, cayó sobre Roma en el otoño del año —82 y tomó cumplida venganza de sus enemigos políticos, declarándolos proscritos y publicando listas con sus nombres. Ofreció recompensas a quienes les diesen muerte, y prohibió que se les proporcionara cobijo o se les ocultase, bajo pena de ejecución. Impidió el acceso de sus descendientes a cargo alguno, y confiscó y sacó a pública subasta sus bienes, proporcionando una oportunidad inmejorable de enriquecimiento fácil a cualquier individuo carente de escrúpulos, sobre todo a los denunciantes. Posteriormente Sila se hizo nombrar dictador y asumió la tarea de promulgar leyes y dotar al Estado de una nueva organización. Revitalizó así un cargo institucional que había perdido vigencia. En sus orígenes, la dictadura confería a una persona el mando único político-militar en una situación de extraordinaria necesidad durante un periodo de tiempo no superior a seis meses. Sila la equiparó con el poder omnímodo de una persona sobre el Estado, sin limitación alguna en el tiempo. César aprovecharía posteriormente esta concepción nueva de la dictadura. El dictador Sila dio a Roma una constitución que aseguraba y reforzaba el poder del Senado y de la aristocracia. Una de sus disposiciones esenciales precisaba que los magistrados supremos (cónsules y pretores) debían permanecer en Italia durante su año de mandato y que no tendrían otras atribuciones que las civiles. Una vez finalizado su periodo en el cargo, serían nombrados procónsules o propretores y pasarían a gobernar alguna provincia; sólo entonces podrían aspirar al mando supremo, al *imperium*. De esta manera, el poder militar se desgajó del poder político efectivo. Pero el rango de general con mando extraordinario tenía unos fundamentos jurídicos muy firmes, y esta disposición de Sila no perdió vigencia, mientras que las restantes fueron derogadas al correr de los años.

Las medidas de Sila provocaron también transformaciones sociales y económicas en Italia. La venta de los bienes de los proscritos desembocó de hecho en una reestructuración de la propiedad, acrecentada además por la política que el dictador siguió con sus soldados al licenciarse, gracias a la cual 120.000 veteranos obtuvieron fincas procedentes de las propiedades de los proscritos. Fue la primera gran colonización de los veteranos durante el siglo, y no sería la última. Las colonizaciones transformaron la estructura social de Italia, acortaron las diferencias de estirpe que habían desempeñado un papel preponderante en las luchas



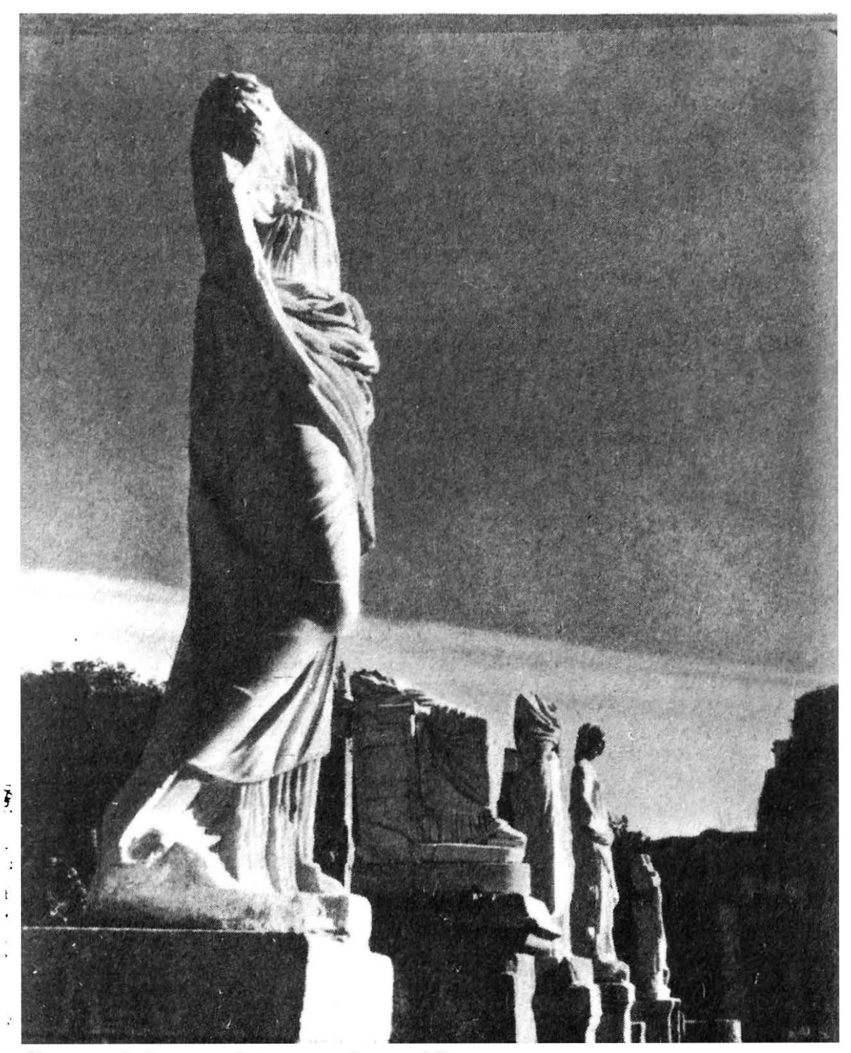
Lucio Cornelio Sila (—138 a —78), de familia patricia, fue un convencido defensor de los privilegios de la aristocracia romana y se enfrentó a Mario y a sus sucesores. Tras vencerlos, fue proclamado dictador perpetuo con poderes extraordinarios. Realizó numerosas reformas encaminadas principalmente a reforzar el papel del Senado en la República. Museo Arqueológico, Venecia.

intestinas y propiciaron una nación romano-itálica más homogénea: sus habitantes hablaban latín y poblaban un territorio que se extendía desde los Alpes hasta el extremo sur de la península. Los veteranos colonizadores se sentían ligados a su general por un vínculo personal, y éste podía volver a movilizarlos en cualquier momento. El año —79 Sila juzgó que su tarea había concluido, renunció a la dictadura y se retiró de la vida pública. Aunque anteriormente la dictadura tenía límites precisos en el tiempo, tanto a amigos como a enemigos de Sila les resultó incomprensible su dimisión. César, en concreto, opinó al final de su vida: «Sila demostró un absoluto desconocimiento de la política

al renunciar a la dictadura[4].» Sila había intentado dotar a Roma de unas instituciones apropiadas para gobernar su Imperio, y evidentemente creía que el Senado sería capaz de cumplir con este cometido. Pero se equivocó: la aristocracia tradicional, diezmada por dos grandes sangrías, fracasó en dicha misión.

Es muy ilustrativo cómo César soportó el triunfo del partido opositor y el gobierno de Sila. Los parientes de Mario y Cinna corrían peligro, y él, como yerno del segundo, también. Sila ordenó a César que se divorciara de Cornelia. Los familiares de César acataron la orden, pero César se negó a cumplirla. Se le declaró proscrito, le confiscaron todos sus bienes, incluida la dote, y perdió su rango de flamen dial. César estaba enfermo, y huyó como pudo a las montañas. Preso de la fiebre, cambiaba cada noche de escondrijo. A pesar de sus precauciones, fue capturado por uno de los esbirros de sila llamado Cornelio Phagita; César compró entonces su libertad a cambio de dos talentos, suma posiblemente superior a la recompensa prometida por su cabeza. En el futuro, César se negaría a tomar represalias contra Phagita[5]. Entretando, los familiares de César adscritos al partido de Sila pedían clemencia e intercedían ante el dictador para que César fuese indultado, objetivo que por fin consiguieron con el apoyo de las sacerdotisas de Vesta, diosa de la casa y del hogar. Sila cedió enfadado, no sin antes advertir a los que abogaban por César: «¡Guardaos del muchacho de la toga suelta![6] Os haré caso, pero recordad que este hombre por el que intercedéis pondrá en peligro nuestra hegemonía. En su seno late un corazón más poderoso que el de Mario[7].»

César se había salvado, pero no se atrevió a permanecer en Roma, y siguiendo los usos habituales entonces entre los miembros de familias nobles, entró al servicio del gobernador de una provincia, el propretor Minucio Termes, y gracias a su condición de hijo de senador obtuvo un cargo de oficial. Tomó parte en el asedio de Mitilene (Lesbos), ciudad aliada de Mitrídates. Luego Termes lo envió a la corte de Nicomedes IV Filopátor, rey de Bitinia (costa sur del Mar Negro y del mar de Mármara), para buscar refuerzos en este reino aliado de Roma. Parece que César se aficionó al lujo y suntuosidad que reinaban en aquella corte, trabó amistad con Nicomedes, que suscitó murmuraciones acusándosele de homosexual (reproche por entonces muy en boga). Transcurrido un tiempo, César regresó con su ejército, pero no tardó en retornar a Bitinia, aduciendo motivos nimios e intrascendentes, hecho que intensificó los rumores. Sea como fuere, César estableció entonces con Nicomedes unas relaciones que



Estatuas de las sacerdotisas vestales en el Foro romano.

posteriormente calificaría de hospitalarias, y con el pueblo de Bitinia relaciones de otro tipo, de *patronus* a clientes. Esta observación de César data de la época en que Bitinia, tras la muerte de Nicomedes (—74), fue incorporada al Imperio como una provincia más por los romanos, a los que Nicomedes había designado sus herederos. Así se desprende de las impresionantes y ex-



Moneda con la efigie de Nicomedes IV. Gabinete de Medallas, París.

presivas palabras de César: «Era un deber al que no podía sustraerme ya sea por la hospitalidad que me brindó el rey Nicomedes Filopátor o por mis estrechas relaciones con sus súbditos. En efecto, ni siquiera la muerte puede borrar el recuerdo de las personas, que serán recordadas por sus más allegados, ni tampoco puede dejarse indefensos a los clientes, a los que solemos ayudar como si se tratase de parientes, sin arriesgarse a sufrir el mayor descrédito[8].»

El mismo joven que se había sumergido en los placeres de la corte combatió a su vuelta con gran arrojo durante el asalto a Mitilene. Termes le concedió la corona cívica, corona confeccionada con hojas de roble que premiaba el haber salvado de la muerte a un compatriota durante el combate. Luego, César se

Lápida sepulcral de un centurión romano con corona cívica y condecoraciones. Provinzialmuseum, Bonn.



Corona cívica con la inscripción ob civis servatos ("por los ciudadanos solvados"), en una moneda de cobre de la época de Augusto. British Museum, Londres.

unió al procónsul Publio Servilio Vatia, que combatía a los piratas de la costa sur de Asia Menor (—78). Apenas hubo llegado al teatro de operaciones, César se enteró de la muerte de Sila y se apresuró a regresar a Roma.

César confiaba en que la desaparición de Sila abriría a los populares —y a él, por tanto— las puertas de la política, pero en seguida se dio cuenta de que estaba equivocado: Sila había cimentado tan sólidamente el poder de los optimates que éstos no se sintieron en absoluto amenazados cuando en un primer momento ciertos políticos no demasiado capaces asumieron la dirección de los populares. César también lo comprendió así y se mantuvo a la expectativa. Inició tímidos intentos para labrarse una cierta popularidad. A lo largo de los quince años siguientes, primera fase de la actividad política de César, éste intenta introducirse en la administración del Estado trabajando en cuestiones internas (legislación, asuntos administrativos y propaganda). Por razones de tipo propagandístico participó en los primeros procesos políticos, que le depararon, siendo todavía un joven político, no pocas críticas.

Uno de los métodos de lucha política más extendidos por entonces eran los procesos, que ofrecían la oportunidad nada despreciable de poner fuera de juego al adversario con una sentencia judicial. Pero mucho más importante era la posible influencia que se ejercía sobre la opinión pública con los discursos pronunciados durante el proceso. Evidentemente, en la antigüedad no existía nada parecido a nuestra prensa, radio o televisión. El cometido que hoy desempeñan estos medios de comunicación se cumplía por otras vías: la transmisión de noticias corría a cargo básicamente de los agentes al servicio de los magistrados y también de los particulares bien informados, a los que les llegaban noticias desde cualquier punto del Imperio. En la conformación de la opinión pública —segunda función importante de la prensa actual— el papel más importante correspondía a los discursos, que menudeaban a la más mínima ocasión: debates políticos, funerales, nacimientos, toma de posesión de un cargo, fiestas municipales, etc. Su influencia se acrecentaba poderosamente si quedaban de ellos huellas escritas, que podían transmitirse a los no asistentes. Los discursos en los procesos políticos ejercían una influencia muy importante sobre la opinión pública, y esta motivación explica —como lo demuestra de manera palpable el ejemplo de César— que en el conjunto del proceso no importara tanto la sentencia en sí cuanto los discursos que eran pronunciados durante la vista.

En su primer intervención judicial, César actuó contra un partidario de Sila, Cneo Cornelio Dolabela, acusándole de rapiña en una provincia (—77). En esta ocasión midió sus armas retóricas con los abogados más famosos de su tiempo, Quinto Hortensio y su tío materno Lucio Aurelio Cota. Estos obtuvieron la absolución de su cliente («la defensa de Cota me ha quitado de las manos un gran delito», afirmó el mismo César[9]), pero su actuación granjeó a César un merecido prestigio, y en adelante se le contaría entre los mejores oradores de Roma. Su fama le valió al año siguiente la dirección de otro proceso emprendido por clientes griegos contra otro partidario de Sila, Cayo Antonio, por el saqueo de municipios griegos durante la guerra contra Mitrídates. Tampoco logró el éxito en este proceso, porque Antonio invocó a los tribunos del pueblo, que le brindaron su protección. El proceder de César demostró su oposición a Sila y aclaró su posición política. Por el momento carecía de perspectivas políticas en Roma, por lo que regresó a Oriente para pulir su oratoria en la famosa escuela de Rodas. Este viaje le deparó esa aventura tantas veces relatada de los piratas. Los piratas por entonces amenazaban la seguridad de la navegación por el Mediterráneo, sobre todo en su mitad oriental, atacaban numerosas naves y obtenían de ellas pingües ganancias procedentes del botín, la venta de sus prisioneros como esclavos o de los rescates. En caso de piratería, las ciudades costeras de Asia Menor estaban obligadas a pagar el rescate de los ciudadanos romanos. Según los informes referentes al hecho histórico acaecido a César, exagerados a todas luces, parece que los piratas exigieron veinte talentos por su rescate, y César se burló de ellos («¡No sabéis a quién tenéis en vuestras manos!»), elevando la suma a cincuenta talentos. A continuación envió a su séquito a buscar el dinero del rescate y él se quedó, con una reducida escolta, con los piratas. Se comportó entre ellos como si fuera su rey, no como un prisionero; les infundió temor y despertó su admiración. Según las crónicas no se atrevían a perturbar su sueño, temían jugar o practicar deportes con él; escuchaban incluso los poemas que componía, y en una ocasión que no los alabaron lo suficiente, él les dijo: «¡Sois unos brutos sin cultura!», añadiendo a continuación con una sonrisa: «¡Haré que os ahorquen!» Tras pagar el rescate, los piratas le pusieron en libertad. César se dirigió entonces a marchas forzadas a Mileto, reclutó soldados, fletó barcos, persiguió, atajó y finalmente derrotó a los piratas, quedándose él y sus mercenarios con todas las posesiones de aquéllos, incluyendo el rescate que él mismo había satisfecho por su liberación. A los piratas super-

vivientes los mandó presos a la cárcel de Pérgamo, exigiendo al gobernador de la provincia de Asia que les diese un castigo ejemplar. El gobernador, sin embargo, esperaba sacar buenos dividendos con ellos y daba largas al asunto. A la vista de las circunstancias, César volvió a Pérgamo y, cumpliendo lo que había prometido en broma, los hizo crucificar, modo de ejecutar las penas de muerte habitual en aquellos tiempos, aunque para mitigar el dolor ordenó que previamente los estrangularan[10].

Hay que poner en tela de juicio la verdad histórica de todos estos detalles. La anécdota revela con especial claridad la arrogancia de César, desmesurada ya desde su juventud. Muestra también la superioridad de César sobre sus secuestradores, y la fascinación que ejerce sobre ellos. En la ociosidad forzosa de la captura, César se dedica a escribir poemas, a practicar el deporte, síntomas de la vitalidad de un carácter que aprovecha cada segundo y que no olvida el cuerpo, receptáculo de la inteligencia. También son muy ilustrativas la energía y rapidez con que emprende su venganza, y la tenacidad con la que se aferra a sus opiniones y propósitos, y al final logra imponer su voluntad aun en contra de los poderes establecidos.

César no permaneció mucho tiempo en Rodas. Mitrídates no reconocía el testamento de Nicomedes IV de Bitinia (fallecido en el —74) e inició una nueva guerra contra Roma. César pasó a Asia Menor, reclutó tropas a toda prisa de los distintos pueblos y se enfrentó con éxito a Mitrídates, utilizando en esta ocasión los mismos métodos expeditivos. Pero incluso esta acción tiene carácter episódico ante la noticia que le llegó de Roma: su tío Aurelio Cota había muerto repentinamente, dejando vacante su puesto en el Colegio de los Pontífices, autoridad sacerdotal máxima de Roma. César se convirtió en su sucesor. Sin pérdida de tiempo se presentó en la capital para ocupar dicho cargo, que le porporcionaba una sólida posición en Roma. Su estatus se consolidó aún más cuando al año siguiente fue reelegido tribuno militar, lo que no implicaba necesariamente el abandono de la capital. Por otro lado, su último viaje había mejorado considerablemente su situación económica. César no era rico, aunque sí muy pretencioso, y hasta la cuarta década de su vida vivió más del crédito que de sus propios ingresos. Ya antes de ocupar cargo público alguno, sus deudas ascendían a la fabulosa suma de 1.300 talentos. Su segunda estancia en Asia Menor le proporcionó, amén de los botines de la expedición militar y del obtenido de los piratas, mencionado más arriba, una herencia de Nicomedes que contribuyó a aliviar ostensiblemente su situación.

A partir de entonces y durante cerca de una década, César intentó con una tenacidad encomiable conseguir influencia política dentro de la política interior, apoyándose en las masas populares de Roma, cuya mayoría tenía asegurada de antemano. Sin embargo, su influencia, asentada exclusivamente en la popularidad, no tardó en desmoronarse. En efecto, los métodos con los que se conquistaba el favor popular eran ya de sobra conocidos y, lo que es más importante, Sila había demostrado cuánto más fácil y seguro era dominar los resortes del poder real, es decir, el ejército. Pero la dictadura de Sila había fortalecido el reaccionarismo de los optimates, y este hecho quizá hizo a César desistir de utilizar dicha vía. En César siempre se impuso el político sobre el militar. Al revés que Federico el Grande o Napoleón, él no inició su carrera militar como trampolín para escalar el poder. Hay que compararle más bien con Pericles o con Cromwell: César, por encima de todo, fue un político; más exactamente, un político de partido que utilizó las armas para alcanzar sus objetivos políticos. Consideró siempre la guerra un recurso político, una forma de «conseguir por otros medios» la realización de su política. En un principio César quiso abrirse camino con métodos exclusivamente políticos, y se despreocupó un tanto de los conflictos militares en las fronteras del Imperio.

En Oriente, la guerra con Mitrídates se recrudecía. Lúculo, uno de los optimates más capacitados y a quien Europa debe la introducción de la cereza, hizo retroceder al monarca hasta Armenia. En Occidente, un seguidor de Mario, Sertorio, había instaurado en España un imperio opuesto a la Roma dominada por los optimates, favorecido por el amor a la libertad de los españoles, e incluso había intentado establecer alianzas con Mitrídates. Fue enviado por Roma para combatirle Cneo Pompeyo Magno, que en su juventud había apoyado con su ejército a Sila al regresar éste de Oriente, el cual le otorgó el sobrenombre de Magno («El Grande»). Al ser proclamado *imperator* —habitualmente por los soldados tras una batalla victoriosa—, entró en Roma en olor de multitudes. Pompeyo, enorgullecido por estos éxitos, solicitó y obtuvo un mando extraordinario para luchar en España. Durante años combatió contra Sertorio, hasta la eliminación de este último como fruto de una conspiración. Tras su muerte, Pompeyo restableció la calma en la provincia y regresó victorioso a Italia. A las puertas de Roma se encontró con Marco Licinio Craso, que acababa de sofocar la rebelión de los esclavos, en pie de guerra desde hacía tres años bajo el caudillaje de Espartaco. Ambos eran rivales porque Pompeyo reclamaba



El general romano Quinto Sertorio (h. —123 a —72) pasó buena parte de su vida militar en Hispania (España) y luchó a favor de los populares, enfrentándose a los ejércitos de Sila y de Pompeyo. Tuvo bajo su control casi toda la Península Ibérica y fundó en Osca (Huesca) una escuela para la educación de los hijos de los jefes hispanos. Murió en esa ciudad víctima de una conjura. Grabado. Biblioteca Nacional, París.

para sí el honor de haber terminado con la revuelta de los esclavos, ya que había exterminado a algunos grupos dispersos. Ambos aspiraban al consulado en el año —70. Al no dar el Senado el visto bueno a su candidatura, se aliaron entre sí, se situaron al frente del partido popular e impusieron al fin su nombramiento con la coacción de sus tropas. Durante su mandato se derogaron la mayor parte de las leyes promulgadas por Sila. Sobre todo, restituyeron su primitiva categoría e influencia al cargo de tribuno de la plebe, que se convirtió así en trampolín básico para los populares. César nunca llegó a ocupar dicho puesto, privativo de gentes de orígenes plebeyos. Los datos sobre César referidos a este periodo son muy escasos. Cabe conjeturar que apoyaría las reformas populares de Craso y Pompeyo. Se sabe que defendió la moción del tribuno Plautio, que solicitaba el perdón y el regreso de los populares huidos a Hispania al lado de Sertorio. Se contaba entre éstos Lucio Cinna, cuñado de César, por lo que este último justificó su proceder no sólo como una prueba de sus convicciones políticas, sino también como la asunción de sus obligaciones frente a un pariente *(pietas)*, comportamiento que era muy estimado socialmente dentro de la ética romana: «Creo que no he escatimado esfuerzos en atención a nuestro parentesco[11].»

En el año —68 César fue elegido cuestor. Los cuestores asistían (tanto en Roma como en las provincias) a los magistrados superiores en la administración de la hacienda. La investidura como cuestor abría las puertas del Senado. César fue asignado al propretor de la Hispania Ulterior. En Hispania patentizó sus grandes dotes de organizador; se ha demostrado que desempeñó el cargo con celo y eficacia, y así lo recordaría más tarde a los habitantes de Hispania: «Desde el inicio de mi cuestura consideré esta provincia como cosa personal y procuré conseguir para ella los mayores beneficios posibles[12].» Por entonces visitó Gades (Cádiz) y al admirar en uno de sus templos una estatua de Alejandro Magno, suspiró lamentándose de que «a una edad en la que Alejandro había conquistado el mundo, él seguía siendo un desconocido»[13]. Durante su viaje de retorno a Roma, se detuvo en la llanura del Po y entabló relaciones con los transpadanos (habitantes del territorio situado entre el Po y los Alpes). Estos estaban considerados como ciudadanos de segunda clase (sometidos al derecho latino) y exigían su equiparación con sus compatriotas y ciudadanos de pleno derecho del sur del Po. La defensa del derecho a la ciudadanía de los federados era uno de los pilares de la política popular, y desde ese momento Cesar no cesó de reivindicar la igualdad hasta su consecución efectiva en el año —49.

En el —65 César fue designado *aedilis curulis* (edil curul), asumiendo la supervisión de la policía romana y de los mercados, así como la preparación de los juegos públicos. Compartió el cargo con el optimate Marco Bíbulo. Al año siguiente fue nombrado juez presidente de un tribunal. En el —63, al fallecer el presidente del colegio sacerdotal, César, aunque aún era muy joven, presentó su candidatura al cargo de *pontifex maximus*. Catulo, su rival más encarnizado y dirigente de los optimates, intentó sobornarle para que renunciara a su candidatura, y recibió esta dura respuesta: «¡Pediré prestado para luchar aún más contra ti![14]» Las palabras que dirigió a su madre la mañana de la elección demuestran que César era consciente del riesgo que corría: «Madre, hoy verás a tu hijo convertido en *pontifex maximus* o en un proscrito[15].» En caso de salir derrotado, sólo el exilio voluntario hubiera podido preservar a César de las temibles secuelas económicas que conllevaría la derrota. Pero triunfó en su empeño, demostración palpable de las simpatías que despertaba entre el pueblo llano. Al año siguiente fue elegido pretor, cargo máximo al que podían aspirar los équites y último peldaño antes del consulado. En el —61 César asumió la administración de la His-

pania Ulterior, territorio que ya conocía desde su etapa de cuestor. Sus deudas habían alcanzado una suma tan desorbitada que sus acreedores exigieron el pago antes de su partida. Craso (que era uno de los hombres más ricos de Roma) salió en su defensa y le avaló frente a los acreedores más recalcitrantes por un total de 830 talentos. De camino hacia Hispania, César atravesó un poblado de pocos habitantes, y alguien de su séquito bromeó: «Hasta aquí llega la ambición por escalar el primer puesto y la envidia de los notables entre sí.» A lo que César respondió de forma tajante: «Preferiría ser el primero entre éstos que el segundo en Roma[16].»

Una vez en Hispania, César se hizo acreedor por primera vez al laurel por operaciones militares. Incrementó el número de soldados de su ejército de veinte a treinta cohortes, y sometió a las tribus de las montañas, que hasta entonces habían intentado sacudirse el yugo de Roma. La campaña militar proporcionó botín y gloria militar tanto a los jefes del ejército como a los soldados de a pie; las tropas proclamaron a César *imperator*, el Senado decretó una fiesta en acción de gracias y César comprendió que había llegado el momento de hacer su entrada triunfal en Roma. En cuanto a la administración civil, César continuó la obra iniciada siendo cuestor: «Durante mi pretura solicité al Senado la exención de los impuestos establecidos por Metelo [durante la guerra contra Sertorio] y lo conseguí; además, he asumido vuestra representación, he facilitado que numerosas embajadas fueran recibidas por el Senado, y he sido vuestro protector en numerosos asuntos públicos y privados, a pesar de ciertos resquemores[17].» Reguló también escrupulosamente la amortización de las deudas para acabar con la terrible rapiña a que era sometida la provincia por los gobernadores y arrendatarios de impuestos. El mismo salió muy beneficiado, porque con el dinero producto de botines y de su cargo logró saldar sus deudas y sanear su economía. Esto no obsta para que su administración pueda ser considerada objetivamente como buena y justa. Pero este detalle nos da una cierta idea de cómo exprimían los gobernadores romanos a las provincias. La propretura le brindó además beneficios de índole personal, como su amistad con Lucio Cornelio Balbo. Era éste un hombre nacido en Cádiz que en las luchas contra Sertorio se puso del lado de los romanos, y en recompensa Pompeyo le dio la ciudadanía romana. Al conocer a César entró a su servicio como *praefectus fabrum* (jefe de ingenieros) y se convirtió en su mano derecha y en uno de sus hombres de confianza. Balbo guardó fidelidad a César hasta la muerte y le pres-



Reconstrucción ideal de un centurión romano del siglo —I. El centurión o jefe de una centuria alcanzaba este cargo por méritos personales y años de servicio en las legiones. Su misión consistía en hacer rendir al máximo a sus hombres. Para hacer cumplir sus órdenes llevaba en la mano una vara de sarmiento. Museo Nacional, Roma.

tó grandes servicios por las excelentes cualidades que poseía para la diplomacia.

Este es un sucinto relato de las actividades desplegadas por César entre los años —70 y—61. Sus intentos de alcanzar puestos influyentes en política, que son el elemento de cohesión de dichas actividades, se observan con mucha más claridad ordenándolos de manera sistemática antes que cronológica, porque las empresas siempre distintas dan una imagen más distorsionada. César cambia sus métodos según la situación con la que se enfrenta, y paralelamente varía también la intensidad de su compromiso personal y su preeminencia. Sin embargo, César se revela siempre como un auténtico político, como un hombre que se da cuenta de las diferentes posibilidades de cada momento e intenta aprovecharlas interviniendo con rapidez, con recursos distintos según la ocasión, aunque su adscripción a los populares se mantiene inalterable durante toda su carrera militar y política, así como su objetivo de acceder a la suprema dirección del Estado con el apoyo del pueblo.

Esta fidelidad al partido popular se observa en el respaldo que siempre presta César a las iniciativas políticas de los populares. Desde el año —70 el principal dirigente del partido era Pompeyo. En el —67 el tribuno del pueblo Gabinio solicitó para aquél un nuevo mando extraordinario con amplias atribuciones, porque los piratas habían acrecentado tanto su poderío que amenazaban las mismas costas de Italia. Pompeyo quería acabar con ellos mediante una gran operación de limpieza por todo el Mediterráneo. César apoyó la propuesta de Gabinio, y Pompeyo se encargó de la misión, que cumplió a conciencia y con rapidez. Entretanto en el escenario bélico de Oriente (guerra con Mitrídates) las cosas iban de mal en peor. Lúculo había sufrido serios reveses, su ejército se había amotinado y le había destituido del mando. Sus sucesores combatían sin fortuna. El año —66, al terminar la guerra contra los piratas, Pompeyo se encontraba con su ejército en el Este. El tribuno Manilio propuso entonces encomendarle la tarea de terminar la guerra contra Mitrídates. César volvió a apoyar la moción, y ésta fue aprobada. En el —63 Pompeyo había vencido definitivamente a su enemigo, y había reorganizado además los territorios romanos de Oriente. Amplias zonas de Asia Menor y Siria se convirtieron en provincias romanas tras su conquista, quedando inmersas en un anillo de pequeños y medianos Estados helenístico-orientales dependientes de Roma. En el —58 se sumó Chipre. Esta considerable expansión del Imperio hacia Oriente suponía la entrada en el mundo romano



Medalla con la efigie de Tito Labieno (—100 a —45), lugarteniente de César durante la guerra de las Galias, aunque más tarde se convertiría en su enemigo. Gabinete Numismático, Roma.

de territorios habitados básicamente por una población de origen y civilización griegas. El esplendor y el lujo de los ricos Estados orientales impresionaron profundamente a los romanos, y la fama de Pompeyo alcanzó cotas insospechadas.

Si bien César defendía con calor la política del partido popular, en ocasiones Pompeyo sobresalía por encima de él. Pero a César esto no le preocupaba, porque sabía hacerse con aliados poderosos sin dar la impresión de que buscaba el medro personal. En el año —67 emparentó con el famoso general que acababa de tomar posesión de su cargo de general en jefe de la expedición contra los piratas, al casarse, tras la muerte de su primera esposa, con Pompeya, familiar de Pompeyo. En el —63 empezó su colaboración con Tito Labieno, que había sido su compañero de armas once años atrás en la guerra contra Mitrídates y que sería más tarde su lugarteniente en la guerra de las Galias. Ese mismo año Labieno, a la sazón tribuno de la plebe, propuso para Pompeyo un homenaje especial en los juegos y la corona de laurel como símbolo de triunfo. César apoyó esta iniciativa. El día de su toma de posesión de la pretura (1 de enero del —62) anunció otra moción para honrar a Pompeyo. Desde el —78 Catulo, el líder de los optimates, dirigía la reconstrucción del templo de Júpiter en el Capitolio, destruido por un incendio. Lo había consagrado el —69, a pesar de que no estaban concluidas las obras. Ese día César propuso destituir a Catulo y encomendar a Pompeyo la terminación del templo. De haber sucedido así, el nombre de Pompeyo habría figurado en el edificio en lugar del de Catulo. El Senado desbarató inmediatamente semejante pro-

yecto, pero la propuesta caló hondo en el ánimo de Pompeyo y en el del pueblo. Después de estos sucesos, el tribuno Metelo Nepote, que había acudido a Roma desde el campamento de Pompeyo, quiso que éste fuese elegido cónsul *in absentia* y aconsejó que se le hiciera venir para que asumiese la protección de los ciudadanos. Por entonces no se habían apagado aún los disturbios originados por Catilina. César volvió a apoyar la moción. Se produjeron revueltas, el Senado proclamó el estado de sitio y prohibió a César y a Metelo el ejercicio de sus cargos. El segundo regresó con Pompeyo. César se resignó y se retiró a su casa, y cuando una muchedumbre le ofreció sus puños como armas, él los tranquilizó. Ante estos hechos, al Senado no le quedó otro remedio que agradecer la lealtad de César y restituirle su cargo[18].

Pero en otras ocasiones César supo mostrarse como el auténtico representante de los intereses del pueblo. El año —68 fallecieron dos personas muy queridas por César: su esposa Cornelia, cuya oración fúnebre pronunció en el Foro, contraviniendo la costumbre que no concedía tal honor a las mujeres jóvenes[19]. Su actuación fue un reconocimiento expreso de adhesión a los populares, máxime tratándose de la hija de Cinna, y además una prueba de sus *pietas* y de su sincero dolor por la pérdida de su querida esposa. Y poco después falleció su tía Julia, que había estado casada con Mario. César pronunció igualmente su oración fúnebre, en la que afirmaba: «Por línea materna el linaje de mi tía Julia desciende de reyes, mientras por la paterna entronca con los dioses inmortales: en efecto, los Marcios descienden de Anco Marcio [cuarto rey de Roma] y ése era el nombre de su madre; de Venus proceden los Julios, nuestra familia. Su estirpe aúna, pues, la majestad de los reyes, hombres poderosos entre los poderosos, y la divinidad de los dioses, que tienen en sus manos el destino de los hombres, incluidos los reyes[20].» La cuidadosa selección de los términos y la monumentalidad de las frases de este fragmento traslucen algo de la capacidad de César como orador. Se percibe también cierta similitud con el discurso a los bitinios ya citado, así como algunas características del estilo de César, del que se elogiaba su «majestuosidad y refinamiento en el gesto, el tono y la forma»[21]. Pero todavía causó mayor efecto la imagen de Mario portada en el cortejo fúnebre entre otras imágenes familiares, lo cual estaba prohibido desde los tiempos de Sila. El pueblo mostró su entusiasmo al contemplar a su líder vestido con traje de gala y con todos sus distintivos honoríficos.

La actividad de César como edil (—65) le brindó una oca-



Durante su etapa como edil, César organizó juegos circenses que incluían espectáculos como el representado en esta terracota. Museo Nacional, Roma.

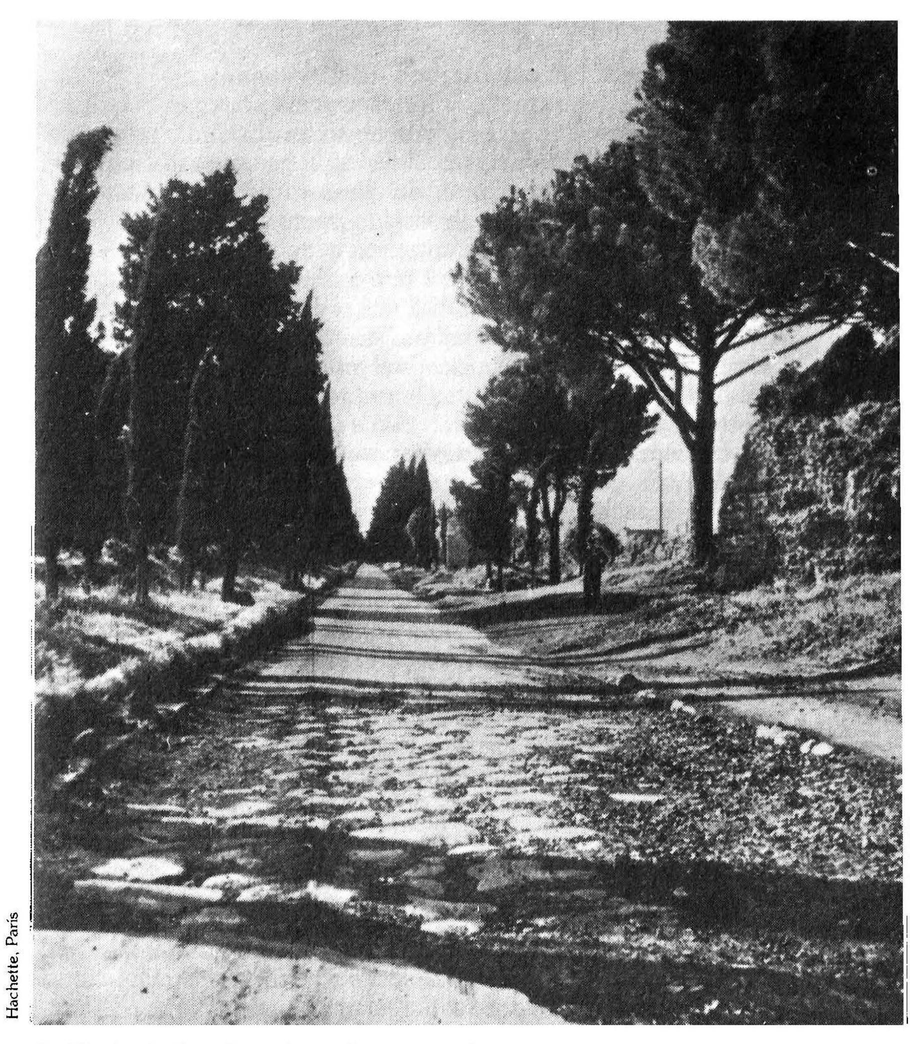
sión inmejorable para fomentar sus labores de propaganda. De pronto una mañana reaparecieron en el Capitolio los trofeos y enseñas de Mario, que habían sido suprimidos por Sila. Una muchedumbre, entre excitada y sorprendida, se agolpó en torno a ellos, mientras los veteranos de Mario lloraban a raudales. A nadie cupo duda entonces de la autoría de ese rescate de una de las tradiciones más queridas del partido popular. El cargo proporcionaba a César al mismo tiempo una ocasión muy propicia para granjearse el favor del pueblo. Organizó juegos con carreras de carros, luchas de fieras y toda suerte de exhibiciones circenses que superaron todos los precedentes. El punto culminante lo constituyeron las honras fúnebres en memoria de su padre tras los juegos de otoño, en los que César ofreció un combate de 320 gladiadores con armaduras de plata. César había querido aumentar el número, pero el Senado se inquietó, porque tantos



Curtius-Nawrath: *Das antike Rom* (Viena-Munich, 1964)

Ruinas del templo de Cástor en el Foro romano.

hombres con las armas en la mano sometidos a una sola persona le parecían peligrosos, y limitó el contingente a la cifra arriba mencionada. Todo esto exigía muchísimo dinero y consiguió que su colega Bíbulo participase en los gastos, aunque a los ojos de la gente él aparecía como organizador único de un espectáculo tan deslumbrante. No es de extrañar, pues, la amarga queja de Bíbulo: «Me ha sucedido lo que a Pólux: el templo del Foro se


Hachette, París

La Via Appia. En primer plano, el antiguo pavimento.

levantó en honor de los dos gemelos [Cástor y Pólux], pero se llama templo de Cástor. Del mismo modo los juegos organizados por César y por mí, se los atribuyen exclusivamente a él[22].»

Además de los juegos, César se ocupaba también de la construcción y ornamentación del Foro y del Capitolio; hizo también arreglar —excediéndose en sus atribuciones— la Via Appia, el camino más importante que iba a Nápoles. Paralelamente a esto,

las deudas de César alcanzaron una suma fabulosa. A esta vertiente externa, hay que añadir su fascinación personal. Siendo todavía un adolescente se ponderaban su amabilidad y su gentileza, asegurando que dichas cualidades le ganarían el afecto del pueblo[23]. Todo este conjunto de cosas surtieron su efecto, según quedó demostrado al ser elegido *pontifex maximus*.

César no desdeñó por entonces la oportunidad que le proporcionaban los procesos para incrementar su popularidad. Aludiremos al de Cayo Rabirio. César colaboró en él con Labieno. A Rabirio se le acusaba de haber asesinado al tribuno de la plebe Saturnino durante las revueltas del año —100. Aunque era fácil demostrar que no era así, Labieno presentó la querella, y para conseguir espectacularidad recurrió a un procedimiento caído en desuso tiempo atrás que causó sensación porque preveía la tremenda pena de azotes y crucifixión. César era uno de los jueces. Al ser declarado culpable, Rabirio recurrió ante la asamblea del pueblo, con lo que la vista fue suspendida, y Labieno tuvo que instruir nuevo expediente que propició una nueva condena y la subsiguiente apelación. Pero antes de pronunciarse la sentencia, se suspendieron los comicios, cuando el pretor Metelo Céler ordenó arriar la bandera roja que ondeaba en el Janículo, una de las colinas de Roma situada al norte del Tíber. En el pasado ese hecho significaba la llegada de enemigos por el norte, y consecuentemente la inmediata suspensión de cualquier asamblea pública. La evidente inocencia de Rabirio, el sensacionalismo del primer proceso y la ausencia de resultados concretos nos permiten aventurar que en realidad no peligraba la integridad física de Rabirio. César y Labieno simplemente querían recalcar el derecho de apelar ante el pueblo. Este derecho de apelación, denominado *provocatio*, implicaba que ningún ciudadano romano podía ser ajusticiado sin convocar previamente la asamblea del pueblo, expresión definitiva de la soberanía popular. Es cierto que el Senado, ateniéndose al derecho consuetudinario, podía revocar ese derecho de apelación mediante el *senatus consultum ultimum* («decisión inapelable y de obligado cumplimiento»), que podría compararse con el estado de sitio. Pero los populares no reconocían ese derecho consuetudinario o intentaban restringir al máximo su utilización. Saturnino había sido ajusticiado en virtud de un *senatus consultum ultimun;* ahora, se forzaba a su presunto autor a recurrir a la *provocatio*: el éxito propagandístico es evidente[24].

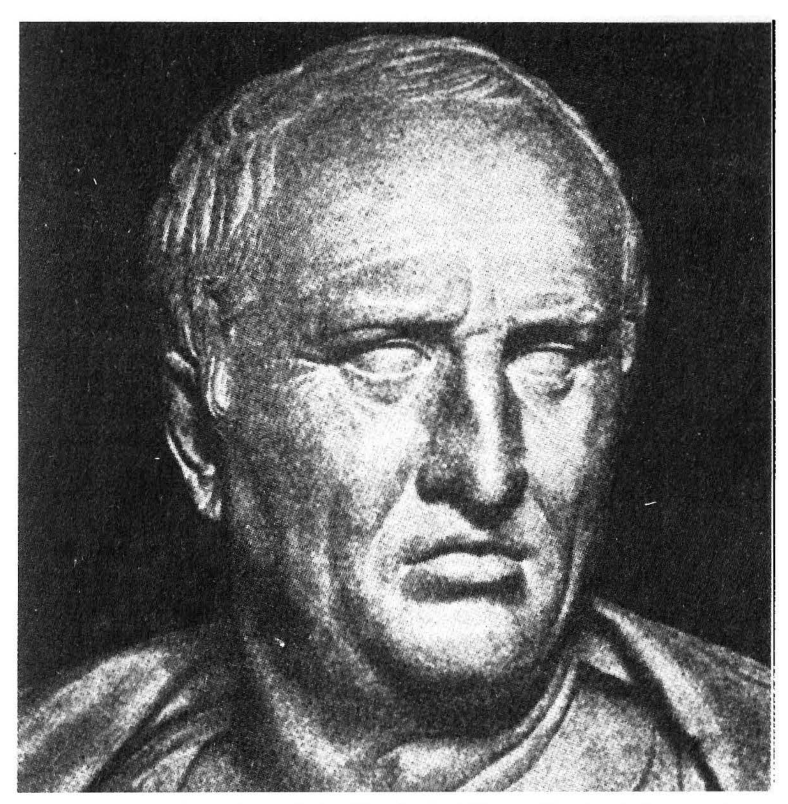
Durante estos años, la actividad política de César no se limitó a prestar su apoyo al partido popular y a Pompeyo, y a ha-

cer propaganda de sí mismo. Sus actividades eran sólo una etapa previa en su objetivo de labrarse una posición influyente. La meta final de su actuación estaba guiada por la conquista a todo trance del poder real y efectivo, para así poder situarse a la altura de Pompeyo. Simultáneamente, César intensificaba su colaboración con Craso, que en el año —70 había sido cónsul junto con Pompeyo. Craso era por entonces uno de los políticos más influyentes fuera del círculo de los optimates. Sus extraordinarias riquezas le habían proporcionado una sólida posición. Había iniciado su fortuna en los tiempos de las proscripciones y desde entonces no había cesado de aumentar, merced a la habilidad de Craso para los negocios. Respaldaba a César con todo su poderío económico, y así se evidenció cuando se concedió a César la propretura de Hispania. Apoyó también a César cuando éste reivindicó los derechos de los transpadanos durante su etapa de censor (supervisor del censo) e intentó, sin éxito, incluirlos en la lista de los ciudadanos. A iniciativa de Craso emprendió César la ampliación de la Via Appia, tarea de su competencia en cuanto censor. De mayor relevancia fueron las reformas legislativas que ambos apoyaron o emprendieron personalmente. Una de las mociones apuntaba a Egipto. En el año —65 los egipcios habían expulsado a su rey Tolomeo XII, conocido por el sobrenombre de *Auletes* («el flautista»). Este había asesinado a su predecesor, pero se decía que el asesinado había legado su país al pueblo romano como en su día lo hiciera Nicomedes IV de Bitinia. La expulsión de Auletes ofrecía a Roma una ocasión inmejorable para tomar posesión de su herencia. César luchó para que se le encomendase este cometido a propuesta de los tribunos de la plebe, y Craso apoyó la iniciativa en el Senado. De haberlo logrado, César habría conseguido de pronto un potencial militar y económico muy considerable. Pero el Senado desconfiaba del candidato y se negó a aprobar la propuesta: fue ésta la primera vez en que Cicerón, el mejor orador romano, se opuso a los planes de Julio César.

A finales del año —64 César y Craso intentaron de nuevo el asalto al poder aprovechando una ley agraria, presentada por el tribuno de la plebe Rulo, que preveía nuevos asentamientos colonizadores para disminuir las capas pobres que vivían en Roma del trigo repartido por el Estado. La colonización se asentaría en la última zona propiedad del Estado que quedaba en Italia, el fértil término de la Campania. Pero el territorio resultaba insuficiente, por lo que habría que comprar tierras. Rulo pretendía sacar el dinero necesario de la venta de tierras estatales en las provin-

cias. Se preveían diez jefes de colonización con un mandato de cinco años y el rango y autoridad de pretores; contarían además con capacidad para decidir qué terreno de las provincias era público y cuál privado. Se habían tomado tantas precauciones, que Craso y César no dudaban de que serían elegidos para presidir la comisión, soslayando a Pompeyo por estar ausente de Roma. Los dos políticos esperaban fortalecer con ello su poder político y económico, ya que les resultaría sumamente fácil reclutar un ejército entre los colonos. La ley era una andanada contra la línea de flotación del Senado y del poder de los optimates. Pero Cicerón dio al traste otra vez con las esperanzas de César y Craso después de pronunciar varios discursos ante el Senado y la asamblea del pueblo. César y Craso habían permanecido ocultos en la sombra y no se sintieron amenazados. Más tarde, sin embargo, durante su consulado, César asumió las líneas maestras del proyecto de Rulo y las puso en práctica, demostrándose con ello *a posteriori* la implicación directa de César en el primitivo proyecto.

La actitud negativa del Senado en lo referente a la cuestión egipcia estuvo quizá mediatizada por los acontecimientos de lo que se ha dado en llamar primera conjuración de Catilina, en la que se sabía implicado a César. Entramos con esto en el ámbito del movimiento clandestino ilegal, terreno especialmente resbaladizo y en el que las afirmaciones tajantes son muy problemáticas. Es verdad que César (al igual que Craso) no desdeñaba tales métodos, pero resulta muy difícil averiguar hasta qué punto se comprometieron realmente. Lucio Sergio Catilina ambicionaba el consulado para el año —65, pero su candidatura fue rechazada porque pendía sobre él un proceso por chantaje. Este individuo, que no gozaba por entonces de ningún crédito y que estaba cargado de deudas, se había enriquecido con las proscripciones. Pero los dos cónsules elegidos ese año fueron juzgados y declarados culpables de haber comprado votos, por lo que fueron depuestos. Entonces se unieron a Catilina para apoderarse a la fuerza del consulado y asesinar a los dos cónsules sustitutos durante su toma de posesión. Cuando hubieran conseguido esto, César sería proclamado dictador y Craso, su lugarteniente (*magister equitum*). Los conjurados esperaban apoyo de Pisón, un joven patricio en bancarrota que había sido gobernador de Hispania, y también de los transpadanos. Pero cuando se descubrió la conjuración, los cónsules tomaron posesión de su cargo bajo la proteción del ejército y César suspendió la operación. Más tarde, al morir Pisón asesinado en Hispania, el asunto fue definitiva-



Busto en mármol de Marco Tulio Cicerón (—106 a —43), el más famoso de los oradores romanos. Museo Capitolino, Roma.

mente arrinconado y olvidado. La participación de Craso y César en él es segura, aunque desconocemos con exactitud en qué grado de compromiso, máxime teniendo en cuenta que en Roma no se habló del tema hasta años después. Es posible que fomentasen la conjura para recibir mando de tropas en caso de haber triunfado. En cualquier caso es evidente que César jugaba a dos bandas en su lucha por el poder, según se deduce de los tribunales que presidió durante el año —64: condenó a dos seguidores de Sila por haber participado en las proscripciones, y absolvió, sin embargo, a Catilina, convicto y confeso del mismo delito. Esto demuestra de manera palpable la relación de César con Catilina, y su esperanza de poder utilizarlo todavía en el futuro. Al mismo tiempo constituye una prueba fehaciente de la primacía de los criterios políticos en todo el quehacer de César, incluso

en la administración de la justicia. Resultan muy significativos al respecto los versos que solía citar del trágico griego Eurípides:

Si has de infringir la ley,
procura que el poder sea la causa;
en todo lo demás, aténte a la justicia[25].

En el año —63 Catilina volvió a presentarse como candidato al consulado, al parecer con el apoyo de Craso y de César. Su colega Antonio Hybrida —viejo conocido de César por haber pleiteado con él cuando era joven— pertenecía a la misma tendencia extremista del partido popular. Esta constelación de dos extremistas apoyados por los dirigentes populares les pareció tan amenazadora a los optimates que éstos, arrojando por la borda todas las ideas preconcebidas, prestaron su apoyo a Cicerón, un *homo novus*, que se convirtió en cónsul junto con Antonio el año —63. Cuando al año siguiente el Senado volvió a boicotear las aspiraciones de Catilina, éste decidió proceder por la vía de la violencia, pero una delación abortó su plan de asesinar a Cicerón durante la elección que éste debía dirigir en razón de su magistratura. Con todo, Catilina, enarbolando la consigna de la revolución social y de la condonación de las deudas, arrastró tras sí a grandes sectores del proletariado, amén de a los descendientes venidos a menos de los represaliados por Sila y de los beneficiarios de las proscripciones, arruinados por su mala administración, y reclutó un ejército que concentró en Fiésole (Etruria). Cuando Catilina se dio cuenta de que no tenía nada que hacer en Roma porque Cicerón había descubierto sus manejos en el Senado, marchó junto a su ejército, no sin antes dar instrucciones a los conjurados para que a su llegada desencadenaran la sublevación popular y le facilitaran la conquista de Roma. Algunas semanas más tarde, Cicerón logró abortar un nuevo complot contra él gracias a una delación, y finalmente consiguió demostrar la conjuración e hizo detener a sus dirigentes. Aunque se había declarado el estado de sitio, Cicerón prefería contar con el voto favorable del Senado para ejecutar a los culpables. Hubo un gran debate. Los primeros oradores solicitaron un «castigo ejemplar», eufemismo bajo el que se escondía una petición de pena de muerte. Cuando le tocó intervenir, César mostró su discrepancia con la medida y aconsejó no dejarse llevar por los sentimientos; en su opinión los dirigentes del Estado no debían ceder al amor, al odio o a la cólera, máxime cuando —como en el caso que se debatía— ningún castigo sería suficiente para los criminales. César



Teatro romano de Fiésole.

no dudaba de la legalidad de la pena de muerte, aunque la consideraba contraproducente. Creía que la ejecución inapelable de ciudadanos tan distinguidos e ilustres no respondía ni a la costumbre ni al derecho, ni siquiera tratándose de una situación de emergencia. «Todos los malos ejemplos se han originado a partir de buenas acciones [...]. En el consulado de Cicerón se ha conjurado el peligro, pero en el futuro puede no suceder lo mismo; quizá otro cónsul con un ejército a su disposición pueda hacer creer lo falso como cierto. Siguiendo con nuestro ejemplo, si un cónsul desenvaina su espada por orden del Senado, ¿quién limitará su acción o la devolverá a su vaina? (...) ¿Quiere esto decir

que soy partidario de liberar a los detenidos para que refuercen el ejército de Catilina? ¡En absoluto! Yo propongo la confiscación de sus bienes y su confinamiento, bien custodiados, en las ciudades más poderosas de Italia. En el futuro, no se debe volver a tratar este tema en el Senado durante los comicios. Y quien infrinja esta norma, actúa, según el parecer del Senado, contra el Estado y contra la sociedad[26].»

El discurso de César fue una obra maestra. Corrían rumores de que César y Craso habían colaborado con Catilina, y de que el segundo, por pura precaución, no había asistido a la reunión del Senado. César, sin embargo, sí, y aunque no puso en duda la legitimidad del *senatus consultum ultimun* («decisión inapelable y de obligado cumplimiento»), rechazó el resultado: César condenó tajantemente las maquinaciones y proyectos de los conjurados, pero se opuso a su ejecución. Hizo por ellos todo cuanto estaba en su mano, aunque no por puro cálculo o frialdad (César fue un hombre que convirtió la clemencia en virtud del gobernante), pues de lo contrario, Cicerón, en el turno de réplica, no habría calificado a César como «el más clemente y compasivo de los hombres»[27], con palabras que destilaban ironía. No obstante, César se deshizo sin paliativos de los conjurados. En el ulterior transcurso de la asamblea del Senado, la situación dio un vuelco, y hubo senadores que cambiaron de opinión, aduciendo que se les había malinterpretado; hasta el hermano de Cicerón votó a favor de la propuesta de César. La réplica de Cicerón no surtió efecto, y fue el intransigente moralista Catón el que desequilibró de nuevo las fuerzas: la mayoría votó la ejecución y confiscación de bienes, medida esta última propuesta por César como pena adicional a la de reclusión. César protestó, argumentando que «despreciaban el lado humano de su propuesta y aplicaban la resolución más dura»[28], pero fue inútil, y provocó, además, que los senadores arremetiesen contra él. La asamblea adoptó aspectos tumultuarios. Los équites jóvenes, que custodiaban el edificio, irrumpieron en el interior y amenazaron a César con sus espadas: todos se apartaron de él y le hicieron el vacío, igual que pocas semanas antes a Catilina cuando Cicerón descubrió sus maquinaciones. «Un puñado de amigos le cogieron en brazos, le envolvieron en sus togas y le sacaron de allí, salvándole la vida.» Durante el resto del año, César ya no volvería al Senado[29].

César y Craso habían abandonado a tiempo la conjuración. Es más: César había revelado en una carta a Cicerón los planes de Catilina, así que cuando al año siguiente se imputó a César

su participación en el círculo de los conjurados, éste llamó a Cicerón como testigo que confirmó la revelación voluntaria que César le había hecho sobre las intrigas de Catilina[30]. César logró que no se recompensase a uno de los denunciantes su delación, y él mismo procedió contra el otro desde su cargo de pretor.

Corría el año —62 en el momento de suceder todos estos acontecimientos. No existen más datos sobre el desempeño de su pretura, pero sí sobre un escándalo relacionado con su esposa Pompeya, en el que se vio envuelto. Pompeya —al igual que César— no se tomaba muy en serio, al parecer, la fidelidad conyugal. Publio Clodio Pulcro, uno de los vividores más acreditados, la rondaba y creyó que la festividad de la Bona Dea, diosa de las mujeres y de la fertilidad, le ofrecía una ocasión inmejorable para entrevistarse a solas con Pompeya. Esta fiesta la celebraban únicamente las mujeres en casa del *pontifex maximus*, en este caso César. Clodio se introdujo furtivamente en la casa vestido de mujer, pero fue descubierto antes de reunirse con Pompeya, y tuvo que escapar a uña de caballo. César se divorció de su esposa y Clodio fue procesado por ultraje a la religión. Cuando se le invitó a declarar como testigo, César afirmó que no había estado presente en la fiesta: «No sé nada de los cargos qué se imputan a Clodio»; y al preguntársele por qué entonces había repudiado a su esposa, repuso: «La mujer de César tiene que estar por encima de toda sospecha[31].» Había reconducido con habilidad la situación, salvando su imagen y conservando para el futuro un posible aliado.

En el año —60 César regresó a su provincia de la Hispania Ulterior. Había saneado sus finanzas y se le presentaban perspectivas muy halagüeñas de ser recibido en el Capitolio como un triunfador, máximo honor que Roma concedía. Con todo, los diez años de intensa dedicación a la política interior habían producido resultados más bien escasos. César dominaba todos los recursos de la política, había demostrado su gran talla intelectual y se había ganado el favor del pueblo. Se había convertido en una persona a tener en cuenta. A pesar de todo, sabía que con todos estos medios no llegaría a dominar el Estado: necesitaba el poder real. Y el camino que desembocaba en él era ya conocido desde la época de Mario y Sila; Pompeyo había sido el último en recorrerlo. Era el mando militar. César se encontraba a las puertas del consulado: por edad le correspondía el del año —59. La magistratura le serviría como trampolín para conseguir el gobierno de una provincia. César se trazó esta meta inmediata y la alcanzó a pesar de todas las resistencias.

4. El consulado

Cuando César presentó su candidatura al consulado, se encontró un camino erizado de obstáculos. El reglamento exigía la presentación personal de la candidatura en Roma, pero el aspirante al triunfo no debía traspasar antes el *Pomerium* o frontera sagrada de la ciudad, pues si lo hacía perdería el *imperium* y sin él ya no podría celebrar el triunfo. César se mantuvo, por tanto, fuera de la ciudad y solicitó al Senado que le eximiera del requisito de presentar personalmente su candidatura, dispensa que solía concederse sin dificultades. Pero Catón, con un discurso ininterrumpido hasta el final de la sesión, impidió rebatir el asunto porque no las tenía todas consigo. Como vemos, el obstruccionismo parlamentario no es sólo cosa de nuestros días. César puso de manifiesto grandes dosis de realismo y coherencia cuando renunció al triunfo y se presentó en la ciudad dentro del plazo prescrito. Sus enemigos se dieron cuenta entonces de que no podían esperar nada de él, y al menos lograron, a costa de grandes sacrificios económicos, que Bíbulo, uno de los suyos, fuera colega de César. Bíbulo había sido anteriormente edil y pretor al mismo tiempo que César. Posteriormente a la elección, los optimates intentaron desbaratar los planes previstos por César para después de su consulado: a los dos cónsules, en vez de una provincia, se les asignó la misión de administrar los montes y pastos de Italia. Con esta medida el Senado confiaba en mantener a César apartado del mando militar.

El partido aristocrático había utilizado medios muy similares para intentar neutralizar a Pompeyo cuando regresó victorioso de Asia el año —61 y licenció a sus tropas por lealtad al Estado. A lo largo del año —60 Pompeyo había intentado, con la ayuda de los tribunos de la plebe y otros magistrados amigos, capitalizar sus victorias en Oriente. Quería en primer lugar que se diesen tierras a sus veteranos y que se ratificasen las *acta Pompei*, es decir, la reorganización que había llevado a cabo en Asia. Pero el Senado volvió a utilizar tácticas dilatorias que al final desem-

bocaron en una obstrucción. César y Pompeyo se enfrentaban a las mismas dificultades, así que no tardaron en unirse. Además, César convenció a Pompeyo de que la entrada de Craso, con todo su poder económico, haría su alianza invencible. Los dos políticos sellaron su compromiso, superando antagonismos personales: el pragmatismo político se impuso a las tendencias emocionales. A César le hubiera gustado incluso atraer a su bando a Cicerón, pero éste mantuvo una prudente reserva. Los tres dirigentes más poderosos de la ciudad se convirtieron, pues, en aliados, con la conciencia clara de que si se mantenían unidos entre ellos, nada sería capaz de detenerlos. Así se constituyó el llamado primer triunvirato (—60), un acuerdo privado que en principio se ocultó al pueblo. Los tres se comprometieron a actuar solidariamente, de forma que todo cuanto se emprendiera se hiciera por unanimidad. Al año siguiente la alianza se estrechó aún más si cabe por medio de matrimonios: Pompeyo se casó con Julia, hija única de César, que fue uno de los vínculos de cohesión entre ambos mientras vivió. César se casó, por tercera vez, con Calpurnia, hija de Lucio Calpurnio Pisón, que el año —58 sucedió en el consulado, junto con Aulo Gabinio, a César y Bíbulo. Los nuevos cónsules tuvieron que garantizar la vigencia de las medidas adoptadas por César durante su magistratura. César se convenció entonces de que su política descansaba sobre cimientos muy sólidos. Ni siquiera las burlas teñidas de impotencia de sus rivales lograron variar la situación ni un ápice: por ejemplo, el polígrafo Marco Terencio Varrón escribió una sátira contra los triunviros titulada *El monstruo de tres cabezas* (alusión a Cancerbero, el guardián del infierno)[32].

Nada impedía ya a César poner en práctica los planes previstos desde su consulado. En un principio solicitó la colaboración amistosa de los senadores, hizo ciertas concesiones a la vanidad de sus colegas e «invitó al Senado a colaborar, porque si se enemistaban sería el Estado el que lo sufriría»[33]. Procuró ganarse a sus enemigos para que le ayudaran a llevar a cabo la ley de colonización, medida básica de su consulado. Las propuestas de César evidenciaban que éste había aprendido la lección tras el fracaso de Rulo. No podía contar con Campania, así que debía comprar la tierra a particulares. Los fondos económicos saldrían de los botines conseguidos por Pompeyo y de los impuestos de los territorios conquistados: «Lo que los ciudadanos, arrostrando grandes peligros, han conquistado, tiene que redundar en su propio beneficio»; éste fue el núcleo de su argumentación[34]. Las tierras serían cedidas durante veinte años a los colonos, y

transcurrido ese plazo pasarían a ser de su entera propiedad. Una comisión de veinte hombres (de los que se autoexcluyó César) se encargaría de poner en práctica la colonización. César evitó también cuidadosamente cualquier apariencia de interés personal: «se conformaba con haber concebido y presentado la ley»[35]. Había hecho público su proyecto antes de tomar posesión de la magistratura, y quería promulgar la ley con la colaboración del Senado. Al igual que diez años más tarde, cuando estalle la guerra civil, César busca ahora un compromiso entre las dos partes, pues es consciente de la importancia de la legalización de la colonización por el Senado. El que no le quedara otra solución que el camino fuera de la legalidad se debió en ambas ocasiones a sus enemigos, que se negaron a cualquier componenda alegando razones de peso: sabían que la colaboración con César fortalecería la posición de su enemigo en la misma medida que debilitaría la suya. Recién elegido cónsul, César invitó a cada senador a dar su parecer sobre el proyecto de ley, aclarando que «estaba dispuesto a modificar o suprimir lo que no mereciera su aprobación»[36]; pero el Senado inició una labor obstruccionista con prórrogas y dilaciones que César fue incapaz de frenar: intentó proceder oficialmente contra Catón, haciéndole detener, pero fueron tantos los senadores que se declararon solidarios con Catón y dispuestos a seguirle a la cárcel, que a César no le quedó otro remedio que dar marcha atrás. César afirmó públicamente que «los senadores tenían poder para hacer y deshacer la ley, de manera que si la modificaban en algo, no sería recurrida ante la asamblea del pueblo. Sin embargo, ni siquiera habían llegado a discutirla, por lo que él, a la vista de la oposición del Senado, se veía obligado a someterla, aun en contra de su voluntad, a la decisión soberana del pueblo»[37]. En ese momento intervino su colega Bíbulo, afirmando que en su calidad de cónsul impediría a todo trance la aprobación de la ley. Y así fue: abusó de los preceptos religiosos para imposibilitar la celebración de los comicios y, pretextando augurios desfavorables, los prohibió, y además declaró nefastos para tal celebración los restantes días del año. Su actuación era ajustada al derecho, puesto que era cónsul, y en caso de que César tratara de forzar la aprobación de la ley, ésta sería inmediatamente invalidada. A la vista de semejante sabotaje, César abandonó todo tipo de miramientos, solicitó la ayuda de sus compañeros de triunvirato y logró la aprobación de la ley en los comicios. Al mismo tiempo se produjeron actos violentos, especialmente contra Bíbulo y Catón, debidos en parte a la acción de bandas organizadas. El Se-

nado, amedrentado, suavizó su oposición inicial y prestó el juramento prescrito de no oponerse a la aplicación de la ley. Bíbulo se recluyó en su casa y se abstuvo de toda actividad pública, exceptuando la publicación de edictos con los que intentaba dificultar la labor de César como cónsul, quitándole base legal. El ingenio de los habitantes de Roma pronto sacó partido de la situación y acuñó una datación satírica del consulado de ese año con la frase «siendo cónsules C. Julio César y C. César»[38].

La polémica pública continuó durante el resto del año y hubo manifestaciones de agrado o de disgusto con motivo de la asistencia de los triunviros al teatro o al circo. En este ámbito hay que citar el turbio asunto de Publio Vettio. Este denunció un supuesto acuerdo secreto de varios dirigentes del partido aristocrático, entre ellos Cicerón y Lúculo, para asesinar a Pompeyo. César blandió esto como un arma propagandística muy oportuna. Vettio, sin embargo, era muy torpe, y se embrollaba en continuas contradicciones, hasta que César prescindió de él. Hoy subsiste la incertidumbre de si sus declaraciones contenían un fondo real o si actuó únicamente como un agente provocador.

Otras leyes complementaron la ley agraria: una disposición posterior incluyó también la Campania; más tarde fueron sancionadas las *acta Pompei;* otra ley condonó a los arrendatarios una parte de las sumas que debían satisfacer por el arrendamiento. Estas medidas favorecían visiblemente los intereses de Pompeyo y Craso. Pero es un proceder típico de César, ya que trascendieron los intereses particulares: la ley agraria no favoreció únicamente a los veteranos de Pompeyo; también numerosas familias de Roma recibieron tierras, en especial las familias numerosas. Se asentaron 20.000 ciudadanos y Capua, destruida en la segunda guerra púnica, fue reconstruida. En el futuro se demostraría la trascendencia de esta ley. Normas legales posteriores, que arrancan del consulado de César, reorganizaron toda Italia concediendo el derecho de ciudadanía a todos sus habitantes[39].

La disminución de la tasa de impuestos supuso un alivio para las provincias. Con este motivo César advirtió pública y expresamente a los arrendatarios de impuestos que «en el futuro no debían ofrecer sumas desorbitadas por el arrendamiento»[40]. Además se promulgaron leyes referidas a la administración de las provincias y otra contra el chantaje y el fraude de todos los titulares de cargos públicos en Roma, Italia y en las provincias. Esta disposición fijaba con límites muy precisos la licitud e ilicitud de sus ingresos. Otra norma legal determinó el asentamiento de otros 5.000 colonos, medida dictada en favor de los transpadanos; To-

lomeo Auletes, por haber apoyado la expedición militar de Pompeyo en Judea, recibió como recompensa un premio en metálico y el título de «amigo y aliado del pueblo romano». Esta última distinción honorífica se le confirió también a Ariovisto, jefe de los germanos, con el que César se relacionaría mucho más estrechamente al año siguiente.

A la vista de la labor obstruccionista de Bíbulo, César se cuidó de que las leyes no pudieran ser impugnadas por razones formales. A sus enemigos no les quedaba otro recurso que sentar a César en el banquillo al finalizar su consulado y juzgarlo por su desempeño del cargo. El proconsulado era la protección más segura, ya que derivaba directamente del consulado e impedía que César pudiera ser procesado. El Senado pretendió bloquear esta vía encargándole la tarea de supervisar los montes y pastos. Sin embargo, el pueblo le encomendó a César el gobierno de la Galia Cisalpina e Iliria (costa occidental del Adriático) por un periodo de tres años y un ejército de cinco legiones. Así accedió César al mando extraordinario, permaneciendo, no obstante, lo suficientemente cerca de la capital como para influir en los acontecimientos de Roma. Cuando le fue confiado el cargo se alegró sobremanera y dijo:«He logrado lo que ambicionaba, aun en contra de la voluntad y de las maquinaciones de mis enemigos. Ahora los tengo a mi merced.» Y cuando uno de sus rivales hizo una observación de dudoso gusto («No será tarea fácil para una mujer»), aludiendo a sus presuntas relaciones con Nicomedes, César devolvió bien el golpe: «Semíramis reinó en Siria, y eso no les impidió a las amazonas conquistar casi toda Asia Menor[41].» Poco después murió accidentalmente el procónsul de la Galia Transalpina (provincia narbonense), y el Senado, a propuesta de Pompeyo, confió también esta provincia a César.

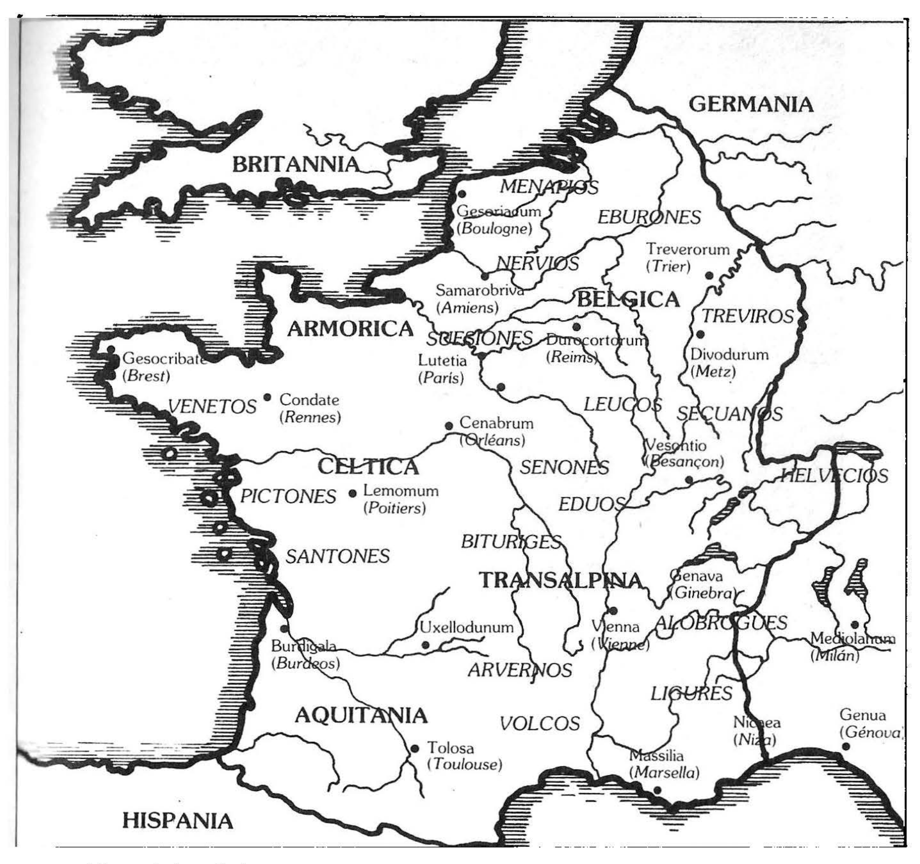
César había conjurado el peligro del proceso, y se mostró entonces conciliador, quizá para soslayar cualquier asomo de temor. Bíbulo, tras el juramento con el que presentaba la renuncia a su cargo, intentó pronunciar un discurso denunciando la situación política, pero se lo impidió el veto de los tribunos. Al finalizar el consulado de César, dos pretores presentaron un informe sobre la ilegalidad de su actuación, y César exigió al Senado que abriera una investigación. Los senadores, asustados, recurrieron de nuevo a tácticas dilatorias. Después de tres días de interminables e infructuosos debates, César cruzó el *Pomerium*[42], asumió su *imperium* y se convirtió así en una persona judicialmente inviolable. Permaneció en Roma hasta que las aguas volvieron a su cauce. Los cónsules Pisón y Gabinio le dieron todas las garan-

tías en el sentido de que el Estado sería gobernado contando con los triunviros; sin embargo, la oposición gozaba aún de gran poder, y lo más prudente parecía la neutralización de sus principales dirigentes, sobre todo Cicerón (por su extraordinaria talla intelectual, tan conocida por César) y Catón. César había intentado una y otra vez atraerse a Cicerón, ofreciéndole diversos cargos (en la comisión de colonización y en su ejército, como lugarteniente). Pero el orador permaneció siempre fiel a sus convicciones aristocráticas y al partido de los optimates. Las escaramuzas entre ambos comenzaron cuando Cicerón, con palabras muy duras, se opuso a los planteamientos de César. Clodio, un viejo amigo de Cicerón, acariciaba desde hacía tiempo la idea de pasarse al partido popular para conseguir acceder al cargo de tribuno de la plebe, al que no podía aspirar por ser patricio. La única vía posible era la adopción por un plebeyo, pero necesitaba el consentimiento del colegio de los sacerdotes. Hasta entonces, César se lo había denegado, pero repentinamente cambió de opinión y tomó a su servicio al antiguo amante de su segunda esposa, y Clodio se convirtió en tribuno de la plebe. Fue él quien impidió a Bíbulo pronunciar su discurso en la ceremonia de renuncia al consulado, y quien ahora procedía contra Cicerón. Cuando éste desdeñó la mano que César le tendía, Clodio dio el golpe presentando una ley que castigaba con el destierro y la confiscación de bienes a cuantos hubieran ordenado ejecutar ciudadanos romanos sin la aprobación del pueblo. La medida apuntaba contra Cicerón por la muerte de los partidarios de Catilina. Todas las súplicas fueron inútiles, y la ley fue promulgada. Cicerón, antes de ser sometido a juicio, prefirió exiliarse voluntariamente en Salónica. Clodio instigó al pueblo, que destruyó la casa de Cicerón. Más tarde fue Catón el que tuvo que salir de Roma con la orden de convertir a Chipre en provincia romana, pretextando que su rey, un hermano de Tolomeo Auletes, prestaba apoyo a los piratas. Este acontecimiento acaeció después de partir César hacia su provincia, tres meses después de llegar a Roma.

5. La guerra de las Galias

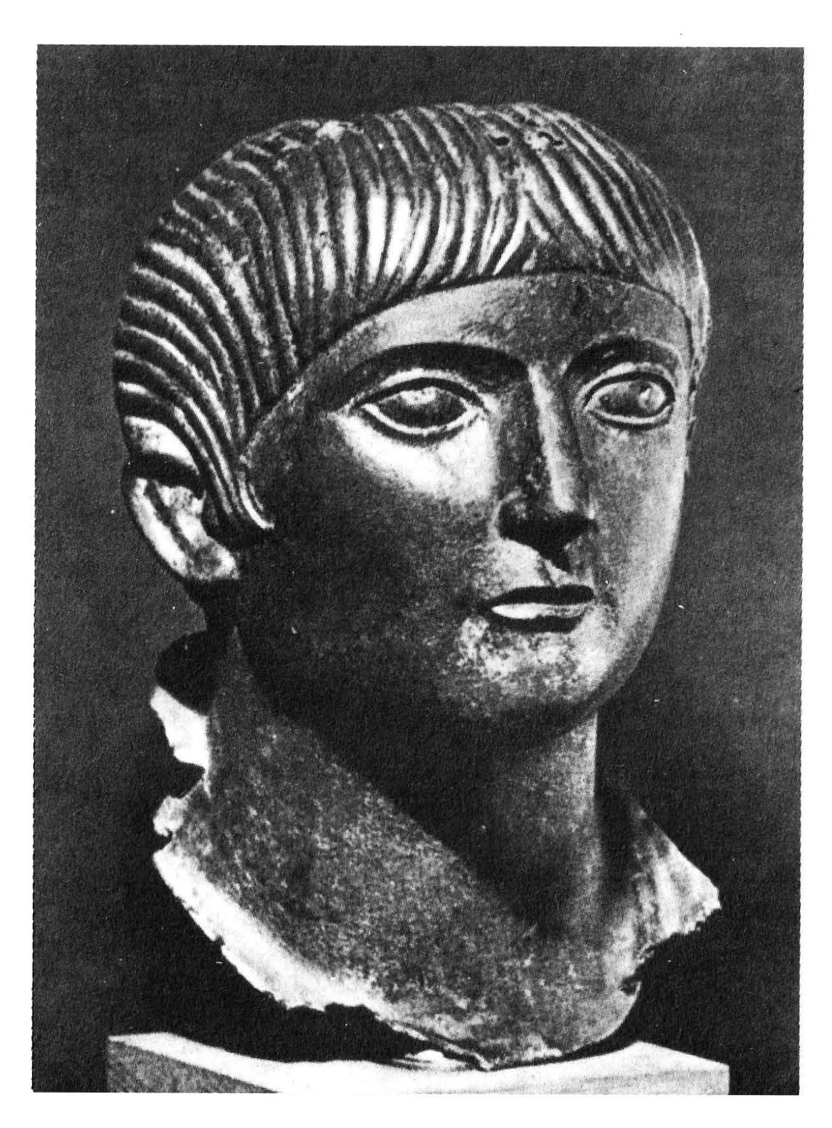
Desconocemos los motivos concretos que indujeron al Senado a confiar también a César la Galia Transalpina. ¿Quería evitar con ello una nueva decisión soberana del pueblo de consecuencias incalculables? ¿Pretendía alejar aún más a César de la capital, habida cuenta de que la intranquilidad reinante en esa provincia exigiría su presencia en el territorio más allá de los Alpes? ¿Tenía como fin desbaratar el posible plan de César de conquistar nuevas tierras hacia el Save, el Drave y el Danubio? Si era así, el pacto de amistad suscrito con Ariovisto durante su consulado podría interpretarse como un intento de pacificar la frontera de la Galia. Al principio, César no había previsto emprender grandes operaciones militares en la Galia. Aún no comprendía íntegramente la compleja situación política de la zona cuando, poco después de tomar posesión del proconsulado, se vio en la obligación ineludible de intervenir activamente al otro lado de los Alpes. Fue durante su primer verano en la Galia cuando comenzó a formarse una idea más aproximada y completa, fenómeno que es patente en el primer libro de su descripción de la guerra de las Galias (*De bello gallico*), que abarca el periodo comprendido entre el año —58 y el —52.

La Galia libre estaba limitada por el océano Atlántico y el Canal de la Mancha; la frontera oriental la constituían el Rin y los pueblos germanos y, al sur, las Cévennes y el curso alto del Ródano la separaban de la provincia romana. La poblaban los celtas, pueblo indogermánico que habitaba además en Britannia, el sur de Germania y la llanura del Po, territorio, éste, ya muy romanizado en tiempos de César. Los celtas habían llegado en sus migraciones a los Balcanes y a Asia Menor, pero desde el comienzo del siglo —I sufrían el empuje de los germanos, procedentes del Norte, que ya habían cruzado el bajo Rin y desde el año —70 presionaban también por el alto Rin. La organización social de los celtas se basaba en tribus aisladas, gobernadas a menudo por un rey, aunque en la época de César el gobierno caía



Mapa de las Galias.

predominantemente en manos de las familias nobles. Entre las diversas tribus o ramas se habían establecido profundas relaciones de vasallaje o clientela, y en consecuencia algunas disfrutaban de una posición muy preeminente. En el seno de las tribus había dos tendencias políticas en pugna: los partidarios de un gobierno monárquico y los que querían otro basado en la aristocracia. En el siglo —II, y con el fin de garantizar el camino hacia Hispania, Roma se había apoderado del sur del país. Por entonces había tenido lugar la guerra con los arvernos (y de ahí viene el nombre de Auvernia), grupo hegemónico por entonces en la Galia central. Al derrotar a los arvernos, Roma aseguró sus posesiones y creó la provincia narbonense (llamada así por tener su capital en Narbona), aunque renunció a proseguir sus conquistas más allá

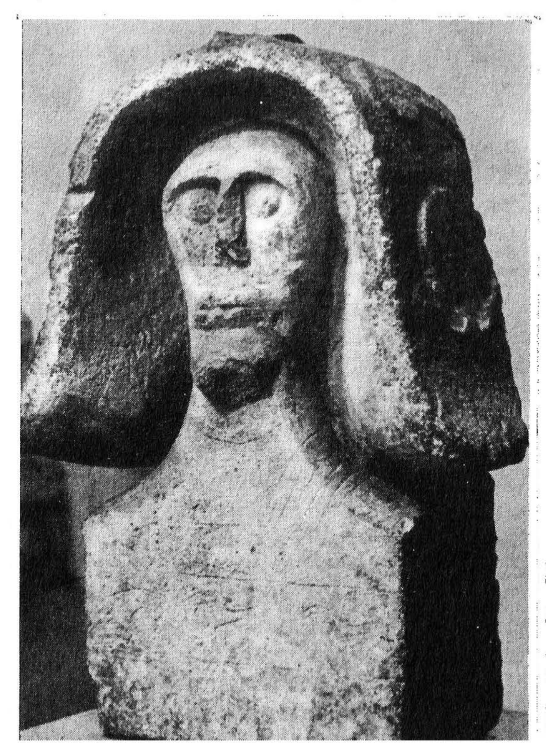


de las Cévennes (—122). Hacia la década de los sesenta del siglo —I, la Galia era presa de gran agitación, debida sobre todo a la presión de los germanos. Los eduos habían sustituido a los arvernos en la hegemonía de Galia central; y en el Franco Condado y Alta Alsacia, los secuanos, que intentaban alzarse con el poder, pidieron ayuda a los germanos. Estos, dirigidos por el ya

mencionado Ariovisto, cruzaron el Rin, y uniéndose a los secuanos vencieron a los eduos el año —62 en Magetóbriga (se desconoce si su ubicación exacta estaba en Borgoña o en el Franco Condado).

Los germanos habían penetrado al fin en la Galia, y sus habitantes tuvieron que cederles una tercera parte de las tierras de labor. En el fondo, el poder efectivo residía en las manos de Ariovisto más que en las de los secuanos, sus aliados. El caudillo de los germanos se instaló en Alsacia, y los eduos, aliados de Roma desde tiempo atrás, comisionaron a Diviciaco, cabeza de fila del partido aristocrático que dominaba el poder, para que marchara a Roma a pedir ayuda al Senado. Sin embargo, los senadores se limitaron a emitir una resolución por la que se instaba al procónsul en funciones de la provincia narbonense a defender a los eduos y al resto de pueblos amigos de Roma. Todo quedó, pues, en el aire, y el hecho de que en el año —59 Ariovisto recibiera el título de amigo del pueblo romano no contribuyó precisamen-

◀ *Cabeza de un guerrero galo. Museo de Saint-Germain, París.*



Busto de un guerrero galo con casco de cuero. Museo Arqueológico, Nimes.

Walter-Verlag, Olten-Friburgo



Moneda conmemorativa de Dumnórix, jefe de los eduos.

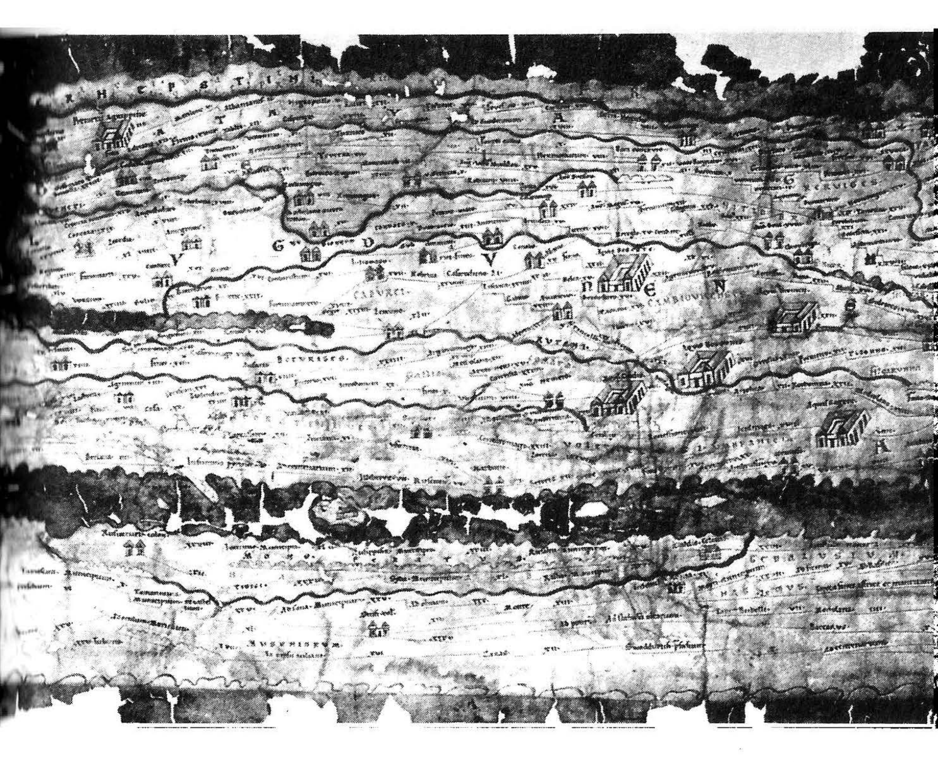
Ernst Klett Verlag, Stuttgart



Estatuilla de campesino galo. Museo de Saint-Germain, París.

te a clarificar la situación. El empuje de los helvecios volvió a modificar el estado de cosas.

Los helvecios vivían en la zona comprendida entre el alto Rin, el Jura suizo, el lago de Ginebra y los Alpes. A fines del siglo —II dominaban el territorio que se extendía desde el alto Rin y la Selva Negra hasta el Main. En su repliegue hay que ver la presión de los pueblos germanos. Los helvecios, en su retirada, cruzaron la Galia y buscaron una nueva patria al norte del río Gironda, asentándose en una zona muy fértil. Este plan lo había ideado Orgétorix, un aristócrata, y con él perseguía su propio beneficio, ya que había suscrito un pacto secreto con Dumnórix y Cástico, jefes de los eduos y secuanos respectivamente. Pretendían unificar las tres tribus para arrebatar a Ariovisto la hegemonía. Apenas se descubrió este plan, los helvecios eliminaron a Orgétorix, mas perseveraron en su propósito de emigrar. Pero César vio en su marcha una amenaza para la provincia, porque tenían que pasar por su parte más septentrional, por el país de los alóbroges, pueblo no muy de fiar a juzgar por los recientes dis-

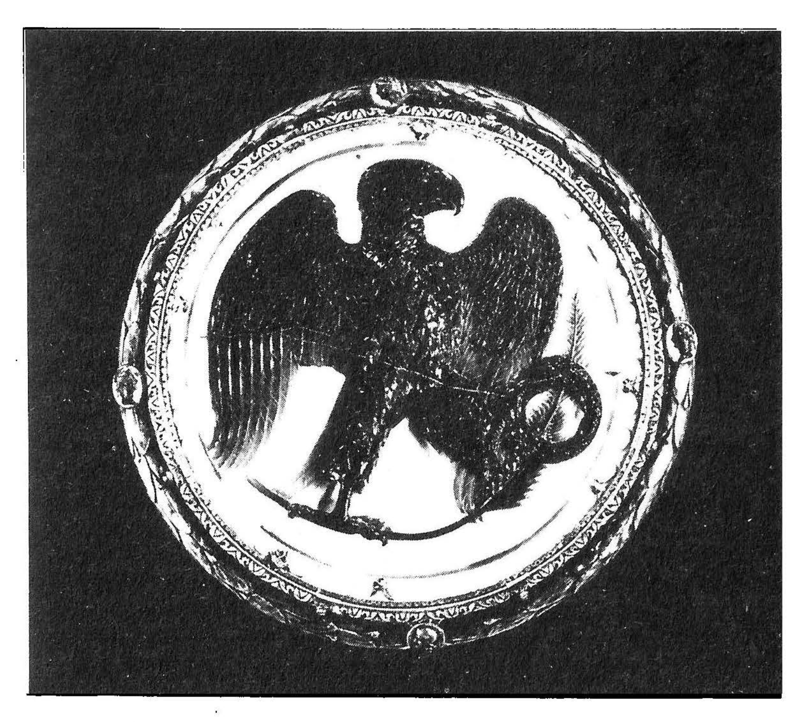


El escenario de las campañas de César en las Galias, según el mapa realizado por un geógrafo del siglo IV. Biblioteca Nacional, Viena.

turbios. Los helvecios pidieron a César que les autorizase a cruzar. El les dio largas, fortificó la frontera del Ródano y rechazó el intento de los helvecios de cruzar a la fuerza. Estos se dirigieron entonces por la estrecha franja que media entre el Ródano y el Jura hacia el oeste, atravesando el país de los secuanos. Este cambio no disminuyó la intranquilidad de César, porque el posible asentamiento de los belicosos helvecios en la Gironda le parecía un peligro para la provincia, sobre todo para la zona occidental cercana a Toulouse, que carecía de fortificaciones naturales. En consecuencia, César traspasó la frontera de la provincia (el Ródano) más arriba de Lyon, anticipándose a la petición de protección de los eduos contra los helvecios, así que cuando le pidieron ayuda consideró este hecho como la legitimación de su proceder. Dumnórix, el jefe de la facción de los eduos opues-

ta a los romanos, le puso innumerables trabas, pero aun así, César siguió muy de cerca a los helvecios y, tras algunas escaramuzas, los derrotó en un encarnizado combate que tuvo lugar en Bibracte (Mont-Beuvray, oeste de Autun), capital de los eduos. Los supervivientes de la batalla se vieron obligados a regresar a su patria para evitar su ocupación por los germanos. Antes de emprender esta campaña, César había reforzado su ejército. En un principio sólo disponía de una legión (la X) en la provincia, que fue la que se encargó de la defensa contra los helvecios. En el ínterin, César llevó a la Galia tres legiones estacionadas en la llanura del Po (la VII, la VIII y la IX), cruzando los Alpes a marchas forzadas, y además otras dos que había reclutado a toda prisa en Lombardía (la XI y la XII). Cada legión se componía de unos seis mil hombres, divididos en diez cohortes, y éstas a su vez en seis centurias. Su enseña era un águila. Los soldados romanos recibían un adiestramiento excelente; recorrían a diario unos veintidós kilómetros, distancia que era aumentada en caso necesario. El hecho es muy notable si tenemos en cuenta que todas las noches se instalaba un campamento fortificado; las armas ofensivas eran la jabalina, con la que se iniciaba el combate, y una espada corta para la lucha cuerpo a cuerpo. En el campo de batalla, la infantería formaba una triple fila. Las armas defensivas eran el casco, la loriga de cuero y el escudo. La ración diaria de rancho ascendía a ochocientos cincuenta gramos de trigo *in natura*. El soldado o su esclavo tenía que molerlo y prepararlo. Por este motivo, cada *contubernium* (tienda común) llevaba un molino manual en una acémila. Por lo general, la harina se transformaba en una especie de polenta, normalmente sin manteca. La carne constituía un recurso para días de escasez, y simbolizaba dificultades de avituallamiento siempre que el soldado la necesitaba. A César le asistían en la dirección de las tropas dos legados, y cada uno mandaba habitualmente una legión. El más importante, y mano derecha de César, era Tito Labieno, su compañero de lucha política en Italia. Además, contaba con los tribunos militares. Los cien hombres que componían cada centuria estaban al mando de un centurión, grado que se alcanzaba por méritos propios a partir de soldado raso. Al ejército regular había que añadir las tropas auxiliares, que portaban un tipo de armamento más ligero y eran suministradas por los pueblos aliados o federados.

La victoria sobre los helvecios confirió de golpe a Roma la hegemonía de la Galia central, y así lo confirmó el hecho de que cuando las tribus galas quisieron celebrar una reunión, solicita-



Camafeo de ónix con el águila imperial romana, símbolo que figuraba en las enseñas de las legiones. Biblioteca Nacional, París.

ron el permiso de César; tras deliberar, los galos comparecieron ante César para pedirle que les protegiera de Ariovisto, que impulsaba a los germanos a pasar el Rin presionando a los secuanos y a las demás tribus galas. Este fue el pretexto que utilizó César para imponer la hegemonía de Roma en la Galia. En un primer momento, el procónsul intentó frenar a las tribus germanas, con las que al fin y al cabo había sellado un pacto de amistad, por medio de la negociación. Cuando vio que este camino resultaba infructuoso, determinó luchar contra ellos y ocupar la capital de los secuanos (Vesontio, Besançon) antes de que Ariovisto se le adelantase. El plan provocó el pánico entre los soldados, porque desde la guerra de los cimbrios, los germanos pasaban por ser muy valientes y audaces en el combate. Esta fama legendaria provocaba temor, así como una amenaza latente de insubordinaciones masivas. César, sin embargo, arengó con un encendido discurso a todos sus oficiales y centuriones, y logró

dominar la situación. En sus palabras aludió a su relación de amistad con Ariovisto, recordó las victorias de Mario sobre los cimbrios y teutones, así como su propia victoria sobre los helvecios, tan valientes como los germanos; subrayó con toda energía su rango de general en jefe y su exclusiva responsabilidad y declaró que no creía en insubordinaciones. «Para demostrarlo, voy a poner en práctica ahora mismo lo que pensaba hacer a más largo plazo: la próxima noche, al amanecer, y así sabré cuanto antes si en vosotros es más fuerte el honroso cumplimiento del deber gue el miedo. Aunque nadie me siga, saldré solo al frente de la décima legión porque confío en ella.por completo. Ella me servirá de escolta[43].»

La arenga produjo el resultado apetecido, y todos los soldados se prepararon para la marcha. César penetró entonces en Alsacia y alcanzó a Ariovisto cerca de Mülhausen. El germano se avino a negociar, y ambos caudillos celebraron una entrevista en una colina, sin desmontar de sus respectivos caballos. «César manifestó que Ariovisto debía a su influencia y al Senado su reconocimiento como rey y como amigo del pueblo romano. [...] Luego le habló claramente a Ariovisto del pacto de Roma con sus aliados los eduos, cuyo debilitamiento Roma no podía tolerar. [...] A continuación repitió la exigencia de que Ariovisto se abstuviera de guerrear contra los eduos y sus aliados, devolviera los rehenes y se comprometiera a no hacer cruzar el Rin a más germanos[44].» César justificaba su proceder aduciendo la resolución del Senado del año —62, a tenor de la cual el procónsul de la Galia debía defender a los eduos. A partir de entonces ambos dirigentes entran en abierto conflicto, durante el cual Ariovisto se revelará como un digno rival de César. Ariovisto argumenta que ha cruzado el Rin, no por propia iniciativa, sino respondiendo a una petición de los galos; continúa diciendo que había abandonado su patria porque los galos le habían hecho grandes promesas, le habían cedido sus tierras y le habían entregado rehenes voluntariamente; los impuestos le pertenecían por derecho de conquista, dado que eran los galos los que le habían atacado y no al revés, pero él los había derrotado. Añadió que había buscado la amistad con el pueblo romano por razones de prestigio y seguridad, y si seguían llegando más germanos era por razones defensivas, no ofensivas. Inmediatamente, Ariovisto desarrolló su argumento principal: él había llegado a la Galia antes que los romanos; jamás anteriormente ejército romano alguno había cruzado las fronteras de la provincia. «¿Qué pretendes de mí, César, al invadir mi país? La Galia es mi tierra, como aquélla la vues-

tra, y vosotros no permitiríais que yo la invadiese. Pues bien, igual de injusto es que vosotros atropelléis mis derechos.» Luego se burla del pacto de Roma con los eduos: «No soy tan tonto como para olvidar que los eduos no ayudaron a los romanos en la reciente guerra con los alóbroges, ni tampoco los romanos auxiliaron a los eduos en sus luchas contra mí[45].»

Ariovisto se remite, pues, a su victoria y a la prioridad de su invasión de la Galia central, pero César rebate su argumentación: «Ni él ni el pueblo romano tenían por costumbre dejar en la estacada a aliados que merecían ayuda; la Galia no era más propiedad de Ariovisto que del pueblo romano. Los arvernos y rutenos habían sido vencidos por Quinto Fabio Máximo, aunque el pueblo romano les había perdonado, ya que no había convertido su territorio en provincia ni les había exigido tributos. En cuanto a derecho de prioridad, Roma gozaba de todos los derechos para mandar en la Galia, pero atendiendo a la decisión del Senado, la Galia debía ser libre, ya que, a pesar de haber sido vencida militarmente, se le había concedido la autonomía[46].» La extraordinaria habilidad para la diplomacia de César explica la necesidad de una Galia libre como voluntad del Senado, y en consecuencia asume él mismo el compromiso de defender la libertad de los galos. Se enfrentan, pues, dos puntos de vista irreconciliables, y ya sólo queda el recurso a las armas. Tras largas maniobras militares y un terrible combate, César obtiene la victoria; Ariovisto y la mayor parte de los germanos atraviesan el Rin, quedando tan sólo en Alsacia pequeños destacamentos. Con su victoria, César se convierte en conquistador de la Galia central, y así lo subraya el estacionamiento de las legiones en la Galia, en la que instalan sus cuarteles de invierno. Durante la estación invernal, César se traslada a la Lombardía para cumplir con sus deberes de procónsul.

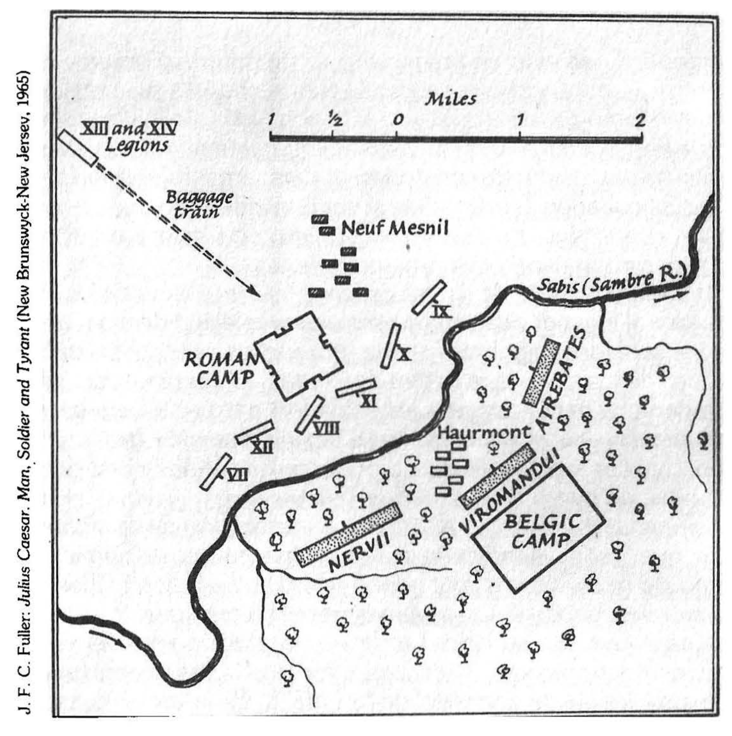
Este cambio sorprendente de la situación de la Galia central constitiyó un éxito para César y un motivo de inquietud para los belgas, aunque el asunto no les afectaba directamente. La cuestión atañía a los galos que habitaban al norte del Sena y del Marne y cuyas fronteras naturales eran el mar y el Rin. Tiempo atrás, tribus germanas habían cruzado el río asentándose en territorio de los belgas. Estos belgas céltico-germanos tenían reputación de valientes y de hombres avezados en el combate, y a la vista de las circunstancias se aliaron para frenar el posible avance de César hacia el Norte. Tan sólo el pueblo de los remos —de su nombre deriva el de Reims— rehusó unirse a los belgas, porque, sopesando los acontecimientos del año anterior, creyeron que era

preferible practicar una política no beligerante, y llegaron a un acuerdo con César. Este comprendió que la alianza antedicha podía suponer una amenaza para Roma y reclutó tres legiones más en Lombardía; su ejército pasó, pues, a tener ocho legiones, justo el doble de las que disponía cuando asumió el proconsulado. A comienzos del año —57 César partió hacia el Norte; los remos le cedieron su tierra como teatro de operaciones, por lo que tras la victoria de César alcanzaron entre las tribus belgas una posición muy privilegiada, similar a la de los eduos tras la derrota de Ariovisto. Sin embargo, al contrario que estos últimos, los remos se mantuvieron siempre fieles a César y a Roma.

Al principio, los belgas intentaron alistar hombres procedentes de todas las tribus germanas, porque pensaban que con su superioridad numérica aplastarían a César. César habla de trescientos mil soldados, cifra a todas luces exagerada. Con todo, superaban ampliamente las ocho legiones (unos cincuenta mil hombres) de que disponía César. Un ejército tan numeroso debía plantear, por fuerza, grandes dificultades organizativas (de avituallamiento, por ejemplo) a las que no era fácil hacer frente. A César no le costó demasiado desbaratar sus líneas junto al Aisne sin necesidad de grandes luchas. Los belgas, entonces, se vieron obligados a disolver un ejército tan desmesurado y a cambiar de táctica, acordando que cada tribu se defendería por su cuenta. Esta dispersión le vino a César como anillo al dedo, porque no tuvo problemas para someter sucesivamente a cada una de las tribus. Los nervios, gentes muy valerosas, le opusieron en Hennegan una enconada resistencia. En efecto, aliados con los atrébates y viromanduos, esperaban a los romanos en el bosque del valle del Sambre (al oeste de Maubenge, muy cerca de Hautmont). La batalla se decidió gracias a la intervención personal de César. He aquí la descripción del dramático desarrollo de los acontecimientos según los cuenta el propio César en la *Guerra de las Galias*[47]:

«Una colina descendía con suavidad hasta el río Sambre. En la orilla opuesta otra pendiente ascendía con parecida inclinación [...] hasta perderse en un espeso bosque impenetrable a simple vista [...]. En distintos lugares despejados a lo largo del río podían observarse algunos destacamentos de caballería enemigos. El río tenía una profundidad de unos tres pies.

»Nuestros jinetes, tras vadear el río junto con los honderos y arqueros, entablan combate con los enemigos y les obligan a replegarse hacia el bosque, aunque los nuestros no se internaron en él ni salieron en su persecución [...]. Entretanto el grueso



J. F. C. Fuller: *Julius Caesar. Man, Soldier and Tyrant* (New Brunswyck-New Jersey, 1965)

Reconstrucción del escenario de la batalla del río Sambre, con la situación de las legiones romanas y las tribus galas.

de las fuerzas [seis legiones] comenzaron a construir el campamento. Pero los nervios y sus aliados, tan pronto vieron desde sus escondrijos en el bosque aparecer la impedimenta de nuestro ejército, salieron con todos sus efectivos y atacaron a nuestra caballería [...]. Su avance es tan increíblemente rápido que apenas median unos segundos entre su salida del bosque, su llegada al río y la confluencia con los nuestros; y con la misma celeridad se dirigen, tras vadear el río, a nuestro campamento situado en la orilla opuesta, y se precipitan sobre los soldados romanos que trabajan en las labores de fortificación del campamento.

»A César la situación le había cogido tan de improviso que apenas tuvo tiempo de reaccionar; tenía que dar la señal de alarma, llamar a las armas, ordenar formación de combate, reorganizar a los soldados dedicados a fortificar el campamento, formar las líneas defensivas, arengar a los soldados y dar la orden

de ataque. Todo esto en un espacio de tiempo muy breve y con el enemigo echándoseles encima. Sin embargo, el excelente adiestramiento de las tropas [...] y la actuación de los legados a los que había ordenado taxativamente que permanecieran al lado de sus tropas mientras construían el campamento, salvaron todas las dificultades. Los legados, al ver la rapidez con que se aproximaba el enemigo, no esperaron órdenes de César para actuar y lo hicieron siguiendo sus propios criterios.

»César, después de dar las órdenes más imprescindibles [...], se acerca al lugar donde estaba emplazada la legión décima, arenga a los soldados muy brevemente, porque los enemigos estaban ya a tiro de lanza, y da la orden de ataque. A continuación pasa al ala derecha para arengar a los soldados, pero se los encuentra combatiendo. Había sucedido todo tan rápidamente que las tropas no habían tenido tiempo de ponerse los yelmos ni de quitar las fundas de cuero a los escudos.

»Apenas logró poner al ejército en formación de combate lo mejor que pudo, atendiendo más a la naturaleza del lugar y al tiempo de que disponía que a las reglas de la táctica militar y a la costumbre habitual. Las legiones trabaron combate con el enemigo cada una por su lado. La densa vegetación impedía ver el desarrollo del combate, llevar los refuerzos al lugar oportuno y tener una visión de conjunto de la batalla. En estas circunstancias tan desfavorables el curso de los acontecimientos era muy desigual.

»Las legiones décima y novena, en orden de combate, arrojan a los atrébates, agotados por el cansancio de la carrera y por las heridas recibidas, desde la parte alta al río, y les persiguen obligándoles a cruzarlo, provocando entre ellos una gran mortandad. Los nuestros no dudaron en vadear el río y ascendiendo trabaron de nuevo contacto con el enemigo y lo pusieron en fuga. En el centro, la undécima y octava legiones habían expulsado a los viromanduos de los lugares altos y combatían con ellos a orillas del río. Este avance deja el campamento desguarnecido en el flanco izquierdo y en el centro (la duodécima y séptima legiones protegen el ala derecha) y contra ellos se precipitan, en formación cerrada, los nervios [...]. Parte de éstos comienzan a envolver a las legiones por el ala derecha, mientras otros intentan llegar al punto más elevado del campamento.

»Pero al mismo tiempo la caballería romana y la infantería ligera [...] caen sobre los enemigos en su fuga, y los esclavos [...], al advertir que el enemigo se precipitaba sobre el campamento, se dan a la fuga [...]. Cuando los refuerzos galos a caballo pro-

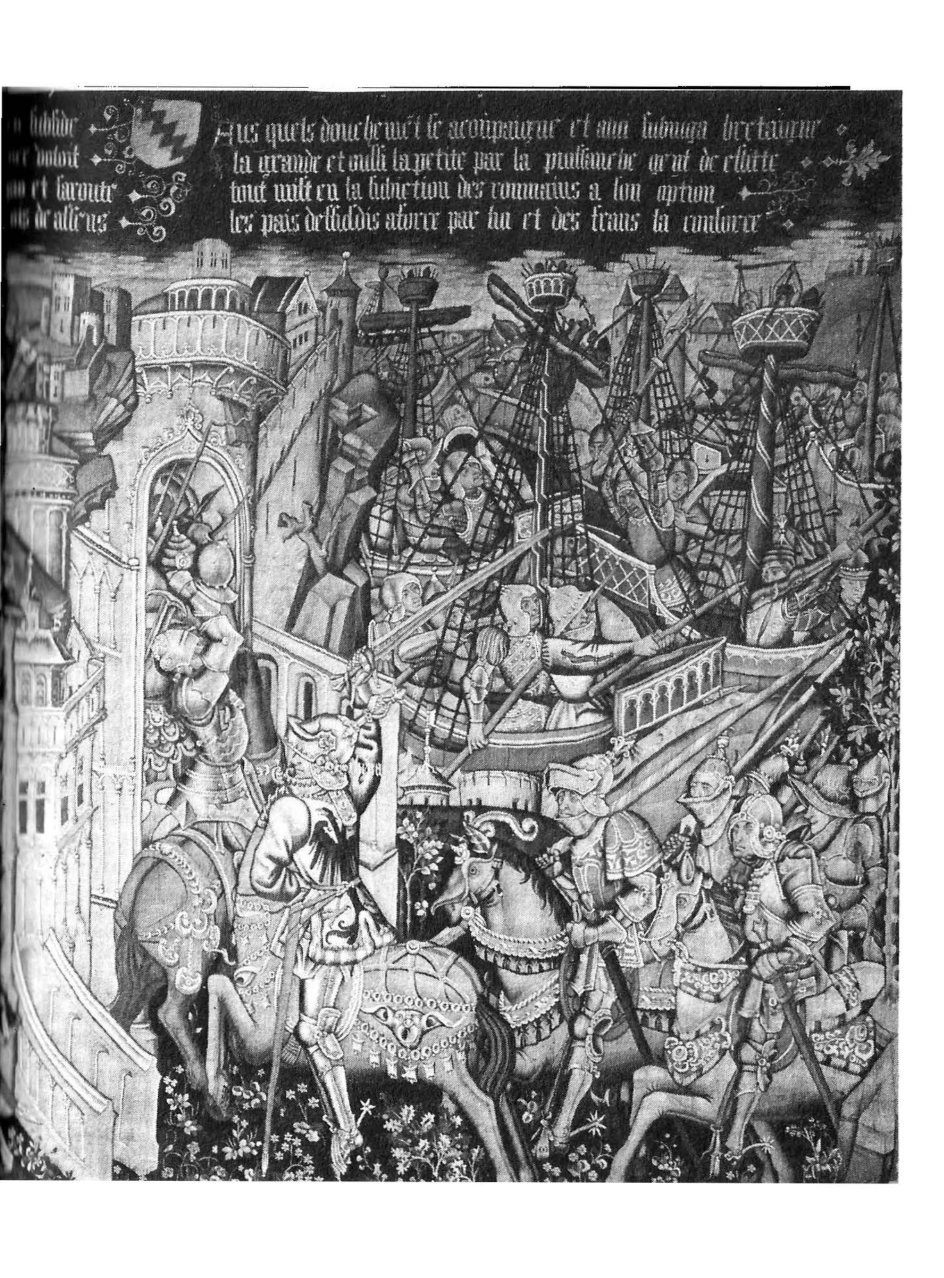
cedentes de la zona de Tréveris, que gozaban entre los galos de fama de valerosos, vieron que el campamento romano hervía de enemigos, que las legiones pasaban por un trance muy difícil y que los esclavos, jinetes, honderos [...] huían a la desbandada, regresan a sus puntos de partida no recatándose en afirmar públicamente que los romanos habían sido vencidos y que los nervios habían conquistado su campamento con todos los bagajes.

»César sigue el desarrollo del combate y ante sus ojos ve dibujarse la catástrofe. Los soldados de la duodécima legión están tan apiñados que no pueden manejar las armas con comodidad; todos los centuriones de la cuarta cohorte han muerto, así como el portaestandarte; la enseña se ha perdido. En las otras cohortes, casi todos los centuriones están también muertos o heridos, entre ellos el primer centurión P. Sexto Báculo, hombre de valentía probada, pero afectado por tantas y tan graves heridas que apenas puede sostenerse en pie; los demás no están mejor, y algunos de ellos retrocede agachándose para evitar las flechas e incluso intentan desertar. Pero los enemigos avanzan por el centro y por los dos flancos. Cuando César se da cuenta de que la batalla pende de un hilo y de que no tiene a mano tropas para socorrerles, arrebata el escudo a un soldado de la retaguardia, pues no había llevado el suyo, llama a los centuriones por sus nombres de pila, anima a los soldados y ordena abrir filas para que se pueda manejar con más facilidad la espada. Su aparición conforta los ánimos de las tropas y les infunde nuevas esperanzas, pues todos quieren demostrar al general en jefe del ejército de lo que son capaces en una situación apurada. Así se logra contener un tanto el ataque enemigo.

»Al percatarse César de que la séptima legión, cercana a la duodécima, estaba en dificultades, avisó a los tribunos para que las legiones se aproximaran más y se diesen la vuelta para atacar al enemigo. Este hecho aumentó la capacidad de resistencia de nuestros soldados. En ese momento aparecen la XIII y la XIV legiones, que habían permanecido en retaguardia para defender los víveres, en la cima de la colina. Además T. Labieno, que había conquistado el campamento de los belgas, al darse cuenta desde la altura de lo que estaba ocurriendo en nuestro campamento, envía en nuestra ayuda a la décima legión [...].

»La llegada de las legiones dio un vuelco a la situación, y todos los nuestros, hasta los heridos, volvieron a combatir, y los esclavos y la caballería con más impetu si cabe, para borrar así el baldón de su huida. Pero los enemigos [César en estas frases finales se refiere sobre todo a los nervios] demostraron también

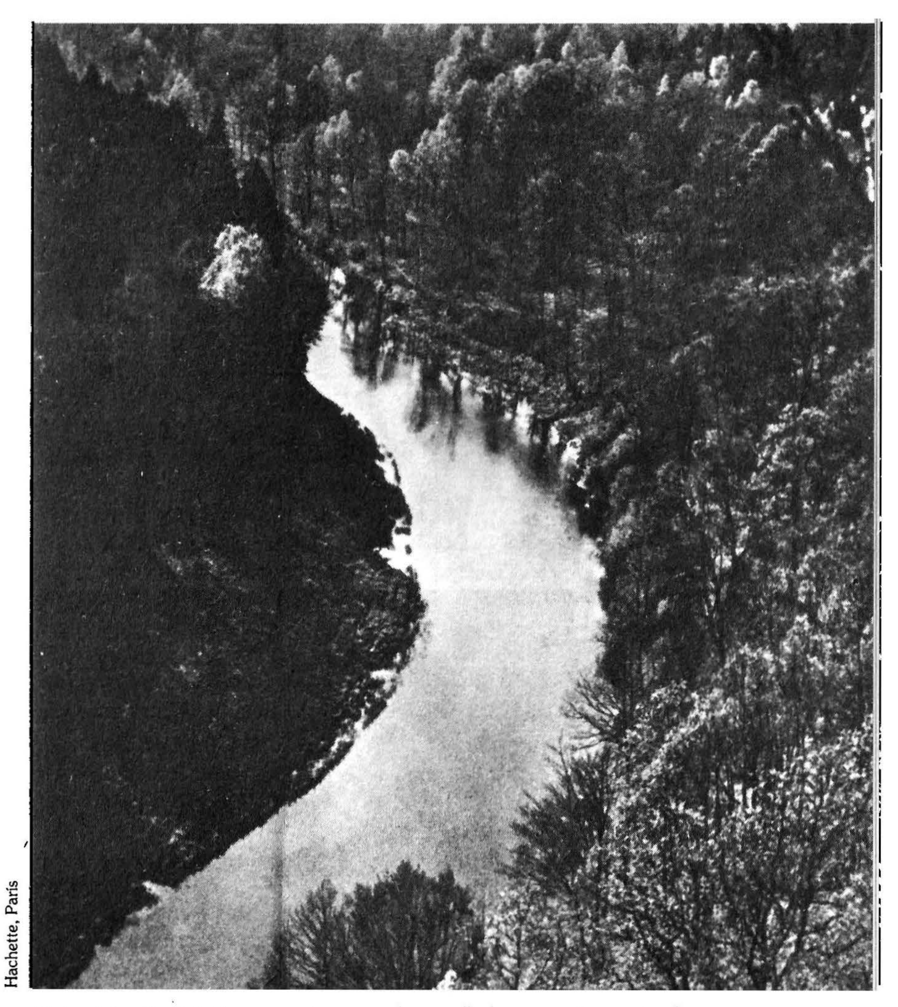
Tapiz francés del siglo XV en el que se representa, con evidentes anacronismos en las vestiduras, armas, edificios, etc., la victoria del ejército de César sobre las tropas de Ariovisto, victoria que supuso al militar romano el dominio de la Galia central. Historisches Museum, Berna.


Aus quels Doucheruet se acompaignie et aina subiuga bretaigne
la grande et aussi la petite par la puissance de grant destrete
tout mist en la subiection des rommains a son option
les pais dessusdis a force par lui et des siens la conforce

su valentía en esta desesperada situación, y cuando caían los de las primeras filas, los siguientes subían sobre los caídos y combatían de pie sobre los cadáveres; cuando los cadáveres se amontonaron, los supervivientes, como si estuviesen en una posición más alta, nos lanzaron todas sus armas, incluyendo nuestras propias jabalinas; puede pensarse que unos hombres tan valientes no se hubieran atrevido a vadear el anchísimo río, trepar por las empinadas colinas y meterse en el corazón mismo del enemigo si no hubieran estado convencidos de alcanzar la victoria. Su grandeza de ánimo contribuyó a que una situación desfavorable y difícil se arreglara.»

Los nervios habían perdido, y la derrota les había privado de casi todos los hombres capaces de empuñar las armas. En consecuencia, cuando César reorganizó la zona, tuvo que tomar medidas para protegerlos de los abusos e incursiones de sus vecinos. La *Guerra de las Galias* se limita a exponer el curso de las operaciones militares, así que sabemos muy poco de las disposiciones organizativas posteriores.

La última fase de la guerra de los belgas fue la expedición contra los atuatucos, descendientes de los destacamentos de los cimbrios que se habían asentado en Bélgica, y cuyo último reducto lo constituía el valle del Mosa, posiblemente Mont-Falizes, en los alrededores de Namur, antes que esta última localidad. César procedió contra la plaza fuerte con todos los medios técnicos habituales entonces en el asedio: rodeó la ciudad con trincheras, construyó un terraplén desde el que se lanzaban contra el muro las máquinas de ataque como los *musculi* o *vineae,* una especie de cobertizos móviles techados que protegían a los soldados atacantes de los proyectiles lanzados desde las murallas; también utilizó las torres de ataque, artefacto de varios pisos desde el que se pasaba a la muralla con la ayuda de pasarelas de asalto, el ariete *(aries)* para romper el muro, etc. La *testudo* era una forma especial de avance en la que los soldados, alzando y uniendo los escudos sobre sus cabezas, se guarnecían de las armas arrojadizas del enemigo. También solían usarse catapultas que lanzaban piedras o flechas. Viendo semejante derroche de medios técnicos, muy superiores a los suyos, los atuatucos capitularon, pero posteriormente intentaron sublevarse con armas que previamente habían ocultado. César los derrotó en cruenta batalla y vendió como esclavos a los supervivientes. El concepto de prisionero de guerra en la antigüedad era muy diferente al actual: entonces cualquier enemigo capturado pasaba a ser de la exclusiva propiedad del vencedor y éste podía matarlo, llevárse-

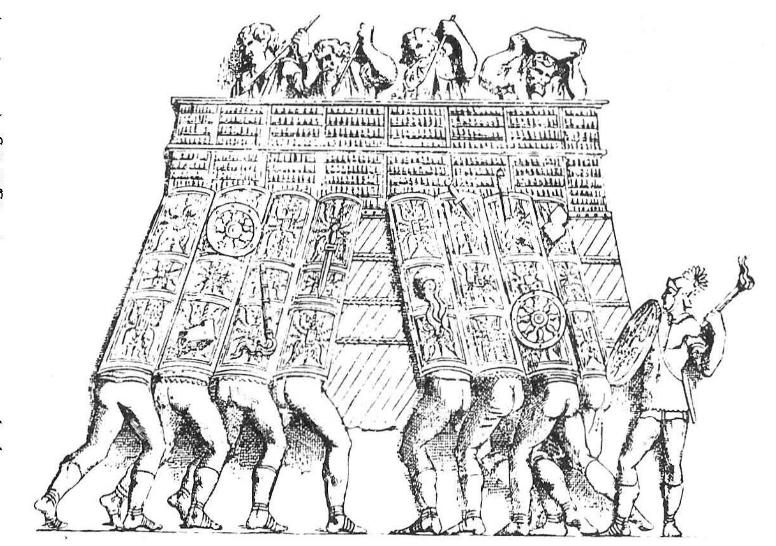

Hachette, París

Vista del valle del Mosa, en el que se desarrolló la campaña contra los atuatucos.

lo como esclavo para su uso personal o vendérselo a terceras personas.

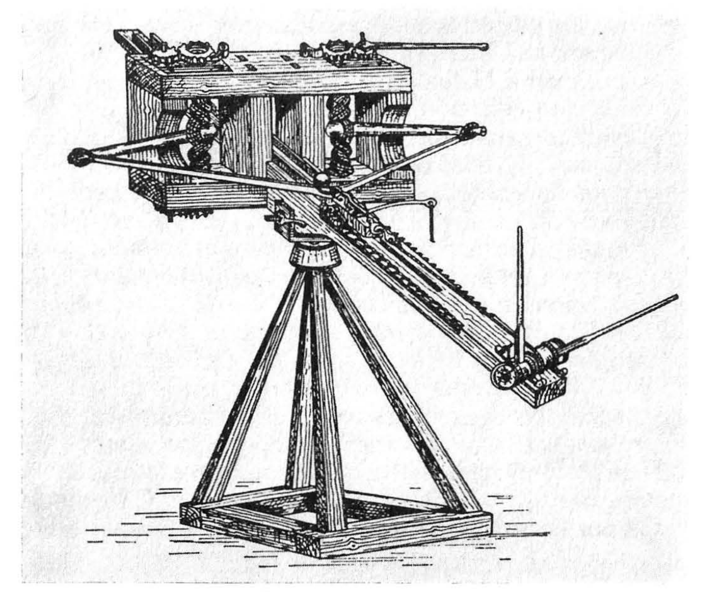
Los belgas, pues, acabaron siendo sometidos. La victoria de César causó profunda impresión en Roma y en toda la Galia, hasta el punto de que los habitantes de la costa del océano, del Canal y de Bretaña se entregaron sin oponer resistencia a Craso, el hijo del triunviro, enviado por César a su territorio al mando

J. Krohmayer y G. Veith: *Heerwesen und Kriegführung...* (Munich, 1928)



Métodos e instrumentos empleados en la época de César: arriba, testudo; *abajo, reconstrucción de un ariete, empleado para romper los muros.*

J. F. C. Fuller: *Julius Caesar. Man, Soldier and Tyrant* (New Brunswick-New Jersey, 1965)



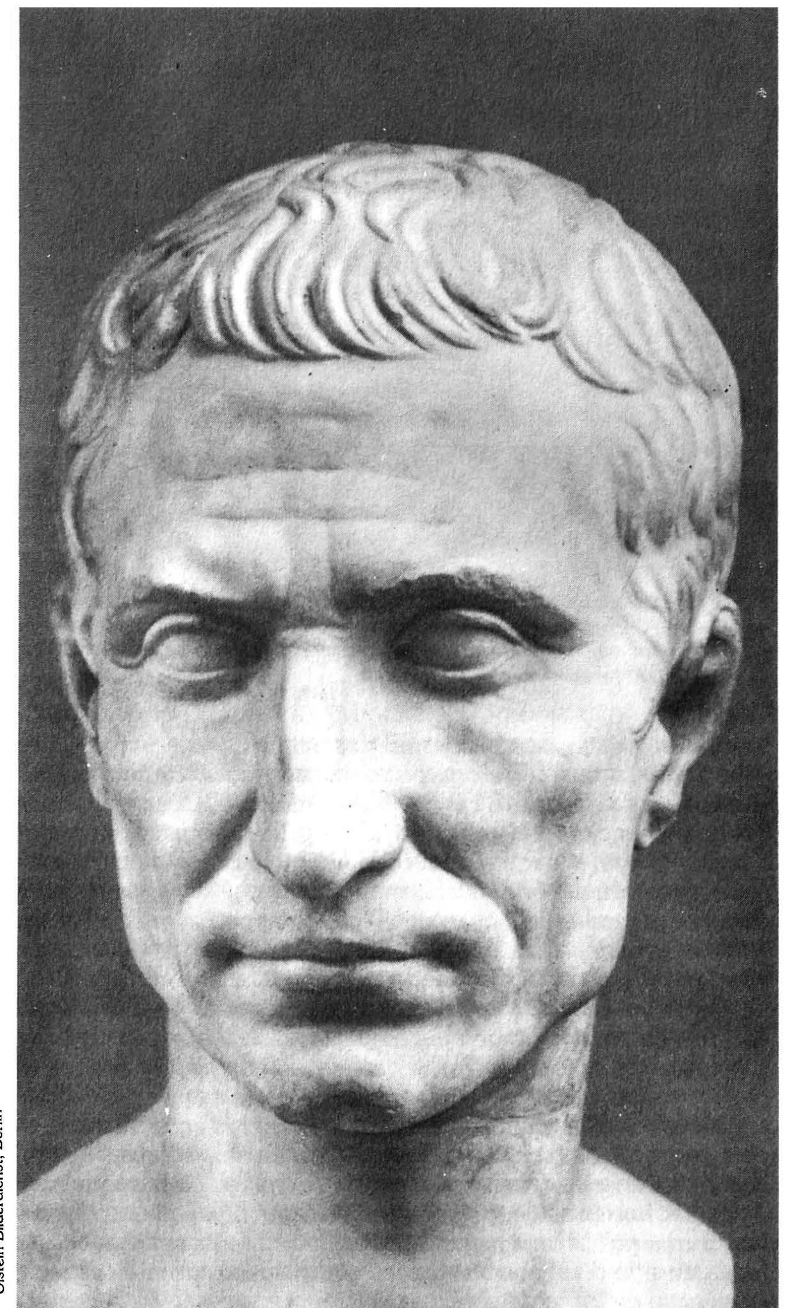
Reconstrucción de otros instrumentos bélicos de la época de César: arriba, catapulta; abajo, onagro, especie de ballesta.

de una legión. Desde más allá del Rin llegaron delegaciones para entrevistarse con César. En Roma, el Senado decretó una fiesta de acción de gracias, cuya duración superó todos los precedentes. César había pacificado la zona de la Galia comprendida entre la provincia romana, el Canal de la Mancha y el Rin, con la única excepción de Aquitania, territorio situado entre el Garona y los Pirineos. César estableció los cuarteles de invierno entre tribus fieles: Craso en el bajo Loira (Anjou), Labieno, con el grueso del ejército, en el Loira central en tierra de los carnutos (Chartres) y turones (Tours), y Galba en los Alpes, cerca del Gran San Bernardo; él se retiró a Lombardía e Iliria. Galba, cuyo destacamento tenía la misión de abrir rutas comerciales a través del Gran San Bernardo, intentó invernar en Octodurus (Martigny), pero, al sublevarse sus habitantes, desistió de su empeño y marchó al país de los alóbroges.

Con la narración detallada de las negociaciones con Ariovisto y la descripción de la batalla contra los nervios hemos querido ofrecer una panorámica, salida de la mano de César, no sólo de las operaciones militares, sino también del trasfondo político. Sería demasiado prolijo seguir el relato con la misma minuciosidad, así que los demás acontecimientos de la guerra los trataremos de manera más sucinta.

La oposición a Galba en la zona de los Alpes demostraba que la Galia no había sido sometida por completo. Este hecho se vio confirmado en el extremo opuesto del país cuando Craso pidió desde sus cuarteles de invierno víveres a los pueblos vecinos: los galos hicieron prisioneros a los soldados y centuriones encargados de dicha misión, y las tribus que habitaban en las costas de Bretaña y Normandía se aliaron para enfrentarse a los romanos. Llegaron refuerzos de los celtas de Britannia. A la cabeza de la coalición estaban los vénetos, tribu de navegantes natos que poblaba la costa sur de Bretaña. César, retenido en Italia por una conferencia política que se desarrollaba en Lucca, se decidió a llevar la guerra por tierra y por mar, y con tal motivo inició la construcción de una flota en el Loira. Apenas llegó a la Galia, emprendió una acción combinada contra los vénetos, mientras que otros contingentes de tropas reprimían a los pueblos costeros entre Bretaña y la desembocadura del Rin. Cuando César avanzaba por tierra contra los vénetos, éstos se hacían a la mar

Cabeza de César. Museo Vaticano, Roma. ▶



Ullstein Bilderdienst, Berlin



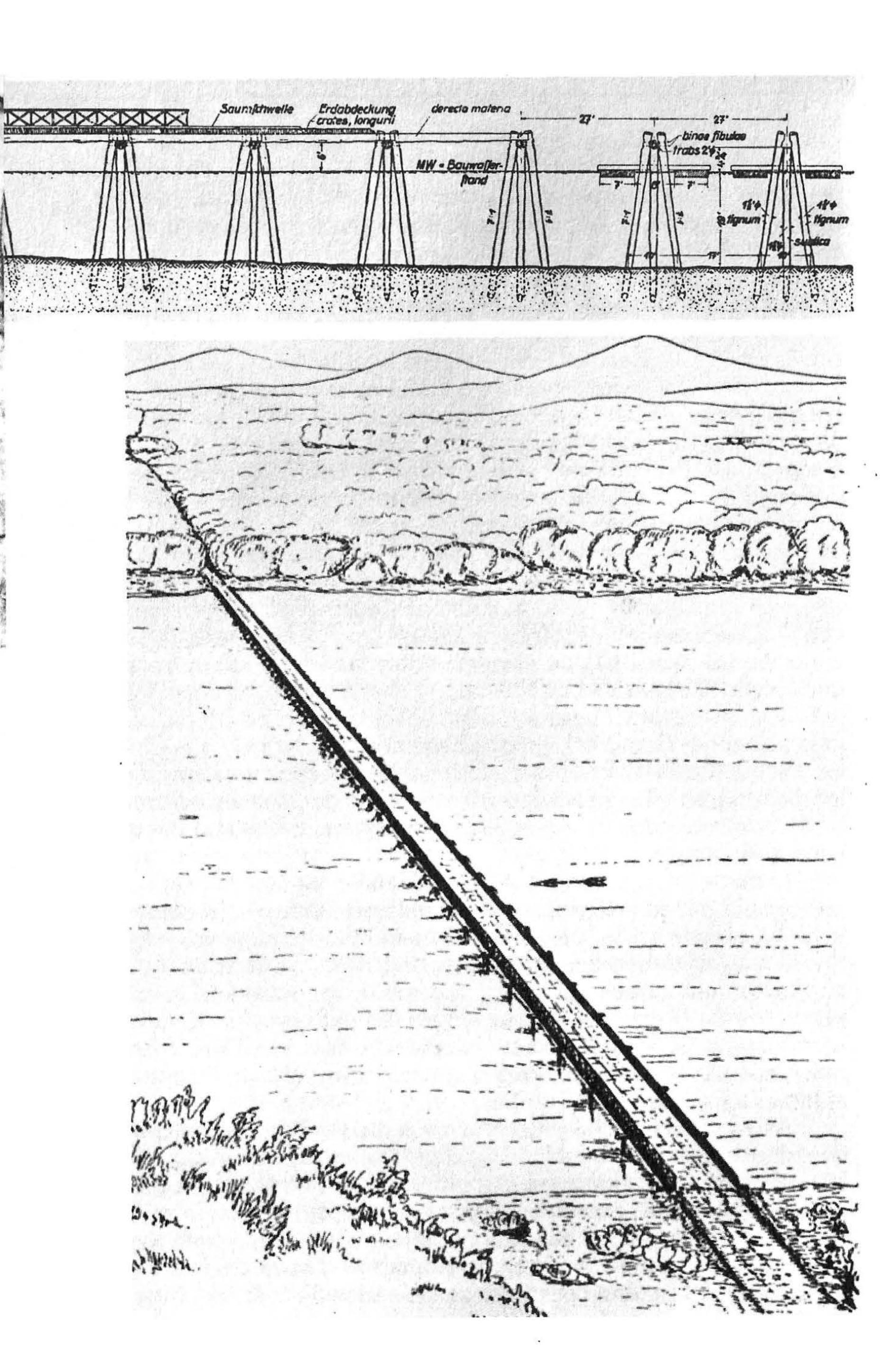
Galera romana de combate, similar a las utilizadas en tiempos de César. Relieve en mármol. Museo Vaticano, Roma.

una y otra vez en sus barcos. El desenlace de esta situación se produjo en la costa bretona como consecuencia de una batalla naval, la primera que se conoce en el Atlántico. César y sus soldados presenciaron el combate de las galeras romanas impulsadas por remos, al mando de Décimo Bruto, contra los barcos de vela de los vénetos, de mucho mayor calado a causa de las condiciones naturales del océano que los romanos, los cuales habían sido construidos para navegar por el Mediterráneo. Los romanos subsanaron esta dificultad recurriendo a un medio técnico usado en los asedios: las falces murales, especie de garfio sujeto a una vara para abrir brecha en la muralla. Los romanos fabricaron un artefacto muy similar y cortaron con ellos los aparejos de los navíos enemigos, y tras dejarlos sin capacidad de movimiento los abordaron, derrotando a los vénetos en la lucha cuerpo a cuerpo. A la capitulación siguió una terrible represalia, y todos los miembros del Consejo véneto fueron ejecutados y el resto de los hombres vendidos como esclavos. Napoleón censuró con duras palabras semejante atrocidad. El año anterior César había obrado de la misma manera con respecto a los atuatucos. En el caso de los vénetos, César justifica su actuación con estas

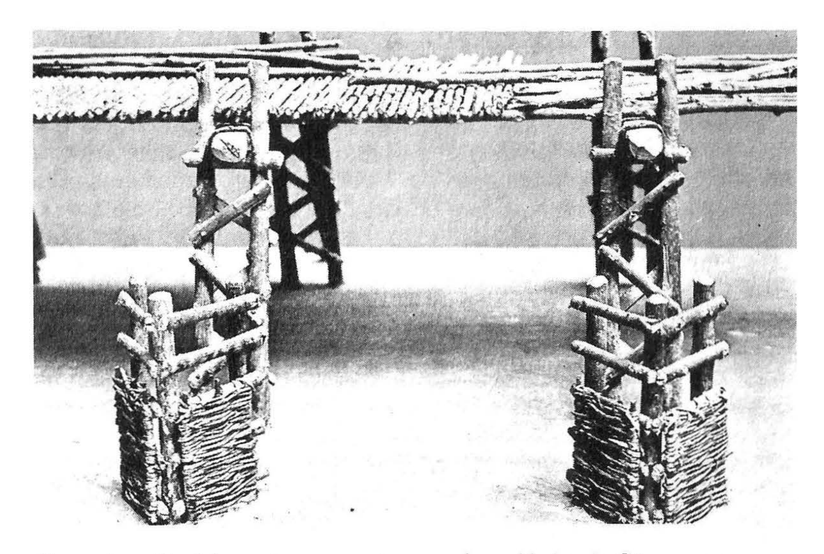
palabras: «Procedió con tanta severidad contra ellos para que en el futuro los galos respetasen más escrupulosamente a sus embajadores»[48], en clara alusión al encarcelamiento del destacamento enviado a recoger provisiones. César ya no consideraba la resistencia de los galos como una guerra contra invasores extranjeros, sino como una sublevación. Al igual que en el caso de los atuatucos, Roma veía en el presente una violación de la *fides* o relación de fidelidad establecida entre vencedores y vencidos a través de la rendición. La *fides* obligaba moralmente al vencedor a tratar bien al vencido, y a éste a atenerse al pacto, es decir, a no sublevarse. Tras dos años de guerra, César juzgó que había terminado la conquista de las Galias: «Así fue sometida toda la Galia»[49], escribe él mismo, y lo confirma la fiesta decretada por el Senado. La conferencia de Lucca en el invierno del —57-56 abona también la hipótesis de que César consideraba concluida, en lo esencial, su misión en las Galias. Se supone que César no convirtió en provincia romana los territorios sometidos, sino que organizó los Estados situados fuera de la provincia narbonense como si fueron súbditos y tributarios de Roma. En la Galia ya se conocían las relaciones de clientela entre las tribus, de manera que César se atuvo a lo establecido, y Roma asumió el papel de potencia protectora. César se apoyó sobre todo en los eduos, remos y lingones (Langres), grupos hegemónicos dentro de la Galia. Pero los movimientos de resistencia y las sublevaciones de los galos durante los años siguientes pusieron de manifiesto la debilidad de esta concepción política y obligaron a César a intervenir con energía.

Durante la estancia de César en Bretaña, el joven Craso logró con un puñado de tropas y una diplomacia muy hábil someter a los aquitanos. En otoño César atacó a los menapios y morinos, que habitaban en Flandes y en el delta del Rin, aunque con éxito más bien escaso, porque éstos se escondían en la espesura de los bosques y la estación no era muy propicia debido a las tormentas. A partir de este momento César consideró cualquier violación de las fronteras como un acto de guerra contra el Imperio Romano.

Así se vio a principios del año siguiente (—55). Desde hacía décadas, los germanos emigraban de este a oeste; sus tribus habían cruzado el Rin en numerosas ocasiones. Pero cuando los usipetes y tenctheros, presionados por los suevos, hicieron lo mismo, César lo aprovechó como argumento para atacarles. «El Rin constituye la frontera del Imperio Romano»[50], hace decir a los germanos. Como temía desórdenes derivados de la irrupción en



Saumschwelle
Erdabdeckung
crates, longurii
derecta materia
MW = Bauwasserstand
27'
27'
binae fibulae
trabs 2'
7'
7'
tignum
tignum



Reconstrucción del puente que construyeron los soldados de César para cruzar el Rin, el primero levantado sobre este río, y que constituye una obra maestra de la ingeniería bélica de la época (Museo Nacional, Roma). En la página anterior, otra reconstrucción del mismo puente y (arriba) corte longitudinal en el que puede observarse su estructura.

la Galia de las tribus germánicas —Ariovisto había sentado un peligroso precedente—, intervino con rapidez y cortó de raíz el intento, aniquilando a los germanos con una táctica mezcla de diplomacia y de ofensiva militar. Tan sólo se salvó una parte de la caballería germana. La actuación ladina de César fue tan criticada que su viejo enemigo Catón propuso al Senado entregarlo a los germanos, porque sólo así podría evitar Roma el castigo de los dioses por el comportamiento traicionero de César.

Este fue aún más lejos e hizo una demostración de poderío militar en la orilla derecha del Rin para subrayar el carácter de frontera del río y hacer desistir a los germanos de posteriores violaciones del territorio. Con tal motivo construyó en Neuwieder Becken el primer puente sobre el Rin. Según la reconstrucción más reciente, el puente se componía de estacas de sesenta centímetros de grosor que descansaban sobre cinco estacas hundidas verticalmente en el río. Cada travesaño estaba reforzado por dos cuñas de cuarenta y dos centímetros de grosor, una en cada extremo, clavadas diagonalmente en el río: una situada corriente arriba a favor de su flujo, la otra contra la corriente. En-

tre esos dos postes en diagonal mediaba una distancia de doce a trece metros. Además los postes estaban reforzados por cuñas para resistir la corriente u objetos flotantes como troncos arrojados deliberadamente al río. Sobre los travesaños se tendía la calzada hecha de maderas unidas con cuerdas, planchas y fajinas, recubierto todo ello de tierra. Tenía una anchura entre nueve y diez metros y medio. «Una vez que se disponía de todos los materiales, se tardaba unos diez días en concluir la obra»[51]. A continuación el ejército pasó al otro lado, pero los germanos emigraron hasta el territorio de la tribu de los ubios asentados en la zona del Ruhr, que ya por entonces pretendían mantenerse en buenas relaciones con los romanos, y que más tarde serían trasplantados por éstos a la otra orilla, al territorio de la provincia romana (—19). Tenían su capital en Colonia, a la que llamaban «altar de los ubios». Este paso del Rin, que sirvió para fortalecer a los ubios y asegurar la frontera, concluyó sin especiales resultados tras el saqueo de los territorios abandonados por las tribus germanas.

Al año siguiente de esta empresa militar (—54), César llevó a cabo dos expediciones a Britannia y por motivos muy similares. Utilizó como pretexto el hecho de que los habitantes de la isla habían ayudado a los vénetos. La primera expedición produjo escasos resultados debido a su corta duración y tuvo más bien el carácter de reconocimiento militar previo. La expedición salió de Portus Itius (oeste de Calais), punto desde el que la travesía era más corta. Las tropas llegaron por el Rin, navegando río abajo y luego bordeando la costa, y desembarcaron en Britannia por la punta este de Kent. En esta ocasión César no transportó caballería, y además las tormentas dañaron seriamente los barcos que lograron arribar a tierra. Una vez allí, César aseguró su campamento en la costa, contra los ataques de los britanos, reparó los barcos y regresó al campamento sin sufrir grandes pérdidas. Aunque sus resultados militares fueron más bien exiguos, el paso del Rin y el desembarco en una isla desconocida causaron una honda impresión en Roma. Un poeta de la época habla de «los parajes que han sido testigos mudos de las victorias del gran César: el Rin en la Galia, el pavoroso océano y Britannia, tierra situada en el borde más extremo de la tierra»[52].

Al año siguiente se preparó otra expedición, esta vez con mucho mayor cuidado. César construyó en el Loira una flota capaz de transportar cinco legiones y dos mil jinetes. Las experiencias del año anterior supusieron para él una ayuda inapreciable. Para facilitar las tareas de carga y su posterior arrastre a tierra,

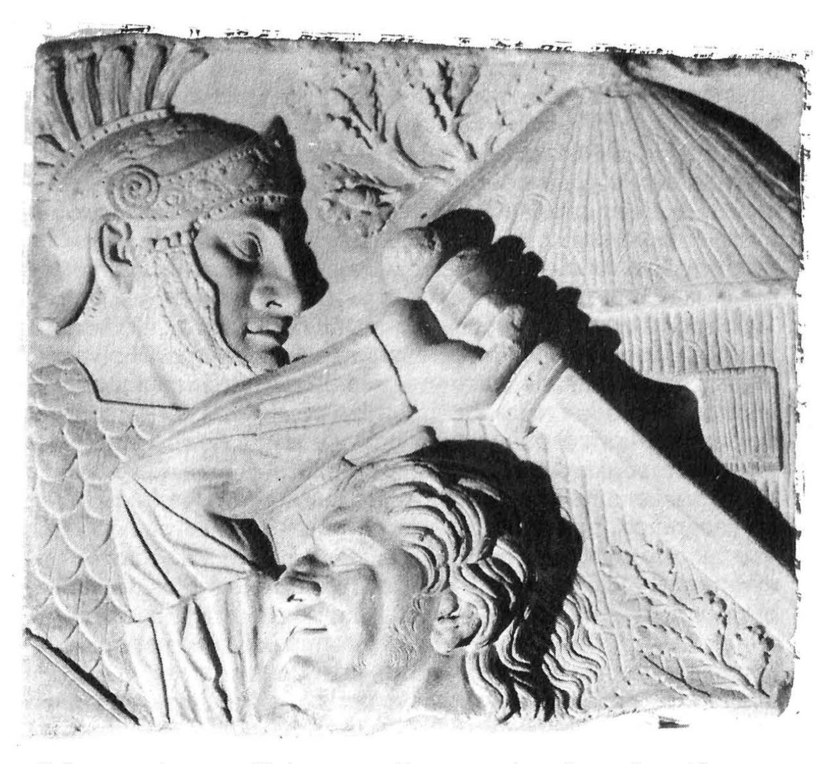
César hizo construir los barcos con la borda más baja de lo que era habitual en el Mediterráneo. Esto fue posible porque él sabía por experiencia que el oleaje no era muy fuerte a causa del frecuente cambio de la corriente. «Con el fin de poder transportar la impedimenta y las acémilas, las construyó algo más anchas de lo acostumbrado. Estaban todas equipadas con remos para que fueran más maniobrables a pesar de su escaso calado[53].» Es interesante resaltar que Napoleón al construir los barcos con los que en 1804 pretendía abordar Inglaterra, siguió estos mismos criterios, es decir, poco calado y maniobrabilidad.

Tras el desembarco, César se abrió paso combatiendo hasta más allá del Támesis. Sus enemigos, entretanto, atacaron el campamento de la costa, pero fueron rechazados. Entablaron entonces negociaciones y César exigió tributos y rehenes. César sabía que no podría establecerse en la isla de manera permanente, aunque se lo propusiera. Uno de los frutos del desembarco fue la interrupción aproximadamente durante un siglo del activo flujo comercial entre la Galia y Britannia. A juzgar por los yacimientos arqueológicos de armas y metales pertenecientes a los años posteriores (sobre todo en Gergovia), cabe deducir que la empresa de César acabó con la exportación de estaño a la Galia, al menos por las vías tradicionales. El metal —que Britannia obtenía en las islas Scilly—, de extraordinaria importancia para el mundo mediterráneo, empezó a ser exportado al continente a través de la costa frisona hasta que el emperador Claudio conquistó Britannia (año —43).

Mientras César intervenía en las zonas del Rin y del Canal para asegurar las fronteras exteriores, en el interior de la Galia la situación había adoptado tintes más peligrosos y amenazadores. Ya antes de su segunda expedición a Britannia, César tuvo que tomar medidas de precaución: fortaleció en cada una de las tribus el poder de los hombres más adictos a los romanos, y emprendió acciones militares —por ejemplo, contra los treveros (Tréveris)—. En esta región, César se presentó con cuatro legiones para disuadir a este pueblo de cualquier posible alianza con los germanos de la orilla opuesta del Rin. Se llevó consigo en su expedición a Britannia a cuatro mil jinetes de todas las tribus galas como rehenes para garantizar la paz de su patria. El eduo Dumnórix, viejo enemigo de los romanos, se negó a cumplir esta condición, pero César le cortó la retirada y murió en el combate subsiguiente. Esto no sólo no disminuyó el movimiento de resistencia, sino que lo potenció, sobre todo en el norte. Ese año, la mala cosecha obligó a César a redistribuir sus legiones durante

el invierno en campamentos más pequeños por el norte. Como medida precautoria, él mismo permaneció en el país. Esta diseminación de los efectivos militares les pareció a los galos una ocasión inmejorable para provocar un levantamiento, que estalló primero entre los eburones (alrededores de Lüttich). Estos, con engaños, hicieron salir a legión y media de sus cuarteles y, tras tenderles una emboscada, las exterminaron. En este momento se desató la rebelión entre los nervios, en cuyo territorio estaba destacada una legión al mando de Quinto, hermano de Cicerón, que servía en el ejército de César como legado. Fue rodeado por nervios y eburones, y César reunió a toda prisa varias legiones, envió a Quinto un correo que atravesó las líneas enemigas con el siguiente mensaje: «¡Ten ánimo! Salgo en tu ayuda»[54], y consiguió que el enemigo levantase el cerco.

Pero la rebelión había cobrado tal incremento que las legiones de César no bastaban para sofocarla. Hubo tribus en las que los príncipes favorables a los romanos fueron destituidos o asesinados. Al año siguiente (—53) los disturbios continuaron, y César se vio obligado a invernar en la Galia, y reclutó otras dos legiones. Pompeyo además le cedió una legión, que había alistado el año —55 en la Lombardía. El ejército de César ascendía ya a diez legiones (unos sesenta mil hombres), y le permitía emprender acciones enérgicas contra los rebeldes. Aún no había finalizado el invierno cuando César emprendió una expedición de castigo contra los nervios, sometiéndoles de nuevo y consiguiendo un excelente botín. Acto seguido marchó contra los senones (Sens) y carnutos (Chartres), que, sorprendidos por su aparición, recurrieron a los eduos y remos para que mediaran ante César. Este aceptó sin pensarlo la capitulación, «pues creía que el verano era la estación propicia para la guerra, no para hacer averiguaciones»[55]. Labieno, por su parte, pacificó a los treveros. En realidad, el verdadero objetivo de César consistía en castigar a los eburones. Tan pronto recibió la noticia de que esta tribu había aniquilado a sus soldados, César se vistió de luto hasta que la traición hubiera sido reparada. Como primera medida, los cercó concienzudamente y los aisló. Luego penetró en la tierra de los menapios en busca de botín y construyó un segundo puente sobre el Rin un poco más arriba del primero. Permaneció con su ejército en la orilla opuesta durante dos o tres semanas. Los germanos no presentaban combate, y esto le desazonaba; sin embargo, tampoco consiguieron que César se adentrase más profundamente en su tierra. Como medida disuasoria dejó intacta la mayor parte del puente (al revés de lo que había hecho en el año



Galo atacando a un soldado romano. Fragmento de un bajorrelieve. Museo del Louvre, París.

—55), fortificó el extremo germano con una torre de cuatro pisos y dejó doce cohortes para que lo protegieran. Una vez adoptadas todas estas medidas preliminares, marchó contra los eburones y los aniquiló: su territorio fue sistemáticamente peinado por las legiones, y los soldados entraron en él a sangre y fuego, saqueándolo, asesinando y haciendo prisioneros a sus habitantes. Además César invitó a las tribus vecinas a que participasen en el pillaje, ofreciéndoles el señuelo del botín, «porque prefería arriesgar en los bosques la vida de los galos antes que la de sus legionarios. Además inundó su país con una muchedumbre ingente para borrar de la faz de la tierra el linaje y el nombre del pueblo culpable de un crimen tan horrendo»[56]. César consiguió lo que pretendía, aunque Ambiorix, el jefe de la conspiración, escapó, Catuvolco, otro de los cabecillas de los eburones, se suicidó. Tras esta acción de castigo César convocó para finales de año una asamblea de todas las tribus galas en Durocortorum, ca-

pital de los remos. En su transcurso se reanudó el proceso suspendido en la primavera pasada contra los dirigentes senones y carnutos culpables de los disturbios. Aco, jefe de los senones y considerado el instigador del levantamiento, fue condenado a muerte y ejecutado «según la costumbre», es decir, al modo romano[57], prueba palpable de que César consideraba ya a las Galias provincia romana. El grueso del ejército permaneció en estos parajes, mientras el resto se dirigía hacia Tréveris y Dijon.

Todos estos acontecimientos están recogidos en el libro sexto de la *Guerra de las Galias*. En el relato de las operaciones militares César intercala un largo inciso etno-geográfico a partir del momento en que cruza por segunda vez el Rin[58]. César pretende demostrar en él que celtas y germanos son dos comunidades diferentes, separadas por la frontera natural del Rin. Esta opinión de César constituye una importante innovación en el ámbito etno-geográfico, puesto que hasta entonces todo el mundo creía que celtas y germanos pertenecían al mismo pueblo. A la vez que demuestra la diferente nacionalidad de ambos pueblos, César explica también por qué da por finalizadas sus conquistas al llegar al Rin; César practica una de las artes más difíciles para el hombre de Estado: detenerse a tiempo cuando la suerte y el éxito le sonríen. El hecho es mucho más notable si tenemos en cuenta que el victorioso militar y el estadista planificador eran la misma persona. Lo que Bismarck arrancará en Nikolsburg a su rey, más dominado por los eventos militares que por la política, a costa de grandes esfuerzos (es decir, refrenar a un ejército victorioso por mor de un objetivo político), lo consigue César consigo mismo en el Rin, demostración palpable de que en él el hombre de Estado prevalecía sobre el militar y el estratego. Al mismo tiempo se revela como un estadista en su reorganización política emanada de su propia experiencia. Ya se ha dicho que el Rin no constituía por entonces una frontera clara entre celtas y germanos; de hecho estos últimos habían cruzado el río por numerosos puntos. César delimitó con absoluta nitidez la realidad política estableciendo la frontera entre ambos pueblos en el Rin. Incluyó, pues, a los germanos de la margen izquierda del río en el ámbito celta, y en definitiva dentro de la esfera de influencia de Roma, facilitando la progresiva romanización de la zona, y la conversión a la postre del Rin en una divisoria de pueblos y culturas.

El informe comparativo entre las costumbres de galos y germanos, con el que César prueba las diferencias etnográficas entre ellos, constituye al mismo tiempo el documento más antiguo y coherente conocido sobre los germanos:

«Las costumbres de los germanos se diferencian considerablemente de las de los galos, pues ni tienen druidas que se ocupen de los asuntos del culto, ni son tampoco excesivamente aficionados a los sacrificios. Sólo cuentan entre sus dioses a aquellos que pueden ver y que de hecho les ayudan: el Sol, Vulcano [dios del fuego] y la Luna. De los demás ni siquiera tienen noticia. Dedican su vida a la caza y a la guerra; fortalecen y entrenan su cuerpo desde la infancia. Cuanto más tiempo permanezcan castos, tantas más alabanzas merecen de los suyos, porque creen que la castidad coadyuva al crecimiento, nutre las fuerzas y fortalece los músculos. Conocer mujer antes de los veinte años les parece motivo de vergüenza y de deshonra. Pero no se vaya a creer que existe entre ellos un pudor excesivo, no: los dos sexos se bañan juntos en los ríos y por vestimenta utilizan sólo pequeños trozos de piel que dejan al descubierto la mayor parte del cuerpo.

»No sienten interés alguno por la agricultura, y su dieta se compone básicamente de leche, queso y carne. No existe la propiedad privada, sino que cada año las autoridades y los dirigentes asignan a las familias y grupos afines que viven juntos la extensión de terreno que les parece y en el lugar que creen oportuno, hasta que en los años siguientes se les obliga a trasladarse a otra parcela. Ellos explican el hecho aduciendo numerosos motivos: no se apegan a la vida sedentaria para no sustituir el placer de la guerra por la práctica de la agricultura; con ese sistema la ambición de acrecentar las propiedades no existe, y, en consecuencia, tampoco el riesgo de que el más fuerte abuse del más débil; así evitan construir para defenderse del calor y del frío excesivos, y también de la codicia de aumentar el dinero que sólo provoca enemistades y divisiones; en fin, el pueblo permanece satisfecho y tranquilo si ve que todos sus miembros son iguales por lo que a la propiedad se refiere.

»El máximo honor para un Estado es estar rodeado por una franja de tierra no cultivada lo más ancha posible. Consideran una prueba de su propia valía el hecho de que sus vecinos, expulsados de sus campos, los abandonen y nadie se atreva a establecerse cerca de ellos; al mismo tiempo consideran esto como una medida de seguridad, ya que están a salvo de ataques por sorpresa. Cuando un pueblo pone en marcha una guerra, ya sea defensiva u ofensiva, eligen magistrados para dirigirla con autoridad sobre la vida y la muerte. En tiempo de paz carecen de dirigentes comunes; son los principales de las regiones y aldeas los que se encargan de administrar justicia y dirimir las controver-

sias. El robo no se considera una deshonra si tiene lugar fuera de su territorio; es más, lo ponderan como medio de adiestramiento y de prevención de la ociosidad para la juventud. Y cuando un noble afirma en medio de la asamblea que quiere ser caudillo, los que le apoyan lo dan a entender, y se levantan aquellos a quienes agrada la empresa y el hombre, le prometen su ayuda y son aplaudidos por los participantes en la asamblea; si alguno de ésos no le acompaña, será contado entre los desertores y traidores, y en lo sucesivo no se le considerará digno de confianza en ninguna ocasión. Opinan que bajo ningún concepto es lícito violar las reglas de la hospitalidad; a todos cuantos llegan a sus casas por cualquier motivo, los ponen a salvo de cualquier agravio o injusticia, los invisten de inviolabilidad, les abren de par en par las puertas de su casa y comparten con ellos comida y bebida.

»Hubo un tiempo en que los galos eran más valerosos que los germanos, guerreaban contra ellos en su propia tierra, e incluso llegaron a colonizar el otro lado del Rin a consecuencia de la superpoblación y de la pobreza de su tierra. Y así llegaron a ocupar y a asentarse en esa región ubérrima de Germania cercana al bosque de Hercynia (de la cual Eratóstenes y otros escritores griegos tuvieron noticia y llamaron Orcynia) los volcos tectosagos, pueblo que todavía vive allí, y que goza de fama de bien organizado y de aguerrido. Hoy, mientras los germanos siguen cultivando su frugalidad y su resistencia física, y se alimentan y visten lo mismo que antes, los galos reciben desde la provincia y allende el mar muchos productos que contribuyen a la superabundancia e inducen a la pereza. Así han llegado a acostumbrarse a la superioridad de los germanos, a ser vencidos en numerosas batallas, y a considerarse más cobardes que ellos.

»La selva Hercynia que antes mencionaba cuesta atravesarla nueve jornadas yendo sin equipaje: sus moradores no saben determinar su extensión de otra manera, ya que desconocen las medidas. Comienza en los límites de los helvecios, németes y rauracos [Selva Negra] y se extiende paralelamente al Danubio hasta el territorio de los dacios y anartes; después tuerce hacia la izquierda apartándose del río y debido a su gran extensión toca el territorio de muchos pueblos. No hay nadie en Germania que pueda decir que ha llegado al borde de la selva, aun después de haber avanzado durante sesenta días, o que sepa de oídas dónde se encuentra. Se sabe que viven en ella muchas fieras desconocidas en otros parajes. Mencionaré sólo las más extrañas:

»Hay un buey con figura de ciervo, en mitad de cuya testuz, entre las orejas, despunta un cuerno de mayor tamaño y más rec-

to que los que nosotros conocemos. De su parte superior se proyectan ramificaciones en forma de palma. La constitución de machos y hembras es la misma, así como la forma y tamaño de sus cuernos.

»Hay otras fieras llamadas alces. Por su aspecto y su piel son parecidos a las cabras, aunque algo mayores de tamaño, de cornamenta roma y patas sin articulaciones. No se echan para descansar y si, por alguna razón, se han caído, son incapaces de levantarse. Utilizan los árboles como albergue. Se arriman a los árboles y descansan reclinándose en ellos. Cuando por sus huellas los cazadores descubren sus lugares de descanso, socavan los árboles o los sierran de modo que parezcan intactos, así que cuando los animales, siguiendo su instinto, se apoyan en ellos, los derriban, provocando su propia caída.

»La tercera especie se llama uro. Son un poco más pequeños que los elefantes, pero son similares al toro por su aspecto, forma y color. Son muy poderosos y veloces y no respetan lo que les sale a la vista, ya sea hombre o animal. Los habitantes los capturan practicando hoyos en el suelo, y luego los matan. Este trabajo es propio de los adolescentes, que se entrenan con esta forma especial de caza, de modo que el que más ha matado muestra como prueba sus cuernos y recibe las alabanzas de los demás. No se acostumbran a la presencia humana ni se les puede domesticar, aunque se les capture siendo muy pequeños. La envergadura, forma y aspecto de sus cuernos difiere grandemente de los de nuestros bueyes. Los cuernos son muy buscados y cuando los consiguen, ribetean sus bordes de plata y los emplean como vasos en los banquetes que suelen celebrar en las grandes ocasiones[59].»

Este fragmento ilumina desde otro ángulo la faceta del César escritor, en cuanto se trata de una descripción etno-geográfica que nos permite remontarnos a las fuentes, que no son (como esperaríamos en la actualidad) su propia experiencia o los informes de testigos oculares. En su época se utilizaba con profusión la tradición escrita griega y romana; a este respecto, los animales mítico-fabulosos descritos por él no proceden de fuentes germanas, sino de la tradición helenística, que aderezaba sus descripciones de países desconocidos o remotos con elementos de fuerte contenido fantástico.

Tras la cruenta represión subsiguiente al levantamiento del —54-53, se cernió sobre toda la Galia una calma tensa y corta. En efecto, la situación en Roma había entrado en una fase crítica, y este hecho hizo concebir esperanzas a los galos de que Cé-

sar se quedaría en Italia y les animó a rebelarse de nuevo. El levantamiento se gestó en una serie de reuniones y pactos llevados con suma discreción. Incluso Commio, caudillo de los atrébates, que hasta entonces había permanecido fiel a los romanos, se unió a los conjurados, lo que nos da idea de la amplitud del descontento. En ausencia de César, Labieno preparó un complot para asesinar a Commio, que resultó fallido e hizo crecer la indignación general. Cuando la rebelión estalló en Cenabum (Orleans), el jefe de aprovisionamiento y los comerciantes romanos establecidos en dicho enclave fueron pasados por las armas, y en cuanto esta noticia llegó a oídos de Vercingétorix, dirigente de los arvernos e hijo del anterior monarca, éste se sumó al levantamiento, convirtiéndose en el enemigo más encarnizado de César. Con un pequeño grupo de seguidores logró convencer a otras tribus de que hicieran lo mismo. Vercingétorix fue proclamado rey, y no tardaron en sumarse a sus fuerzas los pueblos vecinos. El movimiento llegó con gran rapidez a las fronteras de la provincia romana y a los confines de los eduos, que aún seguían fieles a Roma para ver si conseguían arrebatar la hegemonía a los arvernos. Vercingétorix sólo pudo atraer a su bando a los bitúriges (Berry), una de las ramas de los eduos.

Cuando las cosas se apaciguaron en Roma, César retornó a las Galias y se enteró de que las tropas rebeldes se interponían entre la provincia y las legiones que invernaban en las Galias. César se encontró ante una peligrosa disyuntiva: «Si ordenaba a las legiones regresar a la provincia, tendrían que combatir sin su ayuda durante todo el camino; si él marchaba a la zona en que aquéllas estaban destacadas, tendría que confiar su seguridad a los pueblos que aún no se habían alzado en armas, y esto le parecía peligroso[60].» Por otro lado, Vercingétorix preparaba ya el asalto a la provincia. Por eso César marchó primero a Narbona, aseguró las fronteras de esa zona de la provincia, y concentró los refuerzos provenientes de Italia en tierra de los helvios, pueblo separado de los arvernos por las Cévennes. Las montañas estaban aún cubiertas de nieve, pero César las cruzó, abriéndose camino a costa de grandes esfuerzos, e irrumpió en el territorio arverno. Al saberlo, Vercingétorix salió a su encuentro, pero César dejó el mando de sus tropas a uno de sus generales y marchó a toda prisa a Vienne. Luego, cabalgando día y noche, cruzó los dominios de los eduos y se reunió con las legiones destacadas entre los lingones para pasar el invierno. Merced a esta celeridad, César hizo desistir a los eduos de posibles conspiraciones, congregó a todas las tropas en Sens y se vio en poder de



Ernst Klett Verlag, Stuttgart

Moneda con la efigie de Vercingétorix (h. —72 a —45), rey de los arvernos.

un ejército muy considerable en medio del país enemigo sin que Vercingétorix lo supiera. Para proteger a sus aliados, cargó contra los clientes de los eduos, tomó varias ciudades galas, castigó con dureza a Cenabum (punto en el que había prendido el levantamiento) y conquistó Noviodunum (Nevers). Ante los éxitos militares de César, Vercingétorix recurrió a la táctica de la tierra quemada para cortar o dificultar el aprovisionamiento del ejército romano: entre los bitúriges veinte ciudades fueron pasto de las llamas, incendiadas por sus moradores, mientras éstos se retiraban a Avaricum (Bourges), la capital. César la sitió y, pese a su enconada defensa, la conquistó a costa de grandes penalidades. Tras la toma de la ciudad, la cólera se apoderó de César, y durante el saqueo fueron asesinadas cuarenta mil personas. Este desarrollo de la guerra fortaleció el liderazgo de Vercingétorix, pues se demostró lo acertado de su plan al exigir también la destrucción de Avaricum, y provocó que otras tribus se sumasen al

levantamiento, de manera que sólo los aquitanos, lingones, remos y eduos permanecieron neutrales en el conflicto. Sin embargo, la inseguridad de los eduos crecía paulatinamente, y de pronto interrumpieron el suministro de grano, a pesar de que su país era la base de operaciones de César. En Noviodunum (Nevers) tenían su sede la contaduría del ejército, las cajas de reclutas, los depósitos de armas y víveres, y además esta ciudad acogía a los rehenes de los pueblos que no se habían sublevado. De aquí partió Labieno hacia el norte, al frente de una expedición de castigo contra senones y parisios (con capital en Lutetia —París—). César, sin embargo, atacó el núcleo de los rebeldes, poniendo sitio a Gergovia, capital de los arvernos situada en los alrededores de Clermont-Ferrand. Se libraron duros combates por la posesión de dicha ciudad, en los que tomó parte activa Vercingétorix. Entretanto los eduos se adhirieron a los rebeldes, aunque César logró sofocar el levantamiento gracias a su rápida intervención y a su influencia personal. Al regresar junto a las tropas que sitiaban Gergovia, sufrió la primera derrota de su vida y tuvo que levantar el asedio. En ese momento los eduos dieron la causa de Roma por perdida y se pasaron al bando de Vercingétorix. Casi inmediatamente redujeron a la guarnición romana de Noviodunum, se apoderaron del botín y de las provisiones, liberaron a los rehenes y destruyeron la ciudad.

La capacidad de César como estratego se revela en toda su grandiosidad cuando sufre derrotas, por ejemplo tras las batallas de Gergovia y Dyrrhachium (—48). A la vista de lo acaecido en Gergovia, la solución más lógica pasaba por el regreso a la provincia. Esto implicaba abandonar a Labieno a su suerte en medio de la Galia insurrecta. Por este motivo, tras la derrota, César renuncia a la retirada y emprende una ofensiva hacia el interior del territorio enemigo; se separa de Vercingétorix y se dirige hacia el norte, pero al enterarse de la derrota de Gergovia, Labieno bajó hacia el sur, y marchó a tierras de los senones, reuniéndose allí de nuevo con César.

Entretanto todas las tribus galas habían celebrado una asamblea en la que el prestigio y autoridad de Vercingétorix alcanzó su punto álgido. En efecto, como consecuencia de la victoria de Gergovia y la adhesión de los eduos, tan sólo dejaron de acudir los aquitanos, los remios y lingones (estos dos pueblos por fidelidad a César) y los treveros, que estaban demasiado ocupados en su propio país luchando contra los germanos como para sumarse al levantamiento. La asamblea ratificó el mando supremo de Vercingétorix. Este, con el refuerzo de los eduos, se dispuso



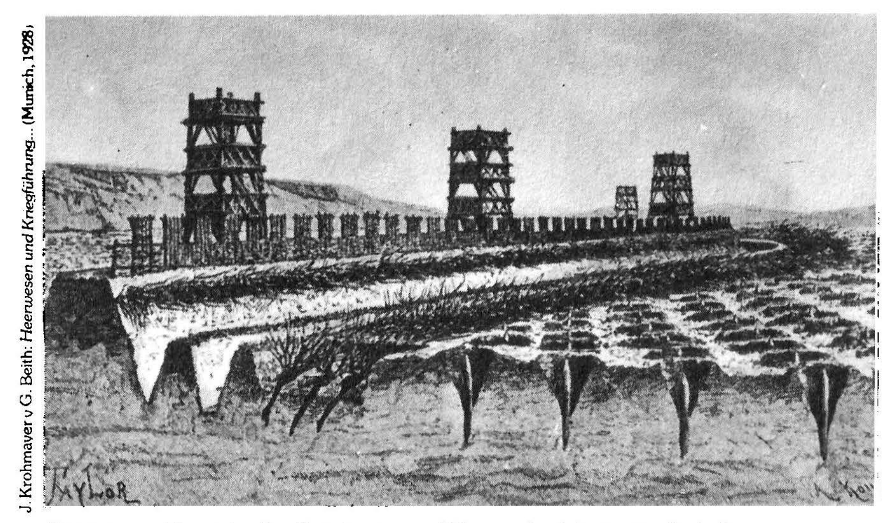
Relieve en estuco de un jinete galo sin estribos. La caballería gala, superior a la romana, causó grandes dificultades al ejército de César. Museo de Saint-Germain, París.

a invadir la provincia romana. Estos acontecimientos supusieron un alivio para las agotadas tropas y permitieron a César reclutar jinetes germanos al otro lado del Rin, con los que pretendía contrarrestar la superioridad de la caballería gala. Luego regresó a Besançon, su nueva base de operaciones, y salió al paso de Vercingétorix cerca de Dijon. La caballería gala, en la creencia de que libraba la batalla decisiva, lanzó un ataque simultáneo por el frente y los flancos, originando en un primer momento gran con-

fusión en las líneas romanas. (Posteriormente los arvernos mostrarían en uno de sus templos la espada corta de César conseguida en este combate. Allí la vería colgada César, y cuando alguien de su séquito quiso retirarla, él sonrió diciendo: «Déjala, porque ya no es propiedad mía, sino de los dioses[61].»)

No obstante, la crisis inicial fue pronto superada, y la caballería germana del general, que permanecía a la expectativa, pulverizó el ataque de los galos. La derrota fue tan sorprendente que Vercingétorix se retiró a toda prisa a la cercana fortaleza de Alesia (Alise-Sainte-Reine), oportunidad que César, tan perspicaz como siempre, supo aprovechar, cuando al igual que Moltke, siglos más tarde, con su famoso giro a la derecha en la batalla de Sedán, varió el sentido de su marcha para perseguir al enemigo y cercó Alesia. A Vercingétorix le quedó el tiempo justo de ordenar la evacuación de toda su caballería (tropas que en una guerra de asedio incrementaban las dificultades de avituallamientos, ya grandes de por sí) con la misión expresa de recorrer la Galia para reclutar un ejército de socorro. Luego el cerco se cerró en torno a la fortaleza.

A lo largo precisamente de ese año, César había ganado experiencia en el asedio, y planteó la estrategia militar ante Alesia como una guerra de posiciones, porque estaba latente la amenaza de la llegada de tropas de refresco por la retaguardia. Aquí (como más tarde en Dyrrhachium) César demostró ser un consumado estratego. El problema básico consistía en aislar la ciudadela de cualquier contacto con el mundo exterior para obligarla a rendirse por hambre. Al mismo tiempo tenía que asegurar sus líneas contra un eventual ataque por la retaguardia. Las excavaciones realizadas por encargo de Napoleón III ilustran perfectamente las posiciones del ejército romano, que halló un obstáculo adicional en el terreno montañoso. Pese al hostigamiento por parte de Vercingétorix, César comenzó por rodear la ciudad con un anillo de fortificaciones de 16 a 17 kilómetros de perímetro, cortando así cualquier contacto de los habitantes de la ciudad con el exterior. La ciudad estaba situada en la cima de una colina. A lo largo de la primera línea puso puestos avanzados y, detrás de ellos, en los lugares más propicios del terreno, instaló campamentos de mayores dimensiones para la infantería y la caballería. Esta distribución de las tropas estaba motivada por razones de tipo táctico, ya que su dispersión facilitaba su presencia inmediata en las zonas del anillo que la necesitasen. Tras concluir este primer cerco, César lo circunscribió con una segunda línea fortificada de 21 kilómetros de perímetro, que se adaptaba

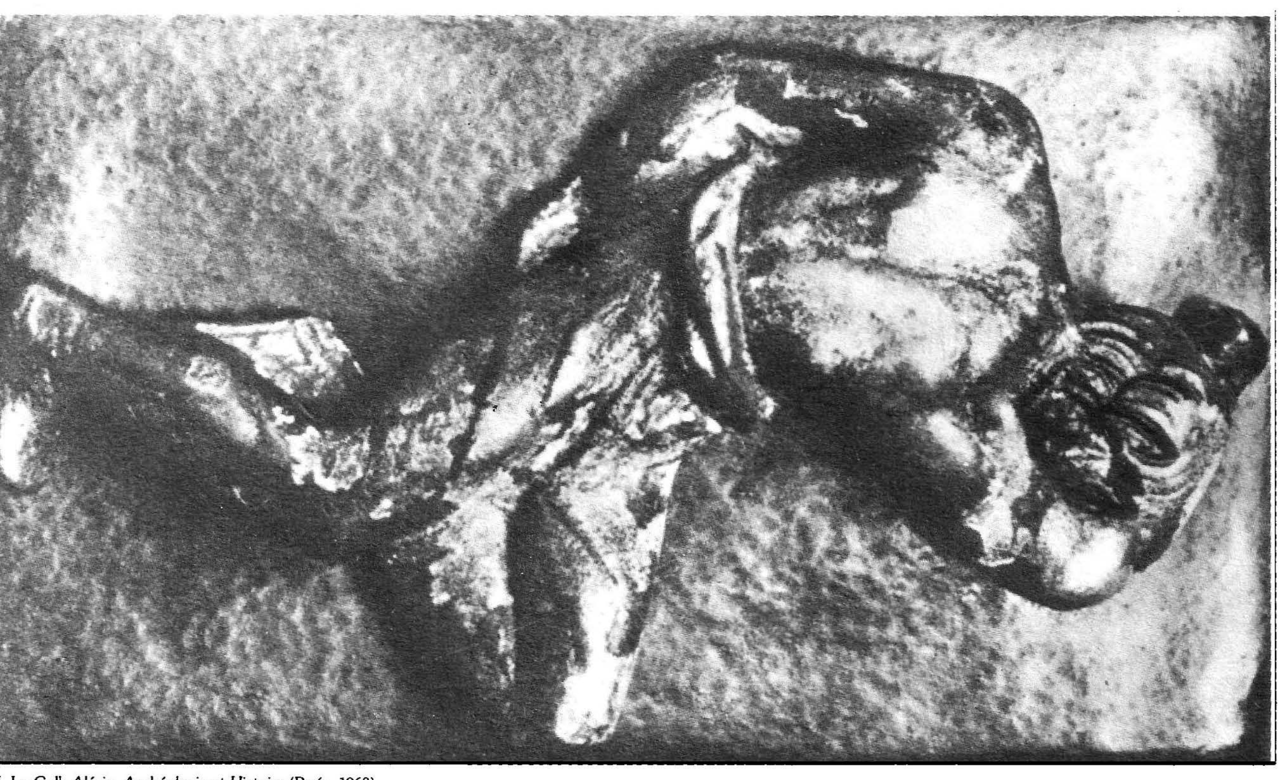


J. Krohmayer v G. Beith: *Heerwesen und Kriegführung...* (Munich, 1928)

Reconstrucción de las fortificaciones que César ordenó levantar alrededor de la ciudad de Alesia para aislarla de todo contacto con el exterior.

en lo posible a las condiciones del terreno y aseguraba las posiciones de vanguardia de los ataques del exterior. César aún tomó otras medidas de protección adicionales, como reforzar los puntos en los que la especial configuración del terreno hacía esperar ataques inminentes o inesperados del enemigo; aumentó la profundidad de los fosos y los llenó de agua siempre que le fue posible, emplazó torres en las líneas a intervalos regulares, y además dificultó la aproximación por el terreno de nadie colocando trampas, cepos y espinos. Para poder resistir en caso de necesidad el acoso de las tropas de refresco, César almacenó abundantes víveres en los campamentos situados dentro de las fortificaciones. Esta formidable instalación se terminó de construir antes de que llegara el ejército de socorro.

Entretanto, los habitantes de la ciudad habían comenzado a padecer la escasez de alimentos, así que a Vercingétorix no le quedó otro remedio que expulsar de Alesia a todo el que no fuera capaz de empuñar las armas: cientos de mujeres, ancianos y niños salieron a la tierra de nadie y a pesar de sus reiteradas súplicas no consiguieron que los romanos los acogieran, ni siquiera como esclavos, por lo que perecieron de hambre a medio camino de la ciudad y de las posiciones romanas. Hay quien dice incluso que en Alesia se llegó a considerar la posibilidad de alimentarse con la carne de los no aptos para las armas, recurriendo a la misma medida de urgencia que los galos habían adoptado, al



J. Le Gall: *Alésia. Archéologie et Histoire* (París, 1963)

parecer, durante el ataque de los cimbrios. Sin embargo, los sitiados vivían en condiciones muy precarias cuando vieron aproximarse el ejército enviado en su ayuda, al que saludaron con grandes muestras de júbilo.

En ese preciso instante dio comienzo la batalla decisiva; los jinetes del ejército de socorro arremetieron contra las líneas romanas, pero al final la victoria se inclinó del lado de éstos últimos. El triunfo se debió, en gran medida, a la acción de la caballería germana. Al día siguiente reinó la calma, y los galos la aprovecharon para aprestar todos sus efectivos para un nuevo ataque. Por la noche, los refuerzos galos intentaron sorprender a los romanos atacando sólo por un punto, mientras Vercingétorix salía de la ciudad y se precipitaba contra las líneas de vanguardia. El combate duró desde la medianoche hasta bien entrada la mañana. Los galos no consiguieron sortear los obstáculos puestos por César en su camino debido a la oscuridad, y después de sufrir graves pérdidas se retiraron sin haber logrado su objetivo de romper las posiciones romanas. Dos días después tuvo lugar el desenlace: mientras el grueso de las fuerzas de socorro marchaba con gran griterío hacia los romanos, tropas de elite al mando de Vercassivellauno irrumpieron en las líneas romanas, abriendo brecha en ellas. Simultáneamente, Vercingétorix atacó desde la ciudad. César, desde un cerro que permitía una visión de conjunto, asistía al desarrollo de la batalla, y ordenó a una parte de sus soldados cargar contra Vercingétorix. Este, tras una dura batalla, tuvo que retirarse. Al mismo tiempo mandó a Labieno con el resto de las fuerzas disponibles contener al ejército de socorro que estaba desbordando ya el anillo exterior. Cuando vio que Vercingétorix se retiraba, César mismo acudió a toda prisa con sus últimas cohortes y con la caballería al lugar en que peor estaban las cosas para los suyos. Su aparición, reconocible desde lejos por el color rojo chillón de su capa de general en jefe, fue la señal que marcó el punto culminante de la batalla. «Al fragor de la lucha en sí se une el griterío de los nuestros desde la empalizada y las fortificaciones todas. Los soldados romanos, después de arrojar sus lanzas, emprenden una lucha cuerpo a cuerpo con la espada. De repente aparece nuestra caballería a espaldas del enemigo y se aproximan otras cohortes. Cuando ven esto, los enemigos se dan a la fuga. La caballería cierra el paso a los fugitivos, y tiene lugar una gran carnicería. Sedulo, jefe de

◄ *Galo de Alesia yacente. Museo de Saint-Germain, París.*



los lemovices, cae muerto, mientras el arverno Vercassivellauno es capturado vivo cuando huía. A César le llevan 74 enseñas arrebatadas al enemigo, y sólo unos pocos del numerosísimo ejército enemigo consiguen llegar indemnes al campamento[62].»

El ataque frontal y la maniobra envolvente de la caballería conducida por César fueron factores decisivos de la victoria. En esta ocasión César desarrolla perfectamente una táctica ensayada ya en anteriores batallas: el principio de la reserva móvil que depende exclusivamente del general en jefe y que éste moviliza en el momento decisivo. Durante el asedio de Alesia en cualquier sector existía esta reserva diseminada por los puestos aislados y campamentos. El general en jefe, o uno de sus lugartenientes, manda a estas tropas —cuya intervención decide el general—.



Moneda de César que representa un trofeo con prisioneros. Gabinete de Medallas, París.

◀ *Coraza de cuero y espadas usadas por la infantería romana en tiempos de César. Museo Nacional, Roma.*

que emprenden el ataque decisivo en el lugar y momento precisos. Con el hallazgo y utilización de la reserva móvil, César coronó el arte de la estrategia.

Tras estos sucesos, las tropas de refresco abandonaron el campo y Alesia capituló al día siguiente. Vercingétorix intentó, inútilmente, asumir él solo toda la responsabilidad y sacrificarse por su pueblo: «Se vistió sus aprestos militares de gala, ensilló su caballo y le puso los arreos más fastuosos, como si acudiera a un desfile, y salió a galope tendido por la puerta. Durante cierto tiempo cabalgó en círculo alrededor de César; luego desmontó, se desciñó las armas y se postró en silencio ante él, hasta que se lo llevaron[63].» Pero César opinaba que todos cuantos le habían combatido eran rebeldes, y en consecuencia merecían un



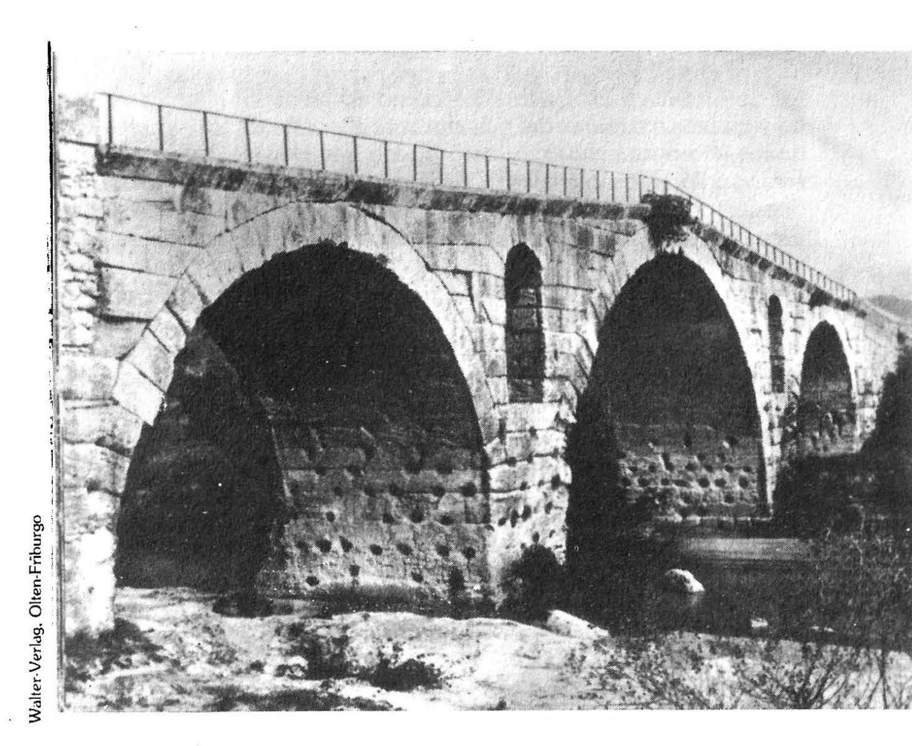
Anverso y reverso de una moneda mandada acuñar por César con la efigie de Vercingétorix vencido y marcado por el dolor. Con este aspecto le verían los romanos desfilar uncido al carro del vencedor. Gabinete de Medallas, París



Pons Julius, *puente romano al oeste del municipio francés de Apt, antigua colonia Apis Tulia.* ▶

castigo riguroso. Unicamente demostró clemencia con los eduos y arvernos por motivos políticos, ya que pretendía atraerlos de nuevo a la causa de Roma. César entregó a sus soldados a todos los que se habían rendido para que les sirvieran como esclavos, y encarceló a Vercingétorix durante seis años, al cabo de los cuales lo mostró al pueblo de Roma con ocasión de su triunfo. Después mandó ejecutarlo.

La caída de Alesia y la eliminación de Vercingétorix supuso la pacificación de la Galia. Bien es verdad que aún quedaron algunos núcleos de oposición aislados, como los obstinados belovacos (una de las tribus belgas más poderosas), a los que César derrotaría al año siguiente (—51) con una campaña de gran envergadura dirigida de manera ejemplar. En Uxellodonum (una plaza fortificada en las montañas de Dordoña) siguieron combatiendo algunos focos de resistencia. También en este caso el resultado se debió a la intervención directa de César, al cual se le ocurrió desviar el caudal de agua que abastecía a la fortaleza horadando una galería subterránea. Al final la carencia de agua obligó a capitular a los galos. Asimismo César mandó una segunda


Walter-Verlag, Olten-Friburgo

incursión en el país de los eburones, y delegó en Labieno para que acabara con la resistencia de los treveos. En definitiva, César pacificó definitivamente la Galia usando medios diferentes: a veces castigos draconianos, otras, la clemencia. Así logró una paz garantizada por una distribución adecuada de sus efectivos militares durante la época invernal.

El invierno de —51 a —50 vio el restablecimiento definitivo de la seguridad y la conversión del país en provincia romana. Se reguló entonces el rango de las diferentes tribus y se fijaron los tributos, de los que quedaron exentos los escasos pueblos a los que se reconoció la alianza con Roma. El sometimiento de la Galia fue tan absoluto y radical que durante décadas apenas ocurrieron disturbios, ni siquiera cuando César etaba absorbido por los acontecimientos bélicos que se produjeron en la región mediterránea durante la guerra civil. Se ha calculado que a lo largo de los ocho años de guerra pereció una tercera parte de la población gala apta para empuñar las armas. Las bajas fueron sensiblemente mayores los primeros años, época en que el odio envenenó los ánimos. Aproximadamente otro tercio de los habitan-

tes de la Galia fueron vendidos como esclavos. Son incalculables las riquezas extraídas del país durante el conflicto; los simples soldados se enriquecieron, y esto puede dar idea del botín que correspondió a los oficiales. César en concreto liquidó todas las deudas contraídas durante su consulado, y engrosó además las arcas del Estado con sumas muy considerables. Parte de este dinero la dedicó a levantar nuevas construcciones en Roma; por ejemplo: en el año —50 donó al cónsul Emilio Paulo mil quinientos talentos para edificar un nuevo mercado cubierto, la basílica Aemilia, sita en el Foro. Fue también muy generoso con los políticos influyentes, obsequió con largueza a sus amigos y se mostró siempre como una persona muy dadivosa; y, después de todo esto, aún guardó un considerable capital para el futuro. Inundó el mercado del oro con tal cantidad de metal procedente de sus botines (sobre todo de los tesoros de los templos) que los vendedores lo ofrecían un treinta por ciento más barato que antes.

Mayor trascendencia tuvieron las consecuencias políticas e históricas de la conquista de la Galia, pues el Imperio romano se incrementó con unos 500.000 kilómetros cuadrados de una tierra rica y sin colonizar. Al mismo tiempo la Galia era dentro de la mitad occidental del Imperio el contrapeso a las conquistas orientales de Pompeyo; en efecto, en el Este, la población era en su mayor parte de origen oriental, y su cultura un sincretismo de elementos helenísticos y orientales, mientras las Galias tenían una población de raíces indoeuropeas, muy cercana a los pueblos ítalo-romanos. Este parentesco y la afluencia de colonos al país, despoblado a causa de la guerra, explican la romanización extraordinariamente rápida de la Galia.

César, a lo largo de estos ocho años, vio crecer paulatinamente su poder personal, a medida que aumentaba su ejército, absolutamente incondicional y adicto a su persona. César hizo de sus soldados los mejores de su tiempo. Por fin César era dueño del poder real, efectivo. Ya era capaz de inclinar a su favor el platillo de la balanza en los conflictos que se avecinaban.

6. La evolución de la política interior

Durante los años de conquista de las Galias, César no perdía de vista los acontecimientos internos de su país. Sus estancias durante la época invernal en Lombardía las dedicaba a ponerse al día; al mismo tiempo, una serie de agentes le mantenían al tanto de todos los sucesos de la capital: especialmente Balbo, su colaborador y hombre de confianza, que se movía entre los hombres más influyentes de Roma, sobre todo Pompeyo; y Cayo Opio, jefe de la red de información de César, que se preocupaba de mantenerle informado de todos los acontecimientos políticos y era al mismo tiempo estrecho colaborador de Balbo. En el cuartel general de César había un departamento exclusivamente dedicado a su correspondencia, dirigido por Aulo Hirtio, autor del octavo libro de la *Guerra de las Galias*. Se ocupa este volumen de los años —51 a —52, y llena así el hueco existente entre la descripción de la conquista de las Galias y la guerra civil. De este círculo de fieles colaboradores han salido también los relatos referentes a las últimas campañas militares de César (Alejandría, Africa, Hispania) que enlazan con la *Guerra civil*, sin que sea posible precisar con exactitud cuáles fueron los nombres de los distintos autores.

En el ámbito político la tarea más importante de César consistió en cultivar la colaboración con los otros dos triunviros y actuar constantemente de acuerdo con ellos. Clodio creó algunas dificultades y en ocasiones se volvió incluso contra César y Pompeyo. Esto provocó un acercamiento al desterrado Cicerón, y entonces Pompeyo intervino en su favor para permitirle el regreso, por el que el desterrado rogaba con una insistencia rayana en la falta de la más elemental dignidad. El orador y político estaba dispuesto a pagar su retorno a cualquier precio; además, su hermano Quinto, uno de los legados militares de César, garantizaba su conducta; al final, César dio su conformidad. A comienzos del —57 Cicerón, lleno de alegría, volvió a Roma. El Senado en pleno salió a recibirle a las puertas de la ciudad. Entre-

tanto Pompeyo había consolidado su posición y su influencia política al encargársele una nueva labor: la distribución gratuita de grano a los ciudadanos escasos de recursos o pobres por un periodo de cinco años. Esta «administración de la cosecha anual» (*cura annonae*) equivalía, jurídicamente hablando, al rango de procónsul extraordinario, sin mando de tropas, es cierto, pero con vigencia en todo el Imperio. El cargo facultaba para recoger la provisión de grano y decidir sobre su almacenamiento, precio, transporte y distribución. ¿Sería esta distinción lo que avivó la antigua animadversión de Craso hacia Pompeyo? ¿Pensó Craso quizá que se le había ido de las manos un gran negocio? Sea como fuere, la relación entre ambos se enfrió considerablemente. El partido aristocrático venteó en seguida aires de renovación y se esforzó por colocar a muchos de sus miembros en puestos influyentes. Había que renovar el triunvirato, asentándolo sobre bases más sólidas. César se dedicó a ello durante el invierno del —57 al —56, cuando creía haber terminado la conquista de las Galias. Las interminables negociaciones hicieron que César regresase a la Galia más tarde de lo acostumbrado, justamente un poco antes de la expedición contra los vénetos. César medió entre Craso y Pompeyo para intentar que se reconciliaran. Primero se reunió con Craso en Ravena. Más tarde (abril del —56) los triunviros se encontraron en Lucca, ciudad muy recomendable por su situación, ya que era la más meridional de la provincia de César. En la conferencia, para sorpresa de muchos de sus enemigos y detractores, se renovó la alianza entre los triunviros y se evidenció su enorme poder, ya que muchos adeptos al partido del Senado y miembros de familias patricias fueron a Lucca para presentarles sus respetos. El triunvirato quedó asentado sobre acuerdos más firmes, más exactos y concretos que delimitaban las funciones y atribuciones de cada triunviro y favorecían la armonía entre los tres. Craso y Pompeyo aspiraban al consulado para el año —55, y con el fin de excluir cualquier factor sorpresa, la elección se fijó para el otoño, ya que en esa época habría suficientes soldados de la Galia con permiso como para asegurarles a ambos una holgada mayoría. A continuación y hasta el 1 de marzo del año —50 asumirían el proconsulado de alguna provincia. Al mismo tiempo se prorrogaba por otros cinco años el proconsulado de César, se le facultaba para que incrementara el número de sus legiones y de legados, y se le facilitaban los recursos correspondientes. Además se acordó que no se trataría de elegirle sucesor antes de la fecha convenida (1 de marzo del —50), y es que en aquellos tiempos a los cónsules se les asigna-

ba ya el gobierno de provincias antes de tomar posesión del consulado. Es decir: los cónsules del —50 se eligieron antes del 1 de enero de ese año pero, según los pactos establecidos en Lucca, no se les podía asignar la provincia de César. Sólo podrían ser sus sucesores algunos de los cónsules del año —49, y esto implicaba que César permanecería en su cargo, con todas las atribuciones del mismo, hasta el 1 de enero del —48. Pero en dicha fecha, ya habían transcurrido diez años desde su primer consulado, por lo que podía volver a presentar su candidatura. De suceder así, al pasar directamente del gobierno de la provincia a la más alta magistratura, se convertía en inviolable y, por tanto, no podía estar sujeto a ningún proceso por el desempeño del proconsulado, como le había sucedido al finalizar el consulado en el año —59. Pero para ser proclamado candidato debía ser eximido de presentar personalmente su candidatura en Roma; Pompeyo se encargó de conseguir esto último. Cicerón, delegado para defender todos estos proyectos, lo hizo con un discurso ante el Senado que tituló «Sobre las provincias proconsulares». En él declara su más firme oposición a cualquier intento de obligar a César a presentarse en Roma. En el trabajo de Cicerón subyace un deseo de agradar a los triunviros, pero, a pesar de todo, el documento es una prueba contundente de lo que influían en Roma las conquistas y descubrimientos de César.

Es éste un plan bien meditado, con todos sus eslabones firmemente trabado entre sí, y benefició mucho a César, ya que no en vano fue su principal artífice. Estos proyectos ponían en manos de los triunviros las riendas del Estado, pero llevaban en su seno el germen de futuros conflictos, quizá porque algunos de los acuerdos eran susceptibles de interpretaciones diferentes. Como en cualquier otra situación política, en ésta también rige el principio de que cualquier tratado deja de ser eficaz en cuanto desaparecen las condiciones previas que determinaron su creación. Los acuerdos de Lucca se mantuvieron vigentes mientras reinó entre los triunviros una comunidad de intereses. Las divergencias interpretativas surgieron en el momento en que dichos intereses tomaron distintos caminos, y desde ese momento los pactos quedaron obsoletos. Este proceso duró cinco años. El primero en mostrar su disconformidad fue Craso. Al término del consulado se le había adjudicado a Craso la provincia de Siria, y a Pompeyo, Hispania. Pero éste permaneció cerca de Roma aduciendo su cargo *(cura annonae)* y razones de tipo político. Craso, por su parte, deseaba labrarse fama militar, y emprendió una campaña contra los partos (persas); pero su ejército

fue aniquilado en la batalla de Carras (—53), y él fue uno de los muertos. Más tarde se relajaron los vínculos que unían a César y a Pompeyo como consecuencia del fallecimiento de Julia, hija de César y esposa de Pompeyo, al dar a luz a un hijo. Respetada y amada por los dos hombres, Julia había sido uno de los pilares de la alianza entre ambos. Además, la evolución de los acontecimientos internos en Roma contribuyó a acercar a Pompeyo a los postulados de los optimates. En Roma cundía el desorden y la falta de autoridad. Entonces desempeñaban un importante papel las bandas organizadas que por dinero cumplían las órdenes de ciertos políticos. Clodius, el cabecilla de una de dichas bandas, tuvo un altercado en plena Via Appia con otra banda rival dirigida por Milo y fue asesinado. Disturbios de este tipo hacían imposibles los comicios para elegir a los magistrados del año —54. Por eso Pompeyo, con cierto retraso, fue nombrado cónsul único ese año. Esto le confería un gran poder, aunque el nombramiento tenía limitaciones temporales, de forma que, cuando se restableció un poco la calma social y ciudadana, se eligió un segundo cónsul para los cinco últimos meses. Por si fuera poco, el proconsulado de Pompeyo en Hispania se prorrogó y su ejército se incrementó con dos nuevas legiones. El, sin embargo, permanecía en Roma. César, por su parte, no podía abandonar la Galia a causa de la sublevación de los galos, que se había avivado con motivo de su estancia en Italia.

Pompeyo logró restablecer el orden en Roma, en parte con la ayuda del *senatus consultum ultimum;* esta colaboración estrechó los lazos entre Pompeyo, el Senado y el partido aristocrático, cuya política francamente reaccionaria se oponía a cualquier innovación del sistema establecido. El acercamiento se hizo bien patente en el nuevo matrimonio de Pompeyo con Cornelia, hija del optimate Publio Escipión, que había sido colega de Pompeyo durante los últimos meses del año —52. Esta evolución paulatina de Pompeyo se tradujo en diferentes decisiones, no siempre perjudiciales para César, pero que de hecho contravenían los acuerdos de Lucca. Podemos citar, por ejemplo, una ley que prescribía que los cónsules no accederían al gobierno de una provincia hasta cinco años después de su consulado. Esta medida, proyectada en principio para impedir la corrupción, supuso para César que al concluir su mandato en la provincia ya estuviera previsto su sucesor. Se promulgó además otra ley que obligaba a presentar personalmente en Roma su candidatura a todos cuantos aspirasen a alguna de las magistraturas. En esta ley no se mencionaba para nada la excepción de César, cuya dispensa había sido

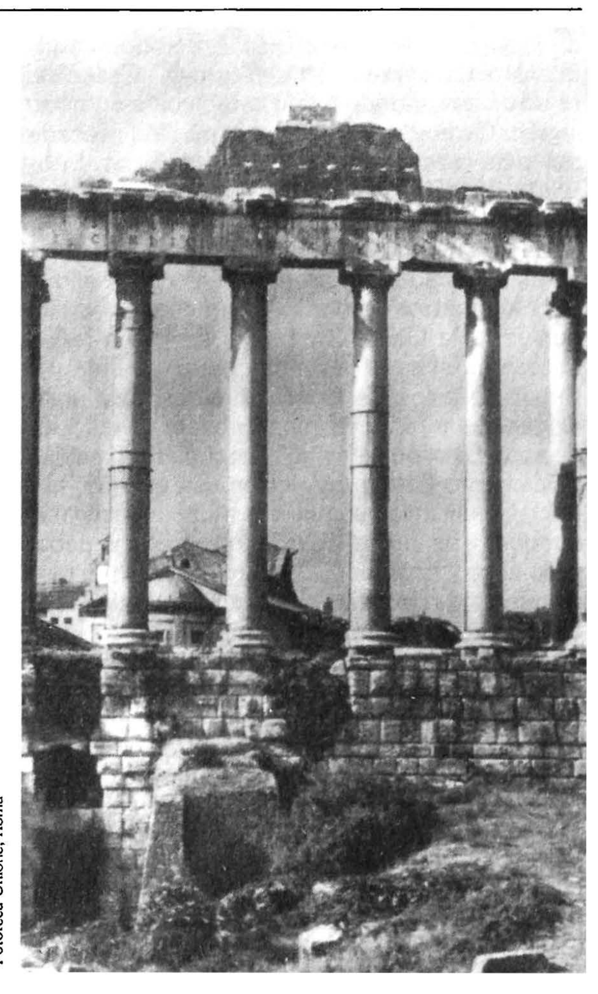
aprobada por los comicios. Cuando se lo recordaron a Pompeyo, éste añadió una disposición adicional a la ley promulgada, lo cual era nulo de pleno derecho. Hubo un ataque contra la política de César, esta vez en relación con los transpadanos, cuando el cónsul Marcelo, uno de sus enemigos, mandó azotar a un transpadano, castigo rigurosamente prohibido tratándose de ciudadanos. Marcelo en son de burla aconsejó al azotado que mostrase los cardenales a su protector[64]. A consecuencia de esto, César trasladó una legión a Lombardía «para proteger a las colonias romanas de los ataques de los bárbaros»[65]. Otras medidas tenían como objetivo disminuir la potencia militar de César. Este y Pompeyo debían ceder una legión cada uno para la proyectada campaña contra los partos. Pompeyo destinó la legión que a comienzos del —53 había prestado a César, con lo que este último perdió en realidad dos legiones, y Pompeyo ninguna. Al despedirse de sus soldados, César regaló a cada uno 250 dracmas y reclutó en seguida dos nuevas legiones. Sin embargo, las cedidas por César no marcharon a Oriente, ni siquiera se dirigieron a puerto para embarcar, sino que quedaron estacionadas en Capua a disposición del Senado.

A decir verdad, todo esto no son más que derivaciones de un núcleo político básico: la cuestión de si César podía o no conservar el mando de las Galias hasta ser nombrado cónsul de nuevo. Esto implicaba también otro motivo de polémica: ¿continuaba siendo válido ese «regalo honroso del pueblo romano»[66], es decir, la exención de presentar personalmente su candidatura en Roma? Esta decisión política era decisiva, pues se tenía el convencimiento de que César resultaría elegido, y de que el consulado era uno de los últimos peldaños antes de llegar a la cúspide: al poder único y absoluto. El único medio de evitarlo consistía en iniciar un proceso contra él por el desempeño del cargo. Pero esta vía sólo podía utilizarse si entre ambas magistraturas (proconsulado y consulado) mediaba un periodo de tiempo en el que César no gozara de cargo alguno. Todo el interés de César se centraba en acceder a la suprema magistratura sin salirse de la legalidad. Durante los años sesenta César, al igual que Graco, había querido alcanzar dicha meta apoyándose exclusivamente en su gran popularidad, pero el método no dio resultado. Desde entonces, sin desatender su influencia sobre el pueblo, prefirió seguir el camino de Sila, así que se procuró el gobierno de una provincia como trampolín para conseguir el poder real y efectivo, abundantes recursos económicos y un ejército fiel y adicto a su persona. César sabía de sobra que la conquista violenta del po-

der rara vez tiene efectos duraderos; era consciente de la trascendencia de la legitimidad y de la tradición en su objetivo de hacerse con el gobierno, puesto que eran esas cualidades las que posibilitaban su prolongación en el tiempo. De ahí su tenaz lucha para ser elegido cónsul y su constante empeño por la ley incluso después de la guerra civil. Sin embargo, cuando sus enemigos o rivales no se le sometían desde un principio, después ya se negaban a aceptarle, y fue para ellos un gran éxito cuando por fin empujaron a César al camino del revolucionario. Al concluir la batalla de Farsalia, el mismo César exclamó a la vista de los muertos que alfombraban el campo de batalla: «Ellos lo han querido. A estas horas Cayo César se contaría entre ellos de no haberle ayudado su ejército[67].»

Dentro de esta lucha político-diplomática, César utilizó los ingentes recursos que afluían a sus arcas desde las Galias: construyó edificios espléndidos, proyectó un foro para el que compró terrenos cercanos al *Forum romanum* e inició las obras, y prometió fastuosos juegos fúnebres en honor de su hija Julia. Se mostraba incluso dispuesto a apoyar financieramente a políticos que sólo miraban por sus propios intereses. Por supuesto que esta concepción le granjeó la adhesión de gentes dudosas, tales como especuladores o patricios arruinados, ya que no la de los miembros influyentes del Senado, que en general disfrutaban de una economía muy saneada; este hecho dio pie a sus enemigos para iniciar una campaña de desprestigio contra César aludiendo a su carácter dudoso. Cicerón denominó a este grupo, en una ocasión, «camarilla de fantasmas» y describe así su método: «En cuanto conocía a alguien valeroso y sin escrúpulos cargado de deudas o arruinado, le incluía entre su círculo de amigos.» En este punto el mayor éxito de César fue la adhesión a su causa de Cayo Escribonio Curio: desde que César saldó todas sus deudas —muy numerosas— Cayo Escribonio Curio, elegido tribuno de la plebe el año —50, defendió con su oratoria brillante, hábil y eficaz, los postulados de César. Su exigencia básica, reiterada una y otra vez, consistía en pedir que César y Pompeyo abandonasen al mismo tiempo el gobierno de sus respectivas provincias, ya que sólo así —decía — podrían el Senado y el pueblo romano actuar con entera libertad. Esta propuesta contó con el beneplácito general y Curio negoció durante todo el año —50 para hallar una solución al problema, porque los optimates pretendían revocar el mando de César antes que el de Pompeyo. Estos acusaban a César de encaminar al Estado hacia la guerra civil para sumergir a Roma —como antes Mario y Sila— en un

Ruinas del templo de Saturno en el Foro romano. La parte inferior, restaurada en el año —42, albergaba el aerarium Saturni *o erario público de Roma.*



Fototeca Unione, Roma

baño de sangre. En las elecciones a cónsul para el año —50, el partido aristocrático logró el triunfo de uno de sus candidatos: el extremista Marcelo. Este, al finalizar su consulado, y en virtud de la autoridad de que estaba investido, transfirió a Pompeyo la tarea de proteger el Estado, misión que se simbolizaba con la entrega de una espada. No contento con esto, dio también a Pompeyo las dos legiones destinadas a la campaña contra los partos. Los cónsules del —49 pertenecían también al partido senatorial, al revés que los tribunos de la plebe, partidarios en su mayoría

de César, entre ellos Marco Antonio. A la vista de la amenaza que suponía el proceder de Marcelo, César trasladó desde Trieste a Ravena, donde había establecido su cuartel general, la XIII legión. Ordenó también como medida precautoria, que las legiones más cercanas atravesaran los Alpes. Luego intentó solucionar la situación creada por medio de negociaciones. Durante la primera reunión del Senado del año —49 Curio entregó a los cónsules recién nombrados una carta que César había escrito tres días antes y enviado con un mensajero a caballo de Ravena a Roma (210 kilómetros). En ella César mostraba su disposición a «renunciar a la Galia Cisalpina e incluso a la Transalpina en caso necesario, si se le permitía conservar Iliria y dos legiones hasta tomar posesión del consulado». En días posteriores rebajó sus exigencias y pidió «el mando hasta su elección como cónsul»[68]; cuando Cicerón se avino a negociar, el mediador de César pidió únicamente Iliria y una legión. En el —59, al finalizar su consulado, César quiso someterse a una investigación ante el Senado, aunque, tras varios días de infructuosos debates, reclamó y obtuvo el proconsulado. De la misma forma, también ahora estaba dispuesto a renunciar a la inmunidad que le garantizaba su cargo en el periodo comprendido entre su elección y la toma de posesión efectiva del consulado. César tenía a su alcance medios suficientes para acortar el plazo y defenderse de todos los ataques. Posiblemente un resultado positivo de la elección habría atemorizado a sus enemigos políticos y les habría disuadido (como sucedió a principios del —58) de lanzar ataques más enérgicos. Pero todo fue inútil: sus enemigos vieron en esta serie de concesiones un signo de debilidad, y se negaron a cualquier componenda. Los tribunos consiguieron que la carta de César fuera leída en el Senado, pero el cónsul Léntulo impidió que su contenido se debatiera o se sometiera a votación, y siguiendo la costumbre habitual cuando los cónsules iniciaban su mandato, abrió el debate general sobre el Estado. A lo largo de la sesión se decidió ordenar a César la devolución de las legiones, so pena de colocarse fuera de la ley y convertirse en enemigo del Estado. El tribuno Antonio vetó esta resolución, y durante días enteros hubo negociaciones y habladurías dentro y fuera del Senado. Por entonces Cicerón hizo el intento de reconciliación antes mencionado, que resultó fallido por la obstinación de los rivales de César. A la vista de las circunstancias, el Senado emitió el 7 de enero un *senatus consultum ultimum* por el que se proclamaba el estado de excepción, entregando a Pompeyo y a los cónsules el mando militar de la ciudad. Ante estas medidas, los tribunos adic-

tos a César se reunieron con él, pidiéndole protección y exigiendo sus derechos. Esta actuación apuntaba contra el *senatus consultum ultimum*, medida habitual en un caso urgente de crisis nacional, y así consideró el Senado el hecho de que un procónsul —César en este caso— se negase a entregar el mando, rehusando obedecer al Senado. César no puso en duda la legalidad de la medida en sí, pero sí cuestionó la existencia de motivos suficientes para tomar tal decisión.

7. La guerra civil

Vista del Rubicón, pequeño riachuelo que servía de frontera entre Italia y la Galia Cisalpina. Estaba prohibido que lo cruzara cualquier ejército sin la autorización del Senado

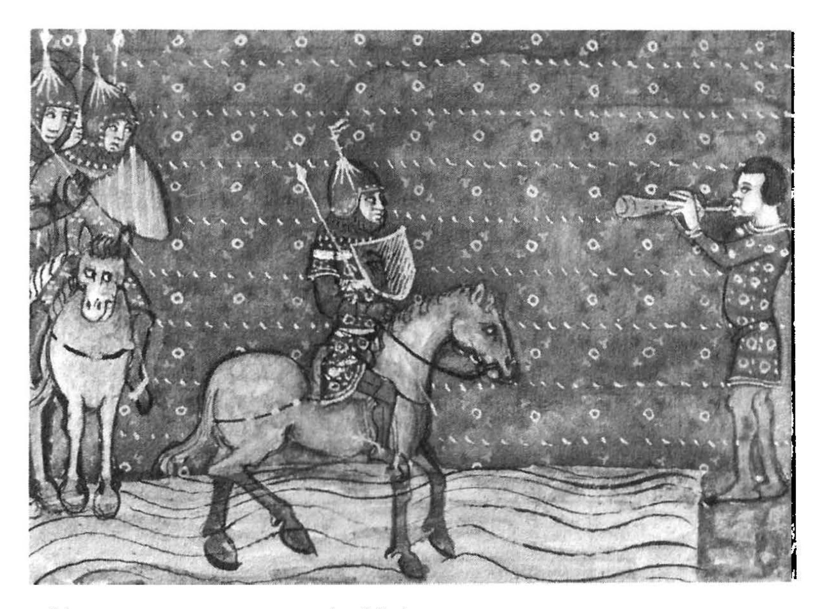


Hachette, París

Los esfuerzos de César por acceder legalmente a la cúpula del Estado habían fracasado. Ya no le quedaba otro camino que la revolución, y lo emprendió sin titubeos, aunque sin abandonar la idea de llegar a una resolución pactada. Pero sus enemigos nunca aceptaron el requisito indispensable de César: su elección como cónsul.

En un primer momento César atacó por sorpresa Italia: con la legión estacionada en Ravena cruzó, al enterarse de la huida de los tribunos, el Rubicón, un pequeño río que constituía la frontera natural entre la provincia e Italia, y ocupó Rímini. En esta ciudad se encontró con los tribunos, les presentó a sus tropas y arengó a sus soldados para que defendieran a aquéllos y a su ge-





César y sus tropas atravesando el Rubicón según una miniatura francesa del siglo XIV, procedente de un manuscrito titulado Histoire des Romains. *Este acto supuso la ruptura definitiva de César con el Senado y los optimates. Biblioteca Nacional, París.*

neral de las injusticias que se cometían contra ellos. Los soldados prorrumpieron en aclamaciones.

El paso del Rubicón simboliza la ruptura violenta con la República y el acceso a la Monarquía. Es un hecho histórico que ha espoleado la imaginación de los investigadores. Se dice que al llegar a la orilla, César se detuvo unos segundos y meditó las consecuencias que podrían acarrearle sus actos; luego se dirigió a los presentes con estas palabras: «Aún estamos a tiempo de retroceder. Cuando hayamos vadeado el río no nos quedará otra salida que la de las armas[69].» Durante el parlamento de César tuvo lugar, al parecer, un acontecimiento que se interpretó como un presagio: un hombre corpulento y de hermosa figura apareció de pronto cerca de ellos tocando una flauta. Pastores y soldados, entre ellos los músicos, se acercaron corriendo para escucharle. De pronto César le arrebató la tuba a uno de ellos, se metió en el río y cruzó a la otra orilla mientras tocaba con toda la fuerza de sus pulmones la señal de ataque. Entonces pronunció su frase tan famosa: «Sigamos el camino al que nos empujan los augurios de los dioses y la injusticia de nuestros enemigos.

La suerte está echada[70].» Un poeta describe cómo durante una noche de tormenta la diosa Roma, llena de aflicción, sale al encuentro de César y de sus soldados y entre llantos y lamentos les pregunta: «¿Qué hacéis? ¿A dónde vais con mis enseñas? ¡No sigáis adelante si os tenéis por ciudadanos míos!» César, conmovido y estremecido, invocó a los dioses de Roma y a la propia Roma pidiéndole su bendición con estas palabras: «Heme a tus pies, vencedor en la tierra y en el mar; esté donde esté soy tu soldado; pero ahora debo cumplir con mi deber: la culpa hay que achacársela a los que me han convertido en tu enemigo[71].» Todo esto es simple adorno retórico extraño al acontecimiento histórico, que, dentro de su sencillez, resulta mucho más impresionante. César salió clandestinamente de Ravena y siguió a la legión que había enviado por delante de él. Al llegar al Rubicón, mandó parar su carro, meditó durante unos instantes y habló con sus amigos. Luego abandonó sus cavilaciones y con la mirada puesta en el futuro pronunció una frase habitual entonces cuando alguien se aventuraba a una empresa arriesgada: «La suerte está echada.» Pero no dijo estas palabras en latín, sino en griego: *anerriphto ho kybos*[72].

En aquella época no se había reorganizado aún el calendario romano, por lo que la fecha del comienzo de la guerra (10 de enero del —49) corresponde en realidad a las postrimerías del otoño anterior (23 de noviembre del —50). Hay un hecho que pone de manifiesto las innovaciones de César en el arte de la estrategia: la liberación de las operaciones militares —al menos en el teatro mediterráneo— de las servidumbres estacionales. Las dos campañas de la guerra civil se inician en invierno. Esta novedad explica también la despreocupación de Pompeyo, el cual, con aire fanfarrón, había dicho a los senadores que conservaran la calma porque, en caso de que César se acercase, una sola palabra suya bastaría para poner en pie de guerra a toda Italia[73]. Pompeyo contaba con el invierno para movilizar a sus tropas y aprestarlas al combate. La presunción y vanidad de Pompeyo derivaban además del escaso valor que Labieno (que se había pasado al bando del Senado) concedía a las tropas de César. Este, favorecido por el factor sorpresa, actuó con rapidez, en los primeros momentos simplemente con las escasas cohortes de una legión. A medida que avanzaba fue engrosando su ejército con sus soldados de la Galia y con nuevas levas en los territorios que conquistaba. Antonio, al mando de cinco cohortes, se dirigía a Etruria y Roma, mientras César avanzaba con rapidez por la costa del Adriático, destacando al mismo tiempo tropas hacia el in-

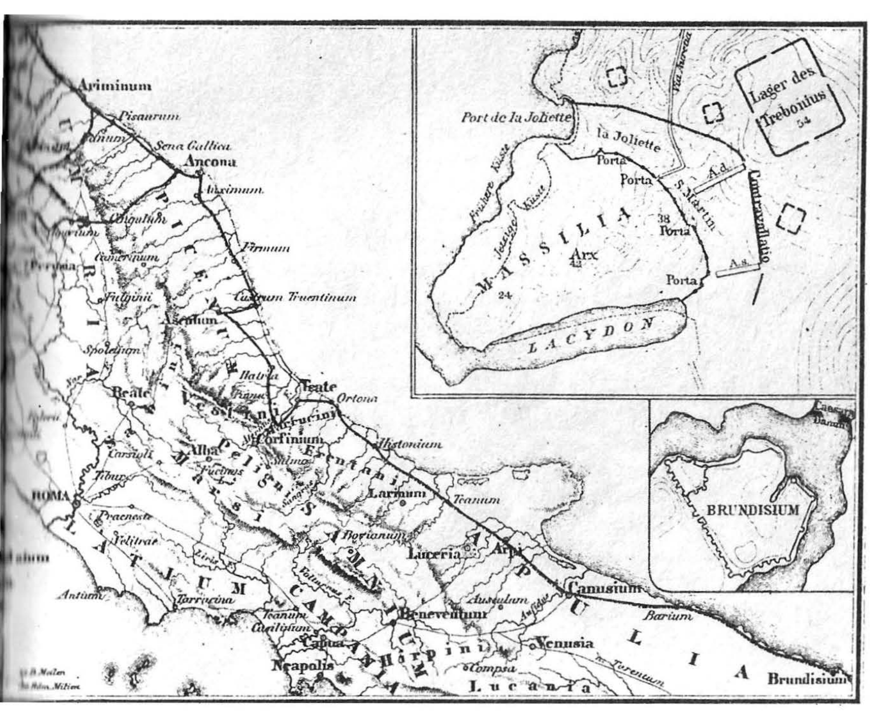


Weidmannsche Verlagsbuchhandlung, Berlin

Busto en mármol de Pompeyo. Ny Carlsberg Glyptothek, Copenhague.

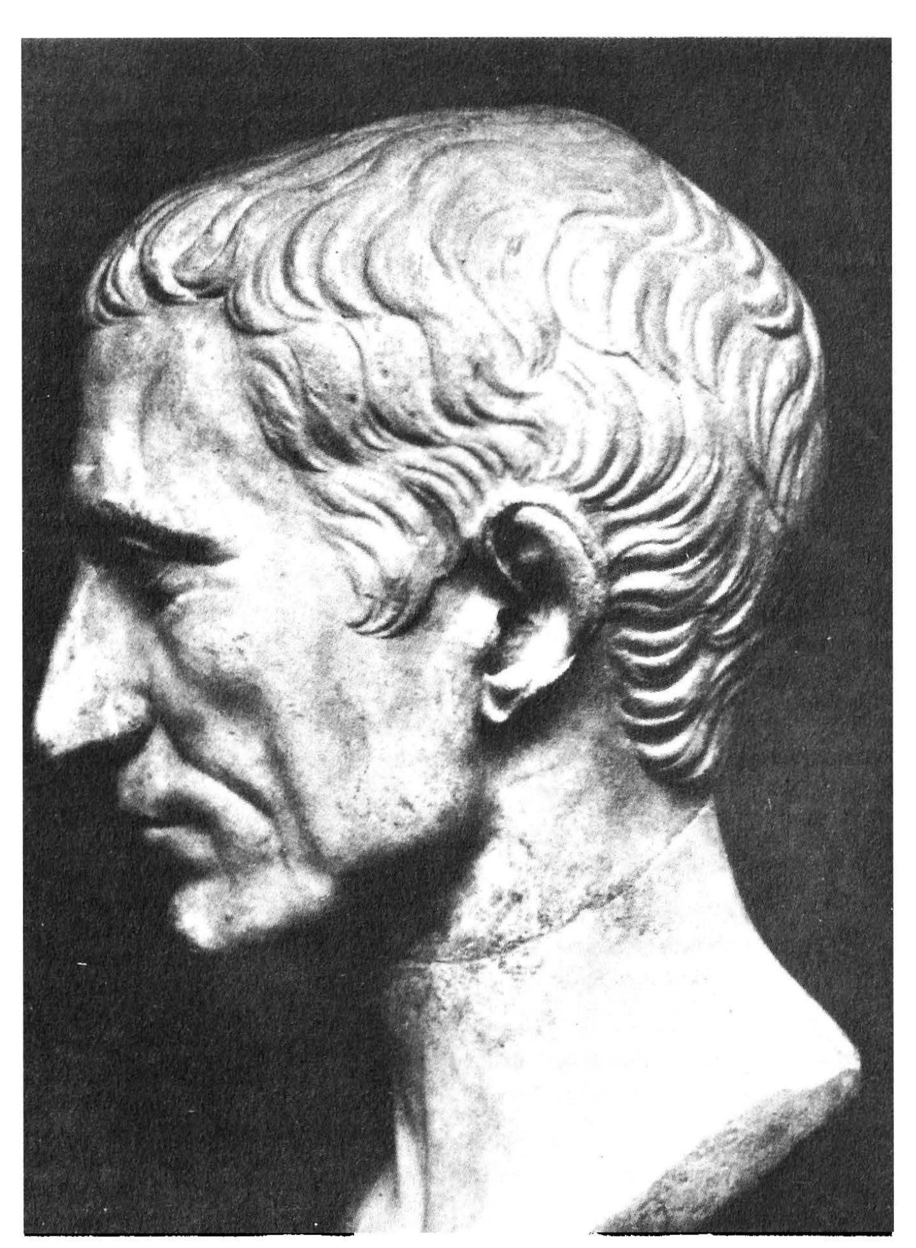
terior para no dejar enemigos a su espalda. Esta actuación conjunta desató una oleada de pánico en Roma, acrecentada al máximo por la orden dictada por Pompeyo de evacuar la ciudad. Senadores y magistrados huyeron en tropel. César refiere a manera de ejemplo el del cónsul Léntulo: éste, siguiendo una orden del Senado, acudió al erario público, acompañado del cuestor que llevaba la llave, para retirar una suma de dinero destinada a Pompeyo. Apenas hubo abierto la puerta, oyó que César estaba a las puertas de Roma y huyó presa del pánico sin coger el dinero. El cuestor cerró la puerta y siguió los pasos del cónsul. César más tarde se incautó del tesoro público intacto.

César, sin embargo, no entró en la ciudad, sino que continuó hacia el sur bordeando la costa oriental. César pretendía con



Mapa en el que se señala el avance de las tropas de César hacia Brindisi, tras cruzar el Rubicón.

este avance irrumpir en las zonas de reclutamiento de sus adversarios para impedir una movilización generalizada, pero también deseaba reanudar sus relaciones con Pompeyo y negociar con él frente a frente. Pero Pompeyo se marchó al sur del país y ante el sorprendente avance de César no le quedó otra opción que abandonar Italia y pasar a Grecia con todos los efectivos disponibles. Pompeyo pensaba utilizar Grecia como plataforma para una ulterior reconquista de Italia, estrategia que no gozó de la aprobación general. Lucio Domicio, sucesor de César en el proconsulado de la Galia Transalpina, reclutó tropas en la Italia central, pero prefiriendo adherirse a la causa de Pompeyo se dirigió a Corfinio (Abruzos) con 32 cohortes, encontrándose con que César le había cercado. Domicio confiaba en que Pompeyo vendría en su ayuda, con lo que César caería entre dos fuegos, pero sus esperanzas no se cumplieron: al final se vio obligado a rendirse. Aunque temía verse castigado, sus temores tampoco se cumplieron, porque César dejó marchar sanos y salvos a todos



César. Museo Vaticano, Roma.

sus enemigos, incluyendo a los dos cónsules. César, entonces, reanudó la persecución de Pompeyo y le cortó la retirada en Brindisi; pero antes de cerrar el puerto, Pompeyo se hizo a la mar y desembarcó en Grecia. En este país se le presentaron los dos cónsules, los cuales, tras su liberación, habían pasado a Grecia.

A lo largo de estas operaciones, César no regateó esfuerzos para llegar a un arreglo negociado con sus oponentes; confiaba además en que sus éxitos harían más proclives a la negociación a sus enemigos. La primera oportunidad se le presentó cuando llegaron dos mensajeros del Senado a su presencia (posiblemente con la misión de transmitirle la orden de deponer las armas). Delante de ellos César justificó su proceder y les brindó nuevas proposiciones: «Pompeyo debe regresar a su provincia, César y Pompeyo licenciarán sus respectivos ejércitos e Italia será completamente desmovilizada; de esta manera desaparecerá el miedo y la presión sobre el Estado, se celebrarán elecciones libres y el gobierno será devuelto al Senado y al pueblo[74].» Para negociar estos puntos con Pompeyo, César sugiere un encuentro entre ambos. La respuesta resultó descorazonadora: «Es César quien debe retornar a la Galia, evacuar Ariminum, licenciar sus tropas. Sólo cuando César haya cumplido estas condiciones marchará Pompeyo a Hispania. Mientras César no se avenga a cumplir estos requisitos, Pompeyo y los cónsules no interrumpirán la leva de soldados[75].» César concluye el asunto con estas palabras: «Era injusto exigir a César que evacuase Arímino y regresase a su provincia, mientras Pompeyo se quedaba con provincias y legiones que no le pertenecían [alusión a las cedidas por César]; era injusto pedir a César que licenciase a sus soldados mientras sus enemigos proseguían el reclutamiento, que Pompeyo prometiera regresar a su provincia sin mencionar fecha fija, pues podía permanecer en Italia incluso hasta después de finalizar el proconsulado de César, sin sentir escrúpulos de conciencia por ello o miedo a ser llamado mentiroso. Su negativa a una entrevista personal y su escaso ánimo negociador frustraban cualquier esperanza de paz[76].» César intentó de nuevo la reconciliación siendo clemente con Domicio y su ejército tras la rendición de Corfinio: «Al amanecer, César ordena que sean conducidos a su presencia todos los senadores y sus hijos, los tribunos militares y los équites. [...]. César evita que los soldados los maltraten de palabra o de obra [...] y los pone en libertad sanos y salvos. Devolvió a Domicio los seis millones de sestercios que éste había traído consigo y depositado en el erario público de Corfinio [...] para no dar la impresión de que respetaba más

a las personas que al dinero, a pesar de que se trataba ostensiblemente de fondos públicos que Pompeyo le había entregado para el pago de la soldada[77].» La clemencia de César no tenía otro objeto que demostrar a sus enemigos su actitud conciliadora, y así lo subrayó César en algunas cartas dirigidas a sus agentes, que éstos se encargaron de difundir: «Me alegro de que en vuestras cartas manifestéis vuestra sincera aprobación por los sucesos de Corfinio. Sigo de muy buen grado vuestro consejo, y por mi parte seguiré con mi política de clemencia y no regatearé esfuerzos para reconciliarme con Pompeyo. En la medida de mis fuerzas, intentaré ganarme de esta forma a mis enemigos y hacer más duradera la victoria. Mis predecesores —con la única excepción de Sila, que no es precisamente mi modelo— hicieron olvidar sus victorias porque propiciaron una oleada generalizada de odio a causa de sus atrocidades. Compasión y generosidad: he aquí en pocas palabras mi nueva táctica para salir victorioso. Tengo en mis manos medios suficientes para ponerlas en práctica, y seguro que se me ocurrirán nuevas ideas. Pensad también vosotros en este asunto[78].»

César esperaba que los cónsules, tras su liberación, presionarían para que se celebrase una asamblea plenaria del Senado. De hecho prometió al cónsul Léntulo, con absoluto sigilo, el mando de una provincia si iba a Roma. Si embargo, los cónsules regresaron junto a Pompeyo. Anteriormente César había intentado parlamentar personalmente con Pompeyo para romper los vínculos existentes entre aquél y los optimates. Cuando cogió prisionero a Magio, uno de los oficiales de Pompeyo, volvió a intentar lo mismo: «Hoy ha caído en mis manos Numerio Magio, uno de los oficiales de Pompeyo, y yo, de acuerdo con mis principios, lo he puesto inmediatamente en libertad. Es el segundo oficial de Pompeyo que dejo libre después de ser apresado. Si son agradecidos, influirán en Pompeyo para que prefiera mi amistad a la de aquellos que han sido y serán siempre nuestros enemigos más acérrimos, y que en realidad son los culpables de que se haya desembocado en esta situación[79].» Pero Pompeyo empleó a Magio como un instrumento para detener a César, que persisitió hasta el final en sus intentos negociadores. Así se deduce de la carta que envía a Opio y a Balbo: «El 9 de marzo llegué a Brindisi. Sé que Pompeyo está dentro, así que he instalado mi campamento ante las murallas. El me envió a Numerio Magio para negociar la paz, y yo le he respondido según mi buen entender. En cuanto tenga fundadas esperanzas de solucionar el conflicto, os lo haré saber en seguida[80].» Este ánimo negociador

no impidió a César tomar las debidas precauciones en el terreno militar: «Pompeyo está en la ciudad y nosotros hemos sentado nuestros reales ante sus puertas. Nos espera una tarea ingente que nos ocupará muchos días por la profundidad del mar. Es por ahora mi principal preocupación. Estamos colocando diques en la bocana del puerto para obligar a Pompeyo a cruzar al otro lado con todas sus tropas, o para cerrarle la salida[81].» Al día siguiente, Pompeyo levó anclas y escapó del cerco.

Así pues, los intentos de César de instaurar la normalidad por la vía negociadora resultaron fallidos. De cualquier modo, su clemencia había surtido cierto efecto, puesto que un grupo de senadores había regresado a Roma. César abrigaba esperanzas de que los tribunos de la plebe convocarían al Senado, poniendo de nuevo en marcha la maquinaria del Estado. César esperaba comprometer en esta tarea a los senadores más influyentes, y en concreto a Cicerón, que todavía permanecía en Italia: «He estado muy poco tiempo con nuestro amigo Furnio porque tengo prisa por alcanzar a las legiones, así que no he podido hablar con él largo y tendido. De todos modos, te escribo para mostrarte mi satisfacción y darte las gracias. Es verdad que hago esto demasiado a menudo, pero más tendré que hacerlo en el futuro. Te debo muchas cosas, y te pediré una más: pronto llegaré a Roma, reúnete conmigo para que yo pueda aprovechar tus consejos, tu influencia, tu posición y tu ayuda. Pero volviendo a lo principal: perdona la premura y brevedad de esta carta. El resto lo sabrás por Furnio[82].»

Entre esta carta y la respuesta de Cicerón tuvo lugar la rendición de Corfinio y las subsiguientes pruebas de la clemencia de César. Cicerón en su contestación eludió el ruego de César de ir a Roma. Cicerón alude a su amistad con César y con Pompeyo, recalca la dificultad que supone elegir entre ambos e impulsa a César a reconciliarse con Pompeyo. Al final se refiere a los sucesos de Corfinio y agradece calurosamente a César el perdón a su amigo Léntulo, hecho que Cicerón interpreta como una especie de favor personal. César en una nueva carta analiza el agradecimiento de Cicerón y trata de atraérselo a su bando con delicadeza y firmeza al mismo tiempo: «Como me conoces bien, interpretas con acierto mis actos, puesto que nada me es más ajeno que la crueldad innecesaria. El hecho en sí me satisface hondamente, pero tu aprobación aumenta mi alegría. Me trae sin cuidado que se diga que liberé a mis prisioneros para darles oportunidad de luchar de nuevo contra mí. Lo único que me interesa es ser consecuente conmigo mismo; ellos que hagan lo que quie-

ran. Por favor, reúnete conmigo en Roma para que pueda aprovechar tus consejos y tu ayuda[83].» Este autodesvelamiento de su propia personalidad es uno de los documentos más íntimos de César, y una prueba de la capacidad de fascinación que de él irradiaba. Dos días después de que Cicerón recibiera la carta, César se reúne con él, le reitera su ruego, y ambos clarifican definitivamente sus posiciones. He aquí el relato de Cicerón[84]: «Mis palabras despertaron en él más respeto que agradecimiento. Yo me negué en redondo a ir a Roma. ¡Qué engañado estaba al considerarle conciliador!

—Con ello —adujo él— te sentencias a ti mismo, puesto que yo debo ir para que no quepan dudas a nadie.

»Yo le respondía:

—Mi situación es diferente.

»Tras muchos dimes y diretes, César me aconsejó:

—Bien, ve entonces a Roma y habla en pro de la paz.

—¿Como yo quiera?

—¿Crees acaso que te hago hablar al dictado?

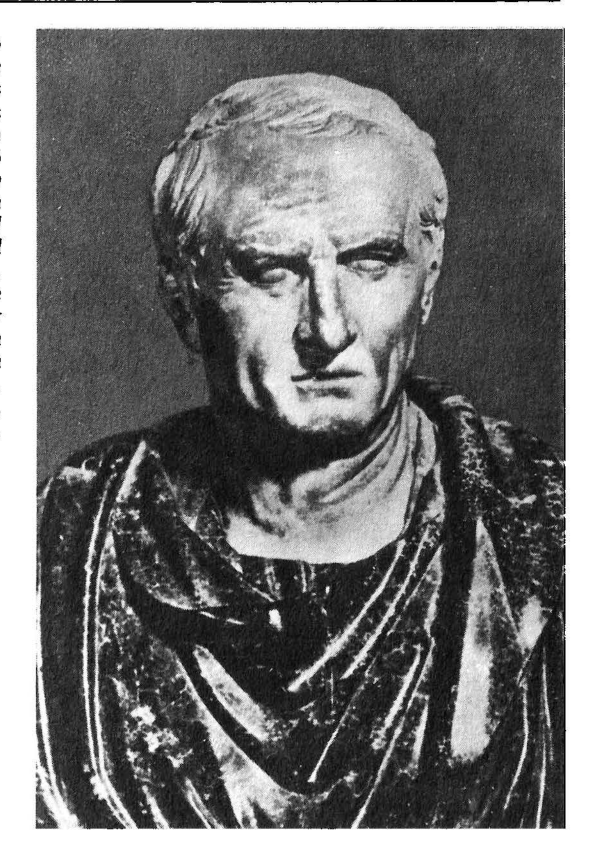
—Entonces me opondré a cualquier campaña tuya en Hispania o en Grecia [Cicerón, pues, se manifiesta contrario a la prosecución de la guerra] y compadeceré el destino de Pompeyo.

—No quiero que digas nada semejante.

—Así lo supongo, pero no me queda otra alternativa: o voy para hablar con entera libertad o, en caso contrario, no iré.»

César le rogó entonces que meditase serenamente el asunto, frase que es una mera fórmula de cortesía con la que da por terminada la entrevista. Cicerón concluye con estas palabras: «Creo que César no está contento conmigo, pero yo sí, y esto no me sucedía desde hacía tiempo.»

Este encuentro dramático de dos de los hombres más influyentes e importantes de su tiempo rubrica la independencia de ambos interlocutores, pero supone un claro síntoma de que la República está a punto de finalizar y de que cuando César conquiste el poder sólo se hará su voluntad. A César le afectó sobremanera esta negativa de Cicerón a su solicitud, que él consideraba —al igual que los ataques— una especie de enfrentamiento personal. Así se deja entrever en la última carta a Cicerón, escrita tras la asamblea del Senado. En ella sustituye los ruegos por una argumentación muy elaborada que evidencia su talento político: César reconoce la inutilidad de sus esfuerzos y saca las conclusiones pertinentes, pero a pesar de todo intenta convencer a ese enemigo, a quien no pudo doblegar, de que permanezca neutral: «Sé que eres meditabundo y reflexivo, que no haces



Busto de Marco Tulio Cicerón. Pese a la amistad y las buenas relaciones que mantenía con César, se enfrentó a sus planes y defendió la legalidad republicana y el papel del Senado, actitud que le supuso quedar relegado en la vida política hasta la muerte de César. Galería Uffizi, Florencia.

nada a la ligera, pero por nuestra amistad me veo obligado a darte un buen consejo: no des, ahora que ya se ha inclinado el fiel de la balanza, ese paso que no te atreviste a dar cuando todavía estaba en equilibrio. Mal aconsejado y olvidando nuestra amistad parece como si te negaras a admitir el destino —ahora que mis enemigos sufren la derrota y yo comienzo a vislumbrar la victoria final—; como si rehusaras ver el actual estado de cosas —que no han cambiado desde que tú manifestaste tu oposición a mis propósitos— y condenases *a priori* cuanto yo hago. No te comportes así, ¡te lo pido por nuestra amistad! Y de cualquier modo: ¿qué puede agradarle más a un hombre íntegro, a un ciudadano honrado y sereno que permannecer neutral en una guerra civil? Hubo algunos que quisieron tomar partido por uno de los contendientes, pero no se atrevieron porque era muy peligro-

so. Repasa cuidadosamente mi actuación y déjate llevar por los criterios sensatos de la amistad: nada más seguro ni más conveniente que la completa neutralidad[85].» Tampoco esta carta surtió efecto, y Cicerón terminó por marchar, profundamente apenado, al campamento de Pompeyo.

Entretanto el 1 de abril se había celebrado en Roma una asamblea restringida del Senado que sirvió de poco. Pompeyo había afirmado previamente que Roma estaba donde estaban los cónsules, y que en consecuencia quedarse en la ciudad equivalía a sumarse al bando de César[86]. Esta argumentación amedrentó a los senadores que aún permanecían en Italia, disminuyendo la asistencia prevista. A lo largo de la reunión César pronunció un discurso insistiendo en que con él se había cometido una injusticia y recalcó sus esfuerzos por llegar a un acuerdo. Afirmó que «había que enviar emisarios a Pompeyo para tratar de solucionar el conflicto». Continuó diciendo que «a él le traía sin cuidado la afirmación de Pompeyo [...] de que el hecho de enviar legados a alguien implica atribuirle influencia decisiva o autoridad y demuestra por otra parte miedo de quienes los envían. Y de la misma forma que había demostrado su primacía con hechos concretos, también quería ser superior en justicia y equidad[87]». El Senado votó favorablemente la propuesta de mandar una delegación a Pompeyo, pero las amenazas de este último resultaron eficaces, porque no hubo nadie dispuesto a integrarse en ella. Por si fuera poco, el tribuno Metelo boicoteó cualquier intento de negociación oficial, llegando incluso a negarse a abrir el tesoro público. Ante esto, César parece que le obligó a hacerlo con estas conminatorias palabras: «A la hora de empuñar las armas, las leyes hay que dejarlas a un lado. Si no estás de acuerdo con mi proceder, ¡vete!, porque la guerra no tolera oposición alguna. Vuelve cuando se haya concertado la paz y yo haya depuesto las armas, y entonces podrás pronunciar discursos al pueblo. En este momento estoy olvidando demasiado mi dignidad, ya que te tengo en mis manos igual que a todos mis enemigos en Roma[88].» Como Metelo seguía en sus trece, César le amenazó de muerte y añadió: «Sabes de sobra que me cuesta más trabajo decirlo que hacerlo.» Al final César abrió por la fuerza el erario público y se llevó gran cantidad de oro y plata.

Esta serie de maniobras dilatorias enfurecieron a César, quien comprendió que ya no tenía otra opción que poner en práctica las medidas previamente anunciadas en el Senado: «César exhortó a los senadores a tomar en sus manos la dirección del Estado, y a gobernarlo junto con él. En caso de que por miedo

se negasen a asumir dicha tarea, él la tomaría sobre sus espaldas y gobernaría personalmente —*per se*— el Estado[89].» Aquí César expone de manera tajante e inequívoca las razones por las que exige el poder: César se cree en posesión de la legitimidad, de una legitimidad que le confiere el destino de reorganizar el mundo; pero cuando sus enemigos le ponen trabas para llevar a cabo ese destino dentro de la legalidad vigente, César emprende el camino de la revolución. César era muy consciente de los peligros que eso entrañaba, pero a pesar de todo lo recorrió con plena conciencia hasta el momento mismo de su amarga muerte.

Tras los combates iniciales, la situación se inclinó del lado de César y conquistó Italia. Se le presentaron entonces dos opciones: atacar Hispania (provincia en la que los lugartenientes de Pompeyo, Afranio y Petronio, habían puesto en pie de guerra un ejército bien pertrechado) o dirigirse al frente oriental, a los Balcanes, en donde se habían hecho fuertes Pompeyo y los senadores. En cualquier caso, como primera medida tenía que reclutar soldados suficientes, y esto requería tiempo. Optó por dirigirse a Hispania. «Voy a combatir ahora contra un ejército sin caudillo; a mi regreso lo haré contra un caudillo sin ejército», afirmó ante un reducido grupo de leales[90]. Dejó dos legiones en Iliria para garantizar la seguridad en el frente oriental, y encargó además a Dolabela y a Quinto Hortensio la misión de reunir una flota de barcos de guerra para defender las costas de Italia durante su ausencia, flota que posteriormente serviría para transportar las tropas a los Balcanes. En el mar, la supremacía correspondía a Pompeyo. Italia, por otro lado, era deficitaria en cuanto a víveres y dependía del avituallamiento de trigo que venía por mar, sobre todo Roma. César, consciente de todo esto, ocupó militarmente, ya antes de la asamblea del Senado, Sicilia, Cerdeña y Córcega. Pero Africa era una zona mucho más importante por su producción de trigo, así que delegó en Curio la tarea de utilizar Sicilia como trampolín para conquistar también el norte de Africa.

Durante su ausencia, César confió la administración civil de Italia al pretor Marco Lépido, y a Antonio, el mando militar. Para llegar a Hispania, eligió la ruta terrestre. Al divisar Massilia (Marsella), sus habitantes le cerraron las puertas, aduciendo su neutralidad en el conflicto por ser colonia griega, pero al mismo tiempo acogieron en la ciudad a oficiales de Pompeyo y se pusieron a sus órdenes. César entonces le puso sitio y dejó a Trebonio encargado de someter la ciudad, mientras él seguía rumbo a Hispania. Entretanto, la vanguardia de César al mando de Fabio ha-



Una escena de la guerra civil: los partidarios de Pompeyo se hacen fuertes en Lérida, ante el ataque de César. Miniatura de Histoire des Romains, *manuscrito del siglo XIV. Biblioteca Nacional, París.*

bía cruzado los Pirineos y se había encontrado en Ilerda (Lérida) con tropas pompeyanas al mando de Petronio y Afranio. Fabio esperaba la llegada del grueso de las legiones al mando de César, por lo que no trabó combate abierto, sino que inició una guerra de posiciones. Ya estaba todo el ejército en Hispania cuando a César le sobrevino una catástrofe aparentemente definitiva: una crecida del río arrancó de cuajo el puente por el que pasaban las provisiones del ejército y éste se encontró en una difícil situación. Al conocerse estos sucesos en Roma, hubo manifestaciones de simpatía por Afranio y la gente se congregó ante su casa; incluso algunos aristócratas se apresuraron a correr al lado de Pompeyo y mostrarle su fidelidad antes de su victoria. Sin embargo, César superó la situación construyendo un nuevo puente. Por otra parte, su almirante Décimo Bruto obtuvo una victoria naval frente a Massilia, logrando sojuzgar importantes territorios situados al norte del Ebro. Estos éxitos militares de César indujeron a Petronio y Afranio a retirarse más hacia el sur, buscando zonas probadamente fieles a Pompeyo. Cuando César se dio cuenta comenzó a hostigarles y finalmente les empujó a un paraje desértico en el que tuvieron que rendirse por falta de agua. César había obtenido una resonante victoria sin derramar una sola gota de sangre. Para ello tuvo que frenar las ansias de sus

soldados que le urgían a combatir al enemigo. César se negó aduciendo que «sentía pena por el gran número de ciudadanos que morirían en el combate»[91]. Esta frase de César demuestra que, durante la lucha por el poder, había asumido el papel de vencedor y, en cuanto tal, responsable de todos los ciudadanos romanos, ya fueran partidarios suyos o sus enemigos. El botín producto de la capitulación de Petronio y Afranio fue muy exiguo. Hay que resaltar también que ni uno solo de los soldados pompeyanos fue obligado a alistarse en el ejército de César.

A partir de ese momento, la conquista del resto de España fue un juego de niños, y gran parte del territorio se sometió por su propia voluntad. Todos los que habían apoyado a César en la contienda recibieron recompensas sustanciosas. Cádiz, la patria de Balbo, mereció grandes elogios por haber franqueado sus puertas voluntariamente y poco después obtuvo el derecho de ciudadanía para sus habitantes. Finalizada la campaña militar, César regresó a Italia, otra vez por tierra porque sabía que Massilia, debilitada por el hambre y las epidemias tras el largo asedio, quería rendírsele. En octubre llegó al pie de las murallas y aceptó la capitulación, pero puso unas condiciones tan onerosas que la ciudad tuvo que resignarse a perder una parte muy considerable de su potencial económico y militar.

César permanecía aún en Massilia cuando se enteró de que los soldados de la IX legión, que constituía la vanguardia de su ejército, se habían amotinado a su paso por Piacenza, exigiendo poder saquear Italia. El motivo no era otro que el escaso botín fruto de la expedición a Hispania: en efecto, César no les había permitido saquear a su antojo la provincia por ser territorio del Imperio, libertad que sí les había concedido durante la campaña de las Galias, país enemigo que no formaba parte del Imperio. A esto había que añadir la incertidumbre del futuro: las tropas llevaban combatiendo ininterrumpidamente desde el año —58, habían participado en todas las empresas de envergadura emprendidas por César, y aún no sabían qué nuevas penalidades y luchas les deparaba el futuro. César se personó inmediatamente ante los soldados de la IX legión y recordando los sucesos similares acaecidos diez años atrás en Besançon afirmó que de acuerdo con la ley marcial «ejecutaría a un soldado de cada diez y licenciaría al resto; les daba plena libertad para cumplir su amenaza de pasarse al bando de Pompeyo, porque éste se sentiría muy feliz de acoger entre sus filas a soldados con semejante sentido de la disciplina». La arenga de César surtió efecto, y los legionarios le aclamaron y le rogaron que les permitiese seguir com-

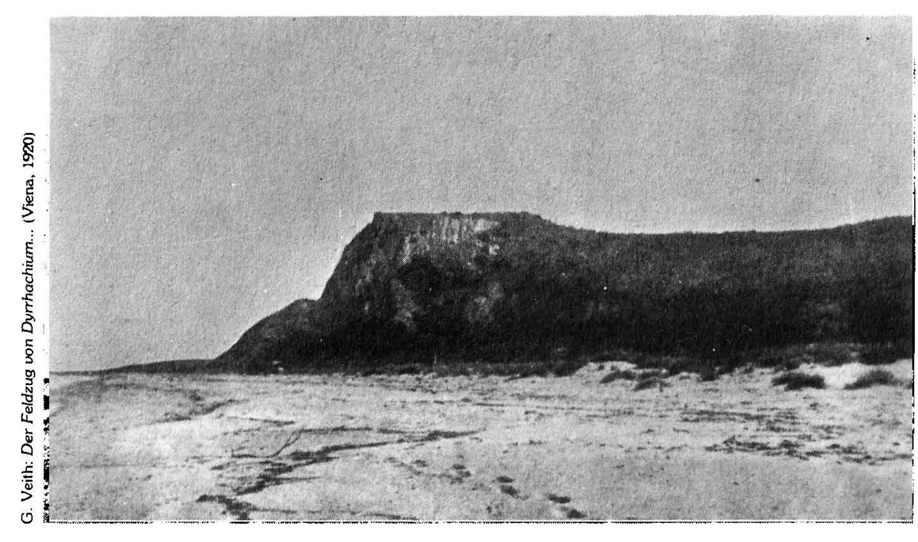
batiendo a sus órdenes. César les puso una condición: tenían que denunciar a los ciento veinte miembros más significados de la conspiración, de los que doce, elegidos por azar, serían ejecutados. Cuando César se enteró de que uno de los que iban a ser condenados había sido denunciado injustamente por su centurión para salvar su propio cuello, ordenó que fuese ejecutado el denunciante y no el denunciado[92]. Por aquella época el pretor Lépido nombró a César dictador, medida infrecuente pero ajustada a derecho. Este nombramiento cambió por completo la situación jurídico-legal, ya que en su calidad de dictador, César estaba facultado para convocar elecciones, y así lo hizo, resultando elegidos cónsules para el año entrante él mismo y Publio Servilio Isáurico (—48). César empleó además el poder que le confería la dictadura para relanzar la economía, que por entonces atravesaba un bache y amenazaba con estancarse. En efecto, las circunstancias de inseguridad reinantes entonces empujaban a las gentes a acaparar dinero, con lo que se había reducido considerablemente la circulación monetaria, hecho que a su vez había provocado un abaratamiento de los precios del suelo. Pero a su vez las deudas se pagaban generalmente en bienes raíces, lo que contribuía a restringir aún más el dinero circulante, cerrando así el círculo vicioso. No es extraño que se oyeran voces reclamando la completa amortización de las deudas como remedio para solucionar la situación. Esta medida implicaba reanudar la revolución económica emprendida anteriormente por Catilina, y César la desestimó. Se promulgaron nuevas leyes que determinaban que en la amortización de deudas por medio de bienes raíces, éstos se valorarían de acuerdo con los precios existentes antes de la guerra, y se fijaban los intereses a satisfacer por el deudor, así como la cuantía máxima permitida, para los depósitos en metálico. Otra disposición permitió el regreso de los desterrados, en su mayor parte partidarios de César, y afectaba a los descendientes de los ciudadanos proscritos por Sila, los cuales podían volver a presentarse a cualquier magistratura. Se les concedió el derecho de ciudadanía a los transpadanos y gaditanos. Una ley propiciada por el tribuno Rubrio completó las disposiciones dictadas por César: en ella se homogeneizaba la normativa jurídico-legal de las comunidades de ambos lados del Po, un nuevo paso en la reorganización y unificación de Italia. Esta serie de hechos desmentía el temor de que César, tras la victoria, siguiese las huellas teñidas de sangre de un Mario o un Sila. No hubo derramamiento de sangre ni nuevas disposiciones legales que transformaran desde arriba el estado de la propiedad.

El año —49 fue para César pródigo en éxitos, pero también sufrió algunos reveses, el peor de ellos la muerte de Curio en Africa. Curio, partiendo de Sicilia, había desembarcado en el norte de Africa; pero Juba, rey de los númidas (beréberes), había elegido el partido del Senado, le hizo frente y le aniquiló junto con su ejército poco después de la victoria de César en Ilerda. Africa, perdida para la causa de César, sería durante largos años un baluarte de los optimates. Las legiones destacadas en Iliria también fueron derrotadas; de las fuerzas navales de César, débiles de por sí, se perdieron cuarenta barcos. En el año —49 el balance de la contienda era el siguiente: César contaba con Italia, la Galia, Hispania, Sicilia, Córcega y Cerdeña, mientras Pompeyo dominaba el resto del Imperio y los territorios aliados de Oriente. Las Galias continuaban siendo la principal base de reclutamiento para César, revelándose así la trascendencia de su anterior conquista, ya que gracias a ella la zona indogermana-europea del Imperio había crecido poderosamente, equilibrando así las conquistas orientales de su rival Pompeyo. César, pues, se apoyaba en la mitad occidental del Imperio, y Pompeyo en la oriental. Así lo entendía el mismo César, tal como lo demuestra al describir el ejército de su antagonista, un poco antes de narrar el desarrollo de la batalla decisiva: «Pompeyo había puesto en pie de guerra nueve legiones integradas por ciudadanos romanos: cinco de Italia, una legión de veteranos procedente de Sicilia [...], otra de Creta y Macedonia, y dos que el cónsul Léntulo se había preocupado de alistar en Asia. Había completado estas legiones con un gran número de soldados de Tesalia, Beocia, Acacia y Epiro [...]. Además de estas nueve legiones, esperaba otras dos que venían desde Siria al mando de Escipión. Contaba con tres mil arqueros de Creta, Esparta, Ponto y Siria y demás Estados orientales; dos cohortes de honderos de seiscientos hombres cada una, y siete mil jinetes, de los cuales Deyotaro había reclutado seiscientos en la Galia y Ariobarzanes quinientos en Capadocia; un contingente muy aproximado había enviado Cotis de Tracia al mando de su hijo Sádala; doscientos procedían de Macedonia mandados por Rascipolis, hombre de probado valor; otros quinientos procedían de Alejandría. Estos constituían la guardia personal que Gabinio había proporcionado al rey Tolomeo, y que el hijo de Pompeyo había transportado en la flota; ochocientos había alistado el propio Pompeyo reclutándolos de entre sus esclavos y pastores; Tarcondario Cástor y Domnilao habían aprestado trescientos en Galacia [...], Antíoco de Comagene, al que Pompeyo recompensó con largueza, doscientos en Siria, la mayoría de

ellos arqueros a caballo. A éstos hay que añadir otros pertenecientes al pueblo de los dárdanos, besos [...], macedonios, tesalios y de otros Estados hasta completar el número antedicho[93].»

Al leer estas líneas no podemos rehuir la impresión de que el ejército de Pompeyo se nutría sobre todo de orientales: la lista de los aliados de Oriente y de las naciones federadas es cinco veces más extensa que la dedicada a describir las legiones propiamente romanas, y la acumulación de nombres no romanos fortalece esta impresión. No obstante, si analizamos a fondo las tropas de Pompeyo, la cifra de ciudadanos romanos (cuarenta mil) casi cuadruplica la de los aliados y confederados de los límites orientales del Imperio (poco más de once mil). César pretende con ello demostrar que la base de Pompeyo se encuentra en los territorios no europeos del Imperio. César establecía una diferencia clara en esa subdivisión del Imperio en Oriente y Occidente, y así lo demuestra su política demográfica, de la que hablaremos más adelante. Pero no era César el único que opinaba así del ejército pompeyano. Cicerón también se queja amargamente de las estrechas relaciones que Pompeyo mantiene con los pueblos aliados o subordinados a Roma y critica que «hordas de getas, armenios y cólquidas» sean empujadas contra Roma[94].

César comenzó también esta campaña contra Pompeyo a principios de invierno: el 4 de enero del —48 (en realidad, 26 de octubre del —49) zarpó de Brindisi con el grueso de sus efectivos y desembarcó en Epiro (Albania), aprovechando así el factor sorpresa. En efecto, la flota pompeyana al mando de Bíbulo dominaba el mar, pero en esa estación del año nadie contaba con que César emprendería las operaciones; gracias a eso César cruzó el Adriático sin ser molestado y logró apoderarse de varios enclaves costeros. El favorable desarrollo de los acontecimientos indujo de nuevo a César a tenderle la mano a su rival para entablar negociaciones. Para ello se sirvió como mediador de un prisionero de Pompeyo llamado Vibulio Rufo: «Las condiciones de paz [...] debían dictarlas en Roma el Senado y el pueblo romano. Entretanto sería muy beneficioso, tanto para el Estado como para los contendientes, que cada uno de los dos bandos se comprometiese mediante juramento público a desmovilizar sus tropas en un plazo máximo de tres días. Una vez depuestas las armas y devueltas a sus lugares de procedencia las tropas auxiliares, los dos bandos contendientes no tendrían otro remedio que someterse a la decisión del Senado y del pueblo[95].» La oferta de César era una manifestación de buena voluntad, aunque no debe olvidarse que, en razón de su cargo de cónsul, César disfrutaba



G. Veith: *Der Feldzug von Dyrrhachium*... (Viena, 1920)

Petra (Skam), al sur de Dyrrhachium (en la actual Albania), lugar en el que estaba ubicado uno de los principales campamentos de Pompeyo.

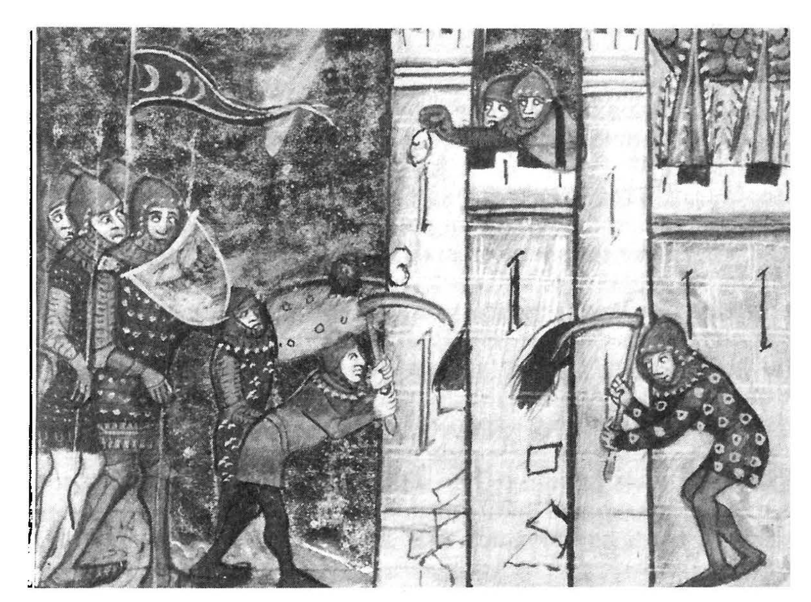
de gran influencia en el Foro. Pompeyo, que avanzaba hacia el oeste sin encontrar resistencia para ocupar antes de la llegada de la primavera la costa del Adriático, supo por Vibulio que César había desembarcado en el Epiro y apenas empezó a hablar, «Pompeyo le conminó a que callase, aduciendo que no quería deberle a César su vida ni el regreso a su patria»[96]. Pompeyo entonces salió a toda prisa al encuentro de César.

Bíbulo entretanto había logrado hundir treinta barcos de transporte de César cuando retornaban a Brindisi para recoger al resto del ejército, y, escarmentado por los hechos acaecidos, bloqueó el Adriático, dividiendo así las huestes de César. Este, a la vista de las circunstancias, no obligó a su flota a atravesar las líneas enemigas para embarcar al resto de su ejército, sino que le encargó misiones de avituallamiento desde Corfú. Cuando Bíbulo se dio cuenta de que su táctica fracasaba, recurrió a artimañas y por medio de intermediarios propuso a César un armisticio. Esto alentó las esperanzas del dictador, que en reiteradas ocasiones había ofrecido la paz a su antagonista. Pero no tardó en comprender que ni Bíbulo estaba autorizado para entablar negociaciones ni tenía el firme propósito de hacerlo, sino que simplemente había sido una añagaza para cortar los suministros de víveres y de agua. César entonces impidió el acceso a puerto de la flota de Bíbulo, y sus soldados llegaron al extremo de tener

que recoger rocío para saciar su sed. Al final, tras soportar numerosas penalidades, Bíbulo sucumbió y la flota se quedó sin comandante.

En tierra, las operaciones se centraban en torno a Dyrrhachium (Durazzo), una de las plazas fuertes más importantes de la zona y principal foco de aprovisionamiento costero. El resultado final no dependió de un combate, sino de una carrera a marchas forzadas: César acudía desde el sur y Pompeyo desde el este, atravesando ambos terrenos difíciles y montañosos y Pompeyo entró primero en la meta por apretada ventaja. César entonces volvió al sur, y ambos ejércitos se mantuvieron durante semanas uno frente al otro sin entablar combate en las proximidades del río Apsus (Semeni). Pompeyo confiaba en que el bloqueo y el alejamiento de Italia desanimarían al ejército de César, y éste, por su parte, confiaba en el regreso de Italia del resto de su ejército. En su impaciencia llegó incluso a embarcarse en un navío de pequeño porte para cruzar el Adriático y regresar con sus soldados. Mientras navegaban, la mar gruesa y el fuerte oleaje atemorizaron al patrón de la embarcación, y César le animó con estas palabras: «¡Valor, amigo! ¡No tengas miedo! Llevas a bordo a César y su suerte te protege![97]» Pero los elementos pudieron más y le hicieron desistir del intento. César logró mandar un mensajero al otro lado, y al cabo de tres meses Antonio cruzó el mar con las restantes legiones. El viento llevó a los barcos más al norte de Dyrrhachium, pero Pompeyo no pudo impedir que César se reuniera con Antonio. César, con sus treinta y cuatro mil hombres, ya tenía unos efectivos casi iguales a los de Pompeyo, aunque la caballería de éste (ocho mil hombres) superaba a la del primero. Con el ejército al completo, César destacó fuerzas hacia el este para asegurarse las vías de aprovisionamiento y trató de presentar batalla a su enemigo. Pompeyo la rehuyó y César, a su vez, fracasó en su intento de conquistar Dyrrhachium, aunque pese a todo se apoderó de una franja de terreno entre las posiciones de Pompeyo y la ciudad, agravando la situación de los pompeyanos, pero no logró cortar las comunicaciones entre la ciudad y el puerto, porque Pompeyo dominaba el mar. César concibió entonces un plan muy osado y comenzó la primera guerra de posiciones de la que tenemos noticia.

Trasladando los métodos y técnicas de asedio al campo abierto, César cercó al enemigo en un espacio de cincuenta y seis kilómetros cuadrados: levantó trincheras, vallas y fosos formando un semicírculo de más de veinticinco kilómetros desde un punto de la costa y a través de las montañas, hasta desembocar en



Pompeyo resiste el asedio de César en Dyrrhachium, según una miniatura de Histoire des Romains, *manuscrito del siglo XIV. Biblioteca Nacional, París.*

otra zona costera. Construyó puestos fortificados a intervalos regulares, instaló campamentos detrás de primera línea para las tropas de reserva y circunvaló las posiciones con una calzada que permitía una comunicación rápida con cualquier punto de las líneas. Las tropas de César, además, desviaron todos los cursos de agua que fluían hacia los pompeyanos e intentaron cortarles el aprovisionamiento. El terreno era extremadamente pobre y hasta las tropas de César sufrieron escasez de víveres, pero el recuerdo de situaciones anteriores similares les ayudó a resistir, alimentándose de cuanto caía en sus manos, de forma que hasta llegaron a comer una torta hecha de raíces para sustituir al pan: «Los soldados hallaron [...] una clase de raíces llamada chara [en albanés *kelkas*, barba de Aarón] que mezclada con leche tenía todo el aspecto de pan y saciaba el hambre. Las mencionadas raíces eran muy abundantes, y cuando en las conversaciones de bando a bando los pompeyanos echaban en cara a los nuestros el hambre que pasaban, les arrojaban panes de los arriba descritos para quebrantar sus esperanzas [...]. Pero los nuestros respondían que preferían alcanzar la victoria alimentándose con cortezas de árbol antes que dejar escapar a Pompeyo[98].»

Pompeyo, a la vista del coraje y capacidad de resistencia de sus enemigos, a los que creía fieras salvajes, retiraba en seguida las tortas procurando ocultárselas a su gente para que no se desmoralizaran[99]. Por su parte los pompeyanos construyeron enfrente trincheras, con lo que se desembocó en una estrategia militar sorprendentemente muy parecida a la de la I Guerra Mundial, basada en posiciones estabilizadas, en irrupciones bruscas y contraataques con tropas de refresco. Los sitiados quisieron abrir una brecha en el cerco, pero fracasaron, lo que hizo más crítica su situación. Finalmente Pompeyo, gracias a su superioridad naval, consiguió romper las líneas de César por el extremo sur de la costa. César contraatacó, pero fue inútil y sufrió una grave derrota: «Confusión y miedo reinaban por doquier mientras los soldados se daban a la fuga, de forma que aunque César recogió los estandartes que arrojaban al huir y conminó a sus soldados a que resistieran, fue inútil, porque unos siguieron cabalgando al galope y otros abandonaron incluso las enseñas por miedo y no hubo manera de detenerles[100].» Pero Pompeyo, por su tardanza en iniciar la persecución, no logró culminar su triunfo con una victoria definitiva. César sentenció a este respecto: «Hoy los enemigos nos habrían derrotado por completo si su general hubiera sabido la táctica a seguir[101].» En consecuencia, César retocedió y evacuó sus posiciones sin grandes pérdidas posteriores. Hacia 1920 aún eran visibles las huellas de la batalla sobre el terreno.

Era la segunda derrota de César. Pero como ya sucediera tras el desastre de Gergovia, también aquí César reveló su talento como estratego, porque se rehízo con rapidez y al final convirtió su retirada en un nuevo ataque: como en el pasado había hecho con Labieno, ahora se adentró profundamente en territorio enemigo para contactar con las tropas destacadas en Tesalia. Cuando se reunió con ellas, cortó de raíz cualquier intento de oposición por parte de las ciudades griegas castigando de forma ejemplar a Gomphi por no haberle franqueado las puertas: como escarmiento permitió que los soldados entraran en ella a sangre y fuego, devástandola y saqueándola. Luego continuó penetrando en Tesalia, mientras Pompeyo le perseguía casi con el doble de efectivos. La batalla decisiva tuvo lugar en Farsalia (9 de agosto del —48) y en ella César aniquiló al ejército pompeyano. Antes de la batalla, Pompeyo había intentado posponer la lucha, convencido de que el tiempo jugaba a su favor, pero sus amigos y seguidores aristócratas, tras los sucesos de Dyrrhachium, estaban ansiosos por regresar a Roma y se habían repartido la piel del oso antes de cazarlo: ya habían distribuido cargos y honores,

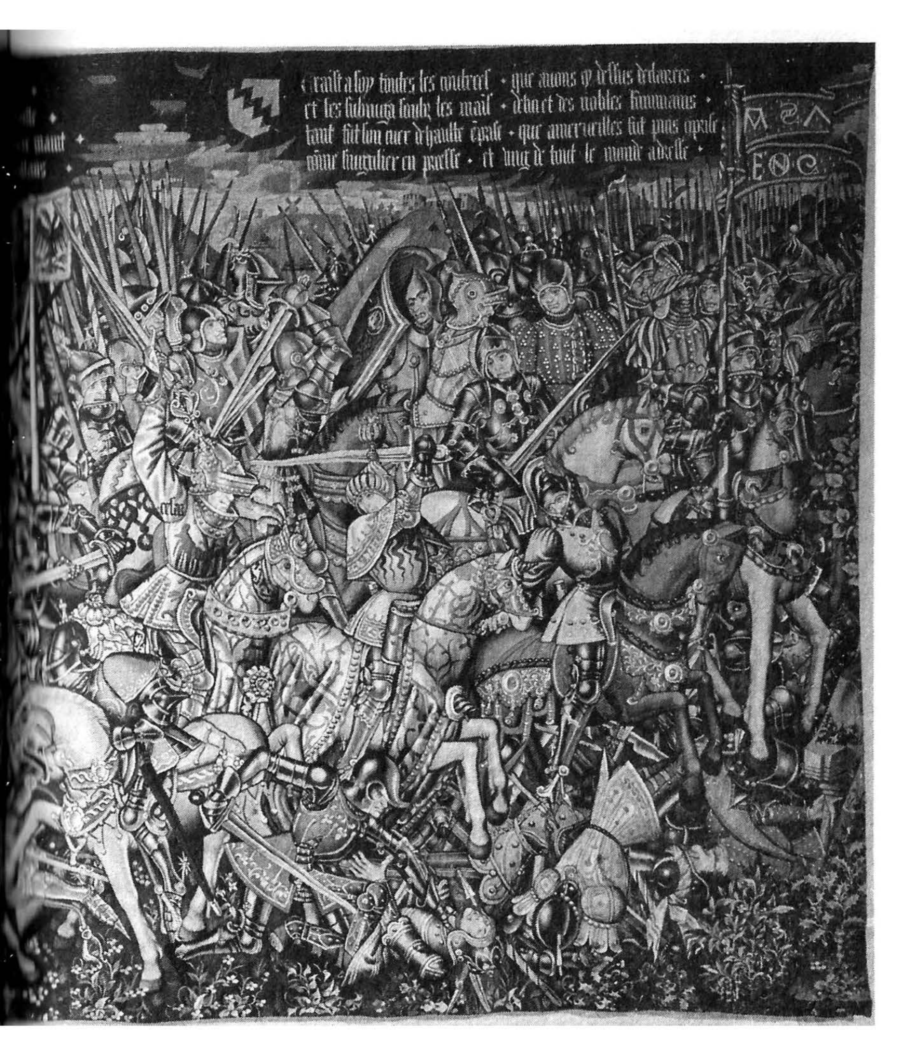
elegido los cónsules para años posteriores; pensaban con codicia en las casas y haciendas de los partidarios de César y meditaban cuidadosamente la mejor manera de sacar provecho personal de una victoria que todos creían al alcance de la mano. Fueron, pues, los optimates los que decidieron entrar en combate, en contra del parecer de Pompeyo. César estaba en la llanura de Farsalia y a punto de levantar el campamento cuando Pompeyo transigió ante sus partidarios optimates y le presentó batalla. «Ha llegado por fin ese día tantas veces deseado de luchar contra hombres, no contra el hambre ni la escasez[102].» La mejor estrategia de César y la mayor veteranía de sus soldados decidieron la suerte del combate. Pompeyo, aprovechando su superioridad numérica, quería romper el frente y después envolver al enemigo por los flancos. Pero de nuevo César mantuvo a una parte de sus tropas a la expectativa y las movilizó en el momento más oportuno. Por si fuera poco, Pompeyo había ordenado a sus soldados que esperasen el ataque sin moverse de sus posiciones, confiando en que la doble distancia que tenían que recorrer las tropas de su enemigo mermaría las fuerzas de sus hombres al entablar combate. Pero los veteranos de César hallaron el antídoto contra el cansancio, puesto que a mitad de camino se detuvieron, lanzaron sus jabalinas y se tomaron un respiro. En opinión de César, Pompeyo se había equivocado al plantear de esta forma su estrategia, y lo razonaba así: «En todos los soldados duerme una especie de entusiasmo y de ingenio innatos que se despierta con la inminencia del combate. Los generales no deben reprimir esos impulsos, sino acrecentarlos; no en vano resuenan desde siempre las trompetas de guerra y se oye por doquier un griterío ensordecedor; con estas maniobras se pretende infundir miedo al enemigo y, al mismo tiempo, acrecentar el propio entusiasmo[103].»

Antes de dar la orden de ataque, César pronunció una breve arenga en la que «puso por testigos a sus propios soldados de sus reiterados esfuerzos en pro de la paz [...] y recordó que él nunca había derramado inútilmente la sangre de sus tropas y que siempre quiso poner a ambos ejércitos al servicio del Estado»[104]. Puso como ejemplo a seguir a Cayo Cratino, que tras cumplir su tiempo de servicio se había reenganchado: «El año anterior había sido primipilo de la legión décima y era un hombre especialmente arrojado. Cuando sonó la señal de ataque, gritó: "Soldados que habéis servido a mis órdenes, ¡seguidme y luchad por vuestro general como tenéis por costumbre! Es el combate definitivo, y cuando haya finalizado él habrá recobrado su digni-



Tapiz en el que se representa simultáneamente el paso del Rubicón y la batalla decisiva de César contra Pompeyo en Farsalia. Historisches Museum, Berna.

dad y nosotros la libertad." Después miró a César y le gritó: "Mi general, hoy, viva o muera, ¡me tendrás que estar agradecido!" Tras pronunciar estas palabras, Cayo Cratino echó a correr el primero desde el ala derecha mientras unos ciento veinte soldados le seguían por propia voluntad[105].»



El factor humano unido al factor táctico decidieron el combate. Pompeyo, al ver perdida la batalla, se marchó a su tienda, se despojó de todos los distintivos de su rango y emprendió la huida. Los soldados de César invadieron el campamento enemigo, persiguieron a los pompeyanos y les obligaron a rendirse: «Murieron unos quince mil soldados de Pompeyo, y se entregaron más de veinticuatro mil [...]; ciento ochenta estandartes y nueve águilas [enseñas de otras tantas legiones] pasaron a poder de César[106].»

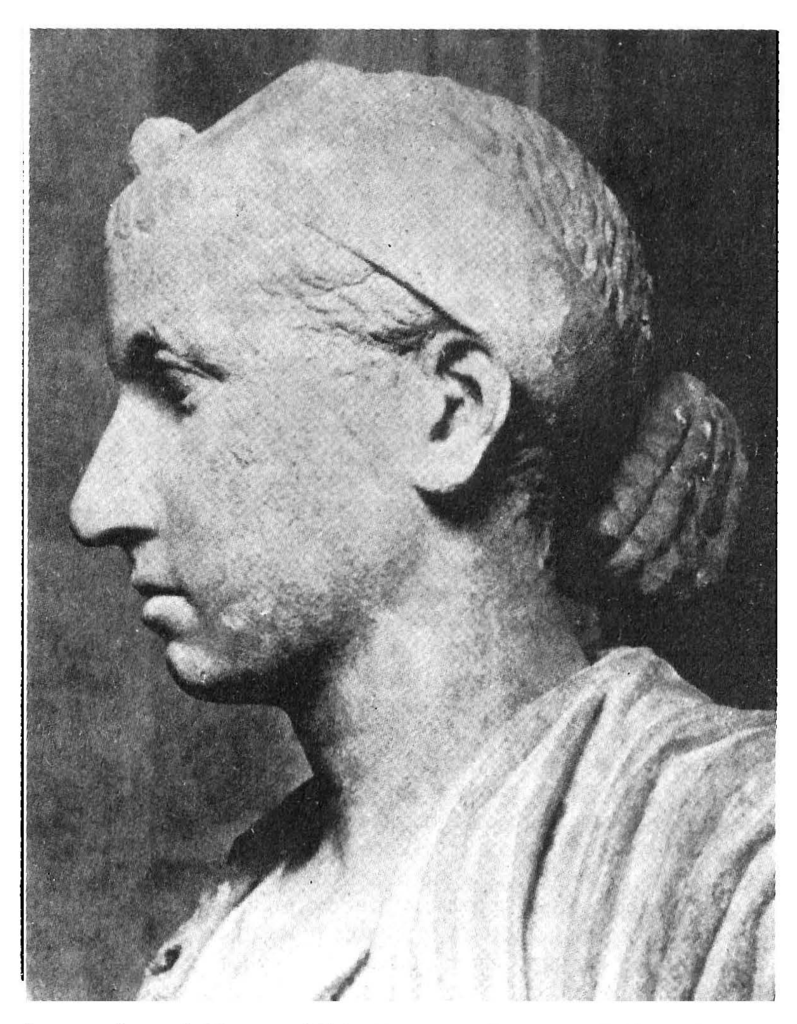
«En el combate César no tuvo más de doscientas bajas, pero perdió alrededor de treinta centuriones, todos ellos hombres muy valientes. También cayó Cratino mientras peleaba bravamente [...] de una herida de espada en pleno rostro, demostrando con hechos lo que antes de la lucha había manifestado de palabra. César pensaba que Cratino se había batido con gran arrojo y que, por tanto, se había hecho acreedor a un gran agradecimiento por su parte[107].»

En su huida, Pompeyo arribó a la costa norte del Egeo, cruzó hasta Lesbos para recoger a su esposa Cornelia y continuó rumbo hacia el sur de Asia Menor y Chipre. Desde allí marchó a Egipto en busca de asilo, y al desembarcar en Pelusio (frontera de Siria) fue asesinado ante los atónitos ojos de su esposa por un centurión romano que había combatido a sus órdenes en la campaña contra los piratas. El asesino había sido contratado por Potino, preceptor de Tolomeo XIII, que todavía era un niño.

César le había seguido de cerca. «Pensaba que tenía que perseguir a Pompeyo por encima de todo y fuera donde fuese para que no pudiera aprestar un nuevo ejército y reanudar la guerra[108].» Pero había un factor adicional: César sentía un vivo interés por atraer a Pompeyo a su causa y reconciliarse con él. Después del fracaso de todos los intentos anteriores, un gobierno de ambos, en el que Pompeyo de todos modos habría sido una mera figura decorativa, era la única posibilidad para retornar al camino de la legalidad. Los propósitos de César no andaban muy descaminados, si tenemos en cuenta el miedo que Pompeyo había manifestado ante Vibulio a un futuro semejante[109]. Sólo teniendo en cuenta estos hechos puede juzgarse con precisión qué golpe debió de suponer para César la muerte de Pompeyo. Al arribar a Alejandría le llevaron la cercenada cabeza de Pompeyo y su anillo, en el que estaba grabado un león con una espada en sus garras. César, horrorizado, apartó su mirada de la cabeza y fijó sus ojos llenos de lágrimas en el anillo: uno de los mejores romanos había sido alevosamente asesinado por un traidor comprado por un bárbaro, había perdido al marido de su querida hija, al compañero de tantos años de lucha, y además se había desvanecido la última esperanza de desembarazarse del *odium* del revolucionario y entroncar su mandato con las formas tradicionales de la legalidad, defendidas por Pompeyo. César envió a Roma el anillo como prueba de la desaparición de Pompeyo e hizo enterrar su cabeza en el templo de Némesis, la diosa de la venganza, construido expresamente para ese fin.

Durante el periplo emprendido en persecución de su anta-

gonista a lo largo del Egeo, César atravesó el Helesponto (Dardanelos). Durante la travesía se encontró con diez barcos de la flota pompeyana al mando de Lucio Casio. A pesar de su abrumadora superioridad, César se dirigió al buque insignia y conminó a Lucio para que se rindiera, cosa que Casio hizo inmediatamente. ¿Se debió dicha actuación a la superioridad de la personalidad de César (comparable al «¡Bon soir, Messieurs!» de Federico en Lissa), o aprovechó simplemente Casio la ocasión para arrojarse en brazos del vencedor? Los documentos del tiempo[110] afirman que estuvo motivada por el miedo a César. Al llegar a Asia Menor, César visitó la zona de Troya, patria de sus antepasados. Aún tuvo tiempo de reorganizar la provincia de Asia y recaudar los impuestos. Dos legiones se le habían unido y con esta modesta fuerza militar (tres mil doscientos hombres y diez barcos de guerra) desembarcó en Alejandría, y aprovechó la ocasión para saldar un antigua deuda desde los días de Tolomeo XIII con la que esperaba pagar a sus soldados. Además, tras el asesinato de Pompeyo, César intuía que Egipto quería ponerse de su lado. Con estos pensamientos, entró en Alejandría precedido por sus lictores, es decir, no como un general, sino como un magistrado romano, como cónsul, hecho que suscitó una gran indignación entre el pueblo de la ciudad. El enojo se acrecentó hasta alcanzar cotas increíbles cuando César pretendió mediar en la disputa que Tolomeo XIII y Cleopatra, su hermana, mantenían por el trono de Egipto. Tolomeo Auletes había dejado su reino a estos hijos mayores, casados entre sí de acuerdo con las costumbres egipcias, para que lo gobernaran conjuntamente. Pero Tolomeo, que tenía trece años, no era más que un instrumento del eunuco Potino y había expulsado del reino y del trono a su hermana mayor. Esta se había retirado con un puñado de tropas a la frontera siria. Cleopatra ya había mantenido anteriormente correspondencia con César; cuando éste se personó en Alejandría se hizo introducir clandestinamente en el palacio envuelta en una alfombra, y ganó a César para su causa. Al día siguiente, durante la recepción, Tolomeo se encontró frente a frente con su odiada hermana. Entonces invocó la ayuda del pueblo y se produjeron desórdenes públicos. César mandó leer el testamento de Auletes para dejar zanjada la disputa entre ambos hermanos: en él se decía que Tolomeo XIII y Cleopatra gobernarían juntos Egipto, mientras que a Tolomeo XIV y a Arsínoe, los hermanos menores, se les legaba el reino de Chipre, mera fórmula de cortesía para con el nacionalismo egipcio, ya que la isla hacía diez años que no pertenecía a Egipto. De acuerdo con el testamento, Cleo-



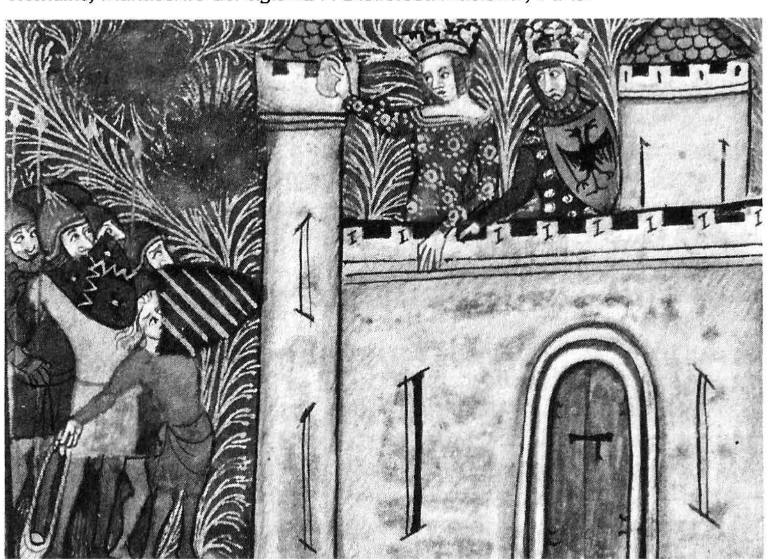
Supuesto busto de Cleopatra VII (—60 a —30), última reina de Egipto de la dinastía lágida. Supo poner a César de su parte en la disputa dinástica que existía por el trono de su país. Museo Vaticano, Roma.

patra, por ser la primogénita, la más inteligente, y que por si fuera poco estaba respaldada por Roma, debía llevar de hecho las riendas del poder. Potino se opuso a cumplir estas disposiciones testamentarias e intentó adelantar la marcha de César aduciendo que otros pueblos lo requerían, pero César le dio esta conci-

sa y fría respuesta: «Los egipcios son los últimos de los que yo escucharía un consejo[111].» Potino ordenó entonces al ejército egipcio, acaudillado por Achillas, que acudiera a la ciudad, y con ayuda de sus habitantes hizo retroceder a César hasta el sector de Alejandría cercano al palacio, y lo cercó. César se vio inmerso en una nueva táctica militar: la lucha por las calles y las casas. Los romanos se defendían con denuedo, pero los refuerzos sólo podían proceder del exterior, para lo que era vital mantener libre el camino del mar. Por este motivo, al iniciarse las hostilidades, César incendió todos los barcos egipcios fondeados en el puerto y en los astilleros. El fuego se propagó también a la famosa biblioteca de Alejandría, que albergaba en su seno un inapreciable tesoro literario que quedó reducido a cenizas. Por la misma razón César ocupó el faro de Alejandría, situado en la isla de Faros, que por su ubicación dominaba la entrada del puerto. El faro, una torre de cuatro pisos de altura, proyectaba una luz visible desde muy lejos y estaba considerado como una de las siete maravillas del mundo.

César tenía fuertemente custodiados en el palacio a Tolomeo y a Potino para utilizarlos como rehenes. Pero Potino, que seguía manteniendo enlaces con Achillas, intentó varias veces en-

César y Cleopatra sitiados en Alejandría, según una miniatura de Histoire des Romains, *manuscrito del siglo XIV. Biblioteca Nacional, París.*



venenar a César durante las fiestas que Cleopatra daba en su honor. César, cansado, hizo ejecutar a Potino por traidor, hecho que levantó una oleada de indignación y de protestas entre los alejandrinos. La huida del palacio de Arsínoe y de su chambelán, el eunuco Ganimedes, provocó nuevos alborotos. Al mismo tiempo comenzaron las disensiones internas y las intrigas: Ganimedes destituyó a Achillas y asumió personalmente el mando del ejército.

Apenas llegaron por mar unos refuerzos, César se dispuso a ocupar desde el faro el resto de la isla, incluyendo el pueblo de Faros y el Heptastadion o malecón que unía la isla a tierra firme. En un principio las cosas le fueron bien, pero en determinado momento César se quedó aislado en el malecón con algunos de sus soldados, y tuvo que lanzarse al agua para alcanzar a nado un barco y salvar su vida. Dejó flotando en el agua su capa roja de general para distraer la atención de los arqueros enemigos, y al día siguiente los alejandrinos la esgrimían como símbolo de triunfo en el malecón. Tampoco tuvo éxito la propuesta de César de entregar a Tolomeo, cosa que hizo, como paso previo para firmar la paz, aunque con esta medida redujo considerablemente la influencia de Arsínoe y Ganimedes.

Los refuerzos llegaron desde el exterior: Mitrídates de Pérgamo, aliado de Roma, se acercaba por tierra respondiendo a los requerimientos de César para que le ayudase a levantar el bloqueo. En su ejército formaba un destacamento judío al mando de Antípatro, padre de Herodes el Grande, cuya influencia granjeó a César las simpatías de la numerosa colonia judía en Egipto. Las tropas de socorro, tras conquistar Pelusio, soslayaron el delta del Nilo y se dirigieron a Alejandría. Tolomeo, aconsejado por sus oficiales más veteranos, embarcó su ejército y bajó por el Nilo para salir al encuentro de sus enemigos. César, por su parte, zarpó de Alejandría y después de desembarcar en la zona oeste de la ciudad se reunió con Mitrídates. La batalla decisiva tuvo lugar junto al Nilo, al sur de Alejandría. En sus inicios los romanos sufrieron graves pérdidas, pero al final acabaron imponiéndose a los egipcios. Tolomeo se ahogó en el río cuando huía, y su campamento fue tomado por asalto. A continuación César se dirigió a Alejandría, que capituló el 27 de marzo del —47. César organizó de nuevo el país: entregó la corona a Cleopatra y a su hermano Tolomeo XIV, y desterró a Roma a Arsínoe; dejó tres legiones en Egipto para proteger sus dominios y garantizar la actuación de los reyes; puso al frente del ejército romano al hijo de un liberto porque le parecía demasiado peligroso dejar en manos

de un miembro de la aristocracia el poder real de una tierra considerada el granero de Roma; además, su relación con Cleopatra le permitía gobernar de facto el país.

En esta época se desarrolló ese periplo tan famoso a bordo del fastuoso barco *Thalameges* que la reina emprendió río arriba para enseñar a César las maravillas del legendario y mítico país. Además la estancia de César en Egipto contribuyó a planificar y preparar futuras empresas, que de otro modo no habrían podido llevarse a la práctica.

César permaneció en Egipto nueve meses, a veces sin ningún lazo de comunicación con el exterior. Esta incomunicación provocó dificultades adicionales y cierto desorden en el ámbito militar y administrativo. Antes de dirigirse hacia Farsalia, Pompeyo había dejado destacamentos de soldados en las costas del Adriático. Posteriormente Catón los había embarcado y arribó a Trípoli, con la idea de conquistar el territorio para Pompeyo. Al enterarse del asesinato de su general, atravesó el desierto africano y entró en la provincia romana, que desde la derrota de Curios estaba en las manos de los aristócratas y en la que, si era necesario, los optimates contaban con el apoyo de Juba, rey de los númidas. Desde esta plataforma africana, el partido senatorial podía ayudar a los partidarios de Pompeyo en Hispania, provincia en la que los desaciertos y mala gestión de los gobernantes adictos a César habían proporcionado nuevo impulso a los pompeyanos. Escipión, suegro de Pompeyo, pasó también a Africa y asumió el mando de las legiones allí estacionadas.

En el Este la situación era también peligrosa. Farnaces, hijo y sucesor de Mitrídates, creyó ver en la guerra civil romana y las posteriores dificultades de César en Egipto el momento propicio para restaurar el reino de su padre. En consecuencia, desde Crimea y circundando el Mar Negro, llegó a Asia Menor, devastando y saqueando cuanto encontraba a su paso; derrotó a Calvino, lugarteniente de César, y a su aliado Deyotaro (príncipe de los galacios) en Nicópolis, conquistó el Ponto y Bitinia e invadió la provincia romana de Asia. En cuanto hubo solucionado los asuntos egipcios, César, pese a que percibía síntomas muy preocupantes en la misma Italia, prefirió pacificar primero Oriente. En junio (abril) del —47 se hizo a la mar desde Alejandría al mando de una legión exhausta. Casi sin necesidad de desembarcar solucionó el problema en Judea, favoreciendo a Antípatro y a su familia (que reconstruyeron las murallas de Jerusalén, demolidas por orden de Pompeyo), y en Siria, donde permaneció un corto espacio de tiempo en Antioquía, ciudad a la que dio fondos para

que erigieran estatuas y levantaran edificios. El 9 de julio (26 de abril) desembarcó en Tarso (Cilicia) y penetró hacia el norte. En Galacia se le sometió Deyotaro, que durante la guerra civil había combatido en el bando de Pompeyo; César le exigió soldados para engrosar sus efectivos, y Deyotaro se los dio. Farnaces, por su parte, propuso a César entablar negociaciones de paz, pero el segundo aprovechó ese lapso de tiempo para concentrar todas sus fuerzas en la frontera del Ponto, concretamente en Zela, lugar en el que Farnaces había instalado un campamento bien fortificado y guarnecido, situado en la cima de una montaña sobre la que ondeaba el símbolo de la victoria de su padre. César, con artimañas, forzó al enemigo a atacar, y después de cuatro horas de lucha derrotó a Farnaces (2 de agosto = 20 de mayo), cercó a su ejército en un valle y lo aniquiló. Farnaces logró escapar, pero murió más tarde asesinado en su patria. César no destruyó el trofeo de Mitrídates, sino que puso el suyo a su lado. Seis semanas después de su marcha de Alejandría el enemigo había sido liquidado, y César pudo escribir a uno de sus amigos de Roma: *Veni, vidi, vici* (llegué, vi y vencí)[112]. A medida que avanzaba, y sobre todo después de la victoria, César reorganizó en un tiempo récord todo el Asia Menor. Recompensó con suma generosidad a sus partidarios, y los pompeyanos se dieron cuenta entonces de que habían elegido el bando de los perdedores. Mitrídates de Pérgamo, por ejemplo, hijo natural de Mitrídates el Grande, recobró las tierras de su padre conquistadas por Farnaces, y Deyotaro vio recortado su poder. César se mostró clemente con la aristócratas partidarios de Pompeyo residentes en Grecia y Asia, y les invitó a regresar a Roma con él. Algunos aceptaron. Durante su viaje de vuelta, César pasó por Grecia. No tomó represalias contra los atenienses por haberse adherido al bando de Pompeyo, aunque les amonestó con mucha severidad, recordándoles el perdón que Sila les había otorgado: «¿Es que siempre tendréis que agradecer vuestra salvación a vuestros antepasados, después de haberos hecho acreedores al castigo?[113]»

La dilatada ausencia de César había tenido también consencuencias muy importantes en Roma: en noviembre del —48 se había renovado su nombramiento de «dictador», y se le había asignado a Antonio como lugarteniente. Este, tras la batalla de Farsalia, pasó a Italia y tomó en seguida las riendas del poder. En Roma se programaron grandes festejos y homenajes para recibir a César, y asimismo se pospusieron hasta su regreso todos los comicios y decisiones de envergadura. No obstante, el país todavía arrastraba el lastre de la crisis económica. En el año —48

el pretor Celio había pretendido condonar todas las deudas y rebajar el precio de los arrendamientos, sin conseguirlo. Al año siguiente, el tribuno de la plebe Publio Dolabela, yerno de Cicerón, acometió de nuevo el intento, pero se produjeron disturbios que tuvo que sofocar Antonio con ayuda del ejército. La agitación de la capital no era, sin embargo, un hecho aislado, porque también cundía la inquietud entre los soldados de César acantonados en Campania.

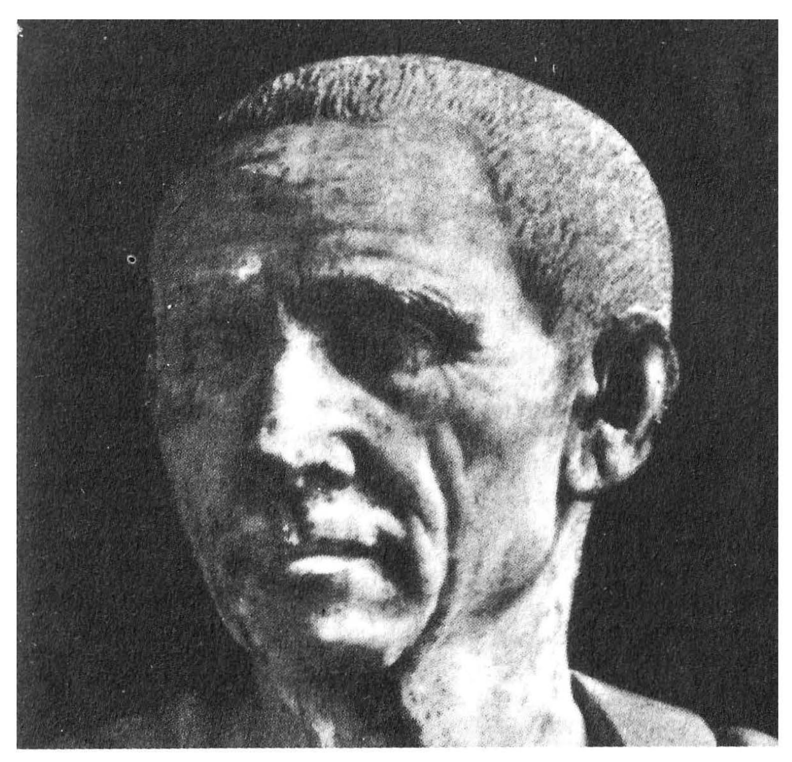
César debía solucionar ineludiblemente estas cuestiones antes de marchar contra sus últimos oponentes. Así, volvió a practicar una política basada en la clemencia y en su conciencia de ser responsable de todos los ciudadanos romanos, y mandó quemar toda la correspondencia de Pompeyo hallada en Farsalia «para que la lectura de las cartas no le indujera a ocasionar daño a terceros...»[114], «porque creía que el mejor modo de perdonar era desconocer los errores ajenos»[115]. Todos cuantos solicitaron su perdón lo obtuvieron, excepto aquellos que ya habían sido perdonados anteriormente y se habían vuelto a unir a Pompeyo. Uno de los primeros en conseguirlo fue Bruto, su futuro asesino, que, inmediatamente después de la batalla de Farsalia, marchó tras César y se presentó ante él en Larisa, la capital de Tesalia. César le confirió un puesto relevante. A fines de septiembre del —47 César desembarcó en Tarento, y Cicerón «emprendió viaje para reunirse con él, abrigando esperanzas de que le perdonaría, aunque le repugnaba suplicar a su enemigo en presencia de mucha gente. Sin embargo, no necesitó humillarse, porque apenas le vio César acercarse, salió a su encuentro, le saludó efusivamente y conversó con él a solas mientras daban un largo paseo. Desde entonces César no dejó de tratar a Cicerón con amabilidad y respeto»[116].

Una vez en Roma, César rehusó cancelar las deudas, comportándose igual que en el pasado. Como él mismo había tenido que pedir prestadas grandes sumas de dinero, insistió en que si condonaba las deudas «se le acusaría de beneficiarse de la medida»[117]. Por lo que respecta a los arrendamientos, procuró rebajar los precios. Para el año —46 fueron elegidos cónsules César y Lépido. Este último le había sustituido en Roma durante la expedición a Hispania.

El mayor riesgo, sin embargo, residía en el descontento de las legiones. La ausencia tan larga de César había relajado la disciplina hasta tales extremos que los soldados recibían a los enviados del general a pedradas, les propinaban palizas, y en una ocasión mataron incluso a dos senadores. Por fin las legiones se

pusieron en marcha hacia Roma, y una vez allí acamparon en el Campo de Marte. El propio César solucionó otra vez el problema cuando compareció ante los sublevados con una simple espada a la cintura. Cuando César les preguntó qué era lo que pretendían, ellos le respondieron que el licenciamiento —y por supuesto la subsiguiente recompensa—. César comenzó su respuesta con el tratamiento *quirites* (ciudadanos) en vez del habitual *commilitones* (camaradas)[118], con lo que de hecho aceptaba su licenciamiento. «César cumpliría todas y cada una de las promesas que les había hecho, pero después de la expedición que preparaba y de haber celebrado el triunfo en presencia de todas sus tropas[119].» Estas palabras acabaron con las últimas reticencias de los sublevados, que le pidieron encarecidamente que los admitiera en su ejército y le ofrecieron por propia voluntad la décima parte del botín para reparar su falta. César les otorgó su perdón, aunque separó del servicio a los cabecillas o los destinó a servicios burocráticos, reduciéndoles su parte del botín.

César también comenzó esta expedición en otoño. Concentró sus tropas en la punta ocidental de Sicilia y el 25 de diciembre (1 de octubre) del año —47 abandonó la isla en el primer contingente de tropas compuesto por seis legiones y dos mil jinetes. Una tormenta dispersó la flota de transporte, y las naves fueron llegando por separado al norte de Africa. César desembarcó al sur de la provincia (aproximadamente la zona correspondiente a la actual Túnez). Al bajar a tierra, César tropezó y se cayó, pero con su gran presencia de ánimo transformó lo que era un síntoma de malos augurios en una señal de buena suerte, pues cogió un puñado de tierra entre sus manos y gritó: «¡Ya eres mía, Africa![120]» El resto del ejército fue llegando con lentitud, por lo que César no planteó combate abiertamente, sino que se dedicó a hostigar al enemigo. Debido a la dificultad de aprovisionamiento, los caballos eran a veces alimentados con algas marinas lavadas cuidadosamente y mezcladas con hierba. Escipión, por su parte, rehuía la batalla, pero César le obligó a luchar atacando la ciudad de Tapso, un importante enclave de la provincia. En apariencia, César, durante el avance, profundizó demasiado y quedó sitiado en la zona comprendida entre la ciudad y el ejército de socorro. En realidad esta táctica era una treta para obligar a Escipión a presentar batalla en un terreno que impedía desplegar perfectamente sus tropas. En efecto, los elefantes de Juba —en Thapso se utilizaron por última vez— no pudieron ser apostados en las alas, sino en el frente, y la infantería ligera de César logró enfurecerlos y ahuyentarlos, de forma que penetraron en sus pro-



Marco Porcio Catón de Utica (—95 a —46), representante de la aristocracia senatorial romana y enemigo irreconciliable de César. Museo Vaticano, Roma.

pias líneas asolando su propio campamento. Los soldados de César, enardecidos con la perspectiva de su próximo licenciamiento, dieron rienda suelta a sus ansias de entrar en combate: en concreto, los de la X legión obligaron a su trompeta a tocar la señal de ataque, desobedeciendo las órdenes de César, que prefería esperar un momento más propicio, y los consejos de todos los centuriones. Sin embargo, los elefantes, en su huida, abrían una profunda brecha en las filas enemigas, y por ella penetraron las tropas de César, envolviendo a sus enemigos y provocando una gran carnicería, de la que sólo se salvaron los jinetes. En la batalla, los republicanos perdieron cincuenta mil hombres, mientras las pérdidas de César se elevaban a unos cincuenta muertos y algunos cientos de heridos. A continuación César se dirigió a Utica, capital de la provincia, al frente de la cual estaba Catón. Este, apenas se enteró de la catástrofe de Tapso, prefirió suici-

darse, dando a entender con dicho acto que la causa de la República estaba definitivamente perdida. César reconoció en seguida la trascendencia de esa autoinmolación: «Tu muerte, Catón, no me parece honrosa porque me has negado el honor de salvar tu vida[121].» César sabía de sobra la importancia de un mártir, y en consecuencia arremetió contra Catón, aun después de su muerte, para desembarazarse de ese lastre que Catón arrojaba contra él. *Cato*, la obra de Cicerón, es un panegírico póstumo, escrito después de la muerte de aquél. «El libro, escrito por un artista del lenguaje y con un tema muy humano, pronto encontró lectores entusiastas. Esta publicidad desagradaba a César, porque sentía las alabanzas de un hombre que había muerto por causa suya como una especie de complejo de culpa. Para defenderse de este sentimiento, César escribió un panfleto titulado *Anti-Cato*, en el que censuraba con inusitada dureza a su antagonista[122].» La obra no tenía motivaciones personales basadas en el odio, sino móviles políticos claros, y en ella no faltaba al respeto a Cicerón ni a Catón. La obra de Cicerón le merecía esta elogiosa frase: «No se pueden comparar las palabras de un soldado con la fuerza expresiva de un orador nato que además dedica todo su tiempo a la literatura[123].» César recalcaba las facetas negativas de la personalidad de Catón, entre ellas su excesiva afición al vino, pero también escribía que «hubo quienes al encontrárselo borracho, enrojecieron al mirarle a los ojos», y añadía: «Puede decirse que no era Catón el que había sido sorprendido en falta, sino ellos[124].» El *Anti-Cato* no supone una contradicción con las palabras pronunciadas por César durante las honras fúnebres de Catón (citadas más arriba). César no se dejaba influenciar por sentimientos personales, sino por necesidades políticas, y éstas implicaban oponerse a los intentos de utilizar su muerte como propaganda. César, con sentido de la oportunidad, atajó a tiempo estos efectos. Tras su muerte, Catón fue considerado durante siglos el símbolo de una actitud que prefiere la muerte a una vida sin libertad bajo la férula de un tirano.

Juba y otros miembros del partido senatorial se suicidaron también, y otros fueron hechos prisioneros y ejecutados por orden de César. Al igual que sus soldados, también él deseaba finalizar esas luchas intestinas que duraban ya demasiado tiempo. Reorganizó la provincia y fundó nuevas colonias, en las que se asentaron parte de sus veteranos. El reino de Juba se convirtió en la provincia de Africa Nova, y una parte del territorio fue entregada a los notables indígenas que, como Bocchus y Bogud de Mauritania, habían secundado las operaciones de César.

Desde Africa, César pasó a Cerdeña, y de aquí a Roma, a donde llegó el 25 de julio del —46. Se había convertido en el dueño y señor del Imperio romano, y ya no se vería obligado a empuñar las armas, exceptuando la sublevación de los hijos de Pompeyo, pero este conflicto no tuvo connotaciones políticas, es decir, no pretendía la restauración de la República, sino más bien personales: era la lucha de César contra los descendientes de su mayor enemigo.

En Hispania abundaban los seguidores de Pompeyo, por eso cuando los republicanos se concentraron en Africa, se pusieron en contacto con los primeros. Cneo Pompeyo arribó a aguas hispanas con una flotilla de barcos, y después de la derrota de Tapso llegaron Sexto Pompeyo, Vario y Labieno. Entre todos ellos fomentaron el poderío de la facción pompeyana en España. César mandó contra ellos un destacamento naval, derrotándoles en el mar, pero en tierra los pompeyanos gozaban de un poder mucho más considerable. Por eso César, después de celebrar la ceremonia de su triunfo, asumió personalmente el mando de las operaciones. Delegó sus poderes en la capital en Lépido, y se dirigió a marchas forzadas hacia el escenario de la guerra (noviembre del —46). A lo largo del trayecto todavía sacó tiempo para escribir su poema *Iter* (*El viaje*)[125]. Pisó Hispania a principios del mes de diciembre, iniciando otra vez una campaña militar durante la temporada invernal. En un principio sus enemigos le eludieron. César consiguió su primer éxito importante con la conquista de Ategua, una plaza fortificada sita al sur del Guadalquivir. Sexto Pompeyo, que logró salvar a Córdoba de la amenaza que suponía César, fracasó sin embargo en su propósito de hacerle levantar el sitio; entonces César le persiguió hasta Munda (actual Montilla, al sur de Córdoba), aprestándose para la lucha. Cuando Sexto Pompeyo descendió de las montañas, César dio la orden de ataque, a pesar de que para sus soldados salir al encuentro del enemigo subiendo cuesta arriba constituía un esfuerzo suplementario. Fue un combate encarnizado, en el que los pompeyanos (para los que la derrota significaba el ocaso definitivo) se defendieron con uñas y dientes, amparándose en su mejor conocimiento del terreno. De nuevo César intervino de manera decisiva en el combate, y al concluir éste afirmó: «He luchado a menudo por conseguir la victoria, pero hoy por primera vez me he batido por mi vida.» En efecto, a sus cincuenta y cinco años, César saltó del caballo y, despojándose del casco para ser fácilmente reconocible, se situó en primera línea, al frente de la X legión. «Hoy es el último día de esta campaña tanto para mí

como para vosotros. ¿Queréis parecer adolescentes ante vuestro propio caudillo? Si es así, recordad el momento en que dejasteis a vuestro *imperator* en la estacada.» Y mientras pronunciaba a gritos estas palabras, arrancó hacia adelante y —como en el Sambre— arrastró tras de sí a sus legionarios. Sexto Pompeyo intentó traer refuerzos del otro flanco, mientras Labieno acudía al campamento con algunas cohortes para defenderlo de la caballería de César. En cuanto César se dio cuenta de los movimientos de sus enemigos, gritó: «¡Ya huyen!», animando a los suyos con esas escasas palabras e induciendo al enemigo a interpretar erróneamente los movimientos de sus propios soldados. Después de haber luchado durante todo el día, la batalla terminó con una victoria total de César[126]. Treinta mil pompeyanos murieron, entre ellos Vario y Labieno; Cneo Pompeyo pereció en la huida, y alguien le cortó la cabeza y se la llevó a César, que la expuso en público como símbolo inequívoco de su triunfo.

El resto de Hispania fue sometido con rapidez. César permaneció tres meses en el territorio organizando su administración. Castigó con dureza los diferentes focos de oposición, por ejemplo Córdoba y Sevilla. Reguló, de acuerdo con el partido que habían tomado durante la contienda, la categoría y el rango de las distintas comunidades hispánicas. Colonizó el país con ciudadanos romanos, contribuyendo así a su pronta romanización. Durante su regreso a Italia, César reestructuró también la provincia narbonense, fundó nuevos asentamientos de ciudadanos romanos y dio tierras a sus veteranos. Las colonias griegas del país fueron latinizadas con la llegada de un aluvión de ciudadanos romanos. A primeros de septiembre del año —45 César pisaba de nuevo Roma.

La guerra de Hispania fue una simple interrupción de la paz, sólidamente cimentada con la victoria de César en el norte de Africa. Al llegar a Roma, puso de manifiesto la grandeza de sus éxitos en un discurso pronunciado ante el pueblo. «Los territorios conquistados son tan gigantescos que el erario público obtendrá de ellos anualmente doscientas mil fanegas de trigo y tres millones de libras de aceite[127].» En agosto (junio) del —46 César celebró su cuádruple triunfo sobre la Galia, el Ponto, Egipto y Africa. Ataviado con las vestiduras tradicionales y lujosas del *triumphator*, César recorría Roma montado en una cuadriga y al llegar al Capitolio ascendía por la escalinata flanqueado por el cortejo solemne de sus soldados victoriosos. Tras él, un esclavo le recordaba la precariedad de todas las cosas humanas, mientras sus tropas, siguiendo la antigua usanza, recitaban versos sa-



Los sicarios de Tolomeo presentan a César la cabeza de Pompeyo. Museo Nacional, Florencia.

tírico-burlescos poniendo en solfa sus debilidades y dando pábulo a todos los chismes, como por ejemplo:

Romanos, vigilad con atención a vuestras mujeres,
pues ya llega el galán calvo.
Derrochaste tu dinero con las putas de la Galia,
y ahora tendrás que pedir prestado[128].

O éste:

César sometió a la Galia, y cayó en las redes
de Nicomedes,
y ahora celebra su victoria sobre la Galia.
¿Cuándo celebrará Nicomedes la suya?[129]

El cortejo enarbolaba representaciones de los países vencidos y además una reproducción de la famosa carta en la que César consignaba su famosa frase *Veni, vidi, vici*. Se mostraba el botín conseguido: sólo en oro había sesenta y cinco mil talentos y casi tres mil coronas con un peso total de 20.414 libras (unos 7.100 kilogramos). Tres de los triunfos estaban simbolizados por prisioneros prominentes: Vercingétorix, que fue ejecutado a continuación de la ceremonia, Arsínoe, hermana de Cleopatra, y un hijo de Juba. En ningún caso se aludió a Farsalia. La guerra de Africa era considerada como una guerra contra un país extranjero, y en consecuencia sus aliados romanos, reos de alta traición. A la ceremonia del triunfo siguieron magnos festejos populares, con los que César conmemoró al mismo tiempo los prometidos juegos en honor de su fallecida hija Julia. Al cuarto día de fiesta, se instalaron veintidós mil *triclinium* (con capacidad para sesenta y seis mil personas) desde los que los romanos asistieron a una suculenta y exquisita comida. El reparto del botín entre las tropas fue el siguiente: a cada soldado raso le tocaron cinco mil denarios, diez mil al centurión y veinte mil a los tribunos militares. César cumplió la promesa que había dado al iniciarse la guerra civil a todos los pobres que recibían trigo del Estado, pues les premió con cien denarios, diez fanegas de trigo y diez libras de aceite a cada uno. A los inquilinos más pobres se les condenaron las rentas de un año.

Después de la victoria de Munda celebró un nuevo triunfo (comienzos de octubre del —45), unánimemente considerado como una victoria sobre los habitantes de Hispania. En este caso César opinó que los hijos de Pompeyo eran reos de alta traición contra el Estado, pero hubo quienes disintieron de esta opinión, creyendo más bien que lo que allí se festejaba era una victoria de romanos sobre otros romanos y así se lo hicieron saber a César. En esta ocasión el triunfo resultó mas deslucido que el del año anterior, y el pueblo censuró los escasos banquetes habidos, por lo que César cuatro días más tarde de finalizar la ceremonia, añadió un ágape para los habitantes de Roma.

La victoria de César y su acceso al poder absoluto fueron subrayados con una serie de homenajes votados afirmativamente por el Senado y el pueblo: la dictadura vitalicia, el título de *imperator* transmisible a sus herederos, rango de tribuno de la plebe, derecho a usar a perpetuidad la silla curul, hecha de marfil, que correspondía únicamente a los magistrados superiores, derecho de presentar propuestas de obligado cumplimiento en las elecciones a las magistraturas.

Todos estos honores conllevaban una elevada carga política. A todo esto hay que añadir la fiesta de acción de gracias, que duró cuarenta días, tras la victoria de Africa, el aumento del número de lictores a setenta y dos, la erección de una estatua de César en el templo de Júpiter situado en el Capitolio, y de la que César hizo tachar la inscripción en la que se le definía como semidiós. Podía vestir las ropas de *triumphator* en cualquier ceremonia o aparición pública, y se le concedía el privilegio de portar siempre la corona de laurel sobre su frente. En los juegos del circo, su efigie iría en el cortejo de las de los dioses; asimismo, en el templo de Quirino también se levantaría otra estatua de César con la siguiente inscripción: «Al dios invicto». En el Capitolio, junto a las estatuas de los reyes y del libertador Bruto, se emplazaría otra de César. Esta larga serie de distinciones honoríficas no gozó del aplauso unánime, puesto que algunas de ellas tropezaron con la oposición del propio César. Pero es innegable que en conjunto demuestran que por entonces (estamos en el verano del —46) en Roma mandaba un solo hombre: César.

8. César

César había llegado por fin a la cima, y a ello habían contribuido tanto factores personales (su indomeñable voluntad, sus dotes, su conciencia de esa meta autoimpuesta) como necesidades históricas. Tenía cincuenta y cuatro años. En una mirada retrospectiva analizó los inicios de su actividad política, treinta años atrás: decididamente no había logrado su objetivo recorriendo un camino recto y planificado de antemano. Cierto que su meta fue siempre la misma, aunque no las circunstancias, y éstas le enseñaron a variar su rumbo y a utilizar nuevas vías para alcanzar aquélla. Era el vástago de una de las familias romanas de más rancia nobleza; además de estas raíces aristocráticas, en César confluía también un talento extraordinario, tan versátil como eficaz. Era estadista, legislador, jurista, orador e historiador; había escrito, por si esto fuera poco, algunos poemas y una obra de gramática; conocía las matemáticas y las técnicas de construcción, y siempre supo rodearse de las personas más capacitadas. Podía dictar a la vez seis cartas desde su caballo, mientras los escribanos caminaban a su alrededor montados en literas. A su inteligencia se unía una voluntad a toda prueba que exigía el máximo tanto a sí mismo como a los demás. Era muy rápido de reflejos y así lo demuestra su actuación en las distintas campañas militares. En la marcha de Gergovia contra los eduos, recorrió con cuatro legiones de infantería ligera, es decir, sin bagajes, 75 kilómetros en 28 horas, distancia para la que el reglamento de campaña del ejército prusiano calculaba en condiciones normales tres días. Su escaso apego al sueño le permitía viajar de noche para ahorrar tiempo. Estas cualidades implicaban una fortaleza física a la altura de cualquier circunstancia. Era alto y delgado, de ojos negros y vivos que a menudo dejaban traslucir alegría y benevolencia. Rivalizó con sus propios soldados en equitación (cabalgada a la Galia sublevada en el —58), natación (Alejandría), marcha (Cévennes,—58), dominio de la espada (batalla contra los nervios, Munda) y siempre estuvo a su altura, lo cual implica un

entrenamiento corporal metódico y bien programado. La medicina actual considera verosímil que padeciera una dolencia de tipo epiléptico, aunque parece ser que los ataques no eran muy frecuentes (dos en sus últimos años de vida). Su tendencia a la sobriedad preservó su salud. No era abstemio, pero procuraba evitar excesos con el alcohol; tanto es así que su enemigo Catón —que era en este aspecto radicalmente distinto— afirmó una vez que César había sido el único que había acometido sobrio la subversión del Estado[130]. Cuando no le quedaba más remedio (en Alejandría, por ejemplo), «evitaba excesos nocturnos para poder defenderse de cualquiera que atentase contra su vida»[131]. Desde su adolescencia cuidaba sobremanera su aspecto externo, preocupación que mantuvo hasta la senectud. Era una simple muestra más de sus deseos de perfección, rasgo éste muy característico de César, y del que pondremos dos ejemplos: mandó demoler y edificar de nuevo una quinta recién construida porque no respondía por completo a sus exigencias, y se separó de su esposa Julia en cuanto cayó una sombra sobre su buen nombre. Ese mismo deseo de perfección le convirtió en autor de una prosa latina intachable y en maestro de estrategos, y subyace en numerosos rasgos de su personalidad citados anteriormente.

Estas aspiraciones han llegado a confundirse erróneamente con la ambición, cuando la realidad es que César era consciente de que sólo dominando el Imperio podría desarrollar plenamente su tarea. César, además, sabía valorar la importancia del poder, y es en ese conocimiento y en la adaptación a cada circunstancia para sacar el máximo provecho de ella donde revela su talento el auténtico político. Sin embargo, esa aspiración no se fosiliza hasta devenir en un doctrinarismo basado en decisiones irrevocables, sino que confluye con una independencia y plasticidad de la inteligencia, merced a la cual sorprendía una y otra vez a sus enemigos, por ejemplo, independizando las operaciones militares de la servidumbre de las estaciones. Pero aún se manifiesta de modo mucho más impresionante y en toda su grandeza cuando la situación se vuelve contra él, cuando se le resiste y él es consciente de ello y dirige su respuesta desde ese presupuesto. En su expedición al Rin, César autolimita su labor de conquista, y se da por satisfecho con una reestructuración de las fronteras; cuando intenta detener a Catón, y se encuentra con la oposición cerrada del Senado, desiste; al rehusar Cicerón sus propuestas, le deja libertad absoluta. En este último ejemplo, el reconocimiento de la inutilidad de sus esfuerzos debió de afectarle profundamente, porque César había comprometido su per-

sona en el asunto. Ejercía una gran fascinación sobre los otros, producto de un respecto innato que emanaba de lo más hondo de su ser. Cuando una vez su anfitrión le ofreció aceite rancio en lugar de fresco, César —al revés que sus compañeros— pidió más para no dar la impresión de que tachaba a su anfitrión de torpe o inculto. El mismo trato respetuoso utilizó con Cicerón cuando éste se le sometió, evitándole humillaciones innecesarias. Una prueba más: en el —45 César, acompañado de todo su séquito, fue a visitar a Cicerón, con escaso entusiasmo por parte de éste, que escribe: «¡Qué huésped más antipático! Sin embargo, no me pesa haberle acogido, porque se portó con exquisita cortesía... Llegó a la playa, y se bañó sobre las catorce horas. Concedió audiencias... Luego se hizo ungir, y se sentó a la mesa. Como se proponía tomar un vomitivo, comió y bebió sin remilgos y con gran apetito. Fue una comida magnífica, bien presentada "bien cocinada y sazonada y salpicada de una agradable conversación". Se le notaba a gusto y cómodo... Hasta aquí el relato de la visita o del alojamiento, si quieres, que a mí, te lo repito, no me entusiasmó, pero tampoco me pareció desagradable o inoportuna[132].» César sabía tratar a las personas y así lo demuestran las relaciones con sus soldados. La fascinación que irradiaba de su personalidad, la genialidad de sus tácticas militares y la estrecha vinculación con sus tropas posibilitaron que su ejército le respondiera como un solo hombre y confiriéndole un poder tal que con él «sería capaz de conquistar el mismo cielo»[133].

Si genial es la estrategia con la que César convierte las derrotas en victorias (Gergovia, Dyrrhachium), no lo es menos su capacidad para insuflar nuevos ánimos a las desmoralizadas tropas: no sólo no disculpa a sus hombres, sino que les censura con acritud, les castiga incluso, y analiza abiertamente la situación para convencer al fin a sus soldados de que la derrota era inevitable pero no difinitiva. César nunca exigió a sus legionarios grandes esfuerzos falseando una situación crítica, porque sabía que a la larga esto no compensa; pensaba que sólo la sinceridad despierta la confianza y estimula a superarse a uno mismo. Una de sus arengas pronunciada en la guerra de África, cuando Juba se aproximaba con sus fuerzas, dice: «Tened claro lo siguiente: dentro de unos días estará el rey frente a nosotros con diez legiones, treinta mil jinetes, cien mil soldados de infantería ligera y trescientos elefantes. Con esto quiero terminar con las habladurías que algunos han propalado entre vosotros; debéis creerme, porque tengo información de primera mano. Si esos tales siguen alimentando falsos rumores, los pondré en el barco más desven-



F. Koepp: *Die Römer in Deutschland* (Bielefeld Leipzig, 1912)

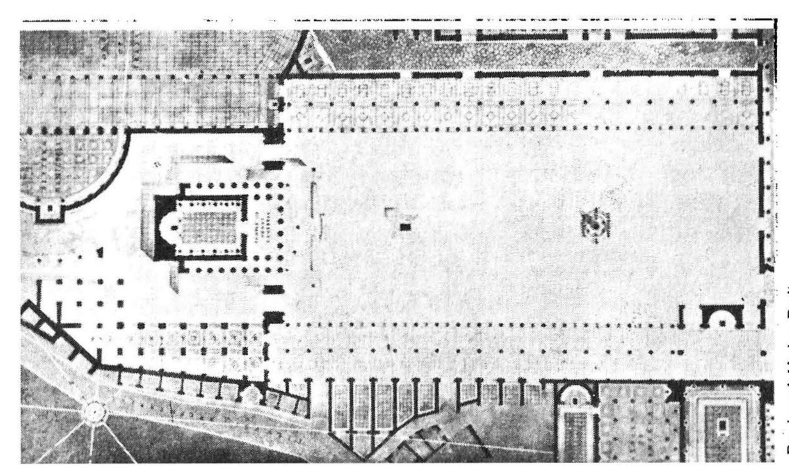
Condecoraciones (phaleras) *de un oficial romano. Antiquarium der königl, Berlín.*

cijado y los abandonaré a su suerte en el mar[134].» César cultivaba celosamente las relaciones con sus soldados. Además de combatir codo a codo junto a ellos en casos excepcionales y urgentes, siempre estaba con ellos. En las duras marchas, iba a la cabeza, sufriendo las inclemencias del tiempo. Siempre estaba dispuesto a reconocer los servicios extraordinarios prestados por sus hombres, y a premiarlos con la recompensa de armas valiosas o condecoraciones. No desdeñaba, en ciertos casos, entrenar él mismo a sus tropas, «como hace un maestro de gladiadores con sus nuevos pupilos»[135]. Son numerosos los pasajes de sus escritos en los que César describe las proezas de sus soldados, su valentía, su ingenio, su capacidad para la sátira y la bro-

ma, como ya se ha citado al relatar la ceremonia del triunfo. El estimulaba todas estas cualidades, y así, por ejemplo, cuando en la guerra de Africa empezó a difundirse una profecía que afirmaba que en Africa siempre vencería un Escipión, César tomó a uno de los descendientes venido a menos de esta familia y lo puso a la cabeza de su ejército. Sus veteranos le dirigen la palabra espontanéamente, como Cratino en Farsalia. Sin embargo, esta relación de confianza nunca revistió el aspecto de una falsa amistad ni contribuyó a relajar la disciplina. Juzgaba con extrema severidad a los desertores y amotinados, pero podía hacer la vista gorda, sobre todo después de un combate que había finalizado en victoria: «Mis soldados saben batirse con bravura, aunque huelan a perfume[136].»

Por lo que se refiere a los pocos casos de insubordinación a lo largo de más de diez años de duras campañas (el descontento y quejas de Besançon, el motín de Piacenza y el anterior a la expedición a Africa), no se sabe qué produce más asombro, si la insubordinación en sí o la rapidez, independencia y maestría psicológicas con las que César la sofoca. En otras ocasiones (Ilerda y Tapso), el descontento entre la tropa surge porque no se le exige demasiado, lo que indica que César planteaba elevadas exigencias a sus soldados, y no sólo en casos excepcionales, sino en la vida diaria. «Mandó levantar una empalizada de más de diecinueve millas romanas y una altura de dieciséis pies (1,80 m) y cavar un foso alrededor desde el lago de Ginebra has-

Planta del Forum Julium, *mandado construir por César en Roma.*



Rembrandt-Verlag, Berlín


Curtius-Nawrath: *Das antike Rom* (Viena-Munich, 1964)

Ruinas de la basílica Julia, en el Foro romano, uno de los monumentos con que César contribuyó al esplendor de la ciudad.

ta el Jura»[137] por poco más de una legión. El ejército de César es un fiel instrumento de su voluntad: «Sean cuales sean tus órdenes, las cumpliremos a rajatabla[138].»

César también sabía cautivar al pueblo y ganar sus corazones, en especial durante la primera fase de su actividad política, cuando se ocupaba de política interna y de labores de propaganda. Tras los sucesos de Tapso, incrementa su actividad en este campo. A los festejos y diversiones populares que se sucedían



Rembrandt Verlag, Berlin

Ruinas de otro de los templos construidos por César, el de la Venus Genetrix, *en el* Forum Julium *de Roma.*

con rapidez y se distinguían por su esplendor, se añadieron los edificios con los que embelleció la ciudad —la basílica Julia, por ejemplo—. El Foro, construido a sus expensas, quedó como testimonio perenne de su generosidad. Desde el año —54 compró a través de intermediarios, como Cicerón y otros amigos, una serie de casas particulares al este del *Forum Romanum,* consiguiendo así los terrenos para instalar un mercado, situado fuera del bullicio y de la agitación del viejo Foro, que sirviera para la judicatura y otros asuntos públicos. Dentro de este *Forum Julium* se construyó un templo en honor de la generadora de la *gens* Julia, la *Venus Genetrix,* previsto por César desde antes de la batalla de Farsalia. Este templo se convirtió en sede de una impor-

tante colección de obras de arte; a su entrada se colocó una estatua del caballo favorito de César: era un animal nacido en su propio establo, con unas pezuñas muy curiosas, hendidas como si tuviera dedos. Los augures habían visto en ese hecho extraordinario un presagio del futuro dominio del mundo, y César había alimentado con sumo cuidado al animal, y jamás había permitido que lo montara nadie que no fuera él[139]. De la misma forma que en el terreno militar, César también se mostró como un dominador del pueblo, señalándole sus propias limitaciones. Después de la celebración del triunfo, en la que los más pobres fueron agasajados con abundancia, hizo revisar el número de los que tenían derecho a asistencia del Estado, y redujo en virtud del censo el número de ciudadanos a los que se les daba trigo gratuitamente de 320.000 a 150.000. Esta cifra máxima se completaba todos los años mediante sorteo entre los más indigentes. César se convirtió en un personaje muy popular y digno de confianza, tanto en Roma y en el Foro como en los campamentos militares.

Un hombre de semejante carisma no dejaba de impresionar también hodamente a las mujeres. Sus aventuras amorosas corrían de boca en boca. Mommsen ha escrito que César fue uno de esos hombres que en sus años jóvenes fueron devorados por la llama abrasadora del amor femenino, y desde entonces quedaron latentes en él para siempre los rescoldos. La comedia de Shaw —y otras obras de éxito de nuestros días— recogen esta faceta de su personalidad. Con todo, es una equivocación —y así lo pone de manifiesto Shaw— analizar el papel de las mujeres en la vida de César bajo el prisma del erotismo, porque al menos dos de dichas mujeres —su madre, Aurelia, y su hija Julia— no tienen nada que ver con ello. De sus progenitores, la madre ejerció una gran influencia sobre él, acrecentada por la temprana muerte de su padre. Tácito la incluye entre las matronas romanas protectoras de la casa y de su prole, y la considera una mujer que velaba por los estudios y ocupaciones de sus hijos, por sus ocios y sus juegos[140]. Fueron los parientes de la madre los que aplacaron a Sila para que perdonara al joven proscrito, y ella la que se encargó de vigilar a su frívola nuera Pompeya, la que descubrió sus amoríos con Clodio y la que atajó los intentos del intruso y testimonió contra él ante un tribunal. Fue su madre la que trabajó incansablemente para que César se divorciara de Pompeya y la que contribuyó al posterior matrimonio de su hijo con Calpurnia. Creía que un nuevo matrimonio daría a César los hijos que no había tenido en su segunda unión, pero no fue así. Bajo estos ejemplos superficiales, descubrimos los desvelos de la

madre por su hijo, y César, consciente de ello, le agradeció todos sus desvelos, y así lo demuestran sus palabras de despedida antes de su elección como *pontifex maximus*.

Otra de las mujeres fue su cuñada Julia, esposa de Mario, que influyó en la boda de César con Cornelia, la hija de Cinna, matrimonio que fortaleció los lazos de César con el partido popular. Pese a su innegable trasfondo político, ésta fue una boda por amor, y constituye el primer ejemplo en su vida de maridaje entre política y amor. La prueba palpable de dicho amor es su negativa a obedecer la orden de Sila para que se divorciara de Cornelia. Además, no olvidemos que César, rompiendo la costumbre establecida, pronuncia las oraciones fúnebres de su esposa y de su tía Julia. Esta muestra de veneración no tenía únicamente motivaciones de tipo propagandístico y aunque es evidente que las hubo —lo que evidencia a su vez la influencia de los actos de César en la vida política—, es verdad que obraba así por naturaleza y no por cálculo.

Su amor hacia Cornelia se proyectó sobre Julia, la hija de ambos. Esta casó en —59 con un Pompeyo veintitrés años mayor que ella. Fue también un matrimonio por amor, y mientras Julia vivió fue el eslabón que mantuvo la alianza entre su padre y su esposo. En el —55 se produjeron disturbios y la sangre corrió por el Foro, salpicando la toga de Pompeyo, que tuvo que cambiársela. Cuando los esclavos llevaron a su casa sus ropas ensangrentadas, Julia se desmayó al verlas y tuvo un aborto. Al poco tiempo quedó embarazada de nuevo, pero en septiembre del —54 murieron durante el parto la madre y el niño. El pueblo determinó que fuese incinerada y enterrados sus restos con todos los honores en el Campo de Marte, medida motivada tanto por la veneración hacia la fallecida como por el deseo de reiterar la fidelidad a su padre, que en el plazo de un mes había sufrido dos golpes muy duros: la pérdida de su madre y la de su hija. César, absorbido por su campaña en las Galias, no pudo asistir a las honras fúnebres de ninguna de las dos, pero Cicerón, en una de sus cartas, atestigua el hondo dolor que le depararon ambas muertes[141].

Aurelia y las dos Julias desempeñaron un papel importante en la vida de César, sin que su influencia estuviese mediatizada por impulsos de índole erótica. Su madre y su tía velaron por él durante su juventud; en el caso de su hija y de su primera esposa, se hermanaban el cariño y la política. Todas estas experiencias determinaron la actitud de César frente a las mujeres.

Los hombres sobre cuya juventud ha planeado la imagen de

una madre buena y querida —el ejemplo más conocido es Goethe— buscan una y otra vez a lo largo de su vida la mujer que los complemente de muy distintas maneras. Esto mismo puede aplicarse a César: buscaba por naturaleza la voluntad de poder y de dominio, el favor de sus tropas y del pueblo, pero también sentía gran atracción por las mujeres, y éstas por él. Las relaciones hombre-mujer, sobre todo el matrimonio, tenían en Roma, desde sus orígenes, matices políticos.

Casi todas las relaciones de César con las mujeres entrañan un componente político; sus matrimonios están condicionados por la política: en su boda con Pompeya fueron determinantes sus lazos con Pompeyo, y en sus terceras nupcias con Calpurnia afloran también condicionamientos políticos. El mismo año en que se casaban Julia y Pompeyo, César emparentaba con Lucio Calpurnio Pisón, uno de los dirigentes populares más influyentes. César y Calpurnia —que era unos veinte años más joven que su esposo— no tuvieron descendencia. Las dilatadas ausencias de César, debidas a sus interminables expediciones militares, imposibilitaron una convivencia estrecha, aunque los temores de Calpurnia por un posible asesinato de su marido dejan entrever su amor por él. Este matrimonio estuvo a punto de disgregarse también por motivos políticos: al morir Julia, César ofreció a Pompeyo la mano de Octavia, una nieta de su hermana, y solicitó a su vez por esposa a una de las hijas de Pompeyo, que a la sazón contaba veinte años. A César no le hubiera resultado muy difícil divorciarse de Calpurnia, aduciendo la falta de descendencia, pero este intento de renovar su alianza con Pompeyo no llegó a prosperar.

Las relaciones extraconyugales de César llevan también en su seno ingredientes políticos. De cualquier modo, en este ámbito es imposible deslindar la historia de la leyenda. Su primera amante fue Servilia, hermana de Catón y madre de Bruto, su futuro asesino. Su pasión por César era tan desmesurada que llegó a enviarle un billete recomendándole que extremara sus precauciones cuando participaba en el Senado en el juicio contra los partidarios de Catilina. Pero Catón se apercibió del asunto y comenzó a gritar, lleno de indignación, que César recibía noticias en secreto de los enemigos del Estado; César entonces le arrojó la carta, poniendo en evidencia a Catón[142]. Sus amores con Servilia eran de dominio público, y las habladurías menudeaban. Se decía que César le había regalado durante su consulado una perla valorada en seis millones de sestercios, que durante la guerra civil le había proporcionado la compra de terrenos a bajo

precio y que Servilia, siendo de edad avanzada, le había ofrecido a su hija. Se ha planteado alguna vez la hipótesis de que Bruto fue un fruto de estos amores, pero esto es una invención de corte sentimental notoriamente falsa. La relación de César con Servilia es la única en la que no subyace ningún trasfondo político.

Otras amantes de César fueron: Postumia, casada con el influyente abogado Servio Sulpicio Rufo, que por consejo de su esposa depuso su oposición a César y se negó a adherirse a Pompeyo durante la guerra civil; Lolia, esposa del dirigente del partido popular Aulo Gabinio, que medió para que se le encomendara a Pompeyo el mando de la expedición contra los piratas y que fue nombrado legado de Pompeyo desde el —66 al —63. La motivación de estrechar vínculos con el partido popular es evidente. Al parecer César fue también uno de los amantes de Mucia, la segunda esposa de Pompeyo, durante la estancia de este último en Asia Menor, circunstancia que provocó el divorcio del matrimonio tras el regreso del marido. En la aproximación de César a Craso desempeñó un importante papel Tertulia, la esposa del último. Tampoco en esta ocasión fue César el único a quien ella dispensó sus favores. De este entramado amoroso, apenas sabemos más datos que el nombre de la mujer, pero hay en él algo que nos llama poderosamente la atención: en todos estos casos, las derivaciones amorosas no menoscaban la estrecha colaboración política de César con los respectivos maridos presuntamente burlados, coincidencia que abona la hipótesis de que las razones políticas prevalecían sobre las amorosas.

Este punto es también aplicable a las relaciones de César con mujeres no romanas, por ejemplo: Eunoé, esposa del rey Bogud de Mauritania, aliado de César en la campaña de Africa, o Cleopatra. El encuentro de ésta con el general romano ya ha sido referido con anterioridad. No hay duda de que César debió de sentirse profundamente impresionado por la aparición de la joven reina de Egipto. César debió de sufrir ese estímulo de que habla Plutarco a propósito del encuentro entre Cleopatra y Antonio siete años más tarde: «Su belleza, en sí misma, no era tan extraordinaria como para provocar rendida admiración a los que la veían, pero en el trato diario ejercía un poder de atracción casi irresistible, lo que unido a su conversación fluida y apasionada componía una especie de aguijón que penetraba hondamente los espíritus. El timbre de su voz denotaba felicidad y poseía registros muy variados que manejaba con soltura en varias lenguas. Utilizaba intérpretes en muy contadas ocasiones, ya que se entendía a la perfección con los etíopes, trogloditas [tribus que vi-



César fue, al parecer, tan afortunado en el amor como en la guerra. Sus correrías amorosas le llevaron desde los alegres prostíbulos de la Subura hasta las alcobas aristocráticas. Damas como las que aparecen en este grabado jugando a las tabas se disputaron sus favores. Museo de Nápoles.

vían junto al Mar Rojo], hebreos, árabes, sirios, medos [Irán] o partos. Había aprendido además otros idiomas, al contrario que los monarcas anteriores a ella, que ni siquiera hablaban a la perfección egipcio y habían llegado a descuidar el macedonio, lengua de los fundadores de su dinastía[143].»



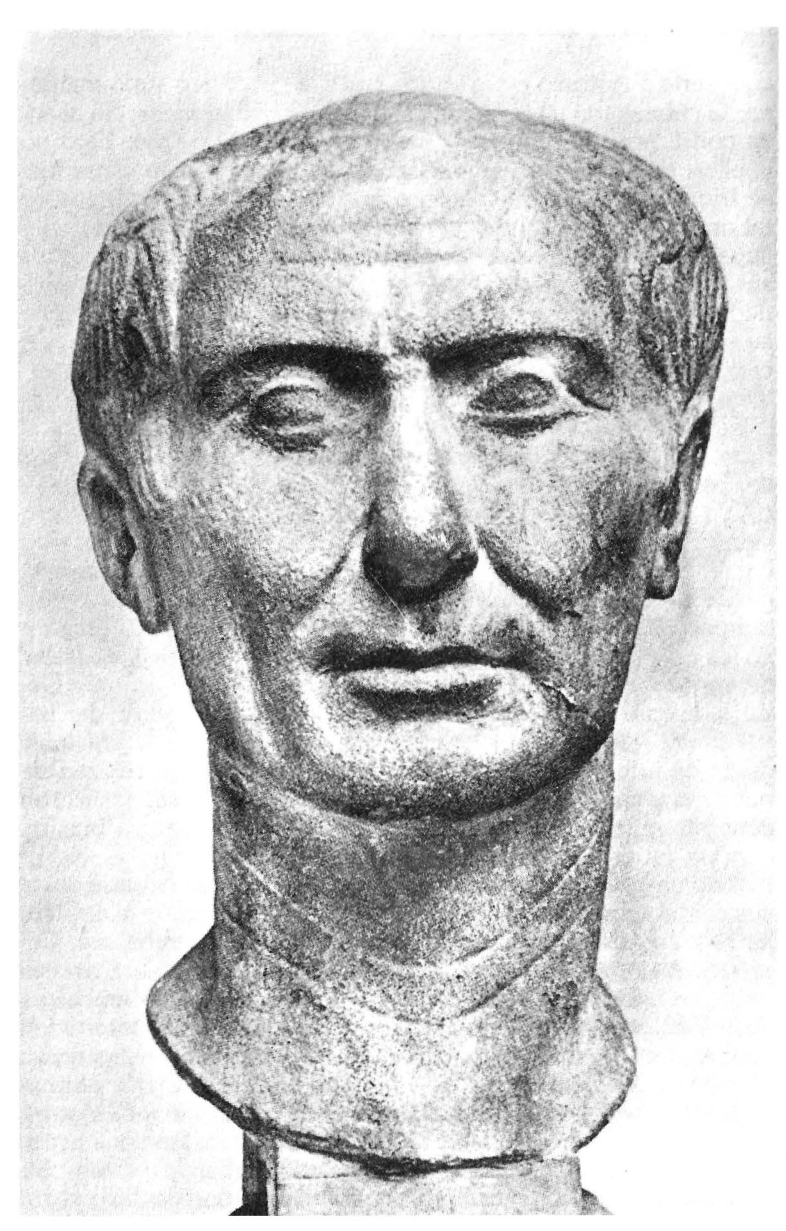
H. Volkmann: *Kleopatra* (Munich, 1953)

Moneda con la efigie de Cleopatra. La reina de Egipto fue amante de Julio César y, según ella, tuvo un hijo del general romano, extremo éste que no ha podido ser comprobado históricamente.

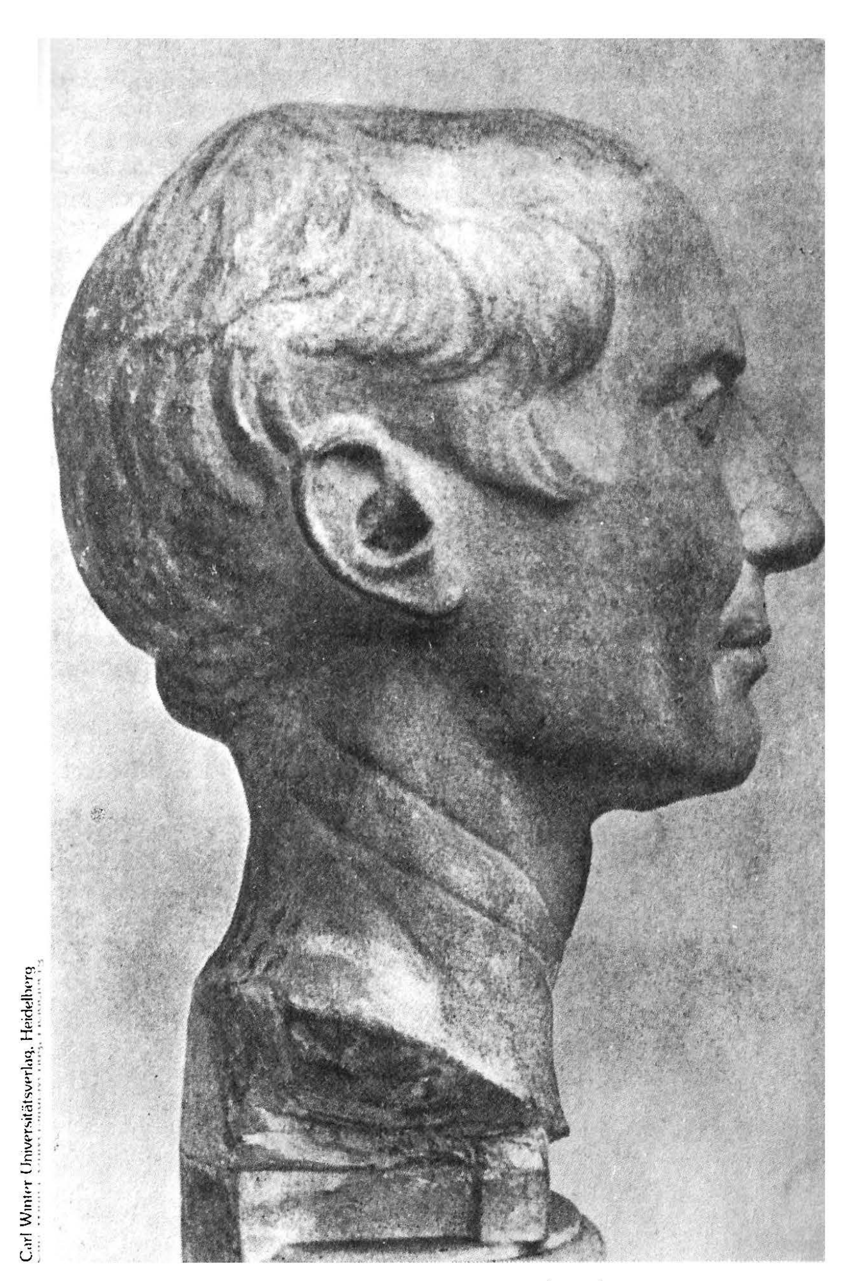
Una belleza que sólo desplegaba todos sus atractivos en la conversación y en el intercambio intelectual, difícilmente podía ser captada a través de un retrato. Llaman la atención en él su larga nariz y el tamaño de su boca. Cleopatra disponía, por descontado, de todos los secretos del arte de la cosmética, y con su nombre circulaban recetas sobre este tema; por poner un ejemplo, contra la calvicie y caída del cabello se recomendaba: ratones y dientes de caballo reducidos a cenizas, cera de abeja y resina de roble. Sobre su persona y su corte gravitaba el peso de una cultura exótica, misteriosa y secular. César, que frisaba ya en los cincuenta años, volvió a sentir el impulso amoroso, quizá con más intensidad que en ninguna otra ocasión desde la muerte de su primera esposa. Pero no le cegó la pasión como le

sucedería a Antonio en el futuro, porque el político supo mantener la cabeza fría y las riendas del poder en sus manos. Su alianza con Cleopatra le garantizaba el dominio de Egipto. Esto no implica, no obstante, que la relación de César con Cleopatra fuese fruto del cálculo, ni tampoco que los resultados políticos de tal unión se debieran al azar. En el César hombre, cuando confluyen amor y política, el primero se somete a la segunda: todos sus actos dependen de una voluntad política. César es un político nato, y este rasgo de su personalidad es el principio que rige su actuación en cualquiera de sus facetas, incluyendo su relación con las mujeres.

Los lazos con Cleopatra se mantuvieron después de salir César de Egipto, como lo demuestra la estancia de Cleopatra en Roma, ciudad en la que permaneció hasta después del asesinato de César (septiembre del —46 a abril del —44). Fijó su residencia y la de su séquito en los jardines de César, situados al otro lado del Tíber, cerca de la actual Villa Farnesina. César la visitaba a menudo, y ella permaneció en la capital durante la campaña de César en Hispania (noviembre del —46 a octubre del —45); tampoco hizo ademán alguno de marchar cuando César comenzó los preparativos para una campaña en las fronteras orientales de varios años de duración. Por todo esto se sospecha que César la trajo a Roma para tenerla bajo control e impedirle dar pasos imprevistos. Por otro lado, César instaló su efigie entre las obras de arte del templo de *Venus Genetrix:* ¿se entrelazan de nuevo el amor y la política? Muchos romanos se escandalizaron con esta corte extranjera, dentro de la cual Cleopatra brillaba con luz propia. Por eso resulta tanto más asombroso —exceptuando un pasaje ambiguo de Cicerón— que no se hablase entre sus contemporáneos de un hijo suyo y de César, según ella. Cleopatra lo llamó Tolomeo César, y los alejandrinos, en broma, Cesarión. Antonio afirmó más tarde ante el Senado que César lo había reconocido, y puso de testigo a Opio; éste, sin embargo, desmintió por escrito que César fuese el padre. La paternidad de César fue ya muy discutida en la antigüedad e investigadores modernos han expresado también sus dudas: esa falsa afirmación sale a la luz tras la muerte de César, y Antonio y Cleopatra la defendieron por razones políticas[144]. El muchacho sería asesinado más tarde por orden de Octavio, el heredero de César. Su existencia no tuvo consecuencias políticas y parece ser puesta en duda por un hecho: la adopción por César de su sobrino Cayo Octavio —el futuro emperador Augusto— y su designación como heredero en su testamento de septiembre del —45. Hay que ate-



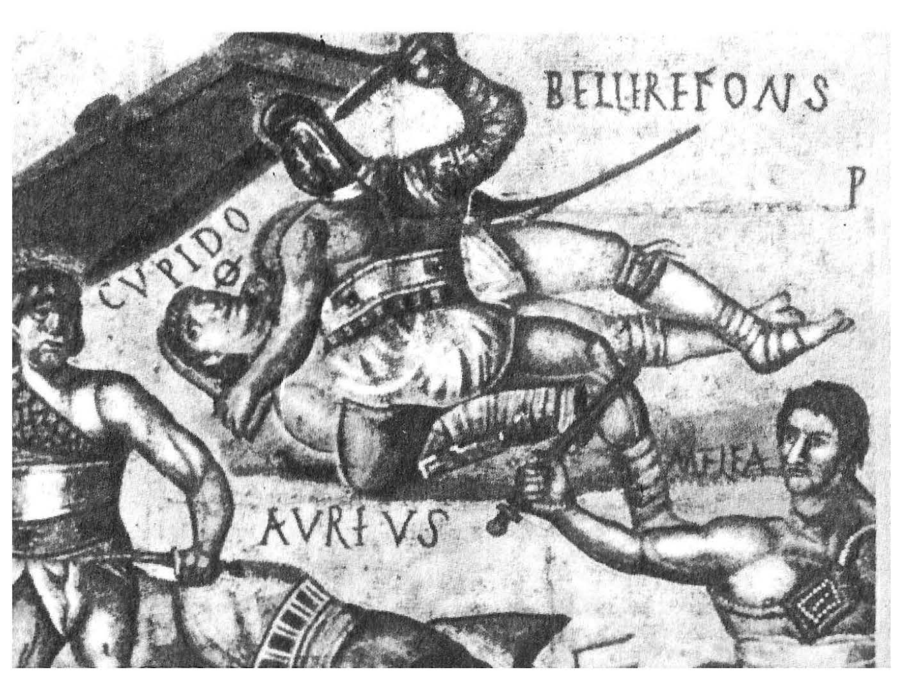
Cabeza de César. Se trata de la única representación contemporánea del general romano que se ha conservado hasta hoy. Palacio Aglié, Turín.



Perspectiva lateral de la imagen de César reproducida en la página anterior. Palacio Aglié, Turín.

nerse a estos hechos. Cleopatra pudo haber ideado proyectos muy ambiciosos durante su estancia en Roma, pero nada nos permite suponer que César estuviese dispuesto a secundarlos.

La personalidad de César se manifiesta también en la relación con sus enemigos. César trató de atraer a la aristocracia (que en general había sido partidaria de Pompeyo) con una política de clemencia y buena voluntad. Los temores a que usase la victoria como anteriormente Mario, Cinna y Sila, resultaban a todas luces infundados, puesto que él había rechazado esos modelos[145]. Bajo su mandato no se practicaron proscripciones. César se sentía responsable de todos los ciudadanos romanos, independientemente de sus tendencias políticas. A lo largo de su vida dio suficientes pruebas de clemencia: recuérdese, por ejemplo, el perdón a los prisioneros de Corfinio o el trato que dispensó a Cicerón. Según este último, César no olvidaba nada, salvo las ofensas[146]. Desde César, y por su ejemplo, la *clementia* es una de las cualidades que no deben faltar a un gobernante. Se ha planteado la cuestión de si la clemencia era un rasgo inherente a su propio carácter o personalidad o si actuó así por cálculo político. Diversos hechos hablan en favor de la primera suposición, pues César se mostraba compasivo y clemente incluso en



asuntos sin connotaciones políticas; por ejemplo: mandó que los piratas fuesen estrangulados antes de su crucifixión para evitarles los espantosos sufrimientos de la muerte en la cruz; perdonaba de buen grado la vida a los gladiadores y daba la señal de interrumpir el combate antes de que el vencido recibiera el golpe de gracia. En el fondo, la pregunta plantea una falsa alternativa: la clemencia era uno de los rasgos característicos de César, aunque él la utilizaba a veces por motivos políticos, o la reprimía y actuaba con dureza: cuando sus medidas pacificadoras no dieron el resultado apetecido en las Galias, César aseguró la tranquilidad empleando medidas muy severas. Distinguía entre el rebelde contra el Estado, el insurrecto, sobre el que proyectaba toda la fuerza del castigo (los piratas, Dumnórix, Vercingétorix, los pompeyanos que se refugiaron en el reino de Juba, los mismos hijos de Pompeyo) y el ciudadano romano que no había abjurado de su condición, con el que se mostraba clemente. César procuró siempre no crear mártires, de ahí su trato indulgente para con los partidarios de Catilina, y sus lamentos por no haber podido salvar la vida a Catón. Algunos de los discursos de Cicerón, como el pronunciado en favor de Marcelo o de Ligario, documentan la impresión que causaba la clemencia de César: en

◀ *Combate de gladiadores. Al parecer, César ejerció en numerosas ocasiones la* clementia *con los vencidos en estas confrontaciones, habituales en los juegos circenses. Galería Borghese, Roma.*



E. A. Sydenham: *The Coinage of the Roman Republic* (Londres, 1952)

Moneda conmemorativa de la clementia Caesaris, *bajo cuya advocación el Senado romano mandó construir un templo. Los partidarios de César sostenían que fue precisamente la actitud de clemencia que éste tuvo con sus amigos lo que fraguó su desgracia.*

ambos Cicerón apela a la misma, utilizándola como argumento básico de su defensa; en el primero de ellos agradece el perdón concedido por César a su enconado enemigo (Marcelo había sido cónsul durante el —51) y manifiesta su esperanza en una reorganización del Estado basada en nuevos principios. El Senado deificó la *clementia Caesaris*, construyendo un templo en su honor. Muchos de sus asesinos habían sido indultados anteriormente por César. De aquí que después de su muerte los cesaristas dijeran que había sido su propia clemencia la fuente de su desgracia, puesto que de no haberla practicado no hubiera tenido tal fin[147].

9. La última etapa

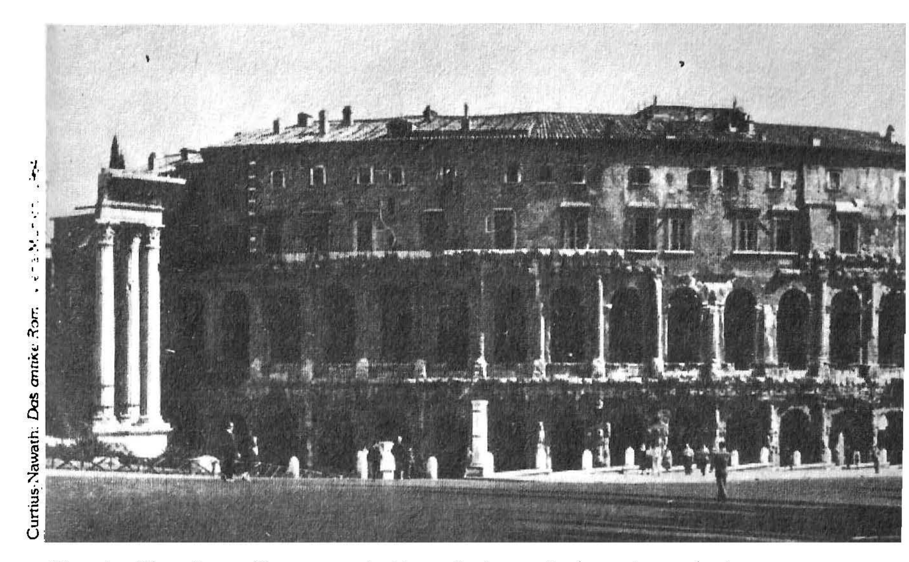
César, después de la batalla de Tapso, se convirtió en el dueño y señor del Imperio Romano. En los dos años que aún le quedaban de vida acometió la reforma del Estado y emprendió su expedición a Hispania. Su reestructuración de las provincias de Hispania y de la Galia fue sólo una parte de un programa mucho más ambicioso en el que se incluían Africa y Sicilia. En esta isla y en la Provenza, las antiguas colonias griegas fueron romanizadas con el asentamiento de colonos romanos. También colonizó ciertas zonas del oriente del Imperio, por ejemplo, Corinto, que fue reconstruida. Sin embargo, la colonización afectó mayoritariamente a la mitad occidental del Imperio, que se vio también favorecida por la concesión del derecho de ciudadanía. Con estas medidas, César puso fin a la influencia greco-helenística en la cuenca del Mediterráneo occidental, y a partir de entonces el latín sería la lengua común. Las leyes con vigencia en todo el Imperio se redactaron en latín, aunque en la mitad oriental se añadió una traducción al griego. Esto demuestra a qué parte del Imperio asignaba César el papel dirigente y la preponderancia. La hegemonía del Occidente se vio amenazada —y definitivamente asegurada— unos quince años más tarde cuando se enfrentaron Octavio (Augusto) y Antonio y Cleopatra. La reorganización de las provincias es quizá la tarea más relevante resuelta por César. Tuvo presente tanto los intereses del Imperio como los de las provincias, que nadie conocía mejor que él por propia experiencia. César se dio cuenta de que las bases de la República, creadas para administrar un Estado basado en municipios, eran a todas luces insuficientes para gobernar el mundo; él era consciente de que ahí residían las causas del fracaso del Senado en cuanto estamento de poder, y extrajo las consecuencias pertienentes.

Fue también muy destacada su actuación en Roma y en Italia, en especial el asentamiento de su veteranos: a la mayor parte les proporcionó tierras en las colonias, fuera de Italia. Los que aún quedaban debían instalarse por fuerza en la península italia-

na. César no se proponía asentar a los veteranos en colonias militares cerradas, como había hecho Sila. La tierra necesaria no fue expropiada a particulares, sino comprada con dinero público o con los fondos de César. Se encomendó la puesta en práctica del asentamiento a legados con poderes de propretor, pero éstos no pudieron soslayar del todo las colonias de veteranos cerradas. La obra aún no había concluido a la muerte de César. Este asentamiento fue la continuación del que se inició en el —59 con la ley agraria, disposición legal que había sido complementada con otras de años posteriores. La culminación fue la promulgación por César de la ley municipal, la *lex Julia municipalis,* que reguló la autonomía administrativa de los municipios en Italia y en las provincias. Esta gran obra colonizadora logró también reducir el número de ciudadanos pobres con derecho a asistencia del Estado.

Esta dispersión de los asentamientos de veteranos homogeneizó un poco más Italia y las provincias, y también contribuyó a dicha homogeneización la concesión del derecho de ciudadanía a los habitantes de provincias, sobre todo de la zona celta, que fue romanizada con rapidez, así como la posibilidad concedida a ciudadanos extranjeros de ser elegidos senadores, cuyo número total se incrementó hasta novecientos. Esta medida provocó el descontento de las viejas familias senatoriales, que criticaron ese paso legal con acerbas palabras; es más: llegaron a proponer que no se indicase el camino del Senado a ninguno de los senadores recién elegidos[148] (ya que por ser extranjeros lo desconocían). Durante el periodo revolucionario, los estamentos judiciales habían sido un juguete de intereses económicos y partidistas. César reguló de forma definitiva este asunto, aunque en sentido muy conservador, permitiendo el acceso a la judicatura sólo a las clases altas (senadores y équites).

Una de sus reformas más trascendentes fue la del calendario. Su supervisión le correspondía a César por su cargo de *pontifex maximus.* Hasta entonces, los romanos se regían por los muy inexactos años lunares, que eran corregidos de manera puramente empírica intercalando algunos días en ciertos meses. En tiempos de César reinaba tal desorden en el calendario que la diferencia con el año solar ascendía a unos dos meses. Para ajustar dicha diferencia, César se basó en los cálculos del sabio griego Socígenes, y así en el —46, año de transición, se eliminó la diferencia añadiendo unos dos meses. En adelante, se tomaría como patrón el año solar de 365 días y 6 horas; es decir, cada cuatro años el mes de febrero tendría un día más. De todas for-



El teatro Marcelo, en Roma, construido en la época de Augusto en el mismo lugar donde César tenía previsto levantar también un teatro.

mas, la medida tenía un ligero error por exceso, que sería corregido en 1582 por el papa Gregorio XIII. El calendario de César, denominado calendario juliano, ha estado vigente hasta nuestros días en la Iglesia Oriental, y hasta la revolución bochevique en Rusia.

César proyectaba una serie de obras que interrumpió la muerte: construir un nuevo edificio para las asambleas y reuniones del Senado, un templo en el Campo de Marte al dios homónimo y un teatro en el mismo lugar en que se levantó, en tiempos de Augusto, el teatro Marcelo. César también había previsto crear una gran biblioteca pública. Tenía asimismo una serie de planes más ambiciosos que tardarían siglos en realizarse: la codificación de las leyes vigentes (efectuada por Justiniano en el año 533), la apertura del istmo de Corinto (1881-1893) y la desecación de las lagunas Pontinas, finalizada en los años veinte de nuestro siglo.

La reorganización formal del Estado fue una decisión trascendental para el futuro de Roma. Su muerte segó todos sus proyectos y dejó sin explicitar qué tipo de derecho público quería aplicar a su forma de concebir el Estado. Hasta hoy los historiadores no han logrado encontrar una respuesta satisfactoria a esta cuestión. En este aspecto los datos son un poco confusos y divergentes, y dan pie para conjeturas e interpretaciones muy di-

versas. Muchos suponen actualmente que César, en su idea del Estado, tenía como modelos a Alejandro Magno y a sus sucesores, por la concepción política que habían desarrollado en los grandes reinos de Oriente: en ellos el rey era una especie de dios, gozaba de un poder absoluto y no respondía de su uso ante ninguno de sus súbditos, que eran muy heterogéneos. Según esto, las intenciones de César habrían sido allanar las diferencias entre los distintos pueblos del Imperio y homogeneizar a todos sus súbditos, sobre los que él reinaría con un poder absolutamente ilimitado. El símbolo externo de este poder supremo sería la diadema de los monarcas helenísticos. La muerte interrumpió de manera brusca todos estos proyectos. De acuerdo con todo esto, la teoría política de César no coincide con la del *princeps* o emperador, iniciada por Augusto, puesto que implicaba una concentración de poder que Pompeyo ya había tenido en sus manos a finales de los años cincuenta. El «principado» se basaba en ideas e instituciones netamente romanas, y su idea había sido desarrollada por Cicerón. En consonancia con esto, el heredero espiritual de César no sería Augusto, sino Antonio, que, como esposo de la reina de Egipto, vivía y reinaba sobre la mitad oriental del Imperio como una especie de rey-dios. Pero Antonio sucumbió en Accio el año —31 y precisamente a manos de la parte occidental del Imperio, dirigida por Octavio (Augusto)[149].

Existen numerosas objeciones a esta teoría. El aprovechamiento de los efectos propagandísticos de la oposición entre las dos mitades del Imperio se contradice tanto con la proyectada homogeneización del Imperio como con la asignación por parte de César a la mitad latinizada de la dirección política. Numerosas decisiones y propuestas tendentes a divinizar el poder de César fueron rechazadas por éste y aceptadas por Augusto cuando se le ofrecieron. Pero esto no prueba que las concepciones políticas de ambos fueran diferentes. Así, por ejemplo, el juramento por el dios tutelar del gobernante, por su *genius*.

También la divinización de uno de los rasgos de César como la *clementia* tiene raíces exclusivamente romanas. Ni César ni Augusto dieron el paso para divinizar al hombre gobernante, medida tan impensable para la mentalidad romana como factible para los griegos. En la mitad oriental del Imperio, la divinización del hombre —o más exactamente, la encarnación visible de un dios en la corporalidad humana— era un fenómeno evidente que no necesitaba mayores explicaciones. Por eso se calificó a César de «descendiente de Ares y Afrodita, dios hecho carne y salvador de los hombres»[150]. Intentos y apelativos semejantes son casi



K. Lange: *Charakterköpfe der Weltgeschichte* Munich. 1949

Moneda con la efigie de César portando sobre su cabeza la corona etrusca de los antiguos reyes romanos.

privativos de Oriente, aunque en Roma y en Occidente hay aduladores que pretenden calificar a César con denominaciones similares, pero César las rechazó y no hallaron eco alguno entre el pueblo. César reiteró su rechazo —e hizo que constase en acta— a la diadema que le presentó Antonio en las lupercales del año —44 (dichas fiestas se celebraban el 15 de febrero). Aducir que el pueblo le obligó a aceptarla es un hecho que en absoluto desvaloriza la intención de César. Este simplemente pudo querer sondear los ánimos del pueblo, y quizá también su opinión sobre la concepción oriental de la monarquía. La corona que lleva César en las monedas de esta época no es, como se

creía anteriormente, una corona de laurel, sino, a juzgar por su forma, la antigua corona de los etruscos, la corona áurea, distintivo de los reyes romanos y de los *triumphatores,* puesto que junto con la púrpura característica de los monarcas se utilizó desde siempre en la ceremonia del triunfo. Cuando el Senado permitió a César vestir la indumentaria de los triunfadores después de celebrar el triunfo, tales distintivos remiten de manera inequívoca al sustrato ideológico de la antigua Italia, y no al mundo helenístico oriental. Desconocemos el título con el que se podría recoger esta posición política. Desde luego no la denominación proscrita de *rex* (rey), que César rechazaba. En efecto, en una ocasión escuchó una voz entre el pueblo que lo proclamaba *rex* a lo cual respondió César: «Me llamó César, no Rex»[151], aludiendo al sobrenombre de la familia Marcius Rex, de la que descendía su abuela. Cae dentro de lo posible que César se contentase con los títulos de *imperator* y *dictator,* muy arraigados ambos en la cultura y sociedad romanas. La propuesta de otorgar a César, en la última reunión del Senado, la calificación de rey con respecto a los países situados fuera de Italia, remite también a concepciones romanas, no a griegas. En efecto, el derecho público distinguía entre las tierras del Imperio habitadas por ciudadanos romanos y regidas por el derecho de la república romana (recogidas en latín bajo la voz *domi,* literalmente *en casa, en la patria,* que en aquella época comprendía Roma e Italia) y las provincias del Imperio habitadas por súbditos sobre los cuales el pueblo romano ejercía el poder absoluto a través de sus magistrados (comarcas recogidas bajo el término *militiae,* originariamente *en campaña*). Así pues, la pretendida dignidad real de César sería únicamente *militiae* y le aseguraría el poder legal sobre las provincias necesario para su proyectada expedición contra los partos. Esta misma división preside la concepción del Estado de Augusto. El rango *domi* implicaba las fórmulas republicanas tradicionales, y el de *militiae* le proporcionaba el poder supremo, no bajo la forma de monarquía, sino bajo la más restringida de «mando supremo proconsular», o lo que es lo mismo la autoridad sobre todos los funcionarios de la provincia. César era *domi dictator* con los derechos legales inherentes a un tribuno de la plebe, lo cual le confería mayor poder que a Augusto, siempre a partir de formas ya conocidas en la república romana.

La expedición que César preparaba algunas semanas antes de su muerte contra los partos, tenía como meta poner fin a la amenaza de ese pueblo, acrecentada tras la derrota de Craso en Carras. Por decisión popular se encomendó a César la dirección

K. Lange: *Charakterköpfe der Weltgeschichte* (Munich, 1949)



Moneda con la efigie de Marco Bruto (—85 a —42), gobernador de la Galia Cisalpina y uno de los dirigentes de la conjura que acabó con la vida de Julio César.



Reverso de un denario de Bruto con el casco que simbolizaba la libertad entre dos puñales y una leyenda relativa a las idus de Marzo, fecha del asesinato de César.

K. Hönn: *Augustus* (Viena, 1938)



Moneda con la efigie de Marco Emilio Lépido. Tras la muerte de César, fue triunviro con Marco Antonio y Octavio. Gabinete de Medallas, París.

de la guerra, autorizándole a nombrar a los magistrados de los tres años posteriores. Este era el periodo de duración de la campaña, según César. La inminencia de su partida agudizó la tensión entre César y las familias senatoriales, entre el dueño y el señor de Roma y los antiguos detentadores del poder, que se negaban a servir a alguien a quien consideraban inferior. Había quienes confiaban en que el *dictator* no regresase con vida de la guerra, puesto que si volvía la oposición ya sería de todo punto imposible. De intentar algo, éste era el momento más propicio: así, más de sesenta miembros de familias prominentes, en su mayoría senadores, se conjuraron para eliminar a la persona que veían como a un tirano. Sus dirigentes eran Marco Bruto y Cayo Casio, ambos enemigos de César en el pasado y receptores, como otros muchos de los conjurados, de su *clementia* y de su favor. Muchos de los conjurados desempeñaban un papel político en el gobierno de César, y no hay duda de que los cabecillas y otros participantes en la conjura no tenían segundas motivaciones. Bruto consiguió que la conjuración se limitase a eliminar a César y

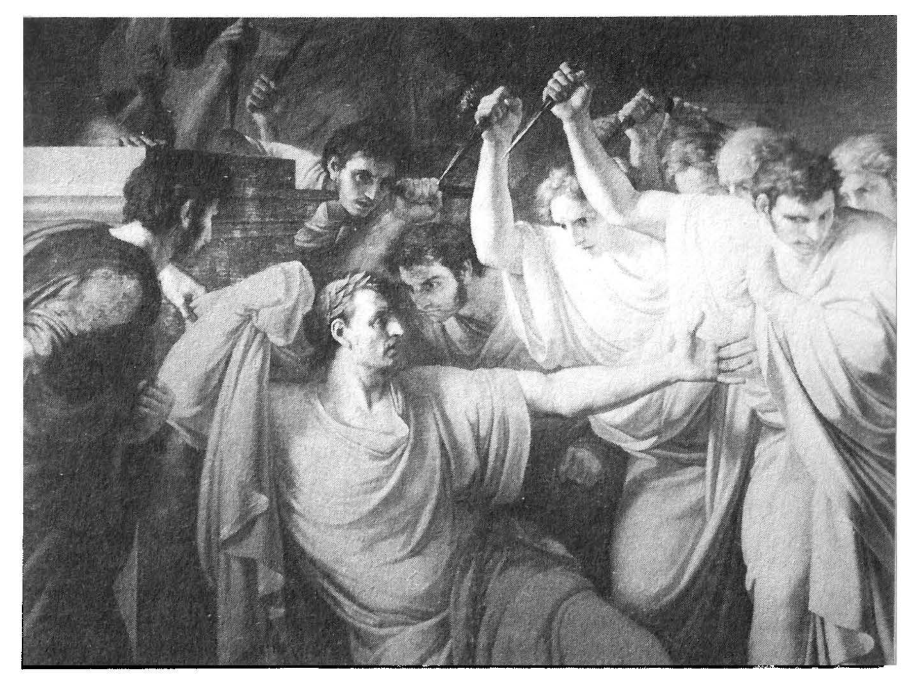


Moneda con la efigie de Marco Antonio (h. —82 a —30), lugarteniente de de César y máximo defensor de su memoria.

a respetar a Antonio. Con esta distinción pretendía legitimar la acción aduciendo la defensa del Estado. Cuando en el orden del día de la asamblea del Senado, fijada para los idus de marzo (15 de dicho mes) del año —44 se incluyó la discusión y debate definitivo de la guerra contra los partos, los conjurados se decidieron a actuar en esa fecha, ya que sabían que César pretendía reunirse con su ejército el 18 de marzo. César había rechazado anteriormente una escolta argumentando que «no hay nada peor que una constante vigilancia, que daría la impresión de que estoy aterrorizado»[152]. En otra ocasión había asegurado que «deseaba una muerte rápida y repentina»[153]. La noche del 14 de marzo acudió como invitado a casa de Lépido. Mientras cenaban, le preguntaron qué muerte prefería, y César respondió sin titubeos: «La repentina e inesperada[154].» Según parece, su asesinato estuvo precedido por numerosos augurios funestos, y así se le advirtió, sin que César hiciera caso. Calpurnia, de alguna forma, llegó a presentir el final, puesto que durante la noche le asaltaron sueños muy inquietantes y, tras mucho rogar a su marido, con-

siguió que éste renunciase a acudir a la asamblea del Senado. Sin embargo, Décimo Bruto, uno de los conjurados y allegados de César, le hizo cambiar de opinión. Hacia las 11 de la mañana, César entró en la sala de reuniones del Senado. El plan de los conjurados se cumplió al pie de la letra: uno de ellos retuvo a Antonio en la antesala, mientras los demás se agolpaban en torno a César apenas se hubo sentado para formularle deseos y ruegos personales. «En seguida se le acercó Tulio Címber, que se había comprometido a ser el primero, como si fuera a preguntarle algo. Cuando César le hizo un ademán de que se retirara, él le agarró por la toga a la altura de los hombros mientras César gritaba: "¡Esto es violencia!" Entonces uno de los hermanos Casca le hirió por la espalda con un puñal. César le agarró del brazo y se lo atravesó con el estilo; intentó luego saltar hacia adelante, pero se lo impidió una segunda puñalada. Cuando vio que los conjurados le atacaban con las dagas desenvainadas, se envolvió la cabeza con la toga y estiró al mismo tiempo los pliegues hacia abajo con su mano izquierda para cubrir la parte inferior de su cuerpo al caer. Fue alcanzado por veintitrés cuchilladas: a la primera respondió con un gemido, luego ya no articuló palabra... Cuando expiró, los conjurados huyeron en desbandada. César yació en tierra y solo durante un corto espacio de tiempo. Después, tres esclavos le pusieron sobre una angarillas y lo llevaron a su casa, con uno de sus brazos colgando exánime hacia el suelo[155].»

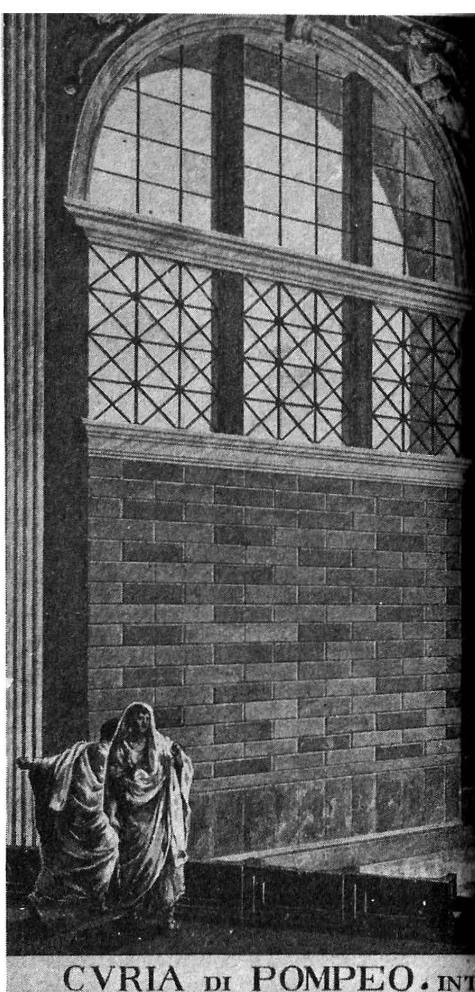
Los senadores no conjurados, al ver lo sucedido, huyeron en tropel, defraudando las esperanzas de los asesinos, que confiaban en que el Senado asumiría al punto el poder. Se iniciaron entonces disturbios en las calles de Roma, y Antonio y Lépido, que contaban con algunas tropas dentro de la capital, comenzaron a hacer propaganda entre el pueblo contra los asesinos, labor a la que contribuyó la lectura del testamento de César, en el que legaba a los habitantes de Roma sus jardines situados al otro lado del Tíber, así como trescientos sestercios a cada uno. El asesinato, en vez de propiciar la renovación del Estado, abrió un paréntesis de quince años de cruentas guerras intestinas, tal como lo había previsto César: «Mi salud debe ser preservada, no tanto por interés personal, como por necesidades políticas. Yo ya he disfrutado bastante del poder y de la fama. Si algo me sucede, el Estado no conocerá la paz y se verá empujado a guerras civiles en unas condiciones espantosas[156].» Con todo, al final del periodo de luchas internas la dirección del Estado volvería a caer en manos de un solo hombre, que de alguna forma era el here-



Detalle de La muerte de Julio César, *pintura del siglo XIX, obra de Vicenzo Camuccini. Museo de Capodimonte, Nápoles.*

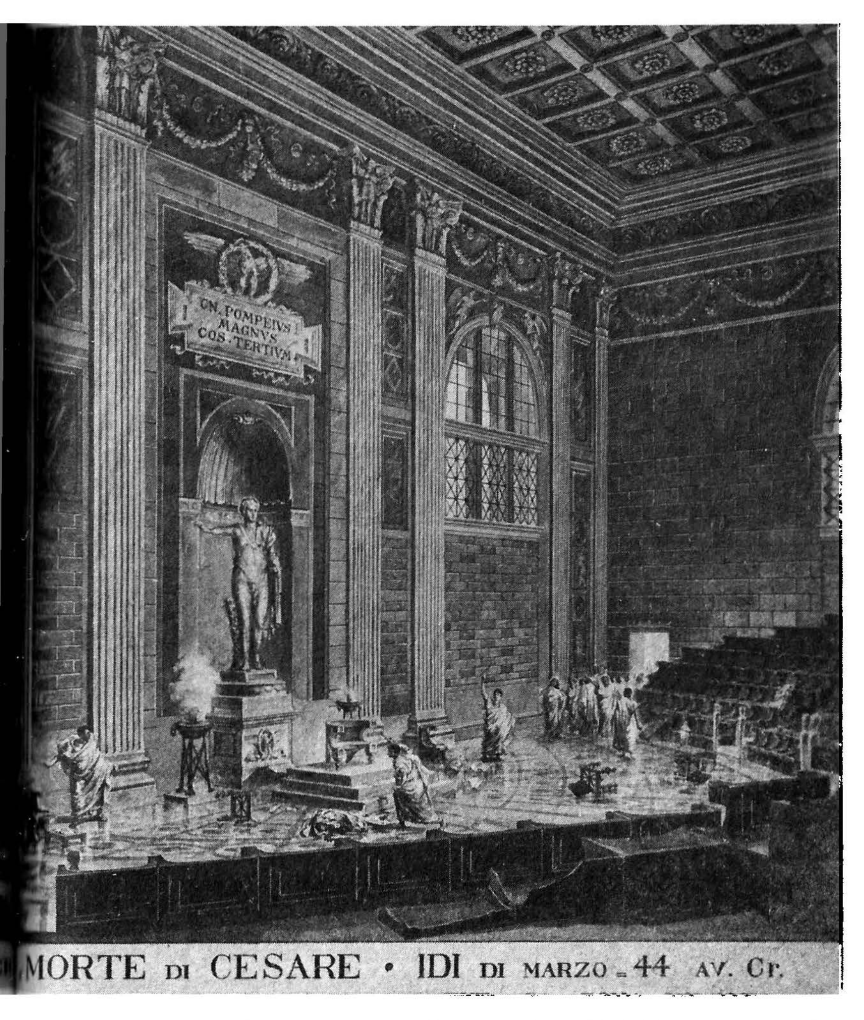
dero de César y cuyo poder derivaba de César, aun cuando sólo adoptó de forma parcial las fórmulas políticas de su predecesor, prefiriendo las formulaciones de la República.

Esta evolución evidencia que la acción de los asesinos de César fue un fracaso político. Con ella pretendían socavar el poder de César, pero tan sólo asesinaron al hombre, porque su poder le sobrevivió. Este es uno de los rasgos originales de César: la creación de una nueva forma de gobierno. Los grandes gobernantes anteriores a él, reyes de los imperios universales de Oriente, como Alejandro y sus sucesores, fueron dioses para sus contemporáneos y desde esa posición gobernaron el mundo. Esto implica que a sus coetáneos la tarea de gobernar el mundo les parecía demasiado pesada para ser soportada por un solo hombre. En consecuencia, únicamente la patentización o encarnación de un dios en el gobernante podía explicar el fenómeno de un imperio universal. César es el primero que —al menos a los ojos de los romanos de su tiempo y de los habitantes de la mitad oc-



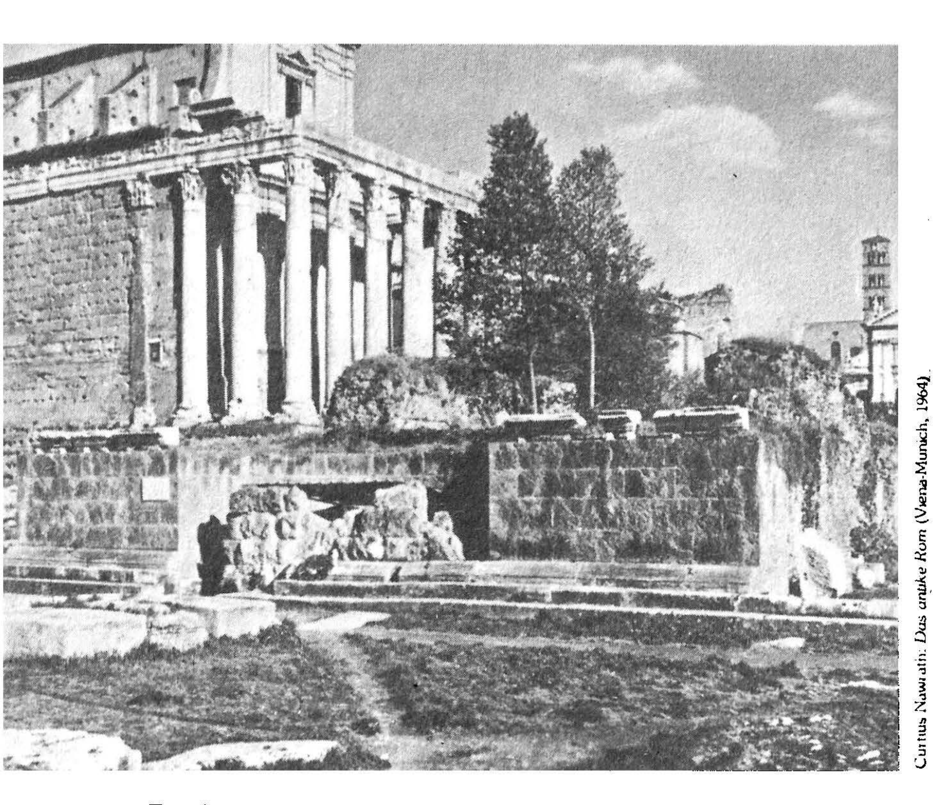
El interior de la Curia de Pompeyo, en el Senado romano, el día de la conjura que acabó con la vida de César, según reconstrucción de J. Gatteschi.

cidental del Imperio— gobernó el mundo con la grandeza, dignidad y merecimientos propios de un ser humano. Precisamente por esto, con su aparición se ampliaron considerablemente los horizontes humanos y se dignificó al hombre mismo. Este nuevo tipo de gobierno no podía ser por su propia naturaleza formulado teóricamente. Tenía que ser vivido. César no introdujo nada nuevo; la novedad era él. El lenguaje, ese sutil indicador de las circunstancias humanas, así lo demuestra, porque a partir de él, los detentadores de un poder semejante son *césares*.



MORTE DI CESARE • IDI DI MARZO - 44 AV. CR.

Se ve claro el error de los asesinos de César: ellos creían que su poder emanaba del hombre y planearon eliminarlo asesinando a César. Las consecuencias de tal acto demostraron de manera palpable su equivocación, puesto que con la muerte de César el nuevo poder se desgajó de su primer poseedor, se independizó de él, y se reveló como una concepción que, desligada de su primer portador, podía ser transmitida y puesta en práctica una y otra vez. La muerte de César también tuvo connotaciones políticas. César encarnaba, como ningún hombre lo había



Curtius Nawrath: *Das antike Rom* (Viena-Munich, 1964).

Templo de Antonio Pío y Faustina, delante del cual pueden verse los restos del templo de César con el hueco del altar levantado en el lugar donde fue incinerado su cadáver.

hecho antes que él, al verdadero estadista. Esa primacía de lo político también se manifiesta en César en los últimos momentos, porque si su vida, sus actos, sus discursos y escritos, sus amores, habían tenido tintes políticos, también los tuvo su muerte.

Antonio convirtió el entierro de César en una gran manifestación de duelo. «Junto a la tumba de su hija Julia, situada en el Campo de Marte, se levantó la pira funeraria, y en el Foro, ante la tribuna de los oradores, una maqueta dorada del templo de la *Venus Genetrix*. En su interior se colocó un catafalco de marfil cubierto con telas de púrpura bordadas en oro, y a la cabecera un pedestal con las ropas ensangrentadas y acuchilladas que vestía al ser asesinado. Como un día era insuficiente para que los habitantes de Roma llevasen ofrendas durante el cortejo fúnebre, se permitió llevarlas al Campo de Marte cuando quisiera cada

cual. Durante los juegos fúnebres se recitaron poemas para mover a los oyentes a la compasión y a la ira; por ejemplo, de la tragedia de Pacuvio *La lucha por las armas* se recitó el verso:

> *¿Perdoné a tantas personas para que de ellas*
> *salieran mis asesinos?*

»Antonio, en vez de pronunciar una oración fúnebre, ordenó a un heraldo leer los acuerdos del Senado por los que se otorgaban a César todos los honores divinos y humanos, así como el juramento por el que los senadores se comprometían a velar por la seguridad de César. Antonio, por su parte, añadió unas palabras. Todos los magistrados y exmagistrados condujeron el cadáver a la tribuna de oradores del Foro.» En ese momento, el pueblo, por el que César había entregado su vida, todos sus veteranos y sus soldados que habían llegado a la ciudad, impusieron su ley en el desarrollo de la ceremonia: «Mientras se discutía si el cadáver debía incinerarse en el templo de Júpiter Capitolino o en la Curia de Pompeyo, dos desconocidos, con espadas al cinto y lanzas en sus manos, prendieron de pronto fuego a la pira con antorchas, y a continuación la multitud amontonó encima ramas secas, madera procedente de los asientos y numerosas ofrendas fúnebres. Los histriones y flautistas se despojaron de los trajes que se habían puesto para la ocasión y los arrojaron junto con sus instrumentos a las llamas; los soldados hicieron lo mismo con sus armas y sus adornos de gala con los que habían participado en los funerales, y las mujeres, con sus joyas, amuletos y vestidos de sus hijos.» Así, en presencia de una imponente multitud, fue pasto de las llamas todo lo que era perecedero en César[157].

Notas

1. Elio Espartiano, *Verus*, 1.
2. Virgilio, *Eneida*, 2, 6.
3. Suetonio, *Julio César*, 56, 7.
4. Suetonio, 77.
5. Suetonio, 74; Plutarco, *César*, 1, 3.
6. Suetonio, 45, 3.
7. Suetonio, 1, 3; Plutarco, *César*, 1, 2.
8. Gelio, *Noches Aticas*, 5, 13, 6.
9. Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables...*, 8, 9, 3.
10. Plutarco, *César*, 1, 4-2, 4; Suetonio, 74.
11. Gelio, 13, 3, 5.
12. *Guerra de Hispania*, 42, 1.
13. Suetonio, 7, 1; cf. Plutarco, *César*, 11, 3.
14. Plutarco, *César*, 7, 2.
15. Plutarco, *César*, 7, 2; cf. Suetonio, 13.
16. Plutarco, *César*, 11, 2.
17. *Guerra de Hispania*, 42, 2.
18. Suetonio, 16.
19. Plutarco, *César*, 5, 2; Suetonio, 6, 1.
20. Suetonio, 6, 1.
21. Cicerón, *Brutus*, 258.
22. Suetonio, 10, 1.
23. Plutarco, *César*, 4, 2.
24. Para el complejo entramado jurídico del proceso a Rabirio, en el que Cicerón actuó como defensor pronunciando un discurso muy acabado, cf. J. Lengle: «Die staatsrechtliche Form der Klage gegen C. Rabirius», en *Hermes*, 68 (1933), p. 328.
25. Cicerón, *De officiis*, 8, 82; Suetonio, 30, 5.
26. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 51.
27. Cicerón, *Catilinarias*, 4, 10.
28. Plutarco, *Cicerón*, 21, 4.
29. Suetonio, 14, 2.
30. Suetonio, 17.
31. Plutarco, *César*, 10.
32. Apiano, *Guerra civil*, 2, 9.
33. Apiano, ibíd., 2, 10; cf. Suetonio, 20.
34. Dión Casio, *Historia romana*, 38, 1, 5.
35. Dión, 38, 1, 7.
36. Dión, 38, 2, 1.
37. Dión, 38, 3.
38. Suetonio, 20, 2.

39. Cf. H. Rudolf: *Stadt und Staat in römischen Italien*, 1935.
40. Suetonio, 20, 3.
41. Suetonio, 22.
42. Suetonio, 23, 1.
43. César, *Guerra de las Galias*, 1, 40.
44. César, ibíd., 1, 43.
45. César, ibíd., 1, 44.
46. César, ibíd., 1, 45.
47. César, ibíd., 2, 18-27.
48. César, ibíd., 3, 16, 4.
49. César, ibíd., 2, 35, 1.
50. César, ibíd., 4, 14, 4.
51. César, ibíd., 4, 18, 1.
52. Catulo, *Poemas*, 11, 10-13.
53. César, *Guerra de las Galias*, 5, 2-3.
54. Polieno, *Stratagemata*, 8, 23,6.
55. César, *Guerra de las Galias*, 6, 4, 3.
56. César, ibíd., 6, 34, 8.
57. César, ibíd., 6, 2.
58. César, ibíd., 6, 11-28.
59. César, ibíd., 6, 21-28.
60. César, ibíd., 7, 6, 3-4.
61. Plutarco, *César*, 26, 4.
62. César, *Guerra de las Galias*, 7, 88, 2-4.
63. Plutarco, *César*, 27, 5.
64. Plutarco, *César*, 29, 2; Apiano, 2, 26.
65. Hirtio, *Guerra de las Galias*, 8, 54, 3.
66. César, *Guerra Civil*, 1, 9, 2.
67. Suetonio, 30, 4; Plutarco, *César*, 46, 1.
68. Suetonio, 29, 2; Apiano, *Rhomaiká*, 2, 32; Plutarco, *César*, 31, 1.
69. Suetonio, 31, 2.
70. Suetonio, 32.
71. Lucano, *Farsalia*, 1, 185-203.
72. Plutarco, *César*, 32; Apiano, 2, 35.
73. Plutarco, *César*, 33, 4.
74. César, *Guerra Civil*, 1, 9, 5-6.
75. César, ibíd., 1, 10, 3-4.
76. César, ibíd., 1, 11, 1-3.
77. César, ibíd., 1, 23.
78. Cicerón, *Carta a Atico*, 9, 7 C, 1.
79. Cicerón, ibíd., 9 7 C, 2.
80. Cicerón, ibíd., 9, 13 A.
81. Cicerón, ibíd., 9, 14, 1.
82. Cicerón, ibíd., 9, 6 A.
83. Cicerón, ibíd., 9, 16, 1.
84. Cicerón, ibíd., 9, 18, 1.
85. Cicerón, ibíd., 10, 8 B.
86. César, *Guerra Civil*, 1, 33, 2; Cicerón, *Carta a Atico*, 11, 6, 6.
87. César, *Guerra Civil*, 1, 32, 7.
88. Plutarco, *César*, 36, 3.
89. César, *Guerra Civil* , 1, 32, 7.
90. Suetonio, 34, 2.
91. César, *Guerra Civil*, 1, 72, 3.
92. Dión, 41, 26-35; Apiano, 2, 47; cf. Suetonio, 69.

93. César, *Guerra Civil*, 3, 4, 1-5, 1.
94. Cicerón, *Carta a Atico*, 9, 10, 3.
95. César, *Guerra Civil*, 3, 10, 8-9.
96. César, ibíd., 3, 18, 3-4.
97. Plutarco, *César*, 38, 3; cf. Apiano, 2, 57; Floro, *Epitome*, 2 13, 37, recoge una versión más escueta: «Quid times? Caesarem vehis!» (¿Por qué tienes miedo? ¡Llevas a César!). Pero César debió de expresarse posiblemente en griego.
98. César, *Guerra Civil*, 3, 48-49, 2.
99. Suetonio, 68, 2.
100. César, *Guerra Civil*, 3, 69, 4.
101. Plutarco, *César*, 39, 5.
102. Plutarco, *Pompeyo*, 68, 4; cf. *César*, 44, 1.
103. César, *Guerra Civil*, 3, 92, 3; cf. Plutarco, *César*, 44, 4.
104. César, *Guerra Civil*, 3, 90, 3.
105. César, ibíd., 3, 91.
106. César, ibíd., 3, 99, 3-4.
107. César, ibíd., 3, 99, 1-2.
108. César, ibíd., 3, 102, 1.
109. César, ibíd., 3, 18, 4.
110. Suetonio, 63; Apiano, 2, 88; Dión, 42, 6, 2.
111. Plutarco, *César*, 48, 5.
112. Plutarco, *César*, 50, 2; Suetonio, 37.
113. Apiano, 2, 88; cf. Dión, 42, 14, 2.
114. Dión, 41, 63, 6.
115. Séneca, *Sobre la ira*, 2, 23, 4.
116. Plutarco, *Cicerón*, 39, 3-4.
117. Dión, 52, 50, 4.
118. Plutarco, *César*, 51, 1.
119. Apiano, 2, 93.
120. Suetonio, 59.
121. Plutarco, *César*, 54,1.
122. Plutarco, ibíd., 54, 2-3.
123. Plutarco, ibíd., 3, 2.
124. Plinio el Joven, *Cartas*, 3, 12, 2.
125. Suetonio, 56, 5.
126. Plutarco, *César*, 56, 3; Apiano, 204; Veleyo Patérculo, 2, 55, 3; Dión, 43, 38; Floro, 2, 13, 84.
127. Plutarco, *César*, 48, 3.
128. Suetonio, 51.
129. Suetonio, 50.
130. Suetonio, 53.
131. Plutarco, *César*, 48, 3.
132. Cicerón, *Carta a Atico*, 13, 52.
133. *Guerra de Hispania*, 42, 7.
134. Suetonio, 66.
135. *Guerra de Africa*, 71, 1.
136. Suetonio, 67, 1.
137. César, *Guerra de las Galias*, 1, 8, 1.
138. César, *Guerra Civil*, 3, 6, 2.
139. Suetonio, 61.
140. Tácito, *Diálogo de los oradores*, 28.
141. Cicerón, *Cartas a su hermano Quinto*, 3, 8, 3.
142. Plutarco, *Catón el Joven*, 24.

143. Plutarco, *Antonio*, 27, 2-4.
144. J. P. V. D. Balsdon, en *Historia*, 7 (1958), p. 85 ss.; «Die Iden des März», en *Das Staatsdenken der Römer*. Darmstadt 1966, p. 606 ss.
145. Cicerón, *Carta a Atico*, 9, 7 C.
146. Cicerón, *Pro Ligario*, 35.
147. Nicolás de Damasco, 19; Dión, 44, 49, 2.
148. Suetonio, 80, 2.
149. Ed. Meyer: *Cäsars Monarchie und das Principat de Pompejus*, 1918, 3.ª edición, 1922.
150. Inscripción de Efeso. *Dittenberger Sylloge inscriptionum Graecarum*, 2, 3.ª ed., 760.
151. Suetonio, 79, 2; cf. Plutarco, *César*, 60, 2; Dión, 44, 10, 1 (la versión griega no recoge el juego de palabras ni la indirecta).
152. Apiano, 2, 109.
153. Plutarco, *César*, 57, 4.
154. Suetonio, 87; Plutarco, *César*, 63, 4.
155. Suetonio, 82.
156. Suetonio, 86, 2.
157. Suetonio, 84.

Cronología

A. de C.

100 13 de julio: nace César.
85 César obtiene la *toga virilis*. Muere su padre.
84 Se casa con Cornelia, la hija de Cinna.
83 Nace su hija Julia.
82 1 de noviembre: Sila, después de regresar de Oriente, conquista Roma. Proscripciones. César se niega a divorciarse de Cornelia.
81 César en Oriente hasta —78. Sirve a las órdenes de Termo. Relaciones con Nicomedes de Bitinia.
78 Muerte de Sila. César vuelve a Roma.
77 César denuncia a Dolabela.
76 César denuncia a Antonio.
75 César retorna a Oriente. Aventura con los piratas.
74 Es elegido *pontifex*. Regresa a Roma.
73 Tribuno militar.
70 Consulado de Pompeyo y Craso. Se restablecen los derechos del pueblo.
68 Fallecen Cornelia, su esposa, y su tía Julia. Cuestura en Hispania.
67 Guerra contra los piratas de Pompeyo. César se casa con Pompeya.
66 Pompeyo contra Mitrídates.
65 César, edil curul.
64 César, *iudex cuestorius*.
63 Elegido *pontifex maximus*. Cicerón, cónsul. Proceso de Rabirio. Conjuración de Catilina.
62 César, pretor. Se separa de Pompeya.
61 Propretura en Hispania.
60 Primer triunvirato de César, Pompeyo y Craso.
59 Es elegido cónsul. Ley agraria. Su hija Julia se casa con Pompeyo, y César con Calpurnia.
58 César en las Galias hasta —50.
58 Guerra contra los helvecios y contra Ariovisto.
57 Guerra contra los belgas.
56 Conferencia de Lucca. Expedición contra los pueblos de la costa. El joven Craso somete Aquitania.
55 Aniquilamiento de los usípetas y teneterios. César cruza por primera vez el Rin. Primera expedición a Britannia.
54 Segunda expedición a Britannia. Fallecen su madre y su hija Julia.
53 Sublevación y posterior sometimiento del norte de las Galias. Cruza por segunda vez el Rin. Craso cae en Carras.
52 Clodio muere a consecuencia de una paliza. Pompeyo, cónsul único. Sublevación de todas las Galias dirigida por Vercingétorix; será dominada tras duros combates.

51 Finaliza la pacificación de las Galias. César publica su obra *Bellum Gallicum*.
50 Desacuerdos sobre la fecha en que César debía deponer el mando.
49 Estalla la guerra civil. César cruza el Rubicón y conquista Italia. Asamblea del Senado en Roma. Conquista Sicilia, Cerdeña y Córcega. Curio muere en Africa. César conquista Hispania. Massilia (Marsella) se rinde tras ser sitiada. Motín de Piacenza.
48 César cruza al Epiro. Batalla de Dyrrhachium. Pompeyo es vencido en Farsalia, huye y es asesinado en Egipto. César desembarca en Alejandría. Comienza la guerra de Alejandría. Conoce a Cleopatra.
47 Termina victorioso la guerra de Alejandría. Guerra contra Farnaces. Regreso a Roma. Motín de la X y la XII legiones.
46 Campaña militar de Africa. Victoria de Tapso. Retorno a Roma. Triunfo. En otoño emprende la expedición a Hispania.
45 Guerra en Hispania contra los hijos de Pompeyo. Victoria de Munda. Regreso a Roma. Triunfo.
44 15 de marzo: César es asesinado.

Testimonios

Johannes von Müller

Durante su primera juventud fue de salud débil, pero fortaleció tanto su cuerpo con ejercicios físicos continuos que llegó a soportar cualquier estación o circunstancia climatológica. Con cada uno de sus actos buscaba colocarse a la cabeza de Roma y del mundo. Se permitía todo, pero siempre mantuvo el dominio de sí mismo. ¿Qué decir de su tenacidad, del vigor y de la envergadura de su inteligencia? ¿Cómo olvidar otros rasgos tan característicos de él, por ejemplo su vitalidad desbordante o su rapidez en tomar decisiones? Hablamos de un hombre que en catorce años sometió a la Galia entera, un territorio habitado por pueblos avezados al combate, y a Hispania en dos ocasiones distintas; de un hombre que se atrevió a adentrarse en Alemania y Britannia; que atravesó Italia con su ejército de victoria en victoria; que arrebató el poder a Pompeyo el Grande, redujo e Egipto a la obediencia, derrotó a Farnaces, al hijo de Pompeyo, y arruinó en Africa la fama de Catón y el poder del ejército de Juba... Además fue el orador más grande después de Cicerón, ejemplo para los historiadores, tratadista erudito sobre gramática y temas religiosos; su temprana muerte segó sus proyectos legislativos y sus planes de expansión del Imperio. ¡Qué gran verdad encierra la máxima que afirma que al hombre no le falta tiempo, sino voluntad de aprovecharlo! César no tenía esa vana jactancia propia de las personas frías de dominar sus pasiones porque carecen para ello del más mínimo interés; conocía su fuerza y disfrutaba con el placer, pero no era su esclavo. En la guerra no había situación, por difícil que fuera, que no pudiera solucionar satisfactoriamente: desbarataba cualquier maniobra militar con los medios más inesperados. Sus normas militares se distinguían por su simplicidad y su carácter categórico. Lo sacrificaba todo a sus planes, pero apenas alcanzaba la victoria se convertía en la personificación de la bondad, y es irrelevante que eso se debiera a su propio temperamento o a su prudencia.
(*Historia universal*, 1797)

Napoleón I

César gobernó el mundo romano como un dictador vitalicio, secundado únicamente por un simulacro de Senado. En efecto: después de las proscripciones de Mario y Sila, después de la transgresión de las leyes por Pompeyo y después de una guerra civil de cinco años que desembocó en un asentamiento generalizado de veteranos en Italia leales a su general y que no confiaban en la República sino en hombres de probado prestigio, no podía ser de otra manera. En semejantes circunstancias, el poder ya no podía depender del Senado, sino de una persona, de César, que sentó las bases de la hegemonía de Roma sobre el mundo, y brindó protección a todos los ciudadanos; su poder, por tanto, era legítimo... Bruto no llegó a comprender la legitimidad de dicho poder que emanaba de una necesidad histórica, la de salvaguardar los intereses de Roma y del Imperio, y de la misma voluntad del pueblo.
(*Panorámica de las guerras de César*, 1836)

Theodor Mommsen

Fue un monarca, pero no se dejó prender en las redes de la tiranía. Fue quizás el único entre los poderosos que no midió su actuación, ni en las grandes cuestiones de Estado ni en la vida diaria, con sus inclinaciones personales o su capricho, sino que se atuvo en todo a sus deberes de gobernante. Al mirar retrospectivamente su propia vida, César debió de descubrir errores de los que arrepentirse, pero seguro que no halló ningún paso en falso producto de la pasión... Por último, es quizá también el único entre los poderosos que no perdió el sentido de lo posible y lo imposible, y que no fracasó en la misión más difícil encomendada a los grandes hombres: reconocer, cuando se está en la cumbre del éxito, sus propias limitaciones. Sabía la medida de sus posibilidades y siempre prefirió concretar lo bueno, pero posible, antes que emprender la consecución de algo mejor, pero imposible; en momentos de desgracia siempre procuró aliviar o paliar la situación, pero apenas oía la voz del destino, por débil que fuera, la obedecía sin rechistar...

Así era este hombre único, un hombre aparentemente sencillo, pero muy complejo en realidad. Todo en su personalidad es de una claridad meridiana; de él nos han llegado noticias más detalladas y vivas que de ningún otro personaje de la antigüedad que pueda compararse con él. Se puede juzgar su personalidad de manera más o menos superficial o profunda, pero las interpretaciones no diferirán demasiado; todos los investigadores han recalcado casi los mismos rasgos de este genio, pero ninguno ha conseguido todavía fijar su personalidad de manera definitiva. El secreto reside en su perfección: desde el punto de vista humano e histórico, César se sitúa en el punto en el que las grandes contradicciones o fuerzas antagónicas de la existencia se neutralizan o equilibran mutuamente. Aunaba el vigor del creador y la inteligencia más penetrante; la edad más propicia (ni joven ni viejo); una voluntad a toda prueba y una tenacidad sin límites para ponerla en práctica; un corazón convencido de los ideales republicanos y al mismo tiempo nacido para gobernar como un autarca; romano hasta lo más hondo de su ser, y destinado a armonizar la cultura romana y la helénica tanto en sí mismo como en la sociedad de su tiempo. Fue, en definitiva, un hombre honrado a carta cabal. Es lógico que no hallemos en él los denominados rasgos característicos de los personajes históricos, ya que aquéllos no son otra cosa que extrapolaciones o desviaciones de la evolución natural del hombre.

En una primera aproximación superficial, vemos en él no rasgos individuales, sino sociales, es decir, propios de su cultura nacional; sus aventuras de juventud son comunes a todos los jóvenes contemporáneos de su misma clase; su carácter escasamente poético pero fuertemente lógico es básicamente el carácter de los romanos. César, en cuanto hombre, estaba muy condicionado por las circunstancias temporales y nacionales. El hombre solo, aislado, considerado en sí mismo, es una ficción; el hombre es un ser sometido a los condicionantes de una sociedad determinada y a una cultura determinada. César fue un hombre, en el pleno sentido de la palabra, simplemente porque supo situarse en medio de las corrientes de su época, y porque había asumido en su integridad una de las características básicas de la nación romana: la capacidad para adaptarse a la sociedad de su tiempo; también el helenismo se estaba amalgamando íntimamente en él con el sustrato romano, nacional. Y quizás aquí reside la dificultad (quizá sería mejor decir imposibilidad) de desentrañar la personalidad de César, de describir al hombre. El artista pinta cosas bellas, pero no la Belleza; de la misma forma, cuando el historiador, una vez cada mil años, halla la perfección, no tiene otro remedio que guardar un prudente silencio. Es verdad que la norma puede describirse o expresarse, pero sólo a partir de un concepto negativo: la ausencia de cualquier defecto; sin embargo, el arcano de la naturaleza, que une en sus manifestaciones más perfectas normatividad e individualidad, es indescifrable, impenetrable. No-

sotros tenemos que limitarnos a felicitarnos por todos esos poseedores de perfección, y a intentar obtener una cierta noción de lo perfecto a través de los reflejos contenidos y fijados de forma imperecedera en la obra de este genio. *(Historia de Roma,* vol. 3, 1856)

Johann Jakob Bachofen

Roma renovó el mundo por completo. Podía lanzar con orgullo una mirada retrospectiva a la llanura situada junto al monte Ida, porque no es un error ni una ilusión buscar raíces troyanas en sus más rancias familias. Sin embargo, a orillas del Tíber no se había reconstruido Troya ni asentado una dinastía heraclida de origen oriental... No, la nueva concepción política de Occidente emergió, más bien, de las cenizas del mundo oriental. Los que opinan que César quería remontarse a sus orígenes están en un error. Es verdad que Asia había sido la cuna de su estirpe, pero el hijo de la oriental Afrodita había consumado la hegemonía de Occidente, convirtiéndose en dueño y señor del Imperio occidental. César es el héroe occidental por excelencia; el Imperio de Roma creado por él se asienta en los sólidos cimientos de Occidente, y por eso sus destinos correrán parejos durante dos mil años. A partir de César, la misión de Roma no será resucitar tradiciones o formas de vida ya superadas, sino afianzar y fortalecer otras de nuevo cuño para hacer frente a la reacción cada vez más poderosa del empuje ideológico de Oriente.
(La Saga de Tanaquil, 1869)

Leopold von Ranke

Sobre la acumulación de poder en los magistrados y sobre el desempeño de las atribuciones derivadas de su cargo, se cernía otra concepción diferente: una concepción derivada de victorias militares y que entrañaba una reivindicación de poder personal mucho más amplio. En sus victorias, que paulatinamente le granjeaban una mayor cuota de poder, había ya algo sobrehumano... En el hombre que las hacía posibles, se creía ver una fuerza rayana en la divinidad, una fuerza que excedía los límites de lo humano, y a la que no quedaba otro remedio que plegarse... Apenas César concentró todo el poder en sus manos, se dio cuenta de que cualquier tipo de oposición legal era imposible, y consagró su actividad a propósitos muy ambiciosos, universales; se fijó metas grandiosas que abarcaban el ámbito de todos los pueblos sometidos. El cetro ya no dependía de las intrigas y rivalidades internas de los estamentos de la capital, sino de la voluntad de un solo hombre, que había puesto coto al estado de cosas imperante hasta entonces. Quizás una de las tareas más trascendentales de César fue la propagación del nombre de Roma por todo Occidente.
(Historia Universal, 1881)

Charles-Augustin Sainte-Beuve

Existen dos tipos de césares: los que lo son por la genialidad de su propia naturaleza, y los que lo son porque así se lo han propuesto. Los primeros, cuyo arquetipo es el gran Julio, encarnan el genio en toda su amplitud y en todas sus facetas, y la esencia del hombre con toda su grandeza, sus hazañas, su rico esplendor, su inteligencia y su hábil diplomacia.
En todo momento César sabe lo que hay que saber, y obra como debe. Hable, dicte o actúe, siempre lo hace con la misma majestad y elegancia, con la misma elocuencia y prodigalidad. Se mueva en la calle o en su casa, en la guerra o en su entorno social, muestra la genialidad de un Alcibíades, aunque evidencia también una ambición de la que el primero carecía. Su camino fue más lento que el de Alejandro porque no se convirtió en un héroe en época tan temprana como el mítico macedonio, pero conservó su juventud durante mucho más tiempo y

acertó al abstenerse de la embriaguez de la victoria. Excelente estratega, curtido en las lides de la guerra, rápido, activo, incansable, no se deja llevar en el combate por su aureola de conquistador ni tampoco arredrar por el miedo de la gente corriente o por falsos escrúpulos. Después se revela como un hombre clemente y benévolo, encantador con sus amigos, conciliador con sus enemigos y cortés con todos. Al final de su vida delinea proyectos de gran envergadura, y muy positivos para el Imperio, que habría sido capaz de poner en práctica aun en su más avanzada senectud. César es un personaje que, se le censure o se le alabe, alberga en su seno el fulgor y la llamarada del genio, y los atractivos y la clemencia del hombre: es verdaderamente el hijo de Venus.
(*Obras póstumas*, hacia 1861)

George Bernard Shaw

Espero que al presentar a César como un hombre de personalidad muy rica y variada y como historiador y autor de *La guerra de las Galias*, no caeré en mixtificaciones propias del dramaturgo, y a las que algunos grandes hombres deben parte de su fama; algunos, incluso toda. En mi opinión, la gloria conseguida en combate puede ser cuestionada con facilidad... Las victorias de César revelan, sin embargo, una grandeza que no hubiera sido conocida de no mediar las primeras. La verdadera genialidad de César se patentiza fuera del campo de batalla... No voy a repetir aquí lo que ya se ha escrito de él, sino tan sólo apuntar que la originalidad me parece su cualidad más excelsa. De la originalidad emanan la franqueza, la generosidad y la liberalidad, y el hombre que la posee está capacitado para sopesar en todo momento el valor de la verdad, del dinero y del éxito por encima de cualquier convención o generalización moralista... Un hombre así es consciente de que el éxito no llega cuando lo cree el pueblo, y en consecuencia, para dar muestras de absoluto desinterés y generosidad, se ve impelido a actuar con egoísmo, y es quizás este aspecto el único que faculta para decir de un hombre que es grande por naturaleza. Cuando hablo de la grandeza de César, la aplico en este sentido. César tiene el poder en sus manos, la bondad por tanto, es innecesaria: no es indulgente, ni franco, ni generoso, porque un hombre de una talla tal que nada es capaz de afectarle, tampoco tiene nada que perdonar.
(Comentarios a «César y Cleopatra», 1898)

Georg Veith

Debemos dar gracias al destino porque César no muriera invicto como Alejandro: en sus derrotas su genialidad raya a la misma altura que en sus victorias. Es el mismo hombre el que aniquila al ejército enemigo y el que se rehace con inusitada rapidez tras su derrota; a Gergovia sigue, con un intervalo de escasas semanas, Alesia, y Farsalia a Dyrrhachium: asombra ver cómo las dos batallas más decisivas emergen de entre las cenizas de la derrota. Las operaciones que median entre la derrota y la victoria se cuentan entre los hechos más grandiosos del arte militar. Cierto es que hay en juego un factor decisivo: el individual, de forma que la estrategia no es propia de los romanos, sino de César. Una de las características más acusadas de César es su no sometimiento a las normas establecidas, y en eso radica precisamente su genialidad: en su absoluta independencia frente a los modelos tradicionales de dirección de las operaciones militares, en la incansable insistencia dada al hecho de llevar la iniciativa, en su don casi divino de tomar decisiones como el rayo, en el arte de adivinar siempre las intenciones del enemigo y ocultar celosamente las propias, en hacer siempre lo más sencillo y racional sorprendiendo siempre con eso a sus enemigos. César llevó a su culminación el arte de la estrategia en Roma, y sus proezas fueron las proezas de Roma. Gracias a haber alumbrado a un genio como César, Roma ocu-

pa un lugar preeminente entre las naciones más guerreras de todos los tiempos.
(Ejército y estrategia en Grecia y Roma, 1929)

Friedrich Gundolf

En el modo de acotar sus territorios de conquistas y restringir a los pueblos vecinos a sus límites, subyace la vieja mentalidad del campesino, e incluso su sentido de la disciplina militar no procede del nomadismo de los pueblos cazadores, sino del sedentarismo de la agricultura. El *orbis terrarum* le resulta tan familiar como a un terrateniente las lindes de sus fincas, y es precisamente esa sobriedad que no se asombra ante distancias tan inconmensurables, lo que configura su grandeza, igual que la de Alejandro se reflejaba en su éxtasis ante la infinitud de sus dominios. César consideraba sus conquistas como una mayor extensión para el campo cultivable; Alejandro, un prodigio la tierra que aún le quedaba por conquistar.
(César: historia de su gloria, 1934)

John H. Collins

Dos años antes de su asesinato, Cicerón dijo de César que el futuro sería el juez de su vida y de su obra, y apeló al dictador para que obrase de forma que mereciese una sentencia aprobatoria de la historia en un juicio *sine amore et sine cupiditate et rursus sino odio et sine invidia* («sin amor ni interés personal, pero también sin animadversión y sin envidia»). Cabe dudar de que la investigación histórica de los siglos XIX y XX haya alcanzado ese grado ideal de objetividad, pero es indudable que la primera parte del vaticinio de Cicerón se ha cumplido por completo. La investigación bibliográfica sobre César ha ascendido en los últimos cien años a mil obras, cien de ellas fundamentales. Haya sido un maestro de la diplomacia o de la demagogia, un hombre de gran envergadura o un charlatán, César, veinte siglos después de su muerte, sigue fascinando a Europa. En una ocasión observé a un prestigioso investigador de César, que T. Rice Holms (conocido experto inglés en el tema) había sido fascinado por César, y mi interlocutor me respondió: «¿Y quién no lo hubiera sido?»
(Gnomon, vol. 26, 1954)

Bibliografía

Obras de Julio César

Guerra de las Galias. Madrid, Gredos, 1982. (Ed. bilingüe).
Guerra civil. Madrid, Gredos, 1979. (Ed. bilingüe, 2 vols.)
Comentarios de la Guerra de las Galias y de la Guerra civil. Barcelona, Iberia, 1981.

Obras sobre César

CARCOPINO, G.: *Julio César*. Madrid, Rialp, 1974.
GRANT, M.: *Julio César*. Barcelona, Bruguera, 1971.
SYME, R.: *The Roman Revolution*. Oxford, 1960.
PLUTARCO: *Vidas paralelas: Alejandro y César*. Barcelona, Salvat Editores, 1982.
WALTER, G.: *Julio César*. Barcelona, Grijalbo, 1972.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumemberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie,** por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1),** por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2),** por Ernest Jones.
14. **Dickens,** por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante,** por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche,** por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez,** por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1),** por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2),** por René J. Dubos.
20. **Luis XIV,** por Ragnhild Hatton. Prólogo de Victor L. Tapié.
21. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell,** por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.
23. **Rembrandt,** por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César,** por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca,** por José Luis Cano.



JULIO CESAR

Héroe o tirano, maestro de la diplomacia o astuto demagogo, hombre provisto de dotes extraordinarios o de una ambición sin límites, la controvertida figura de Julio César ha causado siempre una intensa fascinación. Sus hazañas militares, relatadas por él mismo con gran nitidez, y su trayectoria política, que le llevó a disponer de un poder ribeteado con caracteres divinos, le convierten en un personaje cuya existencia histórica parece confundirse con los ecos de una leyenda ocurrida hace dos mil años.

A partir de un rigurosa valoración de las fuentes clásicas, Hans Oppermann reconstruye la vida y la época de César en unas páginas que combinan la exactitud histórica con el interés del relato de aventuras.

